NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS

UNA NOVELA SOBRE LA CACERÍA DE UN NAZI OCULTO EN LAS DICTADURAS LATINOAMERICANAS

RENÉ ARAYA

LA POLLERA

1976, Argentina. Jóvenes judíos aparecen asesinados y cubiertos con camisetas de fútbol. La escena se repite como un mensaje que nadie logra descifrar. Zárate, un policía incómodo y obstinado, descubre que no es un crimen de barras bravas. Se infiltra y organiza una redada, pero los responsables desaparecen dejando una casa vacía con ventanas quebradas. Es el único que alcanza a ver al líder de la célula: un anciano ex nazi que desde la barra de Boca Juniors intenta reactivar la lógica del exterminio. Nadie le cree. Cae en el descrédito, mientras el país desvía su atención hacia el Mundial.

Durante años, Zárate recorre ciudades y estadios siguiendo una pista inverosímil. Entre personajes delirantes que comparan el fútbol con el nazismo y las canchas con campos de concentración, conoce a una mujer judía que también lo persigue. Pero ella no busca a un nazi moribundo, sino lo que dejó: una videoteca clandestina, un archivo con las torturas de las dictaduras latinoamericanas con las que colaboró.

Abrumadora y sarcástica, esta novela indaga en la persistencia del horror y los perversos. Porque a veces el pasado no desaparece: cambia de forma, se desplaza y espera.

René Araya

Noche de los cristales rotos

Una novela sobre la cacería de un nazi oculto en las dictaduras latinoamericanas

La Pollera Ediciones

ÍNDICE

Noche de los cristales rotos
- Temporada de caza
- El flautista de Hamelín
- Larga distancia, Buenos Aires - Asunción
- Hacia el interior
- Lo que dijo Mantecol
- Snuff

Para mi padre, René Araya Coca (1957-2024)

«El objeto de este libro no es exactamente el vacío, sino más bien lo que hay alrededor y/o dentro».

GEORGES PEREC, *Especies de espacios*

TEMPORADA DE CAZA

Buenos Aires, 1976-1978

En fin, si acaso quiere escucharla, la historia es esta:

En 1976, tal vez en 1977, una serie de extraños crímenes tuvieron lugar en Buenos Aires. Una veintena de hombres aparecieron muertos en sus casas o departamentos con la misma particularidad. A todos ellos, luego de asesinarlos, les cubrieron los rostros con una camiseta de River Plate ensangrentada y vejada. Es decir, además de sangre había semen sobre las remeras. Antes de ser asesinados, los pibes fueron sometidos a toda clase de crueldades y torturas.

Al principio, a pesar de la saña de los asesinatos, la Policía Federal de Buenos Aires –por entonces muy distraída en otros asuntos– creyó que se trataba solo de excesos de rivalidad entre los fanáticos de River Plate y Boca Juniors. Cuestión de fanáticos a los que se les pasó la mano, argumentaban como si se tratara de travesuras sin importancia. Por entonces, en efecto, los miembros de las barras juraron venganza en la prensa. Hubo algunas tibias escaramuzas en que fanáticos de ambos equipos resultaron heridos de mediana y severa gravedad. Eso no detuvo los crímenes: los cadáveres continuaron apareciendo a razón de uno o dos por semana. Como sea, la cobertura de los crímenes en la prensa fue discreta. En cambio, los preparativos del Mundial de Fútbol de Argentina 1978 fueron ampliamente reporteados.

Esta confusión se mantuvo hasta que un joven policía, incorporado casi por azar a la investigación, reparó en un hecho evidente que todos, incluso la prensa, habían pasado por alto: todas las víctimas eran de ascendencia judía. El policía se dio cuenta a

propósito del decimoquinto homicidio, cuando se entrevistó con un perito forense quien, luego de la autopsia y cigarrillo en mano, como si se tratara de una conversación de boliche, señaló que la última víctima, de veintidós años, estaba circuncidada. Al policía le llamó la atención el dato. Con un par de llamados telefónicos, confirmó que, en efecto, el sujeto era judío. Ese mismo día, pidió los expedientes para ver las fotografías y los archivos del resto de las autopsias. Así descubrió que todos los difuntos, sin excepción, eran judíos. Dicho de otro modo, al ver las fotografías de los cadáveres tendidos en las camillas de la morgue, constató que todos estaban circuncidados. Cerciorarse con las fotografías fue en realidad puro dramatismo policial, pues habría bastado echar un vistazo a los apellidos de las fichas, pues todos eran, evidentemente, de origen hebreo.

Pareció abrirse entonces una nueva línea de investigación. Los crímenes, sin embargo, no dejaron de suceder. Continuaron apareciendo en Buenos Aires cadáveres de judíos con camisetas de River cubriendo sus rostros desfigurados por golpizas o quemaduras de cigarrillos, y con sus manos y pies amarrados con alambre de púas. Las escenas del crimen parecían pinturas de El Bosco.

El policía realizó llamados telefónicos y se reunió personalmente con las familias de las víctimas. Además, asistió trasnochado a algunos funerales vestido de negro y con su libreta en la mano. Más tarde, le intrigó descubrir que no todos los asesinados eran fanáticos de River; la mayoría sí, pero otros eran de Independiente, San Lorenzo, Huracán, Vélez Sarsfield, Argentinos Juniors y Chacarita Juniors. No se trataba entonces de crímenes por rivalidad futbolística, concluyó, pero la situación lo confundía. Pasó algunas noches insomnes, fumando y mirando fotografías de las víctimas desnudas y con sus rostros cubiertos con la polera albirroja. Durante el día, entre cigarrillos y tazas de cafés, no conseguía concentrarse en otros casos; además, sufrió pesadillas en donde todos los estadios de fútbol de Buenos Aires se convertían en mataderos de jóvenes argentinos que recién empezaban a vivir. A pesar de los datos que parecían negar la pista futbolística y guiado por su

instinto, el policía se creyó capaz de encontrar alguna respuesta entre los barristas de Boca Juniors. Propuso a sus superiores infiltrarse en la barra; ellos, al principio, estuvieron en desacuerdo: era peligroso y hasta absurdo sin alguna pista o evidencia. Una locura, en suma.

El policía resistió todos los argumentos, los buenos, los malos y los ridículos, e insistió con su corazonada hasta que se salió con la suya. Se infiltró, arrendó un piso estrecho en el barrio de La Boca y se convirtió en un apasionado barrista. Asistía sin falta a los encuentros en La Bombonera e incluso viajó hasta la provincia en incómodos buses interurbanos para acudir a algunos encuentros. Visitó Mendoza, Rosario, Córdoba, Santa Fe, La Plata. A propósito de incursiones internacionales de Boca viajó también al extranjero. Viajó a donde quiera que hiciese falta. En todos los estadios se desgañitó entonando los cánticos de la barra. El fingido fanatismo del joven policía (él, como todos en su familia, era en realidad fanático de Racing, equipo de Avellaneda) consiguió con lentitud, luego de meses en que los homicidios continuaron, ser aceptado en los círculos más íntimos de la barra.

Una noche de juerga, luego de un triunfo en las postrimerías de un partido contra Ferro Carril Oeste, se granjeó su paso hasta las claves que le permitirían resolver el caso, o al menos entender los crímenes. A la salida de un bar, él y sus nuevos amigos encontraron a un grupo de fanáticos de River que los doblaban en número. El policía intuyó que era una buena oportunidad para fingir lealtad: su comportamiento fiero, que lo elevó a categoría de héroe, le permitió ser presentado ante el líder secreto de un puñado de barristas. Sin embargo, el cabecilla no estaba ni cerca de ser lo que el policía esperaba. Lo llevaron a un viejo y descascarado edificio de La Boca, donde le presentaron a un septuagenario que no hablaba español. En efecto, el policía se dio cuenta de que era alemán. El anciano estaba sentado sobre un raído sofá y vestía una chaqueta de uniforme nazi desteñida, pero en buen estado; sobre sus rodillas descansaba una camiseta de Boca Juniors a modo de manta. Era la

camiseta número siete, que por entonces usaba Ernesto Enrique Mastrángelo.

El joven policía reparó que en las paredes del lugar convivían pósteres de próceres del Boca Juniors, fotografías de oficiales de la SS e imágenes de La Bombonera con mapas de campos de concentración nazi, además de algunos extraños planos desplegados como si fueran papel mural. Los extraños murales tenían planos dibujados de improbables campos de concentración en La Bombonera, Parque Patricio y Liniers, además de cámaras de gas sobre el Monumental de Núñez y todos los campos de fútbol de Buenos Aires. El policía los miró consternado, aunque fingiendo fascinación. El policía tenía algunos conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial y sus horrores, de modo que comprendió a la perfección que los planos mostraban los campos de Auschwitz-Birkenau, Buchenwald, Dachau, Sobibor, Treblinka o Bergen-Belsen trasplantados sobre Buenos Aires, Capital Federal. En el departamento también había un televisor encendido y conectado a un Betamax que transmitía imágenes nazis. O tal vez películas de Leni Riefenstahl. De mano en mano, pasaban álbumes fotográficos con registros de los campos de concentración nazi que los fanáticos, vestidos con remeras auriazules, contemplaban extasiados. En un rincón, como si recitaran cuentos infantiles, una joven leía a un grupo de adolescentes fragmentos de *Mein Kampf*, que discutían y analizaban de forma animada.

Esa misma noche, el desconcertado policía descubrió el modo de operar de los homicidas. El viejo hablaba y alguien traducía. Hablaba sobre batallas de la Segunda Guerra Mundial y campos de concentración, pero también de hazañas de equipos alemanes de fútbol, como Bayern de Múnich, Borussia Dortmund, Bayer Leverkusen, Werder Bremen, Schalke 04 y partidos memorables de la selección alemana de fútbol y seleccionados alemanes notables. Hablaba de Gerd Müller y Fritz Walter, de Uwe Seeler, Hans Tilkowski y Franz Beckenbauer, aunque es posible que solo hablara de Hitler, Himmler, Goebbels, Göring, Hess, Canaris o Mengele como si se

tratara de futbolistas, eximios goleadores. Mientras los demás escuchaban absortos, otra persona tomó un directorio telefónico de Buenos Aires y se lo entregó al anciano nazi como si fueran las Sagradas Escrituras. Él sostuvo apenas el mamotreto y buscó con su dedo hasta encontrar un apellido judío; ordenó que siguieran a esa persona, averiguaran sobre ella y la exterminaran si era posible. Mejor aún si el judío era fanático de River. Dijo, exactamente: "Mejor si el hijo de puta es gallina".

El policía vio con sus propios ojos, como si el anciano fuera el mismísimo flautista de Hamelín, cuando un puñado de barristas hipnotizados salió a cumplir sus órdenes infames. Luego, otro grupo de fanáticos desplegó un mapa de Buenos Aires y formó un círculo alrededor del anciano. El policía se alzó en punta de pies para ver que el mapa tenía marcas con esvásticas en distintos lugares de la ciudad. Notó que las equis marcaban todos los estadios de fútbol de Buenos Aires, o, al menos, la mayoría de ellos.

En efecto, los jóvenes barristas describían fabulosos campos de concentración en el Parque Patricios, el Gasómetro, el Cilindro, el José Amalfitani, La Doble Visera o Nueva Chicago, en Mataderos. Hablaban sobre un fabuloso campo de exterminio en el Monumental de Núñez y de instalar una especie de centro administrativo en La Bombonera. Conversaron sobre una noche de Cristales Rotos en Buenos Aires y leyeron un inventario pormenorizado de tiendas de comerciantes judíos y sinagogas bonaerenses. Enumeraron mercaditos de abarrotes, sastrerías y zapaterías sobre las que dibujarían estrellas de David, para luego desvalijarlas y prenderles fuego. Hablaron de improbables y demenciales experimentos eugenésicos en hospitales públicos de provincia, de una red de ferrocarriles que transportara prisioneros por toda Argentina, en especial por la Pampa y la Patagonia, como si fueran ganado. El delirio incluyó hacer funcionar campos de trabajos forzados sobre los estadios de fútbol de todo el país. Uno de los barristas, un adolescente, casi un niño, expuso de forma breve un plan para erigir cámaras de gas en los camarines de los estadios. De hecho, disertó

sobre los requerimientos y dificultades técnicas con una elocuencia que espantó al policía. Hablaron también de coser estrellas amarillas sobre las camisetas de fútbol; en realidad, mencionaron triángulos rojos, verdes, azules, púrpuras, rosados y marrones, todos cosidos sobre las camisetas de equipos de la liga de fútbol argentino. Todos, excepto Boca Juniors; sobre la camiseta auriazul, en cambio, estamparían símbolos nazis. A medida que transcurría la noche, el policía se sintió desvariar, sufrió náuseas y vomitó en un baño de azulejos blancos tapiados con pósteres de Hitler.

Cuando la velada terminó de madrugada, casi al amanecer, el joven policía fue a su verdadero departamento, se afeitó y se duchó. Luego, como si fuera un sonámbulo, caminó hasta la estación de policía. Una vez allí contó a sus superiores, que lo escucharon absortos e incrédulos, todo lo que sabía. Ordenaron que fueran al lugar de inmediato un par de patrullas con balizas encendidas.

Cuando la Policía Federal llegó al lugar, ya no había nada. Ni un póster sobre las paredes ni el televisor, menos rastros del anciano. El nazi desapareció. El policía deambuló por la casa como si buscara fantasmas, sin comprender lo que había sucedido. Desesperado, increpó a otros efectivos, los acusó de ineptos y los culpó de avisar a los infames habitantes del lugar. Terminó apoyado sobre el capó de una patrulla y con el rostro cubierto con las manos. Solo entonces reparó en que todos los vidrios de la casa estaban quebrados y desparramados por el suelo. Cristales rotos. Intuyó que era una amenaza. Después dejaron de aparecer judíos muertos en Buenos Aires. Al menos hasta ahora, y en esas circunstancias inquietantes, quiero decir.

El policía cayó en el descrédito, desde luego. Le dieron un par de días de descanso y le recomendaron ir al médico, al psiquiatra. No volvieron a saber de él. Me contaron que, presa de la paranoia, durante sus días de descanso forzado, llegó a sospechar que sus antiguos compañeros lo seguían. Creía ver sus infames vehículos estacionados afuera de su casa o deambulando por los lugares que él frecuentaba. Veía fantasmas por todos lados. Durante meses

revisó la prensa de otros países latinoamericanos con la certeza de que, en alguna edición matutina, se develaría el hallazgo de algún cadáver cubierto con la camiseta de Peñarol, Emelec, América de Cali, The Strongest, Colo-Colo, Universitario de Lima, Corinthians o Cerro Porteño. Tuvo la certeza de que el anciano había emigrado hacia otro país del continente y no tardaría en actuar. Deliró, se imaginó convertido en un cazador de nazis que deambulaba por Sudamérica buscando rastros de exoficiales de la SS. Se preparó para un eventual viaje que, era probable, no llegaría nunca. Podría ser un viaje por rutas comunes y corrientes, o bien un viaje al pasado o al futuro. Un viaje cuyas rutas terminarían por llevarlo al fondo de un pantano.

Compró una camioneta Ford Bronco que le permitiera desplazarse por el continente, también mapas de carreteras sudamericanas y folletos turísticos. Leyó hasta el hastío libros sobre el III Reich y biografías de jerarcas nazis, convencido de que esas averiguaciones iban a ayudarlo a dar con el rastro de aquel que buscaba. Luego, en 1978, Argentina salió campeón del mundo y a nadie le importaron los pibes muertos. Que qué quiero decir. Como oyó, a nadie le importó un carajo esos pibitos destazados. Salvo a Zárate, pero eso usted debiera saberlo, ¿verdad, Olivera?

EL FLAUTISTA DE HAMELÍN

Roma, 1949-1950

Franz Kohl –cuando aún no se llamaba así– llegó a Roma a finales de 1949. Dos sacerdotes agustinos, Máximo Baggio y Lucas Fognini, le ofrecieron alojamiento y comida en el departamento que compartían en un edificio de tres pisos en el norte de la ciudad. Era un sitio cómodo y cuidadosamente decorado. Parecía la locación para la fotografía de portada de una revista de diseño de interiores. Apenas puso un pie en el lugar, Kohl tuvo la sensación de estar tratando con una pareja de homosexuales, un par de sujetos que, en el Reich, hubiesen sido confinados a algún campo de concentración con triángulos rosas bordados sobre sus uniformes roñosos.

Los sacerdotes no escatimaron en atenciones para su huésped e hicieron un minucioso recorrido por el piso. Desde la ventana del cuarto de estar alcanzaba a apreciarse, a lo lejos, el estadio Olímpico de Roma, aún en construcción. El departamento no era el modelo de austeridad que Kohl esperaba encontrar. Se impresionó con la moqueta gris, el sofá de lino y el buffet de madera de fresno. Alcanzó a advertir también una fabulosa colección de vinilos junto a un tocadiscos de maleta.

Las habitaciones de los clérigos estaban cerradas y así permanecieron durante el recorrido. Kohl tuvo la sensación de que si entreabría esas puertas encontraría lugar para orar o un pasadizo secreto que llevaba a un monasterio. El recorrido terminó en la habitación del huésped. Estaba perfecta, bastante mejor que los cuchitriles en que había pernoctado durante los últimos meses. Un solo detalle desentonaba: la cama estaba deshecha. El recién llegado se percató de que el desorden de las sábanas y cobijas

parecía deliberado, montado exprofeso, como si se tratara de la escenografía de un espectáculo. Baggio le pidió entonces a Fognini que trajera una Biblia. Luego de recibirla, la abrió sin dudar ayudado por el marcador de página, y comenzó a leer un pasaje del Evangelio de San Juan.

Mientras Baggio leía, Fognini miraba la moqueta fijamente. Kohl tuvo la impresión de que miraba una mancha casi imperceptible, una mácula que solo podía distinguir aquel que la había causado.

—¿Entiendes, hijo mío? —preguntó Baggio—. Jesucristo, el Unigénito de Dios, Alfa y Omega, el Principio y el Fin, el Mesías, La Estrella Resplandeciente de la Mañana, el Príncipe de las Naciones, aquel que está plácidamente sentado a la diestra del Padre, resucitó y, aún después de vencer a la muerte, en lugar de salir del sepulcro a vociferar con justa razón que ha vuelto de entre los muertos, lo que hizo fue ordenar, pulcra y humildemente, su ropa. Para imitar a Cristo lo primero que tenemos que hacer es mantener en orden nuestras pertenencias.

Acto seguido, Baggio cerró la Biblia y se levantó de la cama como si diera por concluida una misa. Kohl se tardó en entender que estaban esperando que hiciera su cama en presencia de sus huéspedes. Lo hizo lentamente y con torpeza, como si fuera un huérfano delante de sus tutores, como si fuera un asunto de vida o muerte. Llegó a pensar que su permanencia en la casa estaba siendo evaluada y dependía del modo en que tendiera esa cama pequeña. Baggio miraba con seriedad; Fognini parecía a punto de estallar en una risotada. Durante todos esos minutos que tardó, Kohl se distrajo preguntándose si la mancha imperceptible pudiera, en realidad, ser una mancha de semen. Es la única clase de suciedad que puede observarse con esa expresión en el rostro, pensó: el examen de aquel que busca corroborar que borró eficientemente las huellas de algo que le incomoda o avergüenza. Kohl había visto muchas veces esa mirada en el rostro de alguno de sus compatriotas en los últimos años. Alemania completa, pensó, es como una alfombra o una sábana sucia de manchas de origen incierto. Más

bien, cuatro o cinco sábanas mal lavadas colgando de los cordeles de un balcón, sometidas a escrutinio de toda mirada curiosa.

Los sacerdotes advirtieron que el único equipaje de Kohl era un baúl enorme y se miraron discretamente; después, al verlo agacharse para tomar la manilla del armatoste y erguirse de nuevo, disimularon sonriendo. El alemán no tuvo dudas de que eran homosexuales.

—¿Te fijaste en el baúl? —preguntó Fognini más tarde, en la cocina, cuando se quedaron a solas.

—Sí, hermano Lucas, me fijé en el baúl —dijo Baggio, concluyente.

—¿No te da curiosidad saber lo que hay dentro?

—La curiosidad mató al gato, hermano Lucas.

Fognini lo miró fijamente y simuló atacarlo con su mano en forma de garra, igual que hacen los felinos domésticos.

Esa misma noche, durante la cena, Kohl recibió su segundo sermón. Fognini había cocinado lubina al horno con espárragos y limón. Antes de comer, Baggio oró por los alimentos y luego habló sobre el trigo y la cizaña. Recitó de memoria: "El Reino de los Cielos era semejante a un hombre que sembró buena semilla en el campo, pero mientras dormía vino el enemigo, sembró cizaña entre el trigo y se fue".

Mientras Baggio hablaba, Kohl entreabrió los ojos y con una falsa expresión de piedad en el rostro, desvió la mirada hacia la silueta del Olímpico de Roma. Tuvo la sensación de que estaban levantando un campo de concentración en medio del bosquecillo.

"Al tiempo de siega, diré a los segadores: recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla y el trigo recogedlo en mi granero", concluyó Baggio y Kohl no supo muy bien cómo interpretar sus palabras. Tuvo la sospecha de que esa parábola, en boca del sacerdote agustino, hacía referencia inequívoca a los nazis y a sus tropelías. Pero, en tal caso, ¿quiénes eran el trigo y quiénes la cizaña?

El forastero se dio cuenta enseguida de que el alemán de Baggio era impecable: se había criado en Bolzano. Fognini –oriundo de Perugia–, en cambio, lo hablaba con grandes dificultades, y Kohl debía esforzarse para seguirle el hilo. A ratos tenía la impresión de conversar con alguien afectado por una torpeza del lenguaje, una especie de bloqueo verbal que volvía errático el sentido de las frases. Al percatarse de ello, casi al terminar la cena, Baggio comentó en un alemán perfecto que tuviera paciencia con Fognini: el germano era un idioma endemoniado. Incluso los grandes maestros tropezaban con él. Kohl, que no tenía la menor idea de maestros consagrados, asintió distraído y quedó ensimismado mirando por la ventana, hacia la oscuridad que se extendía más allá, como un bosque impreciso. Fognini, que seguía con dificultad los intercambios verbales entre Baggio y el invitado, advirtió entonces que el recién llegado se había distraído contemplando la monumental edificación inconclusa que se alzaba en medio del descampado. De noche, el lugar adquiría un aspecto siniestro, y Fognini no pudo evitar un estremecimiento al fijar la vista en él.

Baggio, en cambio, mantenía una relación distinta con los paisajes que lo rodeaban. Por las mañanas, al despertar y acercarse a la ventana, cuando veía hacia la obra gruesa del estadio, recordaba la Abadía de Innichen, un hermoso monasterio edificado sobre prados y montes en Alto Adigio. No había, en realidad, ninguna razón aparente para que aquel armatoste, horripilante y apenas comenzado, le hiciera recordar la belleza incomparable de esa abadía asentada en medio de montañas nevadas que parecían la publicidad de una caja de bombones finos, ni para que esos obreros fantasmales trajesen a su memoria a los habitantes de aquella abadía de su infancia tirolesa, pero a Baggio le resultaba inevitable.

Cuando los platos quedaron vacíos, Fognini fue a la cocina a lavar los trastos y Baggio le indicó a Kohl que podía retirarse a reposar: seguramente estaría muy cansado.

Esa noche, Kohl soñó que estaba de pie frente a un granero con un bidón con combustible, iluminado por las llamas de un incendio

que devoraba la bodega. Las puertas y ventanas del granero estaban tapiadas y desde su interior se oían gritos desgarradores, terroríficos, y manos y piernas que pateaban desesperadas la estructura de madera para huir. Kohl creía escuchar entonces una voz afeminada que le decía al oído: "Soplaré y soplaré, y el Reich derribaré". Solo entonces despertó, aterido, y suspiró aliviado al descubrir que estaba sano y salvo, en Roma, la Ciudad Eterna. Baggio y Fognini cuchichearon hasta tarde en la sala de estar.

El padre de Baggio era jornalero y, a veces, se ocupaba de cuidar jardines en Innichen, un lugar donde el frío solía ser implacable con la vegetación. Era oriundo de Módena y había terminado en Bolzano luego de huir a causa de problemas con la policía. Los canónigos solían contratarlo para mantener en buen estado el cementerio ubicado junto a la abadía. El hombre era alto, flaco y de piel cetrina y cuando se quedaba inmóvil para tomar un descanso daba la sensación de ser una triste figura esculpida junto a alguna lápida. Baggio, entonces un niño, se paseaba entre las lápidas y cruces, saltando y danzando y, de vez en cuando, acompañaba a los canónigos por el monasterio como si fuera un aprendiz. Estos, se sorprendían de la habilidad del mocoso para distribuir y combinar los colores de las flores entre las tumbas, de modo que el gris de las lápidas adquiría una belleza inesperada. Se diría que, entre los abades, el pequeño Lucas se sentía feliz. Había solo una cosa que no tenía permitida: cada vez que decía una palabra en italiano, los canónigos, provenientes en su mayoría del lado alemán de los Alpes, se quedaban mirándolo con expresión severa, y uno de ellos solía amenazarlo, mitad en broma, mitad en serio, con cortarle la lengua y dársela de comida a los ratones. A veces, para amedrentarlo, los monjes que regresaban de cazar liebres alpinas le dejaban ver un trozo de carne sanguinolenta: decían, con rostro severo, que eran lenguas amputadas de niños que se habían resistido a hablar en alemán. Lucas, en todo caso, disfrutaba de ese idioma que se

imponía como lenguaje de mando, duro y exacto, y procuraba retener en la memoria la mayor cantidad de palabras y conjugaciones posibles. Como resultado, a los siete años Lucas hablaba italiano o alemán indistintamente, adaptándose al oído de quien lo escuchara.

Una de esas mañanas, cuando aún no amanecía, al llegar con su padre a la abadía, encontraron que había mucho alboroto. Una decena de canónigos estaban amontonados mirando hacia un lugar del pequeño camposanto. Cuando llegaron, el padre de Baggio dejó su carretilla a un lado y se empinó sobre los hombros de los abades para ver qué sucedía. Lucas tuvo que abrirse paso gateando entre las piernas envueltas en sotanas. Pudo ver entonces que el motivo de la consternación era que la tierra de una de las sepulturas estaba revuelta y que ya no había ni cadáver ni ataúd. Los canónigos le comentaron al jardinero que el día de ayer habían sepultado a uno de los suyos, muerto súbitamente, y que esa mañana, al despertar, se habían dado de que la tumba había sido profanada.

—¿Y el cuerpo? —quiso saber el jardinero.

—Extraviado —dijo un abad encogiéndose de hombros.

En ese preciso momento llegaron un par de policías. Después de informarse y corroborar que la tumba había sido atracada, uno de ellos exigió conocer el número exacto de los habitantes de la abadía. Se enumeraron en el acto, como un pequeño batallón retraído en la montaña. Uno de ellos no acudió a la formación ni apareció por ninguna parte, aunque registraron todo el lugar y lo llamaron a los gritos. Su habitación estaba vacía. Baggio se dio cuenta enseguida de cual era aquel que faltaba porque los conocía muy bien. Era un canónigo bromista y risueño, uno que disfrutaba de leer en voz alta los cuentos de Geoffrey Chaucer.

—También falta una de nuestras carretillas —informó un abad.

En cuestión de minutos, pese a la incredulidad de algunos, pareció resuelto quien era el culpable del ultraje, y los policías, acompañados de un par de canónigos, enfilaron hacia el norte a

buscarlo entre los prados verdes como un par de sabuesos rastreadores.

El pequeño Lucas enfiló en una dirección opuesta, pues tenía una sospecha. No muy lejos de allí había una granja abandonada por sus antiguos propietarios que, un día cualquiera, vendieron sus animales y se largaron a Kitzbühel. Lucas conocía el escondite en esa granja, porque era frecuente que aquel canónigo risueño pidiese permiso a su padre para llevarlo, tomado de la mano, hasta allá, para leer *Los cuentos de Canterbury*. Allí pasaban largo rato. El canónigo leyendo y Baggio escuchando y aclarando algunas dudas. A veces, Lucas se quedaba dormido con el ritmo monótono de la lectura y despertaba cuando ya estaba atardeciendo, mientras el abad le acariciaba la cabeza húmeda de sudor agrio.

Aquella mañana agitada, caminó hasta un establo de la granja abandonada y entró. Reconoció la carretilla que a veces usaba su padre. Un momento después escuchó jadeos. Recordó que, a veces, escuchaba resuellos semejantes en la habitación de sus padres y se acercó con cautela. Al fondo, encontró al abad y para verlo mejor se ocultó detrás de una horqueta oxidada. Tenía la túnica alzada, enrollada alrededor de la cintura, y embestía con la pelvis las nalgas del cadáver desnudo. Lucas ahogó un grito de sorpresa, y se quedó mirando al abad en silencio hasta que este, luego de eyacular, se tornó exánime y se dejó caer sobre unos fardos de forraje seco. Lucas pudo ver entonces con nitidez el cadáver, de un color amarillento, semejante al de una gallina muerta y sin plumas, con la tierra de la fosa removida aún pegada entre los surcos de la piel.

El prófugo aún estaba tendido, retozando, cuando los policías entraron al establo. Baggio se ovilló aún más junto a la horqueta, pero alcanzó a ver el momento en que los uniformados llegaron al final del cobertizo, tomaron al canónigo y lo sacaron a la rastra y también, entre las ranuras de las tablas de las paredes, observó la expresión de espanto de los que esperaban afuera. Los abades habían formado una especie de corredor por donde pasaron los policías y el rufián. Baggio estaba distraído y no alcanzó a darse

cuenta de que aún había un policía al interior del cobertizo. Este, de repente, lo sacó de su escondite tirándolo del brazo.

—¿Qué estás haciendo acá, niño? —preguntó.

Baggio tartamudeó y no dijo nada, pero el policía lo soltó bruscamente al darse cuenta de un pequeño bulto inhiesto en su entrepierna. Baggio salió corriendo y no miró atrás.

Y, de cierto modo, podría decirse que, a pesar del paso de los años, aun estando en Roma, todavía no dejaba de correr.

Máximo Baggio y Lucas Fognini se conocieron en los salones del Augustinianum, en Roma, y en cuanto se vieron se volvieron inseparables. Algunos solían referirse a ellos como los Siameses de Bolzano, a pesar de que Fognini repetía una y otra vez que el provenía de Umbría. En todo caso, más que siameses, en realidad, establecieron una especie de relación parasitaria, en que Baggio asumía el papel de mantarraya sigilosa, pero letal, y Fognini las oficiaba de rémora solapada. Todos habrían sabido decir cuáles eran los beneficios que obtenía Baggio de la relación, pero muy pocos –o nadie; tal vez ni siquiera el perusino– habría sabido decir qué obtenía Fognini de un vínculo que, en realidad, parecía arbitrariamente asimétrico.

A veces, mientras ponía en orden los apuntes de Baggio, Fognini se quedaba pensando: si fuésemos siameses, ¿de qué órganos estaríamos unidos Lucas y yo? ¿Del corazón? ¿De los pulmones? ¿De los riñones? ¿En los circos de qué latitudes presentaríamos nuestro espectáculo? ¿Llegaríamos a ser tan famosos como los hermanos Chang y Eng Bunker, los primeros siameses de todos los tiempos?

Un par de meses después de conocerse, durante un fin de semana que tuvieron libre, viajaron por tren hasta Madrid para conocer El Escorial. Una vez allí, Fognini se las arregló para llevar a Baggio frente a *El martirio de San Mauricio*, de El Greco. Ambos se quedaron mirando en silencio al grupo de hombres juntos, tal vez demasiado juntos, algunos sin ropa o ropa ceñida y de piernas

rigurosamente lampiñas, aunque Baggio no comprendió en realidad el interés particular de Fognini por ese trabajo. A Baggio, en cambio, le parecía más excelso *El entierro del conde de Orgaz*: esa escena partida en dos registros, la gravedad terrestre y la elevación celeste, los cuerpos sostenidos por otros cuerpos, la promesa de un orden que no dependía del deseo sino de una jerarquía invisible.

En algún momento, mientras Baggio se refería al supuesto astigmatismo del pintor para explicar sus figuras alargadas, Fognini miró en todas direcciones y, cuando corroboró que no había moros en la costa, estiró los dedos para rozar el dorso de la mano de Baggio, quien la retiró violentamente, como si alguien acabara de derramarle aceite caliente, y le prohibió que volviera a hacer algo semejante.

Regresaron a sus aposentos enseguida y en completo silencio. Fognini se sintió especialmente triste, imaginó que Baggio daría por concluida su incipiente amistad, pero en lugar de eso, pareció que este se propuso potenciar la relación o, al menos, multiplicar los beneficios que obtenía. Por las noches, ya no leía por sí mismo, en lugar de eso, se recostaba sobre su colchón con las manos entrelazadas bajo la nuca, cerraba los ojos y le pedía a Fognini que, sentado a los bordes de su cama, y mientras le daba masajes de pies con la mano desocupada, leyera en voz alta *Suma Teológica* o *La Ciudad de Dios*, u otras obras culmines de los padres y doctores de la iglesia.

Fognini cerraba los ojos e imaginaba, por un momento, que era María Magdalena ungiendo los pies de Jesucristo.

Ambos sacerdotes eran aficionados al fútbol. Baggio era fanático de la Roma; Fognini de la S.S. Lazio. Solían tener discusiones sobre fútbol que a Kohl le parecían francamente estúpidas, sobre todo después de que les preguntó de qué clase de equipos se trataba. Entre ambos, sumaban una discreta cantidad de torneos locales. Su pasión no alcanzaba para rivalizar con la potencia de la Gauligen, el

torneo alemán de fútbol durante el reinado del Nacionalsocialismo alemán. Ninguna oportunidad de salir bien parados frente al F.C. Gelsenkirchen-Schalke, campeón seis veces entre 1934 y 1944, una época en que solo triunfaban los valientes, los verdaderamente aptos. En fin, discutir sobre la hegemonía de Roma o Lazio era, pensaba Kohl, como trenzarse a golpes a causa de una mujer gorda y fea. Cada quince días, los sacerdotes iban al estadio a presenciar los partidos de local. Los partidos de visita los escuchaban por radio, como si fueran homilías, cabizbajos, en silencio y con el rosario férreamente sujeto entre las manos apretadas.

—La S.S. Lazio fue fundado en 1900 —dijo Fognini —. Utiliza una camiseta celeste y un pantalón blanco. Hasta ahora hemos conseguido cuatro subcampeonatos.

Replicó Baggio:

—La Asociación Deportiva Roma, conocida como La Loba, fue fundada en 1927 y hemos estado siempre en la máxima categoría del fútbol italiano. Nos consagramos campeones en la temporada 1941- 1942. Ese año —aclara después de carraspear—, Lazio terminó en quinto lugar. Nuestra camiseta es de color rojo granate. Un color acorde con la Santa Túnica.

Luego, recitó la formación campeona en 1942: Massetti, Brunella, Andreolli, Mornese, Cappellini, Donati, Bonimi, Coscia, Pantò, Krieziu y Adamedia. Equipazo dirigido por el húngaro Alfréd Schaffer.

—No entiendo —dijo Fognini persignándose— que sientas orgullo de un equipo de fútbol que fue dirigido por un húngaro, ¿tienes idea de cuántos judíos húngaros las oficiaron de *Sonderkommandos*?

Fognini agregó que el título de la temporada 41/42 había sido un descarado regalo de Mussolini. Baggio replicó que, para entonces, el Duce, que, por lo demás, nunca fue aficionado al fútbol –prefería, en cambio, el esquí, las motocicletas o la esgrima, es decir, deportes "verdaderamente" masculinos–, tenía cosas bastantes más importantes de las que preocuparse, por ejemplo, los bombardeos británicos.

—No se olvide, además, que Italia no pudo participar en el Mundial de Uruguay en 1930, primera cita planetaria con dichas características. Era un viaje por barco, de un mes de extensión, bastante oneroso, que la federación italiana no podía costear. El gobierno de Mussolini no mostró ningún interés en asumir esos costos. Ese hecho testimonia claramente cuál era la importancia que el Duce otorgaba al balompié. Debió sospechar de esos vestidores en que los hombres se paseaban desnudos y sudados. El fútbol, en ningún caso, estaba entre las actividades deportivas favoritas de Mussolini. Recuerde que, en cambio, pidió que Tazio Nuvolari llevara su Alfa Romeo P3 a su residencia estatal en Villa Torlonia en 1932, para fotografiarse en el automóvil. Mussolini, por ningún motivo iba a inmiscuirse en un asunto que le importaba un comino. El triunfo de la Loba, como verá, no tuvo que ver con las preferencias del Duce. A él le daba igual quién se declarase campeón del Calcio.

Fognini se levantó de la mesa y regresó al cabo de un momento con una revista deportiva que dejó abierta sobre la mesa. En una de las páginas podía verse a un jugador de la Roma y a otro de Lazio –Massetti y Piola– haciendo el saludo fascista sobre el círculo central. Kohl los imitó sonriendo y sin levantarse de la silla.

Mientras Fognini buscaba la revista en su cuarto, Baggio aprovechó para contarle al alemán de la hazaña de Tazio Nuvolari, en el Gran Premio de Fórmula 1 de Alemania de 1935. Cientos de miles de funcionarios y miembros de la SS y la Gestapo se dieron cita en la autopista para ver ganar a alguno de sus coches Mercedes. Todos estaban expectantes, dispuestos a celebrar el triunfo de alguno de sus compatriotas arios. Sin embargo, Nuvolari, que medía apenas 1,55 metros, se dio maña para ganar a bordo de un auto de bastante menos potencial. Si me pregunta a mí, esa hazaña, a bordo de una máquina, es aún mayor que la humillación que Jesse Owens propinó a sus compatriotas en los Juegos Olímpicos de Berlín. ¿Por qué? Porque en los siglos venideros la superioridad de las naciones no se medirá a través de lo que los nacidos en su tierra pueden

hacer con sus cuerpos, sino en la clase de máquinas que diseñen y produzcan.

—Y bien, ahora que ha escuchado sobre la Roma y Lazio, ¿cuál de los dos es su equipo favorito?

Kohl reflexionó un momento y dijo que era inevitable sentir una mayor simpatía por la Lazio. Fognini dio una carcajada triunfal y Baggio lo miró en silencio, confundido, y quiso saber por qué.

—Elemental. No puedo sino sentir afinidad por la *Schutzstaffel* Lazio, ¿así no es como se llama la S.S. Lazio?

Los tres comenzaron a reír.

Baggio tenía la sensación de que el baúl de Kohl estaba vacío. Esto último a Fognini le parecía absurdo. Era, francamente, una estupidez creer que estuviera vacío un armatoste como ese. Creía, en cambio, que estaba repleto de pertenencias de judíos desgraciados que habían sido despojados de todas las escasas posesiones que aún podían ostentar apenas ponían un pie sobre los andenes de las estaciones de ferrocarril de los campos. Cerraba los ojos e imaginaba que dentro del mueble había zapatos, libros, bolígrafos, joyas, camisas, relojes, en fin, toda clase de baratijas de judío que se le antojaban maravillosas solo por el hecho de quiénes habían sido sus últimos propietarios. Los judíos, después de todo, eran especialistas en chucherías y, sobre todo, en cargar sus bártulos por el desierto. Eso no admitía discusión. Fognini, por su parte, tenía una especial predilección por las valijas, cajones, baúles y las sorpresas que estos podían esconder. Se sentía, por tanto, especialmente ansioso por encontrar el momento para ponerle las manos encima al contenido del armatoste.

—Es lindo el baúl —le dijo una tarde Fognini, mientras ordenaba la colección de vinilos.

Baggio se quedó mirándolo. El cofre le parecía horrible.

—¿Te imaginas ese baúl en el cuarto de estar? —preguntó Fognini.

—Ni pensarlo —dijo Baggio—. No logro entender cómo te las arreglas para tener tan mal gusto.

Todo indicaba que la temporada 1949-1950 sería más dulce para Fognini que para Baggio. Ya para entonces, a mitad de temporada, era fácilmente predecible que la Lazio disputaría los primeros lugares, tal vez el título de campeón de la Serie A, mientras que la Roma pelearía el descenso mano a mano con clubes como Bari o Venezia. Un síntoma inequívoco era que Baggio rehuía a toda costa apostar cuál de los dos equipos terminaría más empinado en la tabla de posiciones cuando finalizara la liga. Fognini, en cambio, estaba ansioso por cerrar un trato que, sin duda, sería favorable para él. Como sea, Baggio insistía en destacar la calidad de Aleksandar Arandelovic, el goleador yugoeslavo. Fognini, por su parte, mencionaba al crédito italiano Umberto Galleti.

Los primeros días, tal vez semanas, Kohl permaneció encerrado en el departamento, como una princesa en una torre custodiada por un dragón. Los sacerdotes lo trataban como a un refugiado de guerra, tal vez como a un huérfano indefenso. El germano, para matar el tiempo, se distraía oyendo el ajetreo de los obreros y de la maquinaria en las obras del estadio que, dentro de algunos años, albergaría los Juegos Olímpicos. Los albañiles, en todo caso, no parecían temer ninguna prisa. Daba la sensación de que se distraían en un edificio que no terminarían nunca o que aún siquiera habían empezado a erigir. Sospechaba que todos esos ruidos eran un simulacro, que alguien pagaba a los obreros para hacer ruido y fingir trabajo cuando en realidad no hacían absolutamente nada. En ciertos días nublados, al abrir la ventana del cuarto donde se alojaba, esa sospecha se extendía al paisaje: sobre el descampado no había nada, solo niebla.

A veces escuchaba música en el tocadiscos o pasaba las horas poniendo algo de orden en la cocina. Cuando Fognini regresaba, sin embargo, volvía a cambiar de lugar todas las cosas que habían mantenido ocupado al alemán. A Kohl, en realidad, no le interesaba lo que hiciera Fognini porque, después de todo, trajinaba las cosas con el mismo espíritu con que un niño aburrido husmea las pertenencias de un adulto, es decir, con un interés limitado y efímero. La actitud de Fognini era, de hecho, la misma de alguien que ordena los juguetes que un niño desparramó.

Con el correr de los días, sin embargo, la rutina se flexibilizó y Baggio estuvo de acuerdo en llevarlo a la iglesia. Allí, permanecía encerrado en las oficinas pastorales vestido con un traje de acólito que le hacía sentirse humillado mientras recordaba los días en que llevaba un elegante uniforme del ejército nazi. Desde allí, alcanzaba a oír la voz de Baggio y tenía la sensación de que cada uno de los sermones estaban dedicados íntegramente a él. En las prédicas abundaban las menciones al infierno y al fuego. Aun así, no prestaba mucha atención y, en lugar de eso, se dedicaba a hurgar entre las cosas del sacerdote, como una mucama impertinente.

Las puertas de las habitaciones de los sacerdotes permanecieron cerradas únicamente durante los primeros días. Todas las mañanas, cuando Kohl se quedaba solo en el departamento, iba a corroborarlo girando los pomos de las puertas. Esa clausura alimentaba su fantasía e imaginaba un par de cuartos mendicantes, con esterillas en lugar de camas y sin ningún objeto de valor. Imaginaba, también, algún mobiliario humilde donde los sacerdotes guardaban cilicios u otros objetos de mortificación corporal. A kohl le hubiera gustado echar mano sobre alguno de esos artefactos y experimentar los efectos sobre su propio cuerpo. Cuando finalmente Baggio y Fognini se animaron a dejar sus habitaciones disponibles al mismo tiempo, como si se hubieran puesto de acuerdo, Kohl se llevó una gran decepción. Eran cuartos comunes y corrientes, aunque austeros. Una cama, un par de sillas, una mesa y un armario. La disposición

de los muebles le recordaba algo, aunque no sabía que era a *La habitación* de Van Gogh.

Sobre las paredes de la habitación de Baggio había tan solo un retrato de Vasili Kandinski. Kohl no tenía idea de quién era y pensó que podía tratarse de algún santo de Europa del Este y se persignó burlonamente al verlo. Había también una cómoda con ropa de invierno y una camiseta de la Roma. Además, había un perchero y una pequeña colección de libros ordenados uno junto al otro. La mayoría eran filósofos escolásticos. Averroes, Santo Tomas de Aquino, Guillermo de Ockham, Duns Escoto, Anselmo de Canterbury, Pedro Abelardo y Buenaventura de Fidanza. También había tres pares de zapatos negros, idénticos, y una cámara fotográfica Leika.

Hace muchos años atrás, Baggio oyó la confesión de un joven romano, un estudiante de arte, tal vez un artista aficionado. Cuando revisó el confesionario, Baggio se dio cuenta de que el joven artista había dejado olvidado, *Punto y línea sobre el plano. Contribución al análisis de los elementos pictóricos* de Vasili Kandinski. Lo guardó en la oficina pastoral, imaginando que el joven regresaría a reclamarlo. Eso, sin embargo, no sucedió. Baggio no volvió a verlo, aunque esperó su regreso durante meses. Cierta tarde, en ocasión de sentirse francamente aburrido, se propuso dar un sermón diferente. Más bien, se propuso pasar un buen rato a costa de los feligreses, dejando clara su absoluta ignorancia. En lugar de abrir la Biblia, echó mano del libro de Kandinski, desplegándolo casi en sus primeras páginas. Abrió el sermón diciendo: "Cada fenómeno puede ser experimentado de dos modos. Estos dos modos no son arbitrarios, son ligado al fenómeno y determinador por la naturaleza del mismo o por dos de sus propiedades: exterioridad-inferioridad". Siguió leyendo por un cuarto de hora y cuando terminó, al levantar la cabeza, no se percató de ninguna mirada de extrañeza o confusión. De hecho, la mayoría estaba especialmente concentrada. Esa misma semana, sin saber muy bien por qué, consiguió una imagen de Kandinski y la adosó sobre su pared de su cuarto.

En el cuarto de Fognini había una fotografía de la formación de SS Lazio temporada 1948-1949. También había una imagen del Sagrado Corazón y otra de Santa Catalina de Siena. Solo había tres libros: *Confesiones de San Agustín*, *La Eneida* y *Historia de Roma desde la fundación de la ciudad* de Tito Livio. Los tres libros tenían marcadores de página y múltiples anotaciones en el borde de las páginas. Durante algunos días, Kohl se divirtió leyendo esas anotaciones.

Lo consiguió en Auschwitz. Después de ocuparse de sus asuntos, Kohl preguntó a un suboficial si acaso disponía de algo que pudiera ofrecerle para guardar algunas pertenencias. El suboficial le ofreció un cigarrillo y lo condujo caminando hasta un descampado. En la mitad del trayecto le dijo que hace un par de días había oído a un prisionero contar un chiste. Kohl lo miró con desgano. "Escúchelo, por favor", dijo. "Tómese un momento para reír, ¿hace cuánto que no da una buena carcajada?". Kohl hizo un gesto de resignación.

—Bien. Dos judíos van a ser fusilados. Poco antes de que la orden se ejecute le avisan que, en lugar de fusilados, morirán ahorcados. ¿Lo ves?, pregunta uno de ellos a su compañero: ya ni siquiera tienen cartuchos.

A Kohl el chiste no le pareció divertido, tal vez porque lo había oído antes o porque el oficial no dejó de reír mientras relataba.

Llegaron a un sitio repleto de maletas. Kohl calculó que debía haber un millar de valijas arrumadas como si fuera el patio donde acumulaban los objetos perdidos en una estación de trenes. Algunas tenían nombres, estrellas de David y otras inscripciones. El suboficial comenzó a caminar sobre las valijas, a abrirse paso a patadas como si caminara sobre un pantano o un basural. La mayoría estaban abiertas y vacías, saqueadas, pero también había algunas cerradas con las correas de cuero aún insertas sobre las hebillas metálicas herrumbrosas. Kohl tuvo la sensación de que alguien había

sembrado una semilla, de la que germinaron esas extrañas hortalizas.

—Escoja la que quiera —dijo el oficial, que tosió y arrojó un esputo al suelo.

Kohl sonrió por compromiso y comenzó a caminar entre las maletas. Aunque había de distinto tamaño, resultaba evidente que ninguna tenía la capacidad de almacenamiento suficiente para sus necesidades. Tuvo la sensación de estar avanzando por un campo regado con minas antipersonales.

Entonces, algo resignado, miró hacia el horizonte haciendo una visera con las palmas de sus manos y vio otra ruma de bultos medio kilómetro más allá, las que, a juzgar por sus siluetas, eran de mayor tamaño. Eran baúles, pero por un momento pensó que eran ataúdes al aire libre.

—¿Y aquellos? ¿Puedo escoger alguno?

—Para mí es igual, tarde o temprano vamos a deshacernos de toda esta basura —dijo el suboficial y le dio una fuerte patada a una de las maletas. Un par de zapatos salieron volando.

—¿Usted sabía que alguna vez nuestros líderes tuvieron la idea de enviar a los judíos a Madagascar? ¿Puede creerlo? A veces, tengo la certeza de que hemos sido liderados por dementes. Hasta un idiota como yo es capaz de descartar una idea como esa. Madagascar, por Dios.

Kohl no contestó y se adelantó hasta el sitio en que estaban amontonados los armatostes. Había alrededor de una veintena. La mayoría eran de color café o gris, y estaban todos abiertos como si una pequeña banda de Drácula hubieran salido a pasear en pleno día, dejando sus féretros abiertos. Tuvo la idea de que si caminaba por los alrededores encontraría a los pobres diablos envueltos en sus capas rojinegras, retorciéndose en el suelo, enceguecidos por la luz del sol y sus rostros abiertos en humeantes llagas atroces.

Kohl no dudó. Un oportunista como él no iba a perder la ocasión de llevarse un buen baúl sin pagar. Escogió el más grande y resistente, aquel que sería, sin duda, el más difícil de trasladar.

Señaló al oficial como si llamara al vendedor de una tienda para cerrar un trato.

—Llevaré este.

—Me parece bien. Ya le he dicho. Si quiere llévese todos. Para mí es igual.

Kohl hizo un gesto para que lo ayudara a sacarlo de ahí. El suboficial se bajó el cierre del pantalón y orinó sobre uno de los cofres. Se quejó como si le ardiera la uretra. Después de cerrar la cremallera de su pantalón, le pidió a Kohl que aguardara ahí y desapareció. Regresó al cabo de cinco minutos con dos prisioneros esqueléticos de uniformes harapientos. Encendió un cigarro y les ordenó que cargaran el armatoste. Dos sujetos bien alimentados y con las horas de sueño suficiente, hubieran cargado el baúl en cinco u ocho minutos, pero los judíos tardaron media hora desde el descampado hasta el barrancón donde Kohl se estaba alojando.

El suboficial entró un momento después y puso cara de aburrimiento. Suspiró y ordenó a los judíos que se metieran dentro del baúl. Los pobres desgraciados se miraron consternados y luego miraron a Kohl, como si estuvieran pidiéndole a auxilio. Él les contestó con una mirada de indiferencia. No estaba interesado en intervenir. Los judíos no tuvieron más remedio que meterse dentro del baúl. Estaban tan esmirriados que cupieron sin inconvenientes. Se veían como dos gatos flacuchentos abandonados en una caja de zapatos. El oficial sacó una pistola y, acercándose al baúl, la puso sobre la frente de uno de los judíos, que comenzó a tiritar. Kohl terminó la charada:

—Por favor, van a orinarse en el baúl, o, aún peor, va a ensuciarlo de sangre judía. Si va a dispararles llévelos a otro sitio.

El oficial rio y luego guardó el arma ceremoniosamente.

Cuando se quedó solo, Kohl escondió a toda prisa sus objetos personales, recogidos de distintos bolsos, como si ocultara carne cruda en una jaula de leones hambrientos.

Más tarde, o tal vez poco antes del amanecer, Kohl regresó al descampado de las valijas. No llevó linterna y tuvo que caminar a

tientas hasta que sintió las maletas. Sin saber por qué, se agachó y comenzó a hurguetear entre las valijas abiertas. Parecía que estaba buscando algún objeto extraviado e invaluable. "Están vacías —se dijo algo nervioso— están vacías". Lo trajeron de vuelta los pitidos de la locomotora de un tren que estaba llegando en ese momento a la estación de Auschwitz. "Los vagones, en cambio —pensó Kohl— están repletos", y suspiró aliviado.

En una de las primeras páginas de *La Eneida* puede leerse una de las anotaciones de Fognini: "¿Qué clase de relación mantienen Virgilio y Dante, se trata de un asunto abominable ante los ojos de Dios?".

El cuarto de estar tenía un revistero repleto de ejemplares de diseños de decoración que Baggio hojeaba, de vez en cuando, con algo parecido al desdén. A veces, se quedaba mirando por la ventana como si pudiera ver más allá y vaticinaba una transformación de la decoración que estaba gestándose en los países escandinavos, novedades que, aseguraba, quería conocer a la brevedad. Cerraba los ojos e imaginaba a leñadores de torso desnudo talando árboles fabulosos de frondosos e infranqueables bosques nevados, para proveerse madera con las que después fabricarían espléndidos muebles que tardarían todavía un poco en regarse por las vitrinas del resto de Europa. A veces, imaginando a los taladores de árboles sufría erecciones que causaban un gran dolor en su alma.

—En 1925, en Nápoles, conocí a un entonces joven compatriota suyo. Theodor Adorno. Debía tener veinte o veinticinco años, a pesar de lo cual era fácilmente predecible que se quedaría sin cabellos dentro de poco, cosa bastante frecuente entre quienes se dedican a

pensar infructuosamente. Por entonces yo ya era sacerdote y leía con voracidad filosofía escolástica. Leía como endemoniado y solía dar paseos interminables, rumiando esas lecturas. Fue en uno de ellos que conocí a Adorno, en la iglesia de San Paolo Maggiore, hasta donde él también había llegado deambulando. Su mirada me intrigó y me acerqué. Una mirada curiosa, como la de un niño. Nos saludamos. Comenzamos hablando de arquitectura y terminamos hablando de música. En esa época, Adorno quería ser compositor. Eso me dijo. Un buen sujeto, sin dudas, y muy inteligente. Uno que se les escapó, querido hijo mío, uno que se les escapó igual que una pulga entre las sábanas.

En la página del colofón de su edición de *Historia de Roma desde la fundación de la ciudad*, Fognini escribió un sueño con una caligrafía que permite su lectura sin inconvenientes. "Tengo un hermano gemelo. Ese hermano y yo somos amamantados por una loba. Al principio, la loba es hermosa y saludable, pero, a medida que nos alimenta, mientras pasan los días y las noches, el animal comienza a adelgazar y a enfermar, hasta parecer un saco de huesos del que resulta imposible obtener ningún nutriente. Por el contrario, mi hermano gemelo y yo, engordamos hasta convertirnos en dos rollizos rubicundos. Más tarde, desde el cielo, un Zeppelin nos dejaba caer cadáveres de los que nos alimentábamos".

Una de esas tardes, Baggio predicó sobre aquella ocasión en que Nabucodonosor ordenó levantar una descomunal estatua de oro sobre alguna provincia de Babilonia. Como ustedes recordarán, dijo el sacerdote, Nabucodonosor ordenó a todos los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y a todos los gobernadores de las provincias para que viajasen a rendir pleitesía a la estatua. Además, pregonaron la orden de que todos los pueblos, naciones y lenguas, al oír el son de una bocina, de la flauta,

el tamboril, se postren y adoren al monumento de oro. Aquellos que no postren, dijo Baggio abriendo los ojos desmesuradamente, serán inmediatamente arrojados en fuego ardiendo. Como ustedes recordarán, hubo algunos jóvenes judíos que no obedecieron. Nabucodonosor los envió a llamar. Los jóvenes dijeron que no obedecerían la orden de postrarse delante de la estatua. ¿No tienen miedo de morir?, preguntó el rey. De ninguna manera, replicaron ellos. Puestos en esa circunstancia, Dios podría liberarnos sin ningún inconveniente. Nabucodonosor ordenó que los jóvenes judíos fueran atados a sus propios mantos y arrojados dentro de un horno incandescente. Era tal el tamaño de las llamas que, al abrirlo, aquellos que cargaban a los judíos murieron calcinados en el acto. Sin embargo, los tres jóvenes danzaban en medio del fuego donde eran acompañados por un cuarto hombre misterioso que les ayudó a salir ilesos.

Desde la sala pastoral, Kohl escuchó el sermón. Sin darse cuenta y sin saber por qué salió de la oficinita y entró al pasillo central como si estuviera hipnotizado. Nadie volteó a mirarlo. Tuvo la sensación de que Baggio establecía una relación entre las cámaras de gas y el horno de fuego y luego experimentó la certeza de que debía escuchar ese sermón maravilloso. Al verlo, desde el púlpito, Baggio le regaló una sonrisa de oreja a oreja.

Algunas semanas después, cuando Kohl empezaba a habituarse a su condición de huésped, mientras regresaban lentamente de misa al departamento a bordo del Fiat que conducía Baggio, quiso saber a qué se habían dedicado sus anfitriones durante la Primera Guerra Mundial. Por un instante los imaginó administrando la extremaunción a soldados irremediablemente heridos o celebrando misa en trincheras inmundas de los Apeninos.

Fognini, súbitamente sonrojado, miró de reojo a Baggio que, sin apartar la vista del parachoques del auto que les antecedía, se

animó a decir que durante cada una de las noches de la guerra se encerraron a orar por la pronta restitución de la paz.

—Para mí —agregó— aquella guerra fue especialmente dolorosa porque, como usted sabrá, muchos combates tuvieron lugar en las tierras de las que soy oriundo. Imagine esos hermosos parajes mancillados con trincheras. En un par de ocasiones, intentamos aproximarnos al campo de batalla para ayudar con los heridos, interceder por esas almas con una oración o ayudar a cavar una zanja, pero nos resultó imposible. Y, si me permite decirlo, tampoco fue necesario. Dios nos lleva a donde nuestros prójimos nos necesitan. No hace falta guardar rencor por eso también, hijo mío. Después de todo, Italia no llegó a declararle la guerra a Alemania.

Lo cierto es que, en los momentos más cruentos de las refriegas en los Alpes entre italianos y austrohúngaros, Baggio y Fognini los pasaron a resguardo en monasterios de la Toscana. Dedicaron la mayoría del tiempo a paladear fabulosas botellas de vino y a tener discusiones a propósito de la tesis de Suárez en *De Angelis*. Según Suárez, cada ser humano llevaba consigo un demonio a todos los lados a los que iba, dispuesto a tentarlo y a ser piedra de tropiezo. Fognini compartía las ideas de Suárez y pensaba que, en los campos de batallas, no solo se libraban combates de carne y hueso, sino que también de criaturas demoníacas y celestiales que intentaban prolongar o acelerar el final de los conflictos. Eso explicaba que avanzar un solo metro costara tanto trabajo. Después de todo, puestos frente a frente, ángeles y demonios eran fuerzas equivalentes, en eso no había que equivocarse. Se trataba, en el fondo, de partidas de ajedrez entre maestros mañosos y avezados y, en tal caso, el resultado siempre era incierto. Baggio, en cambio, pensaba que esa idea era pueril, inverosímil. Concordaba, más bien, con los análisis de Joan Wier quien, en *De praestigiis daemonum*, establecía la cantidad de demonios revoloteando en la Tierra en poco más de siete millones, una cantidad relevante, pero manejable. En lo que ambos estaban de acuerdo era con el hecho de que a los diablos les gustaban los campos de batalla y citaban *La Jerusalén*

liberada de Tasso, donde se hace referencia a un ejército furioso de los demonios que intentó impedir a los cruzados la toma de la Ciudad Santa.

Así, por aquello días de la Gran Guerra, los inseparables amigos, solían tener conversaciones larguísimas sobre el asunto, conmovidos por los atardeceres bermejos y los prados infinitos. Muy de vez en cuando, interrumpían sus monsergas para orar sucintamente por los destinos de la guerra. Con mayor frecuencia, Baggio le pedía a Fognini que lo masturbara pacientemente bajo el cielo estrellado de Toscana. Frente a toda aquella placidez, Baggio pensaba que resultaba imposible que hubiese ángeles caídos en aquellos paisajes. Todos, sin duda, estaban en el Frente, muy, pero realmente muy lejos de allí, pensaba justo antes de eyacular.

Una de esas noches, la prédica volvió a ser especialmente extraña. Baggio hizo referencia a las setenta y seis noches consecutivas que en las que Londres estuvo bajo fuego de los ataques de la Luftwaffe.

—Londres —dijo el sacerdote desde el púlpito —carecía de artillería y reflectores antiaéreos eficaces, igual que algunas de las vírgenes de la parábola carecían de aceite para alimentar las lámparas que iluminarían su camino, así como de cazas nocturnos capaces de localizar y derribar aviones en la oscuridad.

Habló también de los londinenses que se refugiaron en los subterráneos de la red de metro, como si hablara de plagas de ratones que se ocultaban de depredadores valientes y decididos. Aunque también parecía que estaba haciendo referencia a las catacumbas de los primeros cristianos. Acto seguido, y sin abrir la Biblia, comenzó a hacer referencia a Sodoma y a Gomorra de modo que los feligreses, confundidos, entendieron que la *blitzkrieg* equivalía a la lluvia de azufre que había caído desde el cielo sobre las ciudades infectadas de pecadores.

Y entonces, ocurrió algo que terminó por dejar atónito a los feligreses. Baggio hizo un gesto a un monaguillo para que le alcanzara algo. Era un mamotreto y todos pensaron que se trataba de una Biblia, pero era un directorio telefónico de Londres. El sacerdote comenzó a blandirlo como si fuera un abanico, mientras vociferaba que Dios le había dicho a Abraham que salvaría a Sodoma si tan solo encontraba en ella a diez hombres justos.

—¡Diez hombres justos! —insistió dando un manotazo sobre el púlpito y los feligreses se quedaron boquiabiertos al observar ese gesto lapidario.

—¿Cómo obtuvo ese directorio telefónico de Londres? —quiso saber Kohl, más tarde, en la sala pastoral.

—A veces, hijo mío, es preciso no revelar el milagro ni el santo. El que tenga ojos que vea.

En todo caso, no había milagro. Poco después de terminada la guerra, Baggio tuvo que viajar a Inglaterra y pasó por Mánchester. Deambulando por la ciudad, una mujer lo llamó desde la ventana de un edificio de ladrillos y lo invitó a pasar. El alfeizar de la ventana estaba lleno de macetas. Este lugar parece un barrio italiano, pensó Baggio. A regañadientes, entró y subió las escaleras. La mujer lo llevó directamente hasta la habitación de un niño. El lugar parecía la sala de un hospital desolado. El pequeño estaba inmóvil e hipertónico sobre la cama metálica, envuelto en un piyama de franela, como si padeciese una parálisis cerebral y Baggio lamentó haber aceptado entrar. Preguntó en inglés chapucero qué le había sucedido. Entendió que, antes de venir a Mánchester, la familia había vivido en Londres, donde habían sufrido las largas e inclementes sesiones de bombardeos de la Luftwaffe. Apenas pusieron un pie en Mánchester, el niño comenzó a sufrir ataques catatónicos, durante los cuales permanecía inmóvil durante días, a veces semanas. Ningún médico había acertado a decir que lo aquejaba. La madre estaba realmente desesperada. De vez en cuando, agregó la mujer, el niño regresaba a la normalidad, aunque brevemente, es decir, tenía fugaces momentos de lucidez, en que volvía a ser el mocoso

alegre de siempre y entonces dibujaba por veinte minutos o media hora al cabo de las cuales dejaba caer el lápiz para volver a su estado anterior que era, en resumidas cuentas, como si un agujero negro se llevara su alma hasta otro sitio.

—¿Qué dibuja? —quiso saber Baggio, hurgando las escasas pertenencias del muchacho, entre las que había modelos a escala de aeroplanos.

—Bombas.

—¿Bombas?

—Sí.

—¿Qué clase de bombas?

—Bombas, padre. De las que estallan. No sé nada sobre explosivos.

—¿Puedo ver esos dibujos?

La mujer salió de la habitación a buscar lo que le Baggio le había pedido. El sacerdote se acercó al niño y vio que tenía la mirada completamente perdida. Como si viera a través de mí, pensó. En todo caso, Baggio no se sentía cómodo sometido a esa mirada vacía, semejante a la de un pez de acuario. Agitó la mano frente a sus ojos, pero el muchacho no se inmutó. Al cabo de dos o tres minutos, la mujer regresó con un centenar de dibujos. Baggio los miró a contraluz, como si fuera un médico oteando radiografías, aunque esto, evidentemente, no hacía falta. En todos ellos, en efecto, había bombas surcando los cielos o detonando en medio de la nada. Eran garabatos simples. Círculos negros con mechas encendidas. Baggio se quedó pensando un momento con los dibujos en la mano y tuvo una idea. Le dijo a la mujer que consiguiera un modo de poner todos esos dibujos en las paredes, como si fueran papel mural.

—¿Todos?

Baggio afirmó, devolvió los dibujos con expresión circunspecta, como un engreído curador de museo, y se fue. Al cabo de seis o siete días, cuando ya estaba por irse de Mánchester, volvió a pasar por la misma calle. Había olvidado su paseo anterior, de otro modo hubiese dado un rodeo para no pasar por allí de nuevo. Apenas lo

avistó, como si estuviera esperándolo, la mujer gritó y bajó corriendo las escaleras. Cuando lo tuvo al frente, se arrojó a sus pies y comenzó a besar sus manos y zapatos, agarrándose con fuerza de sus pantorrillas. Baggio creyó escuchar que la mujer lo elevaba a la categoría de santo. Luego, lo llevó a toda prisa hasta la habitación del niño. Lo primero que Baggio vio fue al niño perfectamente vestido y sentado sobre el piso, dibujando. Luego, al alzar la mirada, vio que toda la habitación y la mitad del techo estaba forrada de dibujos de bombas estallando. No pudo evitar sentir un escalofrío. Los dibujos oscuros contrastaban perfectamente con los cielos inusualmente despejados de Mánchester recortados en la ventana. Parecía un cuadro de René Magritte. El niño, que pintaba como enajenado, con los crayones firmemente sujetos, levantó apenas la mirada, sin dejar de pintar, y sonrió al sacerdote, dejando ver la dentadura que parecía la de un anciano. Cómo era posible que un niño luciera una dentadura tan amarillenta y desprolija. Algo en esa sonrisa tuvo un insoportable aire tétrico.

Al cabo de cinco minutos, más que nada porque Baggio estaba profundamente asustado en esa habitación que se ennegrecía paulatinamente –con cada nuevo bosquejo el niño recargaba el lápiz negro con que rellenaba las siluetas del dibujo de las bombas–, bajaron. Allí la mujer preguntó cómo podía agradecerle. Baggio tuvo la impresión de que la mujer estaba insinuándose a pesar de sus hábitos y ese panorama no podía resultarle menos alentador. Recordó y recitó en italiano un verso de Colosenses: "Por tanto, considerad los miembros de vuestro cuerpo terrenal como muertos a la fornicación, la impureza, las pasiones, los malos deseos y la avaricia, que es idolatría".

La mujer lo miró confundida. Entonces, la mirada de Baggio se posó sobre un aparador y se iluminó su cara. Había un grueso directorio telefónico. Era de Londres.

—¿Puedo llevármelo? —preguntó Baggio por instinto.

La mujer, confundida, asintió con la cabeza y el sacerdote salió a toda prisa con el directorio debajo del brazo.

Mientras atravesaba el Canal de la Mancha en avión tuvo la idea del sermón y sonrió, como si se le hubiera ocurrido una broma ingeniosa que le haría lucirse en alguna fiesta.

Poco tiempo después, husmeando en la sala pastoral entre papeles a los que no concedía ninguna importancia, Kohl encontró algunos libros envueltos en papel de diario. Al desenvolverlos, se dio cuenta de que eran volúmenes de literatura francesa, algunos de ellos finamente encuadernados; autores, en todo caso, de los que Kohl había oído en la escuela sin prestar atención. Había libros de Hugo, Flaubert, Stendhal, Balzac y Zola, traducidos al alemán, en ediciones de Reclam o Insel Verlag.

Al hojearlos, se dio cuenta de que todos, sin ninguna excepción, tenían los reglones tachados. Cada línea de cada página había sido rayada con un grueso bolígrafo de modo que no podía leerse nada, a excepción de una palabra. Esas palabras solitarias se veían como bichos diminutos que habían sobrevivido en un insectario sometido a una extraña purga.

Era tal su aburrimiento que comenzó a hojear con algo parecido a la curiosidad. Estaba tan ensimismado que no reparó en que la misa había concluido. Baggio entró entonces intempestivamente a la sala pastoral y vio que el invitado estaba sentado en cuclillas sobre la alfombra, rodeado de mamotretos, igual que un niño entre juguetes. El sacerdote se quedó inmóvil un momento, mirándolo con la mano sobre el pomo de la puerta y luego dio un par de pasos para dejar la estola sobre un perchero.

Kohl no intentó disimular. El sacerdote explicó que esos libros los había dejado ahí un oficial nazi que fue su huésped antes de él. Un censor de correspondencia en Mauthausen. Este censor, explicó el sacerdote, era un buen lector y se encargaba de arrebatar los libros a los prisioneros apenas ponían un pie sobre los andenes del campo, y luego, encerrado en su oficina, los tachaba casi por completo. Al parecer tenía una especial aversión por la literatura francesa. Kohl

sintió algo de envidia al imaginar que un compatriota suyo había estado ahí antes que él.

—Como usted podrá notar —dijo el sacerdote—, hay algunas palabras que han sobrevivido a la depura. En rigor, solo una palabra por cada página. Supongo que varios de ustedes estuvieron a punto de enloquecer. Esta práctica… excéntrica, solo puedo entenderse en esas condiciones.

Kohl, a quien nunca le interesaron los libros, sintió curiosidad. Cerró los ojos y recordó aquella ocasión en que miles de personas se reunieron en *Opernplatz* a quemar libros. Él había contribuido arrojando un par de volúmenes a una pira. También recordó cuando un vendedor de diarios en Colonia le dijo que los bombardeos de los aliados habían destruido una treinta de bibliotecas regadas a lo largo de todo Alemania. "Uno de cada tres libros de nuestra sacra literatura —dijo entonces el vejete chasqueando la lengua— fueron quemados por esos adalides de la civilización. No me digan a mí que nosotros fuimos los bárbaros".

Volvió a abrir los ojos y le preguntó si podía llevarse los volúmenes consigo al departamento para distraerse. Baggio movió la cabeza en señal de afirmación, pensando que a su huésped le haría bien tener algo con qué recrearse y matar el tiempo de esa incierta espera.

Durante un par de días, Kohl se mantuvo ocupado con los libros. Como no tenía espacio en su habitación, dejaba los mamotretos sobre la mesa del comedor, a pesar de que a Fognini no le hacía ninguna gracia ver esos libracos que, en su opinión, olían a cementerio. Rigurosamente, el alemán registraba en una libreta cada una de las palabras rescatadas como si estuviera elaborando un inventario indispensable para los propósitos del Reich. El listado avanzaba sin comentarios ni jerarquías: Víctor Hugo, *Los Miserables* y *Nuestra Señora de París*; Gustave Flaubert, *Madame Bovary, Salambó* y *Bouvard y Pécuchet*; Stendhal, *Rojo y Negro*; Balzac, *Papá Goriot*, *Eugenia Grandet* y *La piel de zapa*; Zola, *El vientre de París*, *La fortuna de los Rougon*, *Germinal* y *Naná*.

Al ver el entusiasmo del alemán, Baggio se le acercó una noche para contarle algunos detalles sobre aquel antiguo colega suyo que había estado hospedado tiempo atrás en la misma habitación que ahora ocupaba Kohl:

—Haciendo alarde de sus habilidades como censor, el exfuncionario de Mauthausen redujo *Los Miserables* a 1.289 palabras. No es una tarea desdeñable, considerando que, en total, la versión de Hugo tiene casi 470.000. Lo más desconcertante —confesó Baggio— es que una tarde, mientras yo escuchaba un vinilo de alguna sinfonía de Mahler, nuestro huésped de entonces se acercó con la novela de Víctor Hugo y me desafío a leerla. Demoré quince, tal vez veinte minutos. En fin, tardé lo que un lector común y corriente demora en dar vuelta 1.200 páginas y leer una sola palabra en cada una de ellas. No vas a creerme, hijo mío —insistió el sacerdote, con la mirada extraviada—, pero de cierto modo, fue como leer el libro completo. De alguna manera cada una de las palabras seleccionadas lograban dar la idea de conjunto. Yo no había leído *Los Miserables*, pero desde entonces puedo estar seguro de haberlo hecho. Desde luego que sí. Lo más extraño es que, de cierta forma, me sentí como leyendo el resultado de un procedimiento burocrático. Quiero decir, no me sentí leyendo el producto de un noble proceso creativo, sino que el resultado de la operación montada, con desgano, por un oficinista empecinado. Y no estaba equivocado.

Salambó quedó reducida a 358 palabras. Por su parte, *Bouvard y Pécuchet* a 318. Lo mismo ocurrió con el resto de los volúmenes, implacablemente censurados. Algo sorprendido por el trabajo del excensor de Mauthausen, Baggio le pidió los trece libros que había traído consigo desde Austria. Los leyó con placer, todos, sin excepción. Cuando terminó se acercó a él y le preguntó cómo hacía para escoger qué palabra sobrevivía en cada página. La respuesta desconcertó a Baggio.

La piel de Zapa quedó reducida a las siguientes palabras: parábola, jugador, persona, antítesis, empleado, mejillas, portería, peligro, convulsión, regatear, pantorrilla, agonía, iglesia, marfil, inmóvil, remotas, crueles, niño, millones, circulares, agitaciones, mezquinos, vagos, terrible, profundo, francesa, recuerdos, deshonroso, bruscamente, piel, misterio, criatura, ambición, dolores, abrazo, necesidad, coyuntura, consumados, vehemencia, vestíbulo, salón, consumido, ánimo, notario, imbéciles, morir, humanidad, Dios, corzo, Spinoza, boca, sueños, esqueleto, cuerpo, candorosas, murmullo, húmeda, alegría, cielos, ligera, incierta, aire, sufrir, risueño, drama, garras, cabeza, ganado, pausas, proceso, sepulcro, ilusiones, solitario, mirada, muges, mundo, exponía, fortuna, santos, dulces, parisinas, paredes, cama, idiomas, privado, Napoleón, infancia, egoísta, sonrisa, hechicera, fortuna, fortuna, placeres, Francia, objetos, cristales, frase, matiz, nupcias, crímenes, lecho, ojos, insecto, desgracia, mariposas, advertencias, casa, ironías, febril, sepultarlos, elogio, salita, pajarillo, exhalaban, racha, collar, Brasil, libro, museo, soportar, excéntrico, mérito, trabas, durmiendo, condesa, carruaje, cortesía, carruaje, elegante, cáncer, golpe, piedad, adormecer, morena, tenacidad, dicha, gata, vapores, cordón, amo, pupilas, amigos, asfixia, dedos, virtudes, lecciones, mesilla, caballos, guerra, trueca, veteranos, cambio, tramposo, sacudidas, torrente, vidas, contornos, macilento, miasmas, almuerzo, cuchillo, herida, sed, rey, funesto, invierno, crujía, Sena, furtiva, colegio, convulsivo, ley, palco, Rembrandt, mordaces, frontera, Bastilla, lentes, deseo, pacto, ingenuidad, delirio, libre, ventana, palacio, melancólico, felonía, Rafael, toneles, desesperando, casita, colegas, animales, ciencia, locomoción, infinitas, rama, evidente, marqués, gozoso, martillo, presión, químico, insigne, tiernos, especie, seda, llorado, médicos, genio, viviendo, ejercido, corpóreo, uniforme, vista, régimen, sensual, sima, recoger, espíritu, doncellas, tez, dilatada, adusta, vuelta, florete, pulso, edad, espalda, bala, pradera, moles,

penumbra, hocicos, desvencijada, trepar, arrobamientos, montañesa, correr, brazo, sacerdotes, fiesta, maquinal, acostado, platería, jurado, tuya, hombros, vaticinado, ilusiones, ancho.

Papá Goriot tiene más de 83.000 palabras. Quedó reducida solo a dos: valle y divertirme. *Eugenia Grandet* tiene casi 56.000 palabras y quedó reducida a 172.

Dijo el exfuncionario de Mauthausen:

—Es al revés, padre. No escojo aquella palabra que rescataré. Al contrario, lo que hago es escoger una por una aquellas que tacharé. Al final, sobrevive una y esa es la que permanece sobre la página. Como podrá imaginar no es un asunto sencillo y me distrajo severamente de mis obligaciones como funcionario del Reich. En terminar una sola página puedo tardar, perfectamente, una hora o dos.

Baggio se aventuró con un cálculo. En censurar por completo un libro como *Los miserables*, perfectamente podía invertir un millar de horas-hombre. Esas mil horas podían haberle costado al Reich decenas de miles de judíos sin ejecutar o ultimados de forma apresurada y desprolija, cuando los aliados les pisaban los talones.

—Pero, hijo mío, es una tarea titánica.

—Lo es —dijo el excensor—, pero alguien tenía que hacerla. Lo peor de todo es que cuando termino de tachar las palabras no he leído el libro. Es decir, tengo una idea vaga sobre quiénes son los personajes y sobre cuáles escenarios se movilizan. Sin embargo, no tengo ni la más remota de las ideas respecto de qué trata el libro. Ser funcionario, después de todo, es eso. Conocer, confusamente, alguna operación de un engranaje y ocuparse de ella, permanecer ignorante del resto de lo que sucede, pero confiar que alguien más comprende todo o que, en todo caso, conoce más de lo que conoces tú. Tachar los libros me ayudó a comprender qué es, en el fondo, el

Nacionalsocialismo. Cuando tengo el libro frente a mí, ninguna palabra es más importante que otra. El sistema que conforman es lo único importante. La elección, por tanto, carece de importancia. Me siento, perdone el atrevimiento, como tal vez debió sentirse el Führer.

Más tarde, en la soledad de su cuarto, Baggio pensó que después de todo no era tan descabellado el método del excensor de correspondencia en Mauthausen, o, más bien, pensó que, aun siendo descabellado, tenía lógica, pues eso era a lo que se dedicaban muchos nazis al pararse frente a los vagones del tren a separar a aquellos que eran aptos para trabajar, es decir a aquellos a los que podía sacarse algún provecho, de aquellos de los que había que deshacerse cuanto antes. Esas decisiones, después de todo, se tomaban sobre la base de criterios tan antojadizos como los del excensor para seleccionar las palabras que tachaba. Es decir, de qué clase de antecedentes disponían esos bellacos al momento de escoger. Es cierto, la apariencia de los recién llegados podía resultar un elemento decidor, pero en ningún caso inequívoco. Para que la decisión fuera inequívoca habrían hecho falta datos adicionales, alguna ficha médica, por ejemplo. No había, en realidad, ningún método que pudiera asegurar que se estuviera tomando la decisión correcta. Ese es, después de todo, el riesgo que corre cualquier idiota que se propone distinguir entre el trigo y la paja. Una persona sensata, pensó Baggio, asume en realidad que se trata de una cuestión azarosa, en cualquier caso, estocástica, una tarea que bien podría hacerse con los ojos vendados, obteniendo, los mismos, o, en todo caso, semejantes resultados.

Germinal, en la versión de Zola, tiene casi 177.000 palabras. Luego de la poda del excensor quedó reducida a 48. Lo curioso es que cada una de las palabras era la misma: gritos. Por su parte, *Naná*, fue sintetizada desde casi 143.000 palabras a 321 palabras. *La Fortuna de los Rougon*, primera de la serie de *Los Rougon-Macquart.*

Historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio, se redujo desde 117.000 palabras a 348 palabras, incluidas dos palabras del prefacio: raza y científico.

Nuestra señora de París: recinto, óvalo, oropeles, Salomón, esculpir, alfilerazos, Capilla, misterio, ruda, palacio, voces, paciencia, balaustrada, melodías, tumultuoso, sentencias, mendigo, modo, todo, cardenal, hereditaria, regidores, secreto, eléctricas, fisonomías, colorines, calma, gran, dan, alemanes, vaca, guardasellos, Quasimodo, lacayos, público, egipcio, ensayo, doquier, migajas, puerta, cruzado, desvaneció, procesión, gitana, estado de sitio, banderas, enormes, báculo, hosco, invierno, empapada, flecha, calor, temeridad, bolsillo, araña, holgazanería, humillo, nariz, ingeniosos, perturbar, hampón, caldero, ceño, alrededor, campanillazos, legislación, estupefacto, arroyo, hembras, desdeñosa, dedos, poeta, Egipto, aprendiz, estancia, respeto, fachada, barbaries, época, herméticos, cristiana, dos, raza, Rey, Nuestra, Universidad, Nuestra, flechas, tortuosas, coronadas, aguda, gigantesco, semicírculo, mezcló, columnata, ruido, atronadora, sermón, curiosos, cónyuge, vulgar, medicinas, ardiente, verruga, fatalidad, sumergida, herían, bronce, meditando, lugar, ojivas, glorificó, astrólogos, torre, capucha, sordo, hueso, Navidad, crepúsculo, juventud, nula, fina, edificio, pie, imprenta, frase, teocracia, culto, manuscritos, arquitectura, sistema, aislamiento, San Petersburgo, líneas, Ilíadas, aspira, Babel, matrimonio, mansión, tenientes, haragán, jauría, escrito, bellaco, patíbulo, espectáculo, sutil, ORA, zapatos, gruesa, flamencos, provinciana, vimos, desgraciada, rizado, entreabierta, campamentos, 61, ufana, calabozo, reclusa, otros, frente, mañana, librea, finas, escoba, repulsiva, pícaro, quemar, capitán, blancura, proyecto, sagacidad, tapicerías, gitanas, pájaro, frialdad, cerdo, hermosísima, mirada, escribir, FILÓSOFO, bajando, reverendo, cintura, habilidad, oreja, impulso, cerveza, picota, esferas, hebreas, operar, clavo, adquirir, frente, tabernas, fuego, labio, crisol, telaraña,

tenaza, queso agrio, necios, gestos, carcajada, fragua, cuarto, imitaremos, semejante, deslizaba, cofre, cofre, rasgados, delicada, religión, inmóvil, es una gitana que ha asesinado a un capitán, sabían, ondulantes, mirad, cierto, vista, interrogatorio, tribunal, calzones, silencio, cargos, humanidad, declamatorio, ásperas, horror, paja, capucha, desfallecidos, confusa, placer, fijamente, tortura, atormentadores, otro, zapatito, caía, paredes, desairado, arte, placer, Altezas, balas, baile, balbuceando, pavimento, inmóviles, alborotado, techumbres, melena, horca, odioso París, aborrecía, mañana, abad, altura, tendido, ventanas, vestida, asilo, rostro, cesta, tiempo, cabra, serenidad, infundada, celda, encima, esquina, conferencia, muerta, maltratase, piedras, testigo, entreverle, suelo, fatales, trúhanes, amargas, vez, artística, indiferencia, ropa, conservas, nudo, largo, vocación, chimeneas, hacienda, Pentecostés, judío, armas, filas, acechando, mazas, censal, operarios, cruje, ariete, Esmeralda, bandadas, asesinos, místico, oro, Francia, radio, terminase, ciudadela, bordado, circular, plata, reloj, mojando, dientes, ligereza, retiro, pluma, sedición, júbilo, feudal, chorlito, motín, orgullo, rincón, vacante, lógico, lograba, villanos, rostro, violencia, asilo, aféitame, despachemos, humo, resplandor, cuclillas, encapuchado, lugares, bóveda, juncos, gitana, fantasma, reposa, facciones, tiemblo, impureza, cabeza, criatura, reclusa, pared, predijo, madre, infundir, monseñor, palmos, hechiceras, difícil, espumarajos, inútilmente, oído, celda, entrar, mañana, abismo, manos, cadáver dislocado, trágico, osario.

En la página 313 de *La fortuna de los Rougon,* habían sobrevivido seis palabras y estaban juntas: "Ya lo ven, caballeros, estoy solo". En la página 191 también han sobrevivido diez palabras de la misma frase: "Hoy me tratan como a la última de las criaturas".

Desde aquellos días y sus extraños procedimientos de lectura, Baggio tenía una extraña impresión respecto de la literatura. Pensaba que, después de todo, cualquier composición literaria no

era más que la reunión arbitraria de una cantidad variable de palabras. Cuando vio las novelas de esos grandes maestros franceses del género narrativo reducida a un par de centenares de palabras, se dio cuenta de que las palabras sonaban redundantes, típicas, y que el secreto de cualquier novela era el modo en que las palabras se reunían o desparramaban. Es cierto que, desde cierto punto de vista, era el genio del autor el que configuraba la secuencia de palabras de modo que adquiriera cierta forma sobre cualquier otra, pero, al mismo tiempo, no podía evitar concluir que también intervenía el azar en el modo en que cierto autor escogía ciertas combinaciones sobre otras y el modo en que esas combinaciones llegaban a tener sentido dependía, en buena parte, del trabajo del azar. Creyó recordar ciertas teorías vanguardistas, ciertos ejercicios literarios radicales y pensó que, después de todo, esos desalmados no estaban tan equivocados. Se dio el tiempo de conseguir y leer algunos escritos de Tristán Tzara y Filippo Tommaso Marinetti y sugerirle esas lecturas al excensor.

—No voy a leer a ninguno de esos degenerados —dijo concluyente el excensor Mauthausen y lanzó un escupitajo sobre los libros.

Con el paso de los días, Kohl se aburrió de las novelas francesas y empezó a sentir que prolongar su estadía en el departamento entrañaba un riesgo difícil de mensurar. Para colmo, sus benefactores solían sorprenderlo con preguntas que el germano consideraba íntimas, la clase de cuestiones que era mejor ignorar: mientras menos supieran, mejor para todos. En el intento de crear una rutina de familiaridad, Baggio solía llevarle el desayuno a la cama, una clase de atención que Kohl percibía como una forma de desgaste: pequeños gestos destinados a hacerlo bajar la guardia más de la cuenta. Una de esas mañanas, Baggio le ofreció huevos revueltos, tostadas, zumo de naranja y café dispuestos sobre una bandeja. Mientras el alemán comía con la torpeza de un animal

acorralado, como si olfateara que alguien le tenía una trampa, Baggio se quedó observando el baúl.

—¿Qué traes ahí, hijo mío?

—Cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas privadas. Cosas de las que un hombre como usted no quiere enterarse.

—¿Un hombre como yo? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé, realmente no lo sé —dijo Kohl y Baggio volvió a sonreír y, al ponerse de pie, acarició el baúl como si fuera el lomo de un animal peligroso o, quizás, una bestia en época de apareamiento.

Esa misma noche, Fognini preparó conejo a la napolitana, al parecer uno de los platos favoritos de Baggio. Tan satisfecho estaba con el guiso que abrió una botella de Barbaresco. Mientras lo saboreaba, aprovechó para recordar que la domesticación de los conejos se debía, en buena parte, al sacerdocio católico.

—Debes saber, hijo mío —explicó—, que los conejos se convirtieron en el método predilecto de muchos sacerdotes para burlar la prohibición de alimentarse de carne en viernes santo, cuaresma y otros días de ayuno carnívoro. El motivo es que, dentro del útero, se les consideraba criaturas marinas igual que los peces o los mariscos. Idea bastante conveniente, a decir verdad. Una tunantería, nada más. A los monjes de entonces les gustó la idea de tener ese plato en sus mesas, considerado un delicioso manjar, ya que comenzaron a criar conejos con entusiasmo. Así fue como estos animalitos, hasta entonces criaturas salvajes, fueron domesticados. En cada monasterio había jaulas dispuestos en patios y jardines y luego corrales para criarlos. Hacia el año 600 de nuestra era, fue el papa Gregorio el que emitió un edicto que permitía comer laurices o fetos de conejo. De cualquier modo, san Gregorio, obispo de Tours, que no debemos confundir con el sumo pontífice, recoge en uno de sus escritos el caso de un pobre diablo que enfermó y murió por comer conejos fetales en fechas proscritas, probablemente por intervención divina.

Tal vez a causa de la sabrosa comida o del licor, Kohl juzgó que estaba llegando el momento de ceder y quiso contar algunas de sus travesuras, tal vez para poner a prueba los escrúpulos de los clérigos. Se quedó mirando un momento la presa de conejo a medio comer sobre el plato, cerró los ojos y recordó su paso por el campo de Ravensbrück, un sitio macabro y pantanoso, ubicado cerca de Fürstenberg, a apenas noventa kilómetros de Berlín. Fue uno de los primeros lugares que visitó en el cumplimiento de sus deberes. Allí, el equipo del doctor Karl Gerhardt, un hijo de puta por el que Kohl no pudo evitar sentir simpatía, efectuaba toda clase de experimentos médicos con mujeres y niñas a las que llamaban *kaninchen*, es decir, conejitas de indias. Kohl se empeñó en verlas y lo llevaron hasta un block infecto, empapado de un hedor insoportable, donde había centenares de mujeres que habían sido sometida a toda clase de cirugías, especialmente en las piernas. El lugar parecía una carnicería. A las pobres diablas les habían cortado tendones y músculos. A algunas podían vérseles los huesos. Las cicatrices eran horribles. Sus heridas eran intencionalmente infectadas con bacterias. Algunas reptaban por el piso, incapaces de ponerse de pie, como gusanos que nunca tendrían capullo. Maravilloso, se dijo Kohl, recordando su breve estadía en Ravensbrück, maravilloso. Es increíble que haya existido un lugar así a apenas noventa kilómetros de Berlín. Un panorama inmejorable para los fines de semana, pensaba Kohl.

Después de oír el relato, Baggio no pudo seguir comiendo, pero Kohl insistió: allí vi también cómo una apisonadora enorme aplastaba a una prisionera que estaba asfaltando el suelo, también vi cómo apenas acabadas de nacer los hijos de las prisioneras eran arrojados contra los muros o ahogados en bateas como si fueran gatos de ojos lagañosos.

—Me hubiera quedado para siempre allí. Parecía la locación de una casita del horror.

Baggio no dejó de notar que Kohl había empleado la palabra "locación", inusual en un soldado sin formación y de vocabulario

limitado; no lo interrumpió, aunque no olvidaría ese detalle.

El germano siguió relatando sus días en Ravensbrück. Explicó que, sin saber muy bien para qué ni por qué, Gerhardt había llevado desde Berlín hasta el campo una pareja de conejos, para los que construyó un corral improvisado con alambradas de púas. Todos los días los alimentaba con zanahorias o manzanas y se sentaba a observarlos cavar túneles o montarse unos sobre otros. Al poco tiempo se multiplicaron y el alimento comenzó a escasear. No era raro que los conejos terminaran devorando a sus propios gazapos. Para cuando Kohl llegó a Ravensbrück, la reproducción se había salido de control y centenares de conejos deambulaban libremente por los alrededores, dotando al lugar de una apariencia extrañamente bucólica y tétrica al mismo tiempo.

Gerhardt ideó entonces un pasatiempo perverso. Con la excusa de que buscaba exterminar a los conejos, sacaba de los barracones a algunas prisioneras con sus heridas abiertas e infectas y las dejaba correr para salir luego a perseguirlas. Corran, les decía, son libres. El Reich ya no necesita de sus servicios. Después se apoyaba contra una pared a contar, como si jugaran a las escondidas, y salía tras las desgraciadas para cazarlas a tiro limpio.

En una de esas ocasiones invitó a Kohl. Este tenía pésima puntería, pero no tuvo inconveniente en salir a perseguir a alguna víctima. Encontró a una de ellas respirando con dificultad detrás de un árbol. Apoyó el cañón del arma sobre su frente; pareció que apretaría el gatillo, pero titubeó. En ese momento, la mujer abrió los ojos y le imploró que disparara. Kohl se quedó mirándola un instante y le dijo:

—Heme aquí. Yo hago todas las cosas nuevas.

—Una vez —contó Baggio paladeando un vaso de vino—, soñé que era contratado para decorar algunos campos de concentración nazi. Yo me paseaba por esos sitios, con un ayudante que tomaba nota por mí, mientras yo daba indicaciones sobre qué camarotes

utilizar para los prisioneros o cómo adornar las distintas habitaciones. Especial concentración dedicaba a las cámaras de gas. Una vez allí, dentro de esos bloques de concreto, advertía que debíamos velar porque ese espacio mantuviera la máxima simpleza. La mayor sofisticación es la sencillez, sentenciaba yo mientras un par de oficiales de las Waffen SS me miraban boquiabiertos, como si estuviéramos en una galería de arte y trataran con un crítico especializado.

Su estadía con los sacerdotes romanos dio a Kohl una idea bastante exacta de cómo se organizaba el éxodo de los nazis desde Europa a Sudamérica. En la operación, Baggio y Fognini cumplían un rol administrativo. A veces parecían espías; a veces, la mayoría de las ocasiones, un par de empleados de una agencia de viajes que planificaban vacaciones permanentes para jubilados. Fisgoneando sus conversaciones y algunos documentos, Kohl se enteró de que la mayoría de los nazis salían de Italia, mientras que otros lo hacían desde Dinamarca y Suecia; algunos, aquellos con espíritu turístico y aventurero, por Galicia, España. Sobre su escritorio, Baggio tenía un mapa de Europa con varias ciudades marcadas con equis como si fueran las pistas para hallar el tesoro de un pirata. Había una ruta que pasaba por los Alpes y que incluía monasterios en Merano y Bolzano, una especie de ruta espiritual. Los contactos de Baggio en Bolzano eran insuperables, pues disponía de toda una red articulada a sus órdenes.

En el departamento, Baggio y Fognini solían tener conversaciones en que hablaban del obispo Hudal, entonces rector del Pontificio Instituto Teutónico Santa María dell'Ánima, un seminario para sacerdotes que provenían desde Austria y Alemania. De hecho, Hudal era el director espiritual de los alemanes residentes en Italia. A Kohl, sin embargo, la asesoría de Hudal no le fue ofrecida.

En el departamento, en un lugar privilegiado, había una fotografía de ese obispo. En la imagen, levantaba la mano derecha

de forma que podía estar espantando a una paloma, saludando a un feligrés que encontró en el camino o haciendo el saludo fascista.

El procedimiento era sencillo. Hacia 1944 el Vaticano comisionó a Hudal para que visitara a los civiles germanoparlantes que estaban prisioneros en los campos de reclusión en Italia. El obispo usó ese puesto para ayudar a que varios nazis huyeran. No era, después de todo, un asunto especialmente difícil de realizar pues la mayoría estaba internada sin papeles de modo que podía darles nombres postizos sin grandes inconvenientes. La Comisión de Refugiados del Vaticano tramitaba todos los documentos de identidad falsos que hicieran falta. Al fin y al cabo, quién podía negarle credenciales al Buen Ladrón. Luego, gracias al Comité Internacional de la Cruz Roja, obtenían pasaportes que les permitían, a su vez, acceder a visas para viajar a Argentina, Brasil o Chile. Todas las semanas, a veces hasta tres veces por semana, Kohl oía sobre camaradas que huían en trasatlántico hacia Sudamérica. Para entonces se familiarizó con el concepto línea de ratas. En jerga náutica, aprendió de boca de Baggio, se llamaba así a los cordones horizontales de las redes que forman un escalón y permiten subir al mástil de un barco. Es decir, un lugar ideal para que las ratas trepen. Al fin y al cabo, las ratas también son criaturas de Dios, se excusaba Baggio.

Kohl creyó, tal vez, que el asunto debía de ser más sencillo de lo que estaba pareciendo; pero, a medida que pasaban los días y las semanas, crecían su desconcierto y su ansiedad, al imaginar que sus huéspedes lo retenían más de lo necesario. Tenía la sensación de que, del mismo modo que ciertos matrimonios se aferran a los hijos sin los cuales la relación se desmoronaría, Baggio y Fognini se esforzaban por retrasar su partida, pues, sin él, podía desatarse un temporal. Se veía a sí mismo como una especie de chivo expiatorio. A veces, durante la cena, tenía la sensación de que los sacerdotes lo miraban devorar su comida con algo parecido a la ternura. Una vez, dejó caer intencionadamente el tenedor al suelo y al agacharse a recogerlo, creyó alcanzar a ver desatarse furtivamente las manos de Baggio y Fognini.

Kohl entendió que Roma y otras ciudades italianas estaban regadas de casas e iglesias que acogían a las ratas que huían desde Alemania. Comprendió, además, que, de cierta forma, los prelados se disputaban hospedar a los nazis más reputados y crueles, porque ello equivalía a poseer cierto estatus. Entendió que mientras más infame la hoja de vida del huésped, mayor estimada era la misericordia y piedad de sus anfitriones. Qué merito hay, solía decir Baggio, en ser bueno con los buenos: ¡Ninguno!, vociferaba golpeando la mesa.

Considerado el alcance de sus propios crímenes –que Kohl tendía a juzgar como travesuras menores–, pensaba que un sujeto como él debía bajar el perfil de hombres como Baggio y Fognini, relegarlos a la condición de figuras secundarias, casi irrelevantes. Aun así, no tenía motivos para quejarse del trato recibido. Resultó curioso que esa misma noche, antes de cenar, Baggio recitara de memoria estos versículos: "*Respondiendo el Rey, les dirá: en verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí lo hicisteis".*

—¿Quién es su rey? —preguntó Kohl.

—El mismo rey de todos, hijo mío. Solo hay un rey a quién debemos servir —dijo, y se quedó mirando hacia la ventana, desde donde podía apreciarse el lento avance de las obras en el Estadio Olímpico.

Pero ¿quién es el rey?, se preguntó de nuevo esa noche Kohl ya en cama, antes de dormirse.

Casi todos huyeron desde Roma, confesó Baggio. Mengele, Eichmann, Rauff, Barbie, Pavelic, Roschman, Stangl, Rudel. Fue como si el flautista de Hamelin tocara su melodía desde Roma.

—Como si todas las ratas lo hubieran oído desde las cloacas de Berlín y hubieran apartado sus hocicos desde la basura que roían para salir marchando sobre una línea invisible tendida entre Roma y Berlín, esta última, por entonces, hay que admitirlo sin vergüenza, hijo mío, una ciudad infecta y en ruinas. Un reino de alcantarillas devastado. Después de Roma: ¡id y pregonad el Evangelio!

—¿Y Hitler? —quiso saber Kohl que había oído la historia de que el Führer tenía una decena de dobles y que no había muerto en Berlín, sino que estaba en un pueblito nevado de Argentina comiendo chocolates y dulce de leche junto a una chimenea.

Baggio se encogió de hombros. Agregó que, en lo que a él respecta, el Führer era un tipo vulgar, común y corriente:

—La suerte que ese ignorante pudo correr me tiene sin cuidado.

—¿Te imaginas, pregunta Fognini, si dentro del baúl estuviera el arca del tabernáculo?

Baggio lo miró como si viese a un estudiante que debe confinar al rincón del salón de clases.

—¿Acaso no sabes —insistió Fognini— que Hitler comisionó a tropas completas la búsqueda del Arca de la Alianza? ¿Acaso ignoras que las tablas de la Ley podían eliminar ejércitos completos?

Fognini, observador perspicaz, se dio cuenta de que la buena comida aflojaba el retraimiento del huésped y preparó saltimbocca para la cena, en una noche más fresca de lo común. Durante la velada, Kohl, más locuaz que de costumbre, se animó a preguntar a qué edad y cómo se habían decidido a ser sacerdotes. Baggio dijo que muy niño, después de leer el *Decamerón*. Fognini quiso reírse, pero Baggio lo miró fijamente y no tuvo más remedio que taparse la boca, como hacen algunas personas cuando se avergüenzan de su dentadura. Fognini, en cambio, había decidido ser sacerdote después de los veinte años cuando se dio cuenta de que ya no podría ser futbolista. Hasta entonces había albergado la esperanza de vestir alguna vez la camiseta de La Loba. Le gustaba, además, la idea de que ciertas personas acudieran a contarle asuntos secretos a los sacerdotes.

—Mi vocación, debo reconocerlo —aclaró— está estrechamente relacionada con el hecho de conocer secretillos en confesión. Si no

existieran tales cosas como los confesionarios, probablemente yo no hubiese sido sacerdote. Tal vez hubiese sido policía o periodista. La confesión —agregó Baggio—, es, si me permite decirle, la piedra angular de nuestra iglesia. El acto de recurrir a otro cuando creemos obrar mal es, sin lugar a dudas un sistema de vigilancia casi perfecto que permite mantener sometidos a los fieles. A eso mismo se debe el éxito de corrientes como el psicoanálisis y por ello, nuestra iglesia, debe oponerse tenazmente a su cada vez mayor popularidad. Para mí, Sigmund Freud fue el Anticristo. Napoleón y Hitler, niños de pecho al lado de ese cretino. Hicieron muy bien en hostigarlo. Debieron ponerlo a trabajar en la cantera. Cualquiera se da cuenta de que el diván está destinado a reemplazar al confesionario. Es una cuestión que salta a simple vista. Así las cosas, el terapeuta es una especie de sacerdote que escucha las confesiones del paciente. Claro que, en ese caso, el terapeuta tiene una ventaja perversa sobre nosotros. Aquel que está tendido sobre el diván habla y habla de forma ininterrumpida y mientras lo hace confiesa algo que ignora que está confesando. Imagine si nosotros pudiéramos montar un sistema semejante, una especie de asociación libre del confesionario. Imagine si las almas contritas entraran al confesionario y comenzaran a hablar, sin detenerse ni censurarse, con la sensación de que, sin darse cuenta, sin sospecharlo siquiera, pudieran confesar un pecado sin saber que lo están confesando, sin saber siquiera si se trata de una falta ante los ojos de Dios. Pues déjenme decir que sería la más perfecta de las máquinas de vigilancia.

—Amén —dijo Fognini.

Fognini olvidó mencionar que, cuando era un niño, escuchó en una escuelita perusina aquella historia en que santo Tomás fue tentado con una prostituta. Según la leyenda, le explicó entonces un profesor, la familia del Aquinate no veía con buenos ojos su deseo de incorporarse a la orden de los dominicos. Para tentarlo, sus hermanos planificaron su secuestro y lo encerraron en un castillo de propiedad familiar. Estando cautivo, metieron a una prostituta dentro

de la habitación con la instrucción intransable de robarle a Tomás su virginidad. Al ver a la mujerzuela y comprender sus intenciones, santo Tomás se acercó a la chimenea, tomó un tizón encendido y lo blandió contra la mujer que comenzó a gritar pidiendo auxilio.

Fognini no olvidó nunca esa historia y, años más tarde, cuando ya casi era un hombre, tuvo ocasión de vivir una experiencia similar, sino idéntica. La familia Fognini era dueña de grandes extensiones de terreno cubiertas de viñedos y el padre esperaba que todos sus hijos se dedicasen a ese negocio. Esos no eran, desde luego, los planes de Máximo. Llegado el momento, su padre encargó a sus hijos mayores que buscasen un modo de hacer desistir a Máximo de tomar una vida religiosa y ponerlo a trabajar en los negocios familiares. Los hermanos no encontraron nada mejor que encerrarlo con una prostituta en la casa de un amigo. Viéndose acorralado, Fognini recordó aquella historia del Tomás de Aquino, pero no fue capaz de expulsar a la prostituta. En lugar de eso, permitió que ella se desnudase y lo desnudara a él y que se esmerase por largo rato en excitarlo. La prostituta intentó por todos los medios posibles que sufriera una erección. En el colmo de la desesperación, se metió el pene blando dentro de la boca y estuvo succionándolo un rato sin éxito. Mientras, Fognini se repetía mentalmente algunas sentencias de Pedro Lombardo. Finalmente, al cabo de un par de horas, la mujer salió del lugar cabizbaja y con el orgullo herido, devolviendo avergonzada parte del dinero que le habían entregado.

Máximo, en cambio, salió victorioso, satisfecho de haber resistido a cada uno de los envites de la puta. Se dijo a sí mismo que su triunfo era, incluso, mayor al del Aquinate, pues él había sido capaz de resistirse a las calculadas técnicas amatorias de la puta perusina, mientras que santo Tomás había preferido evitarlas para no caer en tentación. Interpretó, también, que aquel episodio era, evidentemente, una prueba de Dios para corroborar el tamaño de su vocación y, así las cosas, ya no hubo vuelta atrás y llegado el momento viajó a Roma para iniciar su formación sacerdotal. Su padre juzgó a su hijo un caso perdido y no tuvo objeciones. Ni

siquiera fue a despedirlo. Mi hijo está muerto, mugió. El joven Fognini se sentía, en cambio, más vivo que nunca.

Sin darse cuenta, Fognini se embriagó con el vino y comenzó a recitar, desordenadamente, un fragmento del *Flautista de Hamelin* de Browning, aquella estrofa en que el flautista toca tres notas y comienza a escucharse en la ciudad como si un ejército se pusiera en marcha. Para parecer más divertido, se subió sobre una silla, como si hubiese ratas revoloteando por el comedor, sosteniendo los bordes del delantal que llevaba encima como si fuera una pollera. Baggio, sin muchas ganas, tomó un cuchillo y comenzó a soplar como si fuera una flauta. Kohl lo imitó. Fognini recitó con voz afeminada:

Ratas grandes, ratas pequeñas, ratas flacas, ratas fornidas,
Ratas marrones, ratas negras, ratas grises, ratas tostadas,
Serias viejas aplicadas, alegres jóvenes juguetonas,
Padres, madres, tíos, primos,
Con sus colas paradas y sus bigotes erizados.
Familias por decenas y docenas,
Hermanos, hermanas, maridos, esposas–
Siguieron al flautista con gran entusiasmo.
Calle tras calle él sopló avanzando,
Y paso a paso ellas lo siguieron bailando.
Hasta que llegaron al río Weser,
¡Donde todas se zambulleron y murieron!

En el último verso, Fognini dio un paso en falso, trastabilló y se golpeó sobre el piso. La silla, para beneplácito de Baggio, no sufrió ningún daño. Estuvieron riendo un largo rato.

Más tarde, cuando los platos estaban vacíos y los dedos tamborileaban sobre la mesa, hubo un curioso incidente. Fognini, intentó abalanzarse de repente sobre Baggio para besarlo en la boca

y este lo rechazó con un empujón que lo arrojó sobre el piso. Fognini se quedó un momento sobre la alfombra y luego salió corriendo hasta la cocina, como si fuera la Cenicienta buscando la puerta de salida a la medianoche. Allá fue a consolarlo Kohl o, tal vez, fue a corroborar si se sentía lo suficientemente humillado. Fognini, con las manos húmedas de lavavajilla, fregaba los platos y vasos de la cena, llorando y recitando muy despacio otros versos del poema de Browning:

A la primera nota de la flauta
Escuché un sonido como de tripas que se agitan,
Como de manzanas, maravillosamente maduras
Cayendo dentro de un lagar de cidra,
Y de un abrir de frascos de pickles,
Y de entornar de tapas de conservas,
Y de un descorchar de frascos de aceite,
Y de un romper las cubiertas de los barriles de manteca,
Y de parecer, en fin, como si una voz
(Más dulce que la voz del arpa)
Dijera, ¡Oh ratas, disfruten!
¡El mundo se ha convertido en una gran cocina!
¡Entonces coman, masquen, tomen sus viandas,
Desayuno, almuerzo, cena, refrigerio!
Formando todo un compacto jugo azucarado,
Y justo cuando estaba por alcanzar
Ese compacto barril de delicias,
Que brillando como el sol
Parecía decirme: "¡Ven, perfórame!"
Me vi arrastrada por el río Weser.

La noche siguiente, cuando ya estaba en pijama, Baggio golpeó suavemente la puerta de la habitación de Kohl y entró sin esperar respuesta. Traía un libro entre sus manos. Una edición de 1934 de *Psicología de masas del fascismo* de Reich.

—El excensor de Mauthausen —explicó Baggio—, dejó este libro. El volumen estaba destripado y casi no tenía páginas.

Baggio le explicó a Kohl que todos los días a la hora de la cena, el suboficial nazi sacaba un par de páginas para usarlas como servilleta. Algunas, desde luego, las usó también como papel higiénico.

En cierta ocasión, embargado de ánimo aventurero, Kohl salió a dar un paseo por los alrededores de la construcción del estadio. De nuevo, tuvo la sensación de que ese sitio era un viejo castillo embrujado y que los obreros, que no veía por ninguna parte, eran simplemente fantasmas condenados a repetir las mismas acciones inútiles cada día. ¿A alguien le importaba, en realidad, terminar de construir ese coliseo? ¿Habían empezado en realidad? En efecto, el lugar siempre estaba cubierto de una neblina espesa y muy húmeda, que no dejaba apreciar con claridad el modo en que las obras avanzaban.

Cuando regresó, encontró a Baggio desnudo sobre el sofá de la sala de estar, cubriéndose la entrepierna –¿para ocultar una erección?– con un libro de Plutarco, algún tomo de *Vidas paralelas,* un volumen que no había visto nunca en la casa. Kohl alcanzó a escuchar los pasos de Fognini corriendo a esconderse en su habitación, la puerta cerrándose. La escena resultaba hilarante, pero Kohl no pudo evitar sentir algo de repulsión y después de fulminar a Baggio con la mirada fue a refugiarse a su habitación, dando un portazo, igual que un adolescente que sorprende a sus padres en alguna actitud indecorosa.

Una de esas tardes ociosas, mientras la luz se filtraba oblicua por el departamento, Baggio le pidió a Fognini que sirviera té y le guiñó un ojo. Al cabo de un momento, Fognini regresó con un maravilloso

juego de té de color cobrizo: piezas geométricas dispuestas sobre una bandeja del mismo material.

Era la primera vez que Kohl veía algo como eso. Aunque no podía tener idea de que se trataba de una pieza diseñada y fabricada en la Bauhaus, no pudo dejar de reconocer que era hermosa.

Baggio se dio cuenta de que Kohl no tenía idea de lo que tenía al frente.

—Un nazi como usted debiera tener claro que esta pieza no causaría una grata sensación entre sus pares —sentenció—. Si me permite decirlo, es lamentable el grado de desarrollo cultural de algunos de ustedes, realmente lamentable. Cuando lo veo, comprendo por qué el III Reich terminó viniéndose abajo, hijo mío.

Entonces, le habló de Bauhaus y las persecuciones de que fue objeto, antes de explicar cómo lo había conseguido. Un nazi la había robado durante un allanamiento absurdo y luego vendido a alguien más, un buen amigo de Baggio que vivía en Génova. A su vez, este amigo, conocedor del gusto de Baggio por el diseño, se la había obsequiado. Después de la explicación, Baggio ya no dijo nada más, molesto en parte por la ignorancia de Kohl, pero sobre todo por el hecho de que nunca podría ufanarse de esa pieza de arte que ocultaba en su cocina igual que alguien guardaría oro en las bóvedas de un banco. A quién más, sino a uno de esos infames, podía mostrarle ese artefacto sin vergüenza o culpa, sin tener que dar, al menos, alguna buena explicación. Se sentía como el ogro que cuenta sus monedas de oro encerrado en la torre de un castillo, atesorando una calderilla que no iba a servirle para ninguna clase de intercambio.

De vez en cuando, Kohl dejaba caer alguna indirecta sobre su deseo de conocer un poco más de Roma y de dejar atrás las tardes interminables en el encierro del piso de los agustinos. Extrañaba los días en que recorría Europa en tren. Por alguna razón, Baggio consideró que el zoológico sería un buen destino para distenderse y

lo invitó a dar un paseo por Villa Borghese. Al germano no le pareció una mala idea, aunque habría preferido, en el fondo, una caminata por Via Veneto o por Via dei Condotti.

Una vez allí, el sacerdote le contó una historia del profeta Eliseo:

—Eliseo iba subiendo una colina para entrar a Betul y unos rufianes comenzaron a burlarse de él y de su calvicie. Eliseo se dio vuelta, los miró y los maldijo en el nombre del Señor. Acto seguido, salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos hombres. Como podrás ver, hijo mío, el señor obra a veces de maneras misteriosas, pero a veces lo hace también con celeridad.

Más allá pasaron frente a una jaula de chimpancés. Baggio le recordó a Kohl que en Alemania existió un feriante que hacía levantar el brazo derecho a unos chimpancés amaestrados, igual a como hacían los nazis. Cada vez que divisaban un uniforme en la calle, aunque fuera el de un cartero o portero de hotel, los monos hacían el saludo hitleriano. El feriante debió invertir un buen número de horas en adiestrar a los monos para que realizaran tal hazaña. Poco después se publicó una orden que prohibía el saludo a los monos, bajo amenaza de sacrificio en caso de desacato.

—No pienses, hijo mío, que esa clase de sandeces es exclusiva del Nacionalsocialismo, no debe usted sentir vergüenza. Se trata de un asunto especialmente frecuente en otras épocas. En el siglo XIV, por ejemplo, hay registros que documentan que una gocha, es decir un cerdo hembra, fue enviada al patíbulo por haber entrado de forma no autorizada a una casa donde comió la cara y los brazos de un niño que murió a causas de las heridas que le propinó el animal. Se ordenó celebrar un juicio contra la marrana que no se defendió, desde luego, y fue condenada a morir en la horca, además de padecer la afrenta de ir al patíbulo vestida con ropas de persona. En el siglo XVI, en Toledo, una ciudad hermosa, un cerdo devoró a un niño. El animal había tenido la ocurrencia de saciar su hambre en Viernes Santo y atreverse a comer carne el día de los padecimientos de nuestro señor, Jesucristo, lo condenó irremediablemente. En esa ocasión, ocurrió además algo especialmente hilarante. Todos los

propietarios de cerdos de Toledo fueron obligados a llevar a sus animales a presenciar la condena, para que presenciaran lo que podía llegar a sucederle si perpetraban un crimen semejante. Ignoro si el cerdo causante joven príncipe Felipe, primogénito del rey Luis VI de Francia, corrió una suerte similar. Como usted sabrá, el príncipe murió luego de sufrir una grave caída mientras cabalgaba con sus amigos por un barrio de París. La culpa, sin embargo, no fue del caballo ni del empedrado del camino, sino de un cerdo citadino que se cruzó en la carrera del caballo haciéndole trastabillar y caer a Felipe que se golpeó la cabeza sobre la acera. Un cerdo vulgar, común y corriente, culpable de la muerte de un rey coronado hace apenas un par de años. Lo tildaron de diabólico. Claro que no todos los cerdos son diabólicos, hijo mío. Piensa en San Antonio quien es acompañado, en ciertas iconografías por un pequeño cerdo bonachón, un cerdito que no tendría inconvenientes en tenderse panza arriba para dejarse quitar un trozo de tocino de una mordida. Este asunto merece especial atención. Como usted sabe, San Antonio y sus tentaciones fueron siempre objeto de representación iconográfica. El Diablo intentó tentarnos de diversas maneras: mujeres desnudas, enanos odiosos, viejas flacuchentas y una serie de bestias salvajes, como leones, lobos, osos, toros, escorpiones. Más tarde, comenzaron a aparecer lobos y jabalíes. Al final, después de largos años, el único animal que permaneció en el bestiario infernal fue el jabalí. Con el correr de los siglos, el jabalí, o cerdo salvaje, se convirtió en un simple cerdo doméstico y comenzó a retratársele como un fiel compañero del santo durante sus comidas y oraciones. Esto sería inimaginable para el judaísmo o el islam que considera al cerdo un animal impuro e inútil, un basurero ambulante, en el mejor de los casos. Lo que a mí me resulta interesante es la forma en que el paso del tiempo y el cambio del paisaje, desde el desierto de Egipto hasta los bosques europeos, transformaron a un animal carroñero y salvaje en buena compañía para un hombre santo. Los bosques, hijo mío, son capaces de pervertirlo todo y transformar incluso a un cerdo en una mascota. No es extraño que

la batalla de las Ardenas haya tenido lugar en un bosque. Cuídate de los bosques, hijo mío, cuídate de los bosques. Y también de las playas. Los desiertos, en cambio, anhélalos con toda el alma.

Sin saber por qué, mientras veían a los primates, Fognini volvió sobre la cuestión del Reich.

—Lo que cualquiera debe reconocerles a ustedes, los nazis, es que llevaron la burocracia a un nivel francamente inaudito. Si alguien me hubiese dicho que algo semejante pudiera hacerse yo no le habría dado crédito. Quiero decir, han demostrado que la burocracia puede conseguir lo que sea y, lo peor de todo, es que han demostrado que, con disciplina y repetición, con ensayo y error, hasta el más idiota de los tipos puede estar a cargo de semejante tarea. Es decir, hasta un descerebrado puede ser capaz de una proeza si lo hace metódicamente y sin apartarse de un plan diseñado con cuidado. Piense en Eichmann, no logro imaginar a un tipo más obtuso que ese y, sin embargo, se las arregló para montar una maquinaria de exterminio que no puede despreciarse. Una tarea logística como he visto pocas veces y cuyo grado de éxito no puede ser discutido, o, en caso de discutirlo, tiene muchísimos puntos a favor. Han convertido, esto hay que reconocerlo, la muerte en una cuestión del área de la producción. La cuestión, al menos cierta cuestión del nazismo, puede traducirse en la pregunta qué le haría un empresario a otro: ¿cuántos muertos pueden producirse en un día y de cuántos de esos cadáveres pueden deshacerse en veinticuatro horas? De hecho, demostraron también que, superadas ciertas cifras, el asunto llega a niveles imposibles de manejar. Los estadounidenses, que son un pueblo vulgar, después de todo, ridiculizaron toda esa belleza arrojando esas bombas sobre Japón. Qué falta de elegancia, por Dios, propia de ese pueblo bastardo.

Mientras hablaban frente al cercado de los chimpancés, otros visitantes pasaban y hacían muecas a los primates. Una mujer, que llevaba un bebé sobre una carriola, le pidió a Baggio una bendición. Cuando la mujer se alejó, Baggio le miró el culo, una mirada que el

germano no supo si debía interpretar como envidia o deseo, y continuó:

—Es decir, esas cámaras de gas, los hornos crematorios, las fosas de cenizas, los cerros de judíos muertos, todos esos cadáveres apilados es realmente una logística envidiable. Piense usted, qué podría hacer alguien si de la noche a la mañana su espacio vital se repletara de millones de maniquíes de los que no tiene cómo deshacerse. Pues encuentra un modo de sacarles provecho. Como usted sabe, hubo experimentos para hacer jabones con la grasa de los prisioneros muertos. A mí, debo decirlo, no me hubiese hecho gracia jabonarme con un rabino. Por fortuna, eso no resultó, lo que sí resultó es que les quitaban el cabello para hacer pelucas.

Baggio se acercó a un vendedor de maní, y este le regaló una bolsa y, a cambio, se conformó con una bendición anodina. El sacerdote agustino siguió hablando mientras arrojaba los cacahuates a la jaula de los simios:

—Por cierto, no sé si sea cierta, pero oí la historia de una mujer que enloqueció cuando se enteró de que su peluca estaba hecha con los cabellos de una judía muerta en algún campo de concentración en Polonia. Me la contó un sacerdote amigo de Brescia. Un día cualquiera, una mujer acude a la iglesia y le pide confesarse. El sacerdote camina con ella hacia el confesionario y en cuestión de un momento, aún sin que mi amigo pregunte nada, la mujer comienza a llorar, en un estado nervioso alterado y le dice que acaba de descubrir que lleva puesta una peluca que ha sido fabricada con pelo de una judía muerta en manos de los nazis. El sacerdote, más que nada por morbo, le pregunta detalles mientras mira de reojo el cabello de la devota arrepentida. Cómo está segura de eso, cómo llegó a sus manos, en qué campo murió la infortunada judía, desde cuánto que ella necesita peluca y por qué. La mujer desconsolada no logra explicar bien cómo tiene la certeza, pero jura que no tiene ni una sola duda. El sacerdote intenta consolarla y después de un par de minutos la envía a casa sin ninguna penitencia, ella no ha cometido ningún pecado, en todo caso lo ha cometido los que

mataron a la judía y luego profanaron su cuerpo dejándola calva como a un maniquí. No, ella está libre de pecado, en todo caso es un pecador aquel que le ha hecho llegar la peluca conocedor de su origen. En fin, la envía a casa y le pide la dirección por qué irá a visitarla mañana. Se compromete a llevarle el dato de un buen especialista en dermatología que pueda ayudarle con la alopecia que le afecta. El asunto es que al día siguiente mi buen amigo, el sacerdote de Brescia, fue en su vehículo hasta la dirección y cuando estaciona el auto se da cuenta que hay alboroto en la casa de la numeración que le han dado. También hay una ambulancia y personas llorando. Entonces se entera de que la mujer esperó quedarse a solas en la casa, cerró las ventanas asegurándose de evitar fugas con toallas dobladas en los marcos y se ahogó con el gas del horno de la cocina. Valiéndose de que los policías lo conocen el sacerdote entra y ve con sus propios ojos la escena del crimen. La mujer está desnuda, sin peluca y con la cabeza metida aún dentro del horno. A pesar de que han abierto las ventanas el olor a gas se resiste a abandonar la casa. Mientras mi amigo está allí llega el padre de familia y se desmorona, desconsolado. Aprovechando el desconcierto y el ajetreo el sacerdote avanza por un pasillo, deja atrás un cuarto de baño donde el grifo está corriendo y entra a una habitación donde encuentra sobre un tocador está la peluca sobre una cabeza de soporte. Sin saber por qué la toma, la guarda entre la sotana y sale del lugar con expresión compungida y prometiendo que orará por el descanso eterno del alma de la pobre mujer. Hasta el día de hoy tiene esa peluca consigo.

—¿Y qué hace con ella? —preguntó Kohl.

—No lo sé, hijo mío, no lo sé y, francamente, no quiero enterarme.

Cuando se iban retirando del zoológico Baggio le preguntó a Kohl si estaba en Berlín cuando la RAF bombardeó y dañó el Zoo. El alemán dijo que no. Baggio dijo que tenía entendido que en medio del fuego y el humo yacían cuerpos de humanos y animales destripados, especialmente caimanes y cocodrilos.

—Es una lástima —agregó—, que usted no pueda aportarme nada al respecto, me hace gracia imaginar los cuerpos de esos reptiles destazados en medio de la noche iluminada por los bombardeos. Leviatán, querido hijo mío, Leviatán.

—Bueno, le he dicho todas estas cosas, en apariencia incoherentes, dispersas, en todo caso —dijo Baggio al volante del Fiat, mientras regresaban al departamento—, porque he estado pensando en ciertos asuntos. Ustedes, y sus prácticas, han llevado los asuntos de la vida y la muerte tan lejos, es decir, han dejado atrás un borde tan peligroso, hemos quedado pendiendo de un abismo a tal punto que no sería extraño que la vida de los animales adquiera un estatus particular en el futuro, pues, de cierto modo, la vida de cualquier animal ha quedado equiparada a la de los seres humanos. Cuando algunos seres humanos son capaces de exhibir el desprecio que ustedes exhibieron por otros seres humanos, es inevitable que algo suceda en el modo en que tenemos de relacionarnos con la vida y lo que entendemos por la vida y la muerte.

Mientras el sacerdote hablaba Kohl se distrajo con un carabinero que dirigía el tráfico.

—La sola idea de zoológico será transformada, tarde o temprano, o eso creo. No puede ser de otra manera, después de que decenas de miles de seres humanos hayan sido confinados en un espacio tan reducido como el gueto de Varsovia, ¿sabe cuánto medía?

Kohl no tenía idea de cuánto medía exactamente, pero cerró los ojos e imaginó a un elefante forzado a entrar en una bañera.

—Pues déjeme decirle que estamos hablando de un tercio de la población forzada a comer, vivir, fornicar y orar en un espacio diminuto, equivalente, más o menos, al tres por ciento de la superficie de la ciudad. Es decir, un zoológico repleto de jaulas y especímenes redundantes. Eso era el gueto, hijo mío. No tengo dudas de que algunas bestias en cautiverio vivían en mejores condiciones. Y, entonces, qué.

En medio del tráfico de Roma, detenidos frente a un semáforo, vieron aparecer a dos rabinos. Venían conversando, animados. Kohl se enderezó en el asiento para echar un vistazo.

Baggio se quedó mirándolo como si el bávaro fuera un perro de cacería a punto de arrojarse sobre los conejos en el descampado.

—Hijo mío, no te aferres a las apetencias del pasado.

Kohl se quedó mirando a los rabinos por el espejo retrovisor.

Al llegar al departamento, Kohl se dio cuenta que el lugar olía distinto. Fognini había pasado la tarde entera en la cocina, de donde salían aromas francamente apetecibles, y se paseaba exultante vestido de delantal. Estaba preparando faisán apegándose a las instrucciones de un recetario que alguna vez le compartió una monja siciliana. El germano quiso husmear el origen de los aromas, pero Baggio le pidió que esa noche permaneciera encerrado en su cuarto, como a un niño impertinente.

Desde allí oyó llegar a los invitados y, luego, el ruido de las sillas acomodándose y el de las copas y los brindis. Más tarde, oyó también risotadas y bromas destempladas. Uno de los convidados se permitió, de hecho, hacer una broma sobre judíos y hornos crematorios. Alguien más lo secundó y preguntó en qué se parecían los judíos y los zapatos. Hubo un silencio expectante y agregó que ambos eran más fáciles de encontrar en 39 que en 45. Luego de un instante de silencio hubo risotadas estruendosas.

En algún momento de la noche, Kohl sintió deseos de orinar y salió al pasillo. Se quedó ahí un momento, inmóvil, y vio, como si cometiera una imprudencia, que solo había sacerdotes sentados a la mesa. Todos llevaban sus hábitos puestos, pero de algún modo parecían que estaban disfrazados en una fiesta. Uno de ellos, un obeso cuyo pecado sin duda era la gula, estaba de pie y gesticulaba con vehemencia, señalando una reproducción de *Entrada de Cristo en Bruselas* colgada en una de las paredes de la sala de estar. Pero no hablaba ni de Ensor ni de arte cristiano, ni siquiera de Cristo o de

Bruselas. En lugar de eso, a Kohl le pareció que estaba hablando de Mussolini y de la marcha hacia Roma de 1922.

Un momento después, el gordo se dejó caer aparatosamente sobre el comedor, y comenzó a gimotear recordando los cadáveres colgando en la plaza de Milán, como si Mussolini fuera Cristo y Clara Petacci, María Magdalena.

Alguien más tomó una Biblia del aparador y comenzó a leer un versículo de la Carta a las Tesalonicenses: "El mismo señor, vociferó, como si estuviera predicando, descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero". Acto seguido comenzó a describir aquella ocasión en que un comando de paracaidistas de la Wehrmacht, liderado por el mismísimo Otto Skorzeny, liberó al Duce de su encierro en el Hotel de Campo Imperatore. Narró la escena como si hubiera estado ahí, como si estuviera recitando un poema épico escrito de puño y letra por Ludovico Ariosto. Mussolini, vestido de negro riguroso, caminaba sonriente entre los paracaidistas rumbo al avión que iba sacarlo de Italia. En boca del sacerdote la avioneta parecía el carro de fuego que llevó a Enoc hasta el Reino de los Cielos.

Más tarde, los oyó cuchichear sobre niños. Hablaron sobre niños judíos y niños gitanos y también sobre niños croatas y niños polacos y daneses, incluso hablaron de niños del sur de Italia. Mencionaron también ciertos espectáculos de *peep show* en países exóticos donde a cambio de poco dinero un buen hombre podía ponerse del otro lado de la mirilla para ver a unos mocosos desnudándose. También hablaron de orfanatos como si hablaran de barrios rojos o fumadores de opio. Cuando la conversación subió de tono, Baggio los hizo callar bruscamente. Fognini se puso de pie para recoger los platos. Una copa cayó al suelo y se rompió.

Al llegar el momento de las despedidas, Kohl oyó a dos, quizá tres, sacerdotes cuchicheando en el baño. Uno de ellos dijo que el mayor aporte de la cultura grecorromana a Occidente era la pederastia, como una necesaria forma de introducción de los

púberes a la sociedad adulta. Otro añadió que el mismísimo Zeus tenía a un jovenzuelo Troyano, Ganimedes, como uno de sus amantes favoritos. Los oyó orinar y bromear sobre sus miembros. Alguien, carraspeando, agregó que suscribía plenamente a la filosofía neoplatónica de Galeno, el cual percibía a la mujer como un hombre invertido o inferior. La mujer, agregó alguien, un hombre imperfecto, es decir, a alguien que carece de la fuerza y la intensidad del calor vital, elemento responsable de la evolución del cuerpo hasta la perfección ontológica del macho.

Kohl se dio cuenta de que, al salir del cuarto de baño, uno de los sacerdotes se acercó hacia la puerta de su cuarto e intentó girar el pomo repetidas veces.

—Máximo, Lucas, ¿a quién tienen escondido acá? Qué clase de misterio es este. Solo me resta citar al libro de Génesis, capítulo 19, versículos 4 y 5 —dijo riéndose.

Más tarde, cuando todo se quedó en silencio, el alemán salió de la habitación en punta de pie y buscó una Biblia. Con la ayuda de una linterna buscó y leyó los versículos citados, los que narraban cómo los varones de Sodoma rodearon la casa de Lot para exigirle, con oscuras intenciones, que sacara a la calle a los hombres, dos ángeles, que se hospedaban con él.

A la mañana siguiente, Kohl se levantó muy temprano. Baggio no estaba por ninguna parte y Fognini se esmeraba limpiando el desorden de la noche anterior. Ya había lavado la vajilla, se había deshecho de las botellas de vino vacías y estaba vaciando los ceniceros. Las ventanas estaban completamente abiertas para deshacerse del olor a encierro y a tabaco. Fognini le sirvió desayuno a Kohl y luego se sentó junto a él en la mesa, igual que una mucama toma un descanso para conversar con el chofer o el jardinero de la casa.

—Ayer oí un chiste sobre judíos —le dijo—, ¿quiere oírlo?

Hurgueteando, Kohl encontró un álbum fotográfico. En una de las fotografías Baggio aparecía disfrazado de soldado romano y Fognini de Herodes. En otra, Baggio estaba vestido con la camiseta de Lazio, abrazando a un jugador de buzo. Otra más: Fognini en la cocina preparando una pizza. Baggio con la camiseta de la selección italiana. Fognini con un libro entre las manos, una novela de Emilio Salgari cuyo título no alcanza a apreciarse. Baggio en bicicleta. Fognini con la camiseta de la Roma. Otra fotografía de una fiesta de disfraces. Fognini vestido de mayordomo. No es posible ver el atuendo de su acompañante, pues la silueta junto a él, probablemente Baggio, ha sido recortada. A juzgar por la forma, sin embargo, es posible aventurar que está disfrazado con un atuendo militar, tal vez Mussolini o Hitler. Baggio abrazando a un sacerdote que luce la camiseta de un equipo de fútbol, de Sampdoria, específicamente. Baggio dando misa desde el púlpito. Fognini apuntando hacia algún detalle de la Capilla Sixtina que no alcanza a apreciarse. Baggio, con una gorra Baker, camina sobre un sendero de piedra cubierto de nieve. Fognini, con ropa de nieve –probablemente sean las mismas locaciones de la fotografía anterior– sostiene a un conejo muerto por las orejas. Hay nieve sucia de sangre en sus botas de goma. Baggio, vestido para dar misa, saluda con la mano estirada a la usanza de los nazis. Una fotografía tomada desde la explanada de la Plaza de San Pedro. A lo lejos se ve una pequeña figura vestida de blanco, probablemente Pío XI. Baggio y Fognini vestidos con la camiseta de la Roma. Baggio se ve francamente incómodo; con toda seguridad está pagando una apuesta. Unas manos sostienen una Biblia abierta en una página en que puede apreciarse un versículo de Mateo subrayado: "Y habiéndole crucificado, se repartieron sus vestidos, echando suertes". Fognini abrazando por la espalda a un monaguillo que tiene rostro de sorpresa e incomodidad. En un rincón de la fotografía se aprecia a Baggio riendo de buena gana. Fognini y Baggio abrazando

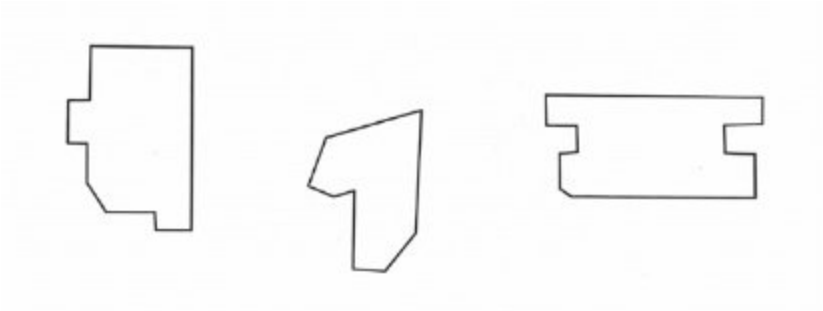
a Giuseppe Meazza, o alguien muy parecido a él, que sonríe hacia la cámara. Baggio fumando un habano. Fognini fumando un habano. Un obispo, con anteojos de sol, fumando un habano; tiene una revista de farándula sobre el regazo. Baggio y Fognini con ropa deportiva delante del Monumento a la Victoria en Bolzano. Baggio, en medio de una montaña tapiada de árboles, apunta hacia una especie de castillo, simulando una espada con su brazo, como si fuera el príncipe que amenaza con ir hasta el palacio de la Bella Durmiente. En la última de las fotografías, aparece Fognini fingiendo estar dormido en medio del bosque. Más allá, Baggio simula tener un hacha imaginaria entre las manos que le ayuda a talar un árbol.

¿Cómo metes a cien judíos y cuatro nazis en un auto? Dos nazis adelante, dos atrás y los judíos en el cenicero.

Una noche, cuando Kohl ya se sentía por completo a gusto, después de cenar y recoger la mesa, se arremangó la camisa para fregar los platos. Baggio, sin embargo, le hizo un gesto para que regresara al comedor.

—Vamos a divertirnos un rato— dijo.

Kohl pensó que iban a jugar naipes o algún pasatiempo de salón, pero, en lugar de eso, el sacerdote tomó una servilleta y un bolígrafo y comenzó a dibujar algo: una serie de figuras geométricas. Cuando terminó, al cabo de tres o cuatro minutos, puso la servilleta delante de Kohl.



El alemán se quedó mirando el dibujo.

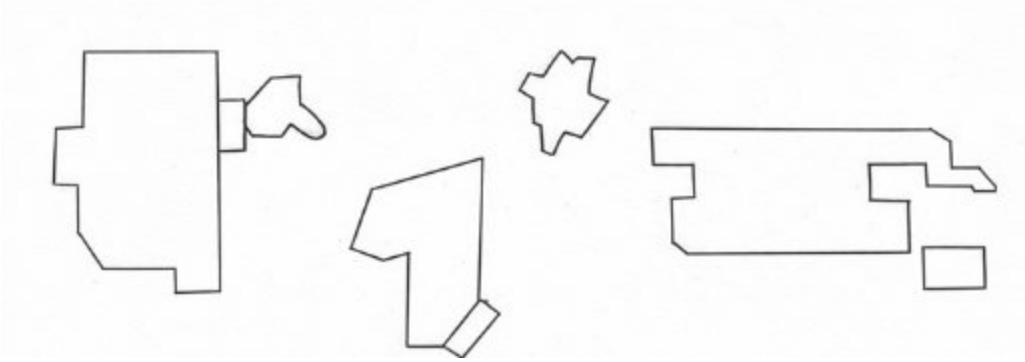
—¿Qué es esto? —preguntó Baggio.

Kohl se encogió de hombros. Fognini pasó junto a la mesa con una escoba esquivando las sillas. Les pidió recoger las piernas.

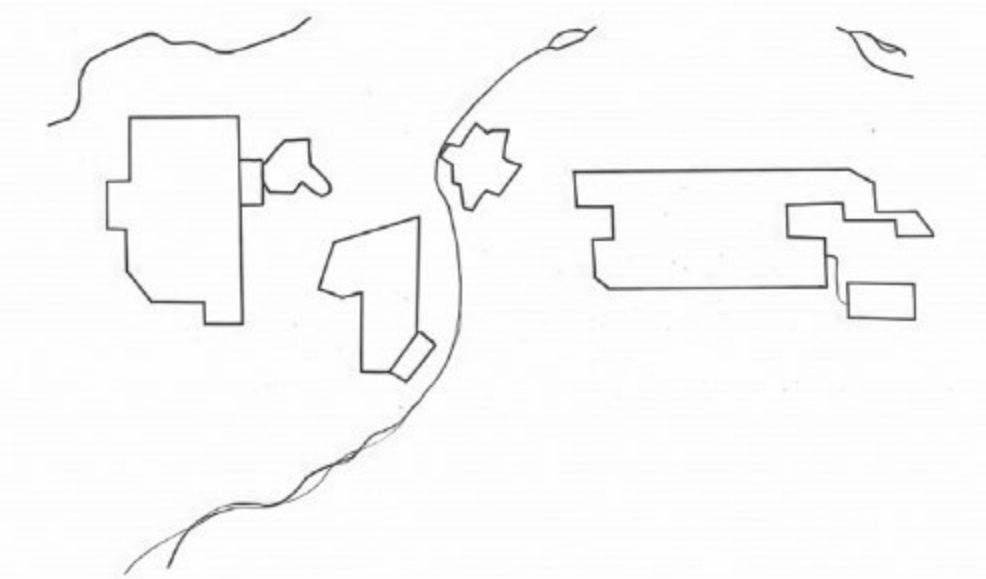
—Haz un esfuerzo, hijo mío —insistió Baggio.

Kohl volvió a mirar el dibujo. Giró la servilleta. Nada. Pensó que se trataba de uno de esos juegos de ingenios en que deben hacerse calzar piezas para formar alguna figura, un juego de perspicacias, es decir, la clase de divertimentos en las que él era un completo incompetente. Volvió a girar el dibujo. Fognini se rio como una hiena.

Al ver el desconcierto de Kohl, Baggio volvió a tomar la servilleta y agregó, sin dudar, nuevas figuras.



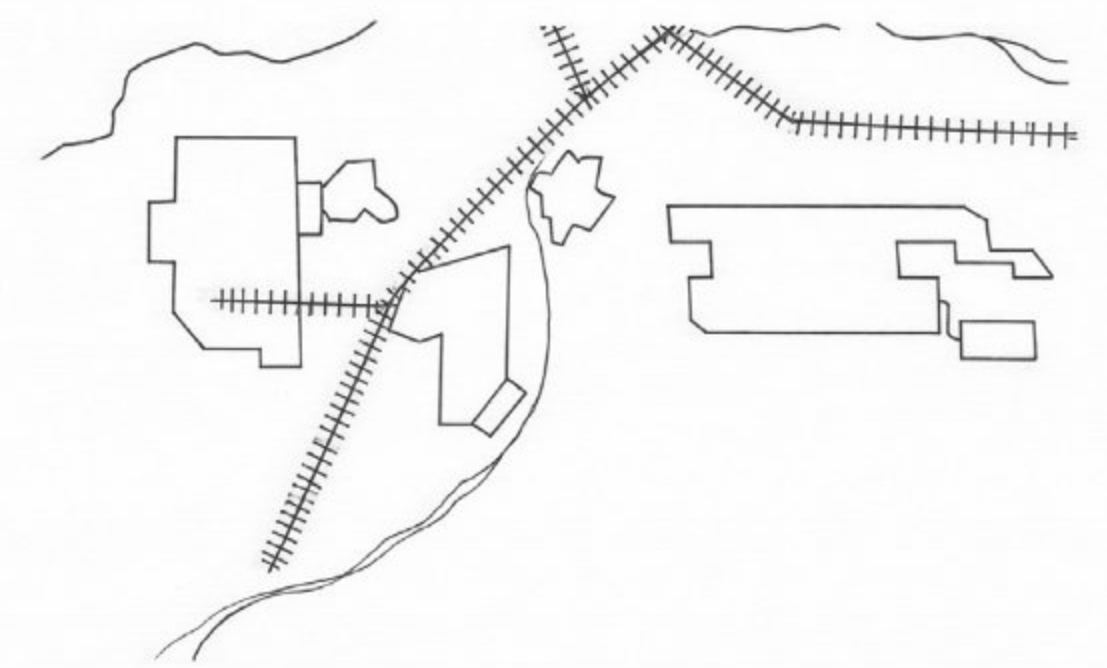
La figura añadida dejó aún más perplejo a Kohl. Pasaron cinco minutos en que Fognini pareció perder la cabeza. Baggio, en cambio, parecía más complacido que nunca. Volvió a pedir el dibujo y fue agregando líneas curvas de distintos tamaños.



Esta vez, una ampolleta mortecina se iluminó apenas en el pasillo largo y vacío que era la cabeza de Kohl:

—¿Es un croquis? —preguntó.

Al cabo de veinte o treinta minutos de silencio sepulcral, Baggio volvió a tomar la servilleta y comenzó a dibujar, con la mano derecha, algo que ocultaba simultáneamente con la izquierda, como si estuviera rindiendo un examen e intentara mantener sus respuestas a salvo de un estudiante fisgón. Luego de un momento, descubrió al fin el dibujo terminado, como si fuera la combinación ganadora en una partida de póquer.



Kohl sonrió y Baggio preguntó, en italiano, si estaba seguro de haber servido alguna vez en Auschwitz. Fognini le dijo que no se preocupara: ninguno de los huéspedes anteriores había resuelto nunca el acertijo. Kohl cerró los ojos y recordó los bosquecillos de abedules de Birkenau, tan cerca del campo principal que el recuerdo de uno arrastraba inevitablemente al otro. Le pareció volver a respirar el olor a cabello quemado que había percibido entonces.

Kohl bostezó dando a entender que había sido un largo día, pero los pasatiempos de Baggio recién estaban comenzando. Pidió a Fognini que trajera una Biblia pequeña, de bolsillo, y luego le indicó que buscase el Primer Libro de Reyes, capítulo 6. Lo encontró sin mirar el índice, como si diera al azar con un número del directorio telefónico. Leyó: El templo erigido por Salomón a Yavé tenía 60 codos de largo, veinte de ancho y treinta de alto. El vestíbulo de delante del santuario tenía 20 codos de longitud a lo ancho del edificio y diez codos de anchura, a lo largo del mismo. La planta baja tenía cinco codos de anchura; el piso del medio, seis, y el tercero siete; pues había dispuesto en el muro exterior del templo, todo en

derredor, una entalladura, para no tener que empotrar en los muros del edificio.

Mientras Fognini leía, Baggio dibujaba ensimismado sobre una servilleta completamente desplegada. De vez en cuando, interrumpía la lectura de Fognini, como si le diera órdenes a un monaguillo, para agregar algunos comentarios dispersos.

—En la construcción del templo —siguió leyendo Fognini—, se emplearon piedras entalladas en la misma cantera, de suerte que mientras se construía el edificio no se oyó golpe de martillo, de hacha u otro cualquier instrumento de hierro en el templo.

Fognini leyó la descripción del templo completa, hasta llegar al lugar Santísimo. Este tenía veinte codos de ancho y veinte de alto y fue cubierto de oro puro. El altar era hecho de cedro, recubierto de oro puro. En realidad, todo el edificio fue recubierto de oro.

Cuando Fognini terminó de leer, ocho o diez minutos después, Baggio había terminado de dibujar el templo.

Entonces, fue indicándole cada una de las habitaciones. Acá estaba la puerta y el patio de las mujeres. Acá arriba estaba el lugar para lavar y declarar puros a los leprosos. Este sitio era para la madera, el aceite y el vino y este para afeitar la cabeza de los que habían hecho voto de nazaritas. Acá estaba el lugar de las ofrendas y la puerta de Nicanor.

—¿Por qué se llamaba así? —quiso saber Kohl.

—Por un judío rico de Alejandría que donó las puertas. Eran de color cobrizo y llevaba desde el patio de las mujeres hacia los patios interiores. En esa escalera los levitas cantaban. Más allá estaba el patio de Israel y el patio de los sacerdotes. Luego, acá es cuando comienza a volverse interesante, está en altar de los sacrificios y la mesa para cortar y lavar la carne para los sacrificios. Al final, estaba esta estructura con dos habitaciones: el lugar santo y el lugar santísimo.

Kohl, que solía distraerse en los momentos menos propicios, preguntó que eran las habitaciones que rodeaban el perímetro del templo.

—Departamentos —dijo Baggio—, pequeños habitáculos de cinco codos de altura que estaba unidos con el templo por medio de vigas de cedro.

Tardaron siete años en terminarlo, agregó Baggio y no debe confundirlo con el templo que fue destruido por Tito, el año 70 después de Cristo.

Baggio se levantó de la mesa y regresó al cabo de un momento con un croquis, más exactamente un plano dibujado sobre una hoja suelta, amarillenta. Kohl se demoró en darse cuenta de que era un plano rústico de Birkenau. Era la primera vez que veía uno. Baggio comenzó a nombrar cada uno de los segmentos del campo. Barracones, en primer lugar. Los había para judíos, para mujeres, para hombres, para mujeres húngaras, para enfermeras y para cuarentena. También estaban las garitas de vigilancia, los almacenes de objetos robados, la zona de desinfección, las cámaras de gas, los hornos crematorios, los crematorios al aire libre en el bosque, las fosas comunes para prisioneros de guerra rusos, barracones para desnudarse, zona de tratamiento de aguas residuales, barracones para experimentos médicos, fosas para cenizas humanas, andenes de la estación de ferrocarril y las cámaras de gaseo provisionales.

A decir verdad, los conocimientos de Baggio sobre las instalaciones de Birkenau eran realmente sorprendentes. Para entonces, incluso un mentecato como Kohl, podía darse cuenta de que Baggio estaba intentando establecer una comparación entre el Templo de Jerusalén y Auschwitz II, ese que ustedes también llamaban Birkenau. Puso la servilleta junto al plano, frente a Kohl:

—¿Tú crees hijo mío que alguien, quien quiera que fuese, podría destruir Birkenau y reconstruirlo en tres días?

Kohl se quedó mudo.

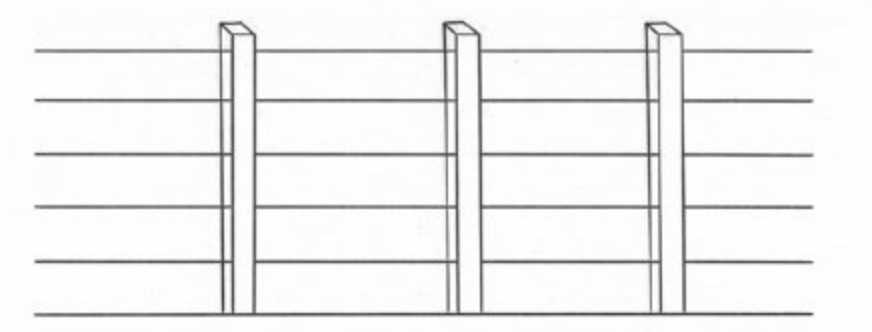
Entonces, por fin Baggio dio un sorbo al café. Hizo una mueca de desagrado porque estaba frío. Fognini se ofreció a calentarlo, pero Baggio dijo que no hacía falta.

—Mientras piensa, me gustaría plantearle otro acertijo. Dados estos dos espacios, ¿usted podría determinar cuál de los cuartos de

Birkenau equivale al lugar Santísimo?

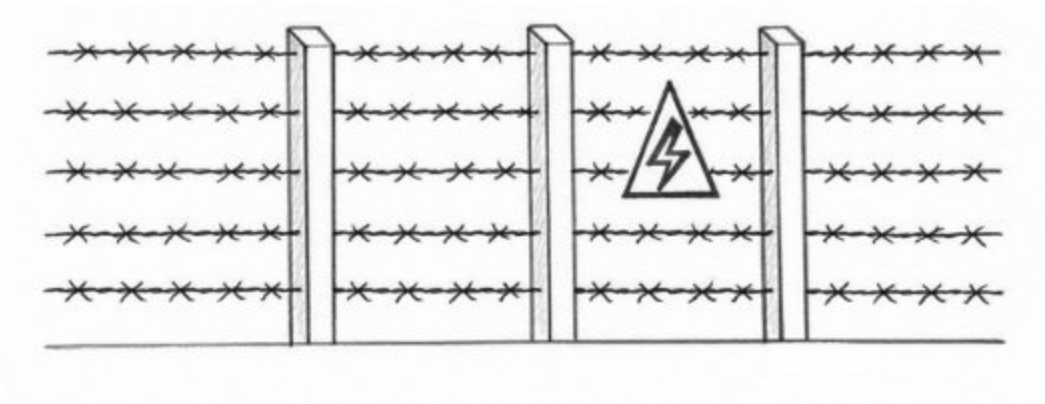
Kohl sonrió como un niño travieso y estuvo a punto de dar una respuesta apresurada. Baggio se dio cuenta y le dijo que no era necesario contestar de inmediato. Podía —y debía— tomarse su tiempo.

—Por ahora—dijo Baggio—, voy a plantearle otra pregunta —y volvió a pedir servilleta—. Voy a decirle un par de cosas sobre los tipos de vallados que había en Auschwitz. En primer lugar, las del primer campo —mientras hablaba, dibujaba—. Eran de concreto y tienen por evidente misión ocultar todo lo que ocurre al interior del perímetro. Es imposible ver lo que está ocurriendo dentro del predio. Si alguien viera humo podría creer que se trata de una fábrica trabajando a toda máquina para ganar la guerra. Una fábrica de ollas o de motores, tal vez de repuestos automotrices o municiones, en fin. El muro, en todo caso, supera por varios centímetros la cabeza de una persona de estatura normal, especialmente de una que se encorva de tanto trabajar y comer mal. Acá está.

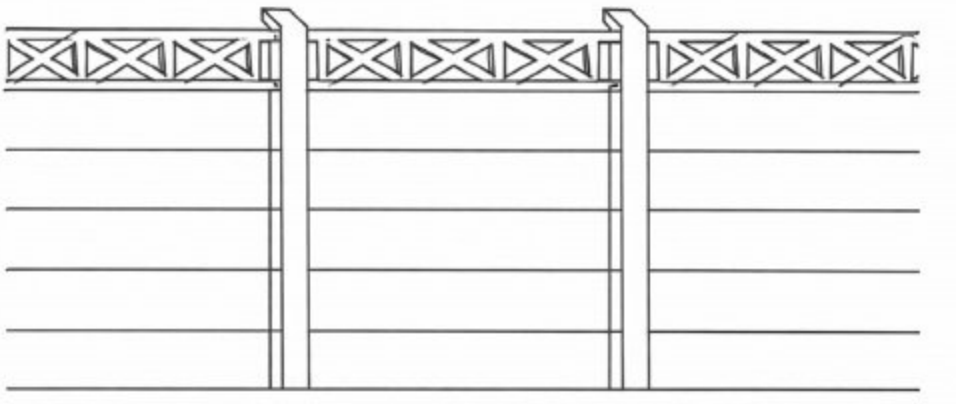


—Después —dijo tomando otra servilleta—, tenemos a Birkenau. Ya no hay temor ni vergüenza, ni el más mínimo intento por ocultar lo que sucede. Desde el borde del perímetro es perfectamente posible ver lo que sucede dentro y viceversa. El cerco, sin embargo, está electrificado. Es decir, puede verse a través de él, pero no puede tocarse bajo riesgo de morir electrocutado. Es una especie de membrana que solo permite la circulación de vapores y gases. Es propiamente un campo de exterminio de animales, una necrópolis,

un matadero. Lo único que sobrevive del cerco del campo anterior son los pilares.



—Finalmente, está el vallado de Monowitz, más burocráticamente conocido como Auschwitz III. Un muro industrial, indistinguible de tantos otros: podría levantarse en cualquier polígono fabril de Roma, de Leverkusen o de Londres. Es el tipo de paisaje que los habitantes de una ciudad atraviesan en autobús, medio dormidos, con la mirada perdida en ese gris uniforme que no promete nada. Usted lo sabe mejor que yo —continuó—: allí funcionaba un complejo donde se producían tintes, fertilizantes, combustibles sintéticos, caucho artificial, explosivos, gases industriales. Ciencia, industria y capital llevados a su máxima expresión. Por eso, tal vez, el vallado tiene otras particularidades. Es así, fíjese —dijo, mostrando un nuevo dibujo.



—Los cuerpos se mantienen encerrados, privados de libertad, pero es posible mirar hacia el interior con la ayuda de una escalera o de un cajón. Además, cualquiera puede apreciar que el lugar está gobernado por un sistema de disciplina completamente distinto a los anteriores. El cercado permite ver los galpones y sus chimeneas. El humo que vemos no es el de cuerpos calcinándose. El olor no es de cabello humano quemado. Es, si me permite decirlo, un modelo distinto de producción. No estaban lejos unos de otros: lo bastante cerca como para que funcionaran como un solo cuerpo, lo bastante separados como para que cada parte cumpliera su tarea sin estorbar a las demás. Los escasos kilómetros que los separaban —recorrido a pie, en camiones o en tren— es clave simbólicamente: la muerte no estaba "lejos", solo desplazada, organizada espacialmente.

Dicho esto, le mostró los tres dibujos de los cercados.

—Responda la siguiente: Si usted tuviera que cercar el templo de Jerusalén, cuál de estos vallados escogería. Cuál escogería, a su vez, para el Huerto de los Olivos y cuál para el Pretorio.

A esas alturas, Fognini tenía cara de aburrimiento. Kohl pensó en cuántas veces, esas mismas preguntas habrían sido formuladas a sus camaradas y quiénes de ellos habrían respondido correctamente.

Kohl no dijo nada, pero pensó lo siguiente. Para cercar el templo de Jerusalén escogería el vallado de Monowitz. Para el Huerto de los Olivos hubiera escogido el cercado eléctrico de Birkenau. Para el Pretorio hubiera escogido el cercado de Auschwitz. En tal caso, Baggio hubiese dicho que las respuestas eran correctas. Por otro lado, si hubiese pedido justificar las respuestas, Kohl hubiera enmudecido.

—Última pregunta, dijo Baggio. Pensando en el plano de Birkenau, ¿en qué lugar estaría el Monte de Gólgota?

Sobre el bosquecillo, pensó Kohl, pero tampoco dijo nada.

Para hacerse una idea de las dimensiones del templo, Kohl quiso saber a cuánto equivalía un codo. Baggio se sentó junto a él en el sofá.

—Por distintos motivos ha existido siempre una gran controversia sobre ese asunto, hijo mío. El codo, desde luego, es la distancia que mediaba entre el codo y el final de la mano abierta, en el caso del codo real, o hasta el puño, en cuyo caso hablamos de codo vulgar. Eso explica algunas diferencias. El codo egipcio, por ejemplo, medía 0,523 metros. El codo mesopotámico 0,533 metros. El codo persa exactamente medio metro exacto. El de Babilonia era de 0,496 metros. El codo árabe era de 0,64, pero el codo árabe negro de 0,54 metros. El codo romano era de 0,444 metros. El codo griego medía 0,463 metros y el codo tunecino era de 0,473 metros. El de Ceilán era de 0,470 metros. El codo de Calcuta equivalía a 0,447. En Aragón medía 0,384 metros y el Castilla era de 0,418, es decir, media vara. Los moriscos usaban el codo mayor, de 33 pulgadas, es decir, 0,8387 metros. Ahora bien, sabemos que, para construir el templo, Salomón utilizó lo que conocemos como codo sagrado, esto es, la distancia entre el codo y el dedo del medio de la palma extendida, algo así como el equivalente a 28 dedos, aunque algunos señalan que se encontraba en torno a los 32 dedos. El codo sagrado, por tanto, es algo más grande que el codo vulgar.

Entonces, Kohl garabateó sobre una libreta: el templo de Salomón tenía 26 metros de largo, 11 metros de ancho y poco más de 13 metros de largo, aproximadamente. Pensó: "Un lugar pequeño pensó. Tanta alharaca por un sitio de dimensiones tan mezquinas".

Antes de ir a dormir, Kohl se ofreció para recoger la loza que aún quedaba sobre la mesa. Tomó la Biblia y leyó algunos versículos del Evangelio de Lucas, aquellos que relatan la agonía en el Getsemaní. Se quedó pensando que algo semejante debió sentir Hitler, aquel 30 de abril de 1945, antes de suicidarse, como si cargara sobre sus hombres con todos los pecados cometidos por Alemania. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Algo, algún detalle unido a otro, tal vez alguna historia que oyó sin prestar atención, hizo que Baggio comenzara a tener un

presentimiento, una intuición vaga y difusa. Por eso, uno de esos días, mientras Kohl lavaba los platos con un mantel colgando del hombro, se ofreció para llevarlo a conocer las dependencias de Cinecittà. Kohl se quedó un momento inmóvil y luego volvió a fregar la loza.

—No, gracias, no me interesa el cine —dijo Kohl.

Baggio lo miró de reojo y sonrió igual que un profesor que sorprende a un estudiante haciendo trampa.

Desde entonces, para tentarlo, durante los almuerzos, Barrio dejaba caer algunos nombres de directores de cine italiano. Rosselini, Fellini, De Sica, Visconti. Kohl se mantuvo con la vista fija en el plato. A veces, para herir su amor propio, dejaba caer algunas críticas al cine alemán.

El más incómodo de los encuentros para Kohl tuvo lugar la noche que recibieron la visita de un sacerdote belga. El germano se sentó frente a él en la sala de estar y el sacerdote le preguntó, casi sin dilación, en qué lugares había servido al Reich. Fue como si le preguntara a un sacerdote en qué parroquia había servido a la obra de Dios. El germano, en todo caso, interpretó la pregunta como un cuestionamiento, aunque la intención del belga estaba muy lejos de aquello.

—¿En orden alfabético? —preguntó el alemán, mirándolo a los ojos.

La lista, pensó, comenzaría en Arbeitsdorf y terminaría en Westerbork.

El sacerdote lo escuchó atentamente mientras daba sorbos a su taza de café. Cuando terminó lo miró sonriendo y le dijo que, aparentemente, había prestado muy buenos servicios al Reich.

Después de comer fueron a beber Sambuca al cuarto de estar. Kohl se quedó sentado frente a la visita y le preguntó de qué ciudad de Bélgica era oriundo. Amberes, respondió y el alemán hizo un par de comentarios sobre la suerte de Amberes en la guerra. Disertó

sobre los cohetes V2 que los nazis habían dejado caer hasta el hartazgo sobre Bélgica y luego espetó, de pronto y sin motivo aparente, que Amberes, –"qué digo Amberes, Bélgica completa"–, estaba regado de afeminados. Una tierra de cobardes. Luego comenzó a describir la suerte que corrían los homosexuales en el Reich. Habló de esterilizaciones forzadas, de castraciones y de inyecciones de testosterona, como si estuviera hablando de tratamientos veterinarios.

Fognini tosió y se puso de pie para buscar algún vinilo de música clásica con el propósito de distender el ambiente. Baggio se quedó mirándolo fijamente con una sonrisa forzada. Fognini se quedó dudando entre la *Sinfonía n.º 5*, de Mahler o *Tristán e Isolda*, de Wagner. El sacerdote belga pidió un cenicero y después encendió un cigarrillo. Dijo tener fundadas sospechas de que el Nacionalsocialismo se había ensañado con los homosexuales, precisamente, porque estos conocían muchos secretos incómodos sobre sus fundadores.

—No se olvide —agregó—, que el Partido Obrero Alemán fue fundado en un bar gay. He oído decir que muchos, sino todos, de sus miembros fundadores eran homosexuales o bisexuales. No es de extrañar que uno de los primeros actos de Hitler fuera cerrar todos los bares y cabarés regentados por homosexuales de Alemania, incluso, el Instituto de Ciencia Sexual, cuyos volúmenes terminaron ardiendo en piras escandalosas. Varias militantes del régimen estuvieron bajo tratamiento médico en el Instituto, es decir, se trata de un sitio que debió estar rebosando de íntimos detalles de los jerarcas nazis. Imagina usted la clase de información que contenían esas fichas clínicas. No quiero ni imaginarlo. Había que deshacerse de toda esa evidencia incómoda.

—Nosotros, en cambio —dijo Baggio con una risa forzada—, no tuvimos esos inconvenientes. No olvide las sabias palabras de Mussolini: "En Italia todos somos machos".

El sacerdote amberino se quedó mirándolo, sorprendido, casi escandalizado:

—No olvide, hermano mío, que ustedes tuvieron sus propias versiones de Sodoma y Gomorra. Me refiero, desde luego, como intuirán, a Taormina y a Capri. No se olviden que esos lugares fueron refugios predilectos de homosexuales y lesbianas de todo Europa. No se olvide que la sodomía fue suprimida del código penal italiano recién en 1889, apenas nueve años después de que Edison inventara la ampolleta.

—Pero luego, en 1938, Mussolini volvió a incluirla. Recuerde que, en 1939, en San Domino, en la isla Tremiti, se creó una colonia donde confinaban a los homosexuales.

—¡Bah!, ¡Tremiti! Un balneario de descanso, nada más. Nada más que una bufonada. Todos los reclusos se paseaban desnudos por Tremiti. Un resort para afeminados. A otro perro con ese hueso.

El sacerdote desvío su atención hacia Kohl que lo miraba con expresión furibunda.

—Göethe, un compatriota suyo, uno de los que ustedes se sienten orgullosos, se maravilló cuando estuvo de viaje en Italia y pudo apreciar la naturalidad de las amistades desviadas en Roma y, cuando estuvo en Venecia, se permitió incluso admirar sin inconvenientes los torsos desnudos de los gondoleros. No quiero abusar de los ejemplos, pero no puedo evitar mencionar al famoso y acaudalado fabricante de armas, Firderich Krupp, quien, precisamente, erigió una villa en Capri donde iba a pasar el frío del invierno en compañía de toda clase de jovencitos isleños. No podemos negar que Italia fue siempre un refugio ideal para los degenerados. Acá todos estaban dispuestos a apartar la mirada si los turistas dejaban divisas y si eras un buen ciudadano y pagabas los impuestos religiosamente.

Como si no hubiera escuchado nada, Kohl añadió que uno de los experimentos a los que eran sometidos los prisioneros homosexuales consistía en introducirlos desnudos en tinajas con hielo para investigar los efectos de las bajas temperaturas en el cuerpo. En el recto, dijo mirando sin pestañear al belga, se insertaba un medidor de temperatura para comprobar los efectos de la disminución de

grados corporales. Una vez insertado y ajustado al recto, el pobre diablo era forzado a entrar en aguas congeladas. Se quedó mirando su vaso y jugó con los cubos de hielo que estaban derritiéndose. Se dirigió a Fognini sin dejar de mirar al visitante:

—¿Hay más hielo?

Baggio, visiblemente nervioso, se aburrió de la indecisión de Fognini, se puso de pie y tomó al azar un vinilo que puso enseguida bajo la aguja del tocadiscos. Comenzaron a sonar alguna composición de Prokófiev. Los acordes de *Pedro y el Lobo* parecían musicalizar la escena de modo bastante apropiado.

—A veces —insistió Kohl que estaba resultando bastante majadero—, el experimento continuaba invitando a una señorita desnuda a pasar un rato junto a los prisioneros al borde de la hipotermia. Las damas en cuestión intentaban reanimar a los pobres diablos. Nunca hubo resultados positivos. El propósito, claro está, era averiguar que estrategias podían utilizarse para combatir el frío en los campos de batalla. La cuestión hubiese supuesto una serie de dificultades logísticas, principalmente en lo relativo a transportar a centenares de putas por los campos de batalla.

Cuando el belga vio su reloj y se levantó porque tenía que irse, Kohl insistió en acompañarlo hasta la puerta. Fognini fue a buscar el abrigo. El belga se detuvo un momento frente a la reproducción de *Entrada de Cristo en Bruselas*. Kohl hizo un comentario infantil sobre la pintura, un comentario que dejaba en evidencia su total ignorancia.

El belga dejó a Fognini con los brazos estirados y el abrigo en la mano, volteó para mirar fijamente al bávaro.

—Hijo mío, ¿te gustaría que oyera tu confesión?

Baggio se apresuró a decir que no era necesario, pues su huésped confesaba sus pecados periódicamente, como cualquier cristiano piadoso. Kohl dijo que sí, le encantaría hacerlo y caminaron juntos a encerrarse en el cuarto.

Baggio y Fognini se quedaron mirando aterrados la luz tenue que se desparrama a través de la puerta cerrada de la habitación de

Kohl. Fognini se acercó a la puerta para fisgonear, pero no logró escuchar nada. En cambio, cerró los ojos y recordó que poco tiempo atrás despertó en medio de la noche silenciosa con la mano de Kohl tapándole la boca. Le susurró al oído fragmentos de la sección 175 del Código Penal Reich, en especial aquellos que criminalizaban los actos sexuales entre hombres. Fognini, gimoteando, intentó zafarse sin éxito. Cuando finalmente se quedó quieto bajo el peso del cuerpo de Kohl, este le bajó el pantalón del pijama y calzoncillos. El sacerdote percibió una verga dura rozándole las nalgas y sintió algo parecido al miedo. De pronto, Kohl se detuvo fulminado por una imagen de Catalina Siena coronada de espinas que lo miraba desde la pared y salió de la habitación de forma rauda. Fognini se quedó sollozando boca abajo. Al día siguiente, actuaron como si nada sucediera. De hecho, Fognini llevó a Kohl el desayuno a la cama: café y tostadas con mermelada. Allí, con la oreja pegada a la puerta se quedó pensando si el alemán incluiría ese hecho entre aquellos que debía confesar.

—Nunca le he contado esto a nadie. Una mañana, mientras me alojaba en Auschwitz, desperté muy temprano y caminé hasta la ribera del Vístula. Sin saber por qué, me desnudé. Estaba ahí, tiritando de frío, cuando apareció una paloma blanca. La más hermosa de esas alimañas que haya visto nunca. Era perfecta, no tenía una sola mancha o defecto. Quise espantarla, pero no se movió. Se mantuvo impertérrita frente a mí. Entonces, la paloma comenzó a gorjear, pero dentro de mi cabeza yo escuchaba palabras que parecían un susurro. Pensé que estaba enloqueciendo y tuve miedo. Para que se callara, le di un manotazo, pero la paloma lo esquivó apenas y siguió hablándome. Entendí que era el Espíritu Santo dándome una oportunidad. Entendí que, a pesar de todas mis miserias, el Espíritu Santo se presentaba ante mí, a pocos metros de los barracones, a un par kilómetros de las cámaras de gaseo y hornos crematorios, para ofrecerme la oportunidad de abandonar

esos caminos. Salí del agua y busqué mi ropa, entre las cuales tenía una pistola. Regresé y la puse frente a la paloma que siguió hablándome, sin moverse y disparé. La paloma, muerta, se quedó flotando sobre el agua. Grité muy fuerte mirando al cielo. Eso es, lo que quería confesar.

Antes de salir de la habitación, el sacerdote de Amberes quiso saber qué eran aquellas cosas que la paloma le hablaba. Kohl sonrió sin levantarse de la cama y dijo que no recordaba ese detalle.

Pero recordaba claramente lo que creyó que la paloma dijo: "Deja estas marranadas y estarás conmigo en el Paraíso. De otro modo, te irás directo al Infierno". "¿Quién eres tú?", preguntó Kohl mentalmente, mirando fijamente al ave. "El espíritu santo", dijo ella. Qué es el Espíritu Santo, preguntó entonces el germano. "Ignorante. El Espíritu Santo es el tercer miembro de la Trinidad. Una entidad espiritual, sin un cuerpo de carne y hueso. A menudo me llaman también el Espíritu de Dios, el Espíritu del Señor o el Consolador. Circunstancialmente, cuando quiero salvarle el pellejo a algún cretino como tú, aparezco en el cuerpo de una paloma blanca. No me hace ninguna gracia perder mi tiempo con malnacidos como tú, pero así es el asunto: he venido a rescatar a los peores de ustedes. He estado antes en el río Jordán, ¿has oído hablar del río Jordán, simio con uniforme?". Kohl se encogió de hombros. "Te exhorto nuevamente", dijo entonces la paloma blanca: "Deja estas porquerías o te irás directo al Infierno. Aún peor que lo que hace el resto de tus camaradas, cerdo infame, es lo que haces tú". Kohl recordó una frase que había oído cuando niño: "Pero Jesucristo es nuestro abogado". "Ni siquiera Él puede defenderte de tus asquerosidades sin nombre". Kohl preguntó entonces cómo era el Infierno. La paloma parecía incólume, pero el alemán la oyó sonreír y luego reír a carcajadas dentro de su cabeza. Las carcajadas resonaron en sus sienes como un tambor. "¿El infierno?", creyó, o imaginó escuchar Kohl: ¨No te hagas el imbécil, sabes perfectamente como es aquel lugar". "No lo sé", dijo el germano y la

paloma volvió a reír escandalosamente. Entonces, Kohl disparó y dejó de oír a la paloma.

—¿Sabía que sus compatriotas saquearon Cinecittà en 1943? —preguntó Baggio cuando se levantó a desayunar—. Así es, las tropas alemanas se llevaron a Berlín dieciséis vagones repletos de material técnico y decorados. ¿Se imagina a usted? Soldados cargando los vagones con escenografías y utilerías. Me pregunto en que utilizaron luego toda esa tramoya. Mientras Roma estuvo tomada, las dependencias fueron utilizadas como campos de concentración. Más tarde, las instalaciones fueron bombardeadas por los aliados y luego de la liberación fueron ocupadas por cientos de personas sin hogar. Incluso funcionó un hospital. Una vez, por esos días, fui a husmear las instalaciones. Fui a hacer eso que hacemos los sacerdotes. Dar una palabra de ánimo. Me encontré con un espectáculo peculiar. Los ocupantes habían encontrado una bodega con vestuarios y estaban todos disfrazados. Se daban calor arrebujados unos contra otros y habían encendido fuego dentro de unos tambores de aceite vacío. Estuve un par de horas, predicando el Evangelio. En fin, hijo mío, si no hablamos nosotros hablaran las rocas con nosotros y si no hay nadie que quiera escuchar, pues entonces tendremos que ir a predicarles a los peces en el mar, igual que hizo San Antonio. Kohl quiso saber de qué trataba esa historia. Baggio explicó que San Antonio fue a Rímini y allí no encontró a quien dirigir la palabra. Era una ciudad en manos de heréticos. Las iglesias estaban vacías. En las plazas nadie estaba dispuesto a escuchar. El santo, sin perder la compostura, se encaminó hacia la orilla de la playa bañada por el mar Adriático y una vez allí llamó a los peces a escucharlos y estos comenzaron a aflorar por centenares, ordenados y palpitantes, a oír las palabras de exhortación y alabanza.

El alemán cerró los ojos e imaginó millares de peces varados en la orilla de una playa sucia con algo parecido al petróleo.

Hay algo, sin embargo, que Baggio no confesó sobre aquella noche entre las ruinas de Cinecittà. Esa noche, estacionó su Fiat blanco a cien metros de la entrada. Iba hasta allí con la misión de dar una palabra de aliento a los pobres diablos que esperaba encontrar viviendo en la desesperanza. Alcanzó a caminar un par de metros cuando comenzó a oír risotadas y algarabía. Parecía una fiesta. Cuando entró al lugar encontró algo que no esperaba. Los desposeídos que ocupaban los galpones estaban disfrazados, divirtiéndose, o eso parecía. Habían encontrado las bodegas donde guardaban el vestuario. Baggio vio a Cleopatras, Robespierres, Napoleones, médicos y enfermeras, senadores romanos, indios apaches, cowboys y policías italianos, deambulando por el lugar. Algunos estaban ebrios y otros drogados. Un carnaval, pensó Baggio que había oído, hace un par de años y casi casualmente, una conferencia sobre las ideas de Bajtín en su libro sobre Rabelais. También había fogatas que amenazaban con reducir a cenizas lo poco que aún quedaba de los estudios cinematográficos. Baggio, de todos modos, decidió acercarse a un grupo de personas. Abriéndose espacio en el círculo, preguntó cómo estaban. Entonces, se dio cuenta que los demás lo juzgaban como uno de ellos, disfrazado de sacerdote. Se dio cuenta porque nadie dejó de hacer lo que estaba haciendo –sobar las manos contra el fuego de la fogata, masticar un mendrugo, hurguetearse los dientes, escupir en el suelo– y nadie lo llamó padre. Todos creyeron que era un desposeído, tal vez un drogadicto igual que ellos, luciendo el hábito de sacerdote que había sido el vestuario de algún filme piadoso, tal vez alguna comedia. Recibió un trato familiar, incluso grosero, además de palmadas en la espalda. Es decir, todos actuaron como si nada estuviera ocurriendo. Sin saber por qué guardó la Biblia en su bolsillo y se quedó callado.

Al cabo de cinco o diez minutos, cuando estuvo seguro de que todos lo tomaban como uno de ellos se puso de pie y comenzó a deambular por el lugar. Era primera vez, en muchos años, en que sentía algo semejante a la libertad. Podía actuar como quisiera porque nadie iba a juzgarle por el atuendo que llevaba encima. Esa

noche, ese atuendo era un disfraz. No significaba nada. De hecho, pensó que, por algún motivo, la gente está especialmente disponible para recibir bromas de alguien que está disfrazado de sacerdote. Pasó por algunas escenografías arruinadas. Había una ruta romana y un ágora griego. Había una cantina que probablemente se utilizó para filmar un espagueti Western. Baggio trató de recordar si había visto algún filme en que se hubiese utilizado ese decorado. Caminó hasta unos galpones que los nazis habían desmantelado. Oyó gemidos. Avanzó y se dio cuenta de que un hombre y una mujer mantenían relaciones sexuales sobre un escaparate de utilería. Un disfraz de enfermera y otro de bombero estaban arrojados en el suelo, como piel desollada. Más allá, un niño de cuatro o cinco años dormía plácidamente sobre un sofá roído. Baggio fingió estar profundamente indignado y tomó al niño en brazos apresuradamente, evitando despertarlo; evitando, sobre todo, alertar a la pareja. Luego, atravesó Cinecittà a toda prisa, como si estuviera rescatando a alguien de un incendio o desde un campo de batalla. Nadie lo detuvo. Algunos, de hecho, le hicieron señas como si despidieran a uno de ellos. Puso al niño en el asiento trasero del auto y echo a andar el motor. No sabía hacia dónde iba. En el trayecto miró un par de veces al niño por el retrovisor. No despertó. Dormía profundamente. Dio un par de vueltas circulares. No sabía que camino tomar. Al final, al cabo de quince minutos decidió conducir hasta un bosquecillo en el foro itálico. Cuando llegó, al cabo de cuarenta y cinco minutos, apagó el motor y los focos del auto. Se bajó y dejó la puerta abierta y dio un par de vueltas torpes alrededor del auto, como un perro que busca un neumático sobre el cual orinar. Pensó, sin saber muy bien por qué, en Edipo y el leñador. Creyó estar en Corinto, deshaciéndose del hijo indeseado de Layo. Volvió al auto y cargó al niño aún dormido. Caminó hasta un claro del bosque evitando despertarlo. Ahí, lo depositó en el suelo. Fue como si llevara de vuelta a su hábitat a un animal indefenso. Tuvo una erección tan contundente que le causó dolor. Entonces desnudó

al niño y no puedo evitar que, al despertar, este abriera los ojos y se sorprendiera al verlo.

¿Qué pasa? ¿dónde estamos?, preguntó somnoliento y Baggio tuvo la sensación de que no era la voz del niño, sino de que era la voz de Dios, preguntándole que diantres estaba pasando. Dios, pensó Baggio, de quien nadie puede esconderse, me está preguntando qué estoy haciendo con este niño desnudo en medio de un bosque en la noche. ¡Un bosque en la noche, por Dios!, gimoteó. No quiso escuchar y se bajó los pantalones, torpemente. A pesar de que su pene estaba erecto Baggio no sabía qué hacer. Sus rodillas tiritaban, de ansiedad y nerviosismo, incluso por algo semejante a la alegría, la clase de dicha que un crápula siente cuando cree tener todo a su favor. Se alejó un metro, errático, y se quedó mirando al niño con los pantalones arrugados en los tobillos. Cualquiera que lo viese, de pronto, sin reparar en el niño, juzgaría que se aprestaba a defecar. Entonces, creyó escuchar crujir un par de hojas o ramas secas y miró hacia donde creía que venía el ruido. Le pareció ver una túnica blanca, un par de alas plegadas, tal vez una especie de armadura –¿la punta de una espada brillante? –, pero eso era imposible, no podía haber ángeles deambulando por ese bosque siniestro. Desconcertado, se vistió a prisa, tomó al niño y lo subió al auto. Este, restregándose los ojos, hizo el recorrido de vuelta sentado en el asiento del copiloto. De vez en cuando, Baggio miraba sus muslos y rodillas y sentía la tentación de soltar el volante para acariciar esa piel turgente. Tuvo deseos de detenerse en algún callejón y masturbarse mientras lo veía dormir. Cuando llegó de regreso a Cinecittà abrió la puerta del Fiat y le pidió que bajara igual que un taxista pide a un borracho que abandone el vehículo. El niño bajó restregándose los ojos y alcanzó a murmurar que tenía frío cuando el sacerdote estiró el brazo para cerrar la portezuela. Al dar la vuelta, volvió a mirarlo por el retrovisor: el niño tenía una expresión de extravío y buscaba a quién pedir auxilio. Volvió a sufrir una erección.

Más tarde, llamó a Fognini desde una cabina pública. Lo citó en una cafetería del centro y lo esperó tamborileando sobre la mesa después de encerrarse en el baño por cinco minutos.

—Necesito confesarme —le dijo apenas Fognini se sentó junto a él.

—Por fin —dijo Fognini y le hizo un gesto a la camarera para que le trajera una taza de café.

Cuando entró a la cafetería aún estaba tiritando de miedo. La camarera se acercó y verla allí, parada junto a él, aguardando la orden con expresión de fastidio, le inquietó aún más. Pidió un café expreso. Se dio cuenta de que el temblor de las manos no iba a dejarle tomar un solo sorbo sin derramar el contenido de la taza. Miró hacia la calle y luego se levantó para ir al baño como si tuviera alguna urgencia. Encerrado en el cubículo, se bajó los pantalones como si fuera a evacuar, pero, en lugar de eso, comenzó a masturbarse recordando al niño. Justo antes de eyacular, soltó espantado su miembro, asediado por una imagen que le pareció herética, imperdonable: imagino a un mocoso desnudo, de mejillas rosadas, rubicundo y tendido en medio el bosque sobre una cama de heno, rodeado de los animales del pesebre que dormían plácidamente. La oscuridad del bosque era iluminada por una aureola que se recortaba sobre sus perfectos rizos dorados.

Fognini tuvo curiosidad y al día siguiente fue a echar un vistazo a las ruinas de Cinecittá. Estaban vacías, es decir, ya no había indigentes por ningún lado. Solo estaban los galpones y los estudios vacíos. Para ratificar la veracidad de la historia que le había contado Baggio había rastros de fogatas en el suelo y disfraces desparramados por doquier. Fognini se puso a recogerlos como si estuviera poniendo en orden la pieza de un adolescente. Se detuvo cuando encontró el disfraz de un senador romano. Se desnudó para ponerse la toga y luego buscó alguna escenografía apropiada y monologó frases sin sentido. Al cabo de diez o quince minutos de incoherencia se dejó caer al suelo súbitamente, como una marioneta

a la que sueltan los hilos, y luego comenzó a llorar sacudiendo los hombros.

Quedó claro que, quizá, Kohl estaba tomando demasiada confianza cuando, una noche de domingo, durante la cena –una sopa de tomate con orégano–, dijo de pronto, sin que nadie entendiera bien por qué, que de haber estado en Alemania los sacerdotes habrían terminado en un campo de concentración. Fognini quiso saber a qué venía ese comentario mientras cuchareaba la sopa que él mismo había tenido la delicadeza de coronar con cilantro.

—Porque esos hacíamos en Alemania con los homosexuales. Cosíamos un emblema rosado a sus vestimentas y los enviábamos a nuestros campos.

Fognini dejó caer la cuchara sobre el plato y salpicó el mantel. Hubo un momento de silencio y Kohl volvió a arremeter:

—Leí en la Biblia: "No te acostarás con un hombre como quien se acuesta con una mujer". Eso es abominación.

Baggio, simplemente, preguntó al cabo de un instante si le había gustado la sopa. A él, le había parecido francamente exquisita. Kohl se quedó mirándolo y luego se puso de pie y se encerró en su habitación dando un portazo. Desde la habitación comenzó a gritar, en alemán, que el amor libre era obsceno y que debía rechazarse. Debemos rechazar todo lo que castra a nuestro pueblo y que lo convierte en juguete de nuestros enemigos.

Baggio pidió a Fognini repetir el plato de sopa. En la cocina, mientras recalentaba el caldo, Fognini comenzó a llorar en silencio, mordiéndose los labios, apretando el mantel entre sus manos empuñadas. Regresó a la mesa con el plato, pero después de dejarlo frente a Baggio escupió dentro.

En los últimos días de la estadía de Kohl en Roma, una tarde en que Fognini no estaba en el departamento, Baggio entró al baño mientras Kohl se bañaba en la tina. Sin decir palabra, se sentó a su lado y comenzó a enjabonarle la espalda.

—Una vez tuve un sueño extraño —dijo el sacerdote—. Yo era Jonás. Dios me hablaba y me decía que debía ir a predicar a Sicilia, pero en lugar de ir a Sicilia yo me embarcaba hacia Génova. En medio del viaje, el barco naufragaba y yo caía al mar donde me tragaba una ballena. Entonces, sucedía algo realmente extraño. Yo cerraba los ojos y al volver a abrirlos ya no estaba en las entrañas de la batalla, sino que estaba al interior de un ferri de los aliados que iba a desembarcar en Normandía el 6 de junio de 1944. Pero eso no era lo más extraño. Lo más desconcertante —continuo Baggio—, es que cuando finalmente las compuertas del ferri se abrían, yo quedaba paralizado porque resultaba evidente que no estábamos en ninguna playa francesa.

En ese momento, la mano de Baggio dejó de jabonar la espalda de Kohl y cayó sobre el agua que salpicó las baldosas.

—¿Dónde estaba entonces? —preguntó Kohl, impaciente.

—Estábamos desembarcando en Constantinopla, en 1204.

—¿Constantinopla? ¿Cómo sabe que era 1204?

—Porque conozco bien la obra de Tintoretto. Lo que vi era idéntico a la Caída de Constantinopla de 1204. En el fondo, hijo mío —dijo tomando de nuevo el jabón—, todas las guerras son iguales.

Baggio lo ayudó a salir de la tina y a Kohl no le importó que lo viera desnudo. El sacerdote miró de reojo el miembro encogido por el agua, como si espiara el pequeño pene de un niño. Lo envolvió en una toalla blanca y no pudo evitar pensar en aquel viernes en que la Virgen María y María de Magdalena envolvieron a Jesús en sábanas blancas. Luego, comenzó a secarlo despacio. Comenzó por la espalda y luego continuó por el brazo y el pecho. Después, bajó a los pies y volvió a subir por las canillas, rodillas y muslos. Kohl tuvo

la impresión de que estaba cantando, muy despacio, casi susurrando, una canción de cuna en italiano. Dio un par de rodeos por la ingle y luego secó el pene cuidadosamente. Un instante después dejó la toalla a un lado y comenzó a masturbarlo. Kohl se dejó hacer y en cuestión de minutos eyaculó sobre la mano izquierda del sacerdote que se lavó las manos descuidadamente. Desapareció luego un momento y cuando regresó traía consigo un sobre café de papel estraza. En su interior había todo lo necesario para que Kohl se fuera de Europa sin inconvenientes. Cuando vio su nuevo nombre sonrió:

—¿Franz Kohl? Es nombre de farmacéutico.

Se rieron al unísono y estuvieron un largo rato hablando de la industria química farmacéutica alemana, imaginando, divertidos, una biografía falsa el alemán. Cuando Fognini regresó, al cabo de quince minutos, estaban desternillados de risa en el baño y Kohl aún no se vestía.

—¿De qué se ríen? —preguntó Fognini.

Ambos intentaron hacer el esfuerzo de permanecer serios, pero estallaron en una risotada brutal. Fognini tuvo paciencia y espero que dejasen de reír apoyado sobre el marco de la puerta. Baggio se quedó mirándolo y le preguntó si sabía en que universidad alemana enseñaban farmacología.

—En Humboldt, desde luego.

Esa noche, Kohl soñó que llegaba descalzo hasta el río Jordán y que, una vez frente a Juan Bautista, este le dice: "Yo soy el que necesita que tú me bautices, entonces, ¿por qué vienes tú a mí?". En el sueño, el río empantanado está lleno de cadáveres y a lo lejos todo era ruina y humo. La cara de Juan está sucia de hollín y pólvora. En ese momento, Kohl le decía al Bautista que haría bien en lavarse el rostro. Este le decía que no había ya suficientes judíos para fabricar un buen jabón. Kohl sacaba un jabón del bolsillo de su uniforme y hacía espuma con el agua el río y la desparramaba sobre el rostro del Bautista. Procedía a afeitarlo y, aprovechando el cuello expuesto, lo degollaba lentamente. En lugar de sangre, desde la

herida se desparramaban saltamontes que salían brincando, por miles, hasta cubrirlo todo. Oía entonces una voz que provenía desde cielo y que decía: "Estúpido, esos bichos devoraran el Sacro Imperio por completo".

Al día siguiente, Baggio sorprendió a Fognini oliendo la toalla que usó su huésped como si fuera el Santo Sudario.

—¿A qué huele? —le preguntó sonriendo y Fognini, sorprendido, dobló la toalla a prisa, haciéndose el desentendido y se perdió por el pasillo hacia la cocina.

La última noche que Kohl pasó en Roma, Baggio le pidió que lo acompañara a dar una vuelta. Se subieron al Fiat y fueron hasta el foro itálico, al que el sacerdote aún llamaba foro Mussolini. Se bajaron del auto y dieron un par de vueltas en silencio entre los árboles. Estaba lleno de vehículos y maquinarias de construcción. Se encaminaron hacia el estadio con la ayuda de una linterna que alumbraba el camino. Kohl esperó mientras Baggio hablaba con unos cuidadores para convencerlos de que les dejaran entrar. Apuntaron con las linternas hacia Kohl y lo encandilaron. Baggio los bendijo y luego hizo un gesto a su invitado para que se acercara. Como si fuera el acomodador del cine, uno de los guardias los condujo hacia el interior del recinto, un círculo de obra gruesa. Kohl sintió como si estuviera en una ruina del imperio romano. Se sentaron sobre una de las graderías desde la cual se veía la cancha aún sin césped. Baggio recordó *Ben-Hur*, la novela de Lewis Wallace. Kohl recordó la parábola del trigo y la cizaña. Estuvieron un largo rato –un momento, en todo caso que a Kohl le pareció una eternidad– viendo la cancha vacía, en silencio, como si estuvieran esperando el inicio de un partido al que habían llegado con mucha anticipación o como si estuvieran presenciando un partido de espectros o de alienígenas invisibles.

—Me cuesta entender —dijo el sacerdote al cabo de un momento —, que nuestra cultura haya persistido en levantar estos edificios

circulares con una arena en su centro, ¿no le parece tétrico? Si trajésemos acá a un cristiano del siglo II o III se orinaría encima de su túnica. Sin embargo, no veo de qué otro modo podríamos edificar un sitio como este, un lugar para que muchos se diviertan con un espectáculo de algunos pocos. Por otro lado, agregó, ¿no le parece que hay algo de belleza en estos sitios vacíos? Creo que se debe a que, después de todo, para los cristianos el más bello de los lugares, el más decisivo y trascendente, es un lugar vacío.

Baggio creyó que había sido lo suficiente elocuente como para que Kohl lo entendiera. Cuando se dio cuenta de que no era el caso, agregó:

—El sepulcro, hijo mío. Cuando María Magdalena fue a echar un vistazo el sepulcro, este estaba vacío. El cimiento del cristiano es, de cierta forma, esa ausencia fundamental. Los lugares vacíos implican para nosotros, los cristianos, un asunto difícil de discernir. Contemplamos el vacío (una habitación, un bolsillo, un pasillo, una casa, un baúl, un estadio, incluso el cajón de una cómoda) y tenemos una extraña sensación, difícil de precisar, un cosquilleo, la piel de gallina, la extraña certeza de que, cuando salgamos, alguien va a decirnos qué parecemos estúpidos buscando a los vivos entre los muertos. Ese es, de cierta forma, el peor de los ridículos que podemos sufrir: buscar a los vivos entre quienes están muertos. No animarnos a reconocer que, tal vez, queremos encontrar muertos a los muertos. Creo que a eso se debe la incomodidad que nos causan los cementerios. ¿Ha tenido alguna vez, al estar en uno de esos sitios, la sensación de que podría estar buscando en el sitio equivocado? No sabemos cómo reaccionar frente al vacío. ¿Debemos alegrarnos o entristecernos? La ausencia es la quintaesencia del cristianismo.

De regreso, en el auto, Baggio volvió a hablar frotándose las manos para combatir el frío que hacía a esa hora.

—En el futuro, hijo mío, todos esos sitios que ustedes levantaron por Europa se transformarán en lugares hermosos y frecuentados por decenas de miles que estarán interesados en conocer el modo

en que algunos seres humanos padecieron y fueron transformados en la más infame de las cosas. Dejarán de ser campos de concentración y exterminio y se volverán lugares en los cuales contemplar la belleza, es decir, se volverán museos y, por tanto, lugares sujetos a curaduría. Dicho de otro modo, el dolor de algunos será más bello que el de otros. El sufrimiento será categorizado. ¿Lo imagina? Qué digo, desde luego que puede imaginarlo, usted era uno de ellos. Quiero decir, los barracones, las cámaras de gas, los hornos crematorios, se volverán habitaciones de museo. He visto fotografías de algunos de esos sitios tétricos y no son, en mi opinión, espacios muy distintos a los que podríamos encontrar en una galería de arte contemporáneo. Las personas harán fila para entrar a las dependencias después de comprar un boleto igual que antes, los judíos, hacían fila para morir asfixiados. No sería extraño, de hecho, que el mundo llegue a ser tan excéntrico que algunos paguen suculentas cifras para experimentar la estadía de los prisioneros, incluidos los baños de desinfección, inacabables jornadas de trabajo forzado y las ingestas mínimas de calorías. Sí, hijo mío, en el futuro no muy lejano las salas de las galerías de arte serán bastante parecidas a una cámara de gaseo. Habrá triunfado el sentido estético de los nazis y usted, querido amigo, donde quiera que esté brindará complacido. En el fondo, hay algo de belleza en la crueldad. La estética de los enemigos habrá vencido. No sería extraño que, al correr del tiempo, nuestro modelo de belleza, especialmente la femenina, se vea contaminado por toda esta infamia, hijo mío. La voluptuosidad, no lo dude, será reemplazada por los cuerpos esqueléticos y enjutos, bastante parecidos a los que hemos visto arrumados en los campos de concentración. No se sorprenda cuando la belleza se consiga suprimiendo la carne y la leche de la dieta y poniendo en lugar de privilegio las sopas aguadas, carentes de nutrientes y las ingestas mendicantes de comida. Sí, hijo mío, la moda de los siglos que viene venerará a mujeres como Catalina de Siena o Rita de Casia, mujeres que perseguían el éxtasis a través de ayuno frecuente, alimentándose tan solo de hostias, hierbas

silvestres, pan y agua. A las hambrunas que algunos fueron obligados por medio del uso de la fuerza, otros se someterán voluntariamente. En cambio, gente como Tomás de Aquino, el único santo obeso del que yo tenga noticia, será despreciado por las generaciones futuras. Salvo, claro está, que los biógrafos descubran que Santo Tomás era bulímico. Hace un par de meses atrás, tuve acceso a las páginas de una especie de manual o minuta de un médico de Auschwitz en que daba instrucciones claras y contundentes respecto a la ingesta de calorías que debían consumir los prisioneros para sobrevivir. Ni más ni menos. La cantidad estrictamente necesaria para cumplir las tareas encomendadas sin desmayarse, más bien, sin morir en el esfuerzo y no perder mano de obra. En el futuro, nuestras dietas serán calculadas en base a fórmulas de cálculo tan restrictivas como esas, hijo mío, no tengo duda de aquello. Nuestra alimentación será sometida a una disciplina estricta. La industria de la moda no podrá explicarse sin los ejercicios de los nazis en sus campos de concentración. Por qué, pues porque hemos atravesado una frontera de la que después ya no podremos regresar. Es un viaje sin retorno, querido hijo, sin retorno.

Horas más tarde, Kohl irrumpió en el bañó mientras Baggio se cepillaba los dientes. El sacerdote estaba en calzoncillos y camiseta, se sorprendió con la intempestiva entrada del alemán. Kohl tuvo que esperar que enjuagara su boca. Le dio un poco de asco ver la espuma blanca en el lavamanos. Luego, terminaron las buchadas de Baggio, el alemán tomó el tubo de dentífrico y untándose el índice derecho con la pasta de dientes, comenzó a trazar unas líneas con pasta dental sobre el espejo. Baggio sonrió, pues no tardó en darse cuenta de que estaba dibujando un muy burdo croquis del templo de Jerusalén. Enumeró cada espacio y lo asoció con las dependencias de Birkenau. Al final, añadió que, sin lugar a ninguna duda, la cámara de gas era el lugar santo y los hornos crematorios eran el lugar Santísimo. Cuando terminó, ambos se quedaron mirando el dibujo. Baggio le deseó a Kohl buenas noches y apagó la luz. El

bávaro se quedó un minuto en el cuarto de baño a oscuras mirando el espejo y tuvo la sensación de alguien más lo espiaba detrás de la cortina del baño, respirando despacio, como un animal herido.

Al día siguiente, muy temprano, viajó rumbo a Génova y luego, un par de días después abandonó Italia.

Por la mañana, cuando Kohl ya no estaba en el departamento, Fognini despertó y fue al baño a orinar se encontró con un par de líneas incomprensibles que se intersectaban dibujadas sobre el espejo. Se acercó para olerlas y se dio cuenta de que estaban hechas de dentífrico. Se rascó el culo y ladeó la cabeza como si intentara comprender la figura. Luego, hizo una mueca de desagrado y humedeció un paño húmedo para quitar las líneas.

Ni Baggio ni Fognini volvieron a saber de él, aunque cada vez que llegaba correspondencia conservaban la esperanza de encontrar alguna misiva con el nombre de Kohl como remitente. A veces se quedaban hasta tarde imaginando qué destino habría escogido al final. Baggio apostaba por Río de Janeiro; Fognini, en cambio, fantaseaba con alguna región selvática de Perú, Bolivia o Venezuela. Ambos, en secreto, lo imaginaban dedicado a la farmacología. Como nunca llegó carta alguna, para justificar la ingratitud de Kohl solían repetirse que, en el fondo, habría sido temerario enviar correspondencia desde Sudamérica.

Cuando al fin se subió al trasatlántico que lo llevaría hasta Buenos Aires, Kohl sintió como si fuera otra persona o como si estuviera invitado a un baile de máscaras, o, peor aún, como si fuera el único invitado a una fiesta que hubiese llegado disfrazado. Estaba asustado, con la infantil ocurrencia de que alguien pudiera reconocerlo. Por ello, los primeros días paseaba cabizbajo esforzándose por pasar desapercibido. La mayor cantidad del tiempo lo pasaba encerrado en su camarote individual, aburrido

mortalmente, o paseando por los pasillos interiores de la embarcación, como si fuera miembro de la tripulación buscando algún desperfecto imperceptible al ojo de los pasajeros.

Uno de esos días, al hurgar en su equipaje, se dio cuenta de que Baggio, sin avisarle, había guardado un libro entre su ropa. Era *La cartuja de Parma.* Cada uno de los reglones estaban tachados, excepto un par de palabras en el capítulo dieciocho, que formaban una oración legible: "Estaba prohibido hablar de aquella construcción". El alemán sonrió, como si acabaran de contarle un chiste especialmente imbricado, una humorada que no estaba seguro de entender del todo. El volumen resultaba ilegible, pero Kohl lo utilizaba para mantener su rostro oculto cuando se animaba a dar algún paseo por la cubierta. Entonces, simplemente, abría el libro y, apoyado en las barandas o sentado sobre alguna reposera, fingía leerlo concienzudamente para evitar tener que levantar la vista y saludar cuando alguien pasaba junto a él. El resto de los pasajeros debió tomarlo, simplemente, como un afanado lector de Stendhal, un amante de la literatura francesa; tal vez como un sujeto tímido y retraído, pero en ningún caso como el criminal de guerra que era.

Sin embargo, más tarde, en el camarote, se preguntó: "¿Cuál es aquel edificio del que tengo prohibido hablar?".

Cuando al fin se animó a caminar con la cabeza erguida, creyó reconocer a uno de los suyos. No fue el porte o el color del cabello, ni siquiera la postura arrogante del que sortea peligros sin grandes sobresaltos; fue algo distinto, algo que no supo precisar. El otro también pareció reconocerlo y se miraban desde lejos como dos perros callejeros que se avistan desde una esquina a otra en una calle ajetreada, ansiosos por olisquearse el culo. Sin embargo, no se animaban a hablarse y la mayor osadía consistía en levantar simultáneamente, a varias mesas de distancia, una copa en señal de brindis. En una de esas ocasiones, el otro alemán tuvo el atrevimiento de involucrar en el brindis a todos los comensales que le hacían compañía en su mesa. Los turistas, con cara de escandinavos despistados pero bienhumorados, levantaron sus

copas sonriendo, felices. Desde luego, no tenían ni la más remota idea del motivo infame por el que estaban levantando sus copas.

Finalmente, una noche calurosa, cuando el comedor fue quedando vacío, Kohl, que había bebido más de la cuenta, se animó a acercarse. El otro tenía un libro entre las manos. Kohl preguntó qué estaba leyendo. El otro sonrío y le dijo que era un clásico de la literatura argentina, la historia de un hombre valiente que trajinaba una tierra inhóspita y que reinaba sobre ella igual que el Doctor Fausto lo hacía entre las enciclopedias y tratados. Kohl que no había leído a Goethe, salvo, tal vez, algún fragmento en su época colegial, dibujó una sonrisa sutil en su boca. En fin, dijo el otro, el libro trata de un gaucho de La Pampa. Kohl se encogió de hombros. Un gaucho, explicó, es como un vaquero yanqui, pero de Sudamérica. Kohl quiso saber qué era exactamente la Pampa. Es como el Medio Oeste, dijo, pero agitó la cabeza enseguida como si no estuviera satisfecho con la descripción. Es como un descampado sin límites donde el tiempo transcurre distinto y donde hay mucho ganado, tal vez conejos, y atardeceres infinitos en que parece que alguien rocío las nubes del horizonte con bencina.

Continuaron hablando en el bar. En algún momento, el otro se excusó. Fue trastabillando hasta su camarote y regresó al cabo de cinco minutos con un libro encuadernado en cuero donde había un mapa de Argentina. Le mostró la Pampa. Una mancha verde que se volvía café, o tal vez una café que se volvía verdosa.

—¿Se imagina —le dijo— una línea ferroviaria que atraviese todo este lugar, alimentando decenas de campos —usó, para ser exactos, la palaba *lager*—, tan lejos del resto, tan distante de las ciudades y centros urbanos que nadie pudiera escuchar siquiera el más desesperado y aterido de los gritos?

Kohl se limitó a mirarlo curioso.

—¿Lo imagina? —repitió y Kohl pensó que sí, podía imaginarlo perfectamente.

Más tarde, le mostró en realidad que esa red ferroviaria con que deliraba ya existía. Ni siquiera había que invertir en construirla. Sacó

de su bolsillo un mapita doblado en cuatro partes y lo desplegó cuidadosamente sobre una reposera emplazada en la cubierta del barco. Había luna llena y no hacía falta esforzar mucho la vista para ver con nitidez. El mapa estaba acribillado de líneas de distintos colores y grosores que iban y venían, enredándose y expandiéndose como hebras de lana en el trabajo de manualidades de un estudiante desprolijo. El sujeto dijo que eran casi 40,000 kilómetros de tendido férreo extendido principalmente por la región pampeana y que desembocaban en Buenos Aires. Le habló a Kohl de los trenes y de exportación de cereales y de carne de res y también de ganado y luego, poco a poco, Kohl, a pesar de estar algo mareado por el alcohol, tuvo la sensación de que habían dejado de hablar de ganado y de trigo y que habían comenzado a hablar de personas, de grasa humana y de jabones y botones. Tuvo, sobre todo, la sensación de que el alemán había comenzado a hablarle de vagones sin asientos y de argentinos judíos o descendientes de judíos que viajaban en esos trenes fantasmagóricos recorriendo Argentina, mudos y conmovidos por la belleza redundante de los paisajes. Tuvo la impresión de que su compañero de viaje estaba hablándole de centros de exterminio construido a lo largo y ancho de esos descampados, o, peor aún, que aquellos que eran obligados a viajar en esos trenes morían de inanición en esos vagones porque iban hacia ninguna parte, en un desplazamiento perpetuo, como si la línea ferroviaria fuera, en realidad, una montaña rusa que empezaba una y otra vez en un circuito único y vertiginoso, cuyos carros los gauchos veían desplazarse entre los rieles como si fueran naves espaciales.

Para cuando el alemán comenzó a hablarle de los cuatro tipos de trochas que tenía la red ferroviaria y a nombrar las líneas que llevaban los apellidos de héroes y próceres que desconocía, Kohl tenía la certeza de que ese tipo estaba completamente loco. Apenas prestó atención cuando comenzó a hablar del Tren Patagónico.

—Solo entre 1880 y 1915, la red ferroviaria argentina pasó de tener 2234 kilómetros a 35809 kilómetros de longitud,

convirtiéndose en la más larga de América del Sur y la octava más larga del mundo —dijo el alemán con exagerado entusiasmo.

Kohl bostezó.

—No desdeñe, mi buen amigo, el provecho que puede obtenerse del traslado de pasajeros indeseables. De acuerdo con mis estimaciones, durante nuestras travesuras, el número total de judíos trasladados en tren fue de unos ocho millones y el promedio de duración de los desplazamientos rondó los 600 kilómetros. Si cada kilómetro costaba cuatro pfennings por pasajero, los ferrocarriles alemanes, debieron embolsarse unos 240 millones de marcos en cuatro años. Negocio redondo. No tengo dudas de estar frente a una oportunidad inmejorable.

Kohl sintió entonces que estaba hablando con un retardado mental, alguien que estaba proponiéndole un negocio irrealizable.

—¿Ha oído hablar de Alfredo Di Stefano? —preguntó de pronto el alemán.

—¿Quién es? ¿Es italiano? —preguntó Kohl—, ¿dónde combatió? ¿Grecia, Yugoslavia, Albania, Etiopía?

Entraron juntos al baño. El otro sujeto estaba tan mareado por el alcohol que estuvo a punto de mear encima de los zapatos de Kohl, que tuvo que esquivar el chorro de orina. Aun así, continuó:

—Tiene cuatro tipos de trochas: 750 mm., 1000 mm., 1435 mm. y 1676 mm y tiene interconexiones con Paraguay, Bolivia, Chile, Brasil y Uruguay. En principio, la variedad de trochas puede parecer buena idea, pero no lo es, mi buen amigo. Sin lugar a duda, lo recomendable hubiera sido utilizar la misma trocha a lo largo de toda la red. Esa es una lección importante de aprender.

—¿Aprender? ¿Aprender, qué? ¿Para qué? —quiso saber Kohl, con la sensación de que estaban revelándole un secreto invaluable que no era capaz de comprender, pero su compatriota no contestó.

—¿Y Valentín Mazzola?, preguntó un momento después el alemán.

Kohl se encogió de hombros.

—¿Y José Nasazzi? ¿Héctor Scarone? ¿Ernesto Mascheroni?

Terminaron aún más embriagados y Kohl quiso entretener a su nuevo amigo con el divertimento que le había hecho Baggio en Roma. Le pidió el libro y dibujó apresuradamente las mismas figuras geométricas sobre la última página.

—¿Qué es? —preguntó triunfal.

El otro contestó apenas dar un vistazo, bostezando:

—Obvio: Auschwitz.

Cerró el libro de golpe y le dijo a Kohl que era recomendable evitar esos pasatiempos incriminatorios.

A pesar de las sugerencias y envalentonado por el alcohol, se aventuró con la descripción del templo de Salomón, del tabernáculo y del lugar Santísimo, pero no alcanzó a formular la pregunta, pues fue abruptamente interrumpido:

—No pierda el tiempo con eso —dijo su compañero de viaje con la lengua traposa —. En Sudamérica, a donde vamos, a nadie le interesan los templos ni nuestros dioses. Allá, sépalo bien, los templos son los estadios y el fútbol es su religión.

Acto seguido, sacó de su bolsillo una fotografía. Era, precisamente, un equipo de fútbol. Once jugadores, muy concentrados, posaban ordenados en doble fila y con una galería atestada de gente al fondo. Boca Juniors, decía el pie de la foto. Kohl tuvo la sensación de estar contemplando la fotografía de un puñado de mártires cristianos en la arena del circo. Se encogió de hombros y sintió el estómago revuelto:

—¿Boca Juniors? ¿Qué es eso?

LARGA DISTANCIA,
BUENOS AIRES - ASUNCIÓN

Buenos Aires, 9 de octubre de 2001

Créame, Olivera, del Mundial del ’78 tengo muy pocos recuerdos. Lo que sí recuerdo con claridad es que durante el partido con Perú vomité frente al televisor, a pesar de que durante esos días prácticamente no había comido. Vomité bilis, supongo. Yo llevaba largos meses durmiendo y comiendo mal. Todo lo que hacía era leer prensa extranjera buscando alguna noticia de barristas cruelmente asesinados. Ese día, tuve algo parecido a la vergüenza mientras veía el partido tirado en el sofá y me enteré después, igual que casi todos, de algunas cosas francamente asquerosas. Como usted sabe, por esos días, el grandísimo hijo de puta de Kissinger nos estaba haciendo el honor de visitar Argentina. Pues bien, poco antes de que iniciara el partido, Videla bajó al camarín de los peruanos, acompañado de Kissinger. Los jugadores estaban cambiándose de ropa y tuvieron que detenerse para escuchar a Videla, quien leyó un mensaje de Francisco Morales Bermúdez, el dictador peruano de entonces. ¿Sabe de qué les habló? ¡Les habló de la hermandad latinoamericana! Se imagina usted, los jugadores peruanos estaban ahí en calzoncillos, qué sé yo, Cubillas, Oblitas, Cueto, Chumpitaz, en fin, todo el equipo vendándose los pies con las medias enrolladas en las pantorrillas aún, y tuvieron que escuchar que ese mal nacido les diera una perorata sobre hermandad latinoamericana. Y eso no fue todo, acto seguido, esa pareja de imbéciles se dirigió hasta el vestuario de Argentina y repitió el espectáculo. Hay una fotografía del camarín, en que aparece Jorge Videla, de espalda, estrechando la mano de Alberto Tarantini, que está con el torso desnudo, en ropa interior y con cara de niño asustado. Una mierda. Me da vergüenza.

Perú ya estaba eliminado porque había perdido con Polonia y con Brasil, pero de ahí a perder del modo en que perdieron.

Después, he leído y escuchado que algún funcionario argentino tomó contacto con algunos oficiales que acompañaban a la selección del Perú y les ofreció cincuenta millones de dólares y una donación de 35,000 toneladas de granos. Un obsequio de parte de unos de los mayores productores de trigo a un país hermano. Juan Alemann, el ministro de Hacienda de la época, confirmó más tarde que esas donaciones se realizaron y sabemos también que el cargamento de cereales llegó hasta puertos peruanos. El asunto es que para cuando Argentina jugaba la final con Holanda yo ya no estaba en Buenos Aires. Estaba aparcado en el estacionamiento de alguna gasolinera de carretera mirando un mapa sobre el capó. Desde ahí vi a los empleados la Shell, vestidos con sus overoles amarillos, comiéndose las uñas junto a un televisor en blanco y negro. Tal vez alcancé a escuchar el griterío por el gol de Kempes, el del primer tiempo, pero yo escuchaba otros gritos en mi cabeza. Gritos ahogados de bocas amordazadas.

A mí no me importaban los goles de Kempes. Lo único que quería era escapar, pero no sabía a dónde, es decir no sabía por dónde empezar. Miraba el mapa y era como ver un laberinto sin salida, me sentía igual que un niño al que le dan a resolver un laberinto. Un día antes había comprado una camioneta, una Ford Bronco año 75, maravillosa, un vehículo como para filmar una película de carretera. Yo tenía un plan. Un plan idiota, pero tenía un plan. Yo tenía la idea de viajar por todo el continente siguiendo las pistas del alemán. Yo creía que, tarde o temprano, el tipo volvería a matar u ordenarle a alguien que matara. Judíos, desde luego. Recorrí Uruguay, Paraguay, Brasil, Chile, Perú, Colombia, Bolivia…en fin, recorrí todo el continente y frecuenté partidos de fútbol en todos lados. He presenciado todos los clásicos del fútbol latinoamericano, todos. Los vi con la esperanza idiota de encontrar entre el público, alguna vez, a un alemán octogenario con apariencia de SS. Necesitaba encontrar de nuevo alguna pista que me permitiera agarrar la hebra de la

madeja que había perdido en Buenos Aires. Así fue como encontré el primer video, en Chile, ¿quiere que le cuente, tiene tiempo Olivera o lo llamo en otro momento?

Así es, Olivera, yo podría escribir mi biografía completa a partir de los clásicos del fútbol sudamericano.

Mi vocación de policía –si acaso existe tal cosa– fue tardía. De adolescente yo quería estudiar filosofía o literatura, imagínese. Leía mucho. Todavía leo. Era un ratón de biblioteca. Por esos días recordé *La carta robada*, un cuento de Edgar Allan Poe, ¿sabe quién es Poe? Con todo respeto, Olivera, no puedo creer la ignorancia supina de los policías de este continente miserable, ¿es decir cómo puede un policía que se precie de tal no haber leído, por ejemplo, ¿qué sé yo, *Los crímenes de la calle morgue* o *El misterio de Marie Rogêt*? Válgame, Dios. En fin, el asunto es que yo recordé a Allan Poe y su cuento. Para resumirlo, le diré que es una historia en que le encargan a un policía encontrar un documento, una carta que ha sido robada y que contiene información preciada y que han buscado infructuosamente en la casa en que se supone que está oculta. Entonces, el policía, que se llama Dupin, supone que la misiva debe estar escondida en un sitio en que se vuelve especialmente poco probable buscar y ese lugar no es, precisamente, un escondite, porque el mejor modo de esconderse, sépalo bien, Olivera, es exponerse. Así, Dupin encuentra la carta a plena vista. Del mismo modo, creía yo que el anciano nazi no permanecería oculto en algún cuchitril de mala muerte o en algún sótano húmedo, sino que se expondría descaradamente y se arriesgaría a asistir a partidos de fútbol de alta convocatoria, que alguien, algún idiota incauto, lo llevaría en silla de ruedas al estadio. Después de todo, no había ninguna orden de aprehensión en su contra. Nadie, salvo yo, lo perseguía, nadie sabía siquiera que existía.

Con ese ánimo era que viajaba por todo el continente buscando vejetes en sillas de ruedas. Era una carrera contra el tiempo, pues cuando conocí al nazi, en un edificio de pintura que se caía de las paredes en La Boca, ya era muy viejo. Debía tener setenta y cinco años. Cada año que pasaba era como un puñal. Solo en una ocasión, en Ecuador, tuve la sensación de que le había encontrado. Asistí a un partido entre el Emelec y el Barcelona, en Guayaquil. Me pareció ver, a lo lejos, a un viejo que alguien llevaba en silla de ruedas. Llevaba puesta una camiseta del Barcelona y una manta escocesa sobre las rodillas. Era muy blanco y delgado y su cabeza estaba coronada con algunas pelusas blancas que casi no se distinguían y que alguna vez debieron ser rubias. El que lo llevaba, en cambio, tenía apariencia de indígena. El corazón me saltó como a un dibujo animado que ve al amor de su vida. Los seguí a un par de metros de distancia. Yo había visto al anciano hace cuatro o cinco años y desde esa distancia me parecía probable que fuera él. Antes de subir las escaleras plegaron la silla de ruedas y el anciano subió tomado del brazo del acompañante. A pesar de su condición física desmejorada, el anciano recriminaba al indio agitando las manos y elevando la voz. Este, en cambio, lo escuchaba sin mirarlo, como si fuera un sirviente que le debía la vida. Me senté en la misma tribuna a seis o siete puestos de distancia, pero un escalón más arriba, de modo que podía espiarlo sin inconvenientes. El estadio estaba lleno y, en realidad, puse poca atención al partido. Lo miraba de reojo. Creo recordar que ganó Emelec.

Me pareció ver que el viejo llevaba un par de audífonos, en cualquier caso debía escuchar muy poco porque el acompañante se acercaba para explicarle las jugadas al oído como si estuviera contándole un secreto. Cuando el primer tiempo terminó, se levantaron para ir al baño. Primero, el indio ayudó al viejo a orinar y luego lo dejó a un lado, sentado sobre la silla mientras él hacía lo suyo. Sentí que era una oportunidad inmejorable. Me acerqué, tomé las manillas para empujar la silla y la saqué del baño antes de que su cuidador pudiera advertir nada. No miré atrás y avancé a toda

prisa dando algunos codazos. El viejo, desconcertado, intentaba hablar o voltear para mirar quién lo estaba transportando, pero no podía hacerlo. Me detuve debajo de una escalera, en un rincón donde no había nadie. A causa de la altura había comenzado a ahogarme y a dolerme la cabeza, como si alguien me hubiese puesto una bolsa de nylon en la cara. En fin, di vuelta la silla para ver al viejo cara a cara y me bastó echarle un vistazo para saber que no era él. El anciano estaba aterrorizado. No era posible que ese viejo hubiese sido un exoficial nazi, en cualquier caso, no era el hijo de puta que yo había visto en Buenos Aires hace un par de años atrás.

Pero bueno, para entonces yo llevaba cinco años persiguiendo a ese fantasma y no quería que nadie fuera a engañarme. Comencé a hacerle preguntas sobre los campos de concentración. Yo había aprendido algunas cosas en alemán y comencé a espetárselas a la cara para que dijera algo, cualquier cosa que le incriminara, pero él me miraba con expresión de idiota y haciendo un ademán de que no escuchaba a causa de una supuesta sordera. Me desesperé, tomé al viejo por los hombros y lo sacudí hasta que se cayó de la silla y entonces, desde el suelo, comenzó a suplicarme que lo dejara en paz, pero yo no quería hacerlo y seguí sacudiéndolo y hablándole del Reich y de vagones de trenes sin asientos y de cámaras de gaseado. Le quité el audífono y lo pisoteé como si fuera un escarabajo o una cucaracha. Me detuve cuando vi una mancha húmeda que se acercaba a mi zapato. El viejo se estaba orinando. Precisamente, en ese momento, vi a lo lejos al indígena haciendo un gesto con las manos y dando un grito. Venía acompañado de dos policías que corrían más lento que él y eso me dio tiempo para huir y esconderme entre los recovecos del estadio, hasta que terminó el partido. Para salir, me oculté entre la muchedumbre. Esa noche, sin embargo, dormí tranquilo porque estoy seguro de que no dejé escapar al exoficial nazi. Ese anciano era inocente, al menos no era culpable de los crímenes que a mí me quitaban el sueño. A pesar de eso, estuve un par de días investigando prensa ecuatoriana,

trajinando en busca de algún crimen que imitara el modus operandi de Buenos Aires. Nada.

Una vez, en un averiado televisor de la habitación de un hotel de carretera, vi un video en que Bilardo explica la función de los *stoppers*. Supongo que no hace explicar que Carlitos Bilardo es el entrenador campeón con el seleccionado argentino de fútbol en México 86. Para muchos es un genio pragmático; para otros, un tramposo incorregible. Pero incluso sus enemigos te dicen que Bilardo cambió el fútbol argentino para siempre. El asunto es que ese video me hizo entender, de cierta forma, de qué se trataba la vida. En realidad, me hizo entender de qué trataba *mi* vida. Los *stoppers*, decía Bilardo garabateando flechas, rectas y circunferencias en una pizarra acrílica, deben seguir al delantero donde quiera que este vaya, sin importar nada más. Tomaba como ejemplo a Ruggeri y a Cuciuffo. Yo me sentía como ellos, pero obligado a ir detrás de un tipo que era como un fantasma, Olivera, un tipo que yo no conocía y al que, en realidad, nadie era capaz de precisar, entregar alguna característica inequívoca que ayudara con su identificación. Nunca nadie había visto siquiera una vez. Era una especie de leyenda urbana. Es decir, en todos estos años entrevisté a muchas de las víctimas de nuestras dictaduras. Me presentaba como alguien que estaba haciendo una investigación periodística, alguien que planeaba escribir un volumen. Nunca nadie fue capaz de entregar algún detalle que ayudara a encontrar la aguja en el pajar. No es sencillo. El mayor triunfo del torturador es lograr avergonzar a sus víctimas y que estas callen por miedo a ser juzgadas o apartadas. Cuando al fin hablan, cuando se animan a vomitar toda esa podredumbre que llevan encima… En fin, todos estos años que he corrido detrás de un espectro, me he sentido como un *stopper* lento y sin respuesta, persiguiendo a un tipo al que no logro verle ni el número de la camiseta.

¿No me cree? Haga la prueba, pregúnteme por cualquier clásico del fútbol sudamericano. Los he visto todos. River Plate versus Boca Juniors; Huracán versus San Lorenzo; Bolivar y The Strongest; América de Calí versus Atlético Nacional; Barcelona de Guayaquil versus Emelec; Olimpia versus Cerro Porteño; Universitario y Alianza Lima; Peñarol y Nacional de Montevideo; Atlético Mineiro y Cruzeiro; Gremio e Internacional de Porto Alegre; Millonarios e Independiente de Santa Fe; Colo-Colo y Universidad de Chile; Corinthians y Palmeiras; Flamengo versus Fluminense, Rosario y Newell's Old Boys. Los he visto todos. Varias veces. Debe haber pocos tipos que saben más de fútbol que yo. Si yo quisiera, podría escribir una historia completa de fútbol sudamericano. Permítame decirle, sin embargo, que le faltó mencionar el más de importante de todos. El clásico de Avellaneda: Racing versus Los Amargos. Quiénes son los amargos: Independiente, un equipo chico de Buenos Aires. En Avellaneda, debe saberlo usted, hay dos equipos importantes: Racing, en primer lugar, y, en segundo lugar, la reserva de Racing.

Para entonces, en Argentina nos estábamos volviendo todos estúpidos. Usted no va a creerme, Olivera, pero ninguno de nosotros reparó en que esos pobres pibitos eran judíos. O tal vez nadie le dio importancia. Ni siquiera un periodista suspicaz. En el fondo, esos crímenes no le importaban a nadie. Tal vez se dieron cuenta, pero nadie sospechó que había allí una hebra, un hilo de Ariadna que podría permitirnos encontrar el centro del laberinto. De hecho, me quedé con las fotografías y nadie puso objeciones. Me las llevé como si fueran recuerdos familiares. Hasta el día de hoy las tengo en un álbum fotográfico. Ese puñado de imágenes en blanco y negro de los pibitos tendidos sobre las bandejas metálicas y sus miembros desprovistos de prepucio, coronados por matas enmarañadas de vello púbico. ¿Para qué? Ni idea, Olivera.

Newell's Old Boys y Rosario; Estudiantes y Gimnasia; Ferro y Vélez; Atlanta y Chacarita; Colón y Unión; Talleres y Belgrano; Belgrano e Instituto, San Miguel y San Martín de Tucumán; Gimnasia y Esgrima de Mendoza e Independiente de Rivadavia; All Boys y Nueva Chicago; Almirante Brown y Morón; 9 de julio y Atlético Rafaela. En fin, Olivera, podríamos estar toda la noche haciendo memoria de clásicos del fútbol argentino. Para colmo de males, el anciano aquel podía estar escondido en cualquier sitio y eso me obligó a recorrer cada rincón y sentarme a mirar hasta los más insólitos partidos de rivales encarnecidos.

El último de los crímenes ocurrió en otoño de 1977. Fueron, en total, diecinueve homicidios. Trece pibes eran fanáticos de River. Casualidad, dijeron mis jefes. Cómo iba a ser casualidad, Olivera. Trece jovencitos muertos, con la camiseta de River, todos judíos. Era una pista, por Dios. Judíos y de River. Era dos más dos. Bastaba con leer la tapa del libro. El asesino era un fanático, un nazi. Un bostero. Un loco de patio. Esa fue mi tesis desde el principio. Yo me imaginaba a un *skinhead*, un boludo todo tatuado. No imaginé nunca que el responsable, el autor intelectual, fuera nada menos que un exoficial de las SS, un hijo de puta que, como tantos, escapó de Europa en ruinas después de la guerra.

¿Qué carajo tiene que ver un nazi con Boca Juniors? Esa es una pregunta que nunca he dejado de hacerme. ¿De qué modo un oficial que trabajaba en algún campo de concentración llega a convertirse en fanático de Boca? La puta que lo parió. He llegado a pensar que los colores de Boca fue lo primero que vio cuando se bajó en el puerto. Fue una casualidad. Ese cabrón pudo convertirse en fanático de cualquier equipo. Me la hubiese hecho más fácil si hubiese sido de Racing. En tal caso, los muertos hubiesen sido hinchas de Independiente. Noche de San Bartolomé en el Libertadores de

América. Pedir de boca. ¿Cómo que no sabe? Pero qué clase de policías estamos formando en este continente miserable. Fue una matanza de protestantes en el París del siglo XVI: cuchillos, hachas, picas; una violencia cuerpo a cuerpo. Los muertos se contaron por miles y los cuerpos terminaron en el Sena. ¿Quiénes los mataron? Los católicos, Olivera, los buenos amantes del prójimo.

Que Dios se apiade de mi alma, Olivera, pues fui bostero durante tres certámenes del fútbol argentino. El Campeonato Metropolitano de 1976, el Campeonato Nacional del mismo año y el Campeonato Metropolitano de 1977. Durante todo ese tiempo, bajo el sol y la lluvia, con remera o a dorso desnudo, me desgañité cantando los himnos de Boca. Que Nuestra Señora del Buen Aire y san Martín de Tours intercedan por mí. Cuando llegaba al departamento me daba duchas interminables para quitarme de encima toda esa mierda. Olía a bosta, Olivera. Para colmo de males, Boca salió campeón tres veces durante ese período. Dos veces campeón en el 76 y el 77 ganó la Copa Libertadores frente al Cruzeiro. Yo estuve en el partido de ida, en Belo Horizonte y en el desempate, en el Centenario. Casita del horror, el Centenario. Tuve que fingirme exultante, Olivera, cuando a mí me importaba un carajo que Boca diera la vuelta Olímpica. Por mí el apocalipsis podía empezar en la Bombonera. Que Buenos Aires se abriera en dos, justo en la Boca y toda esa mierda amarilla y azul se fuera hasta el desagüe del Infierno. Lo peor de todo es que tuve que mantenerme impertérrito cuando nos ganaron tres a cero en el Cilindro, en el Metropolitano del año 77. Morderme la lengua para aguantarme las puteadas cuando Gatti le atajó un penal a Villa o cuando expulsaron a Killer, a muy poco del final.

Por entonces soñaba mucho. En uno de mis sueños más recurrentes estaba en un descampado y a lo lejos veía un convoy

polvoriento que se acercaba hacia donde estaba, pero a la distancia no lograba distinguir qué clase de vehículos eran esos que se aproximaban. Cuando estaban más cerca, qué sé yo, a trescientos o doscientos metros, lograba reparar en que era una hilera de Ford. De todo tipo. Ford Falcon de todos los colores. Verdes, grises, celestes metalizados. Rancheros. Deportivos. Patrulleros. Taxis. Versiones estándar y de lujo. Un inventario completo. Era un convoy lindo, pero escalofriante a la vez. Me daba cuenta de que no iban a detenerse e intentaba correr, pero mis piernas estaban pegadas al piso como si fuera un pantano o tuviera los pies enterrados en asfalto fresco, como ocurre, a veces, en los dibujos animados. Entonces, cuando la colisión parecía inminente, me hacía un ovillo y me cubría el rostro con las manos. Quedaba así, esperando un impacto que no llegaba. Al abrir los ojos, veía los autos detenidos frente a mí, dispuestos en semicírculo, apuntándome con los focos para encandilarme. Los choferes eran todos jugadores de Racing. Distinguía a Cárdenas, a Basile, a Frers, a Firpo, Avallay, Blén. Algunos iban vestidos de patrulleros y con anteojos oscuros. Cargaban macanas y comenzaron a golpearme sin dar explicaciones o expresar sus motivos. Y entonces, mientras me golpeaban comenzaban a hacer referencias a refranes publicitarios de Ford Motor Argentina.

Antes de irme a vivir a La Boca, fui al Cementerio Municipal de Avellaneda a ver a mi abuelo. Fui, supongo, a pedirle perdón. No le iba a hacer gracia verme con una camiseta de los bosteros. Mi abuelo era fanático de Racing. Socio de toda la vida. Matusalén, le decían los pibes de la Imperial. Fumador empedernido. Parecía barquito a vapor. A vos te engendró John Fitch, le decía mi abuela. Como no se rio, Olivera, deduzco que no sabe quién es Fitch: el inventor del barco a vapor. Cuando ya estaba anciano sufrió un accidente vascular encefálico y quedó en cama. El médico advirtió que no debía pasar malos ratos y, para un hincha de Racing, los

malos ratos venían con el fútbol, eran casi una condición permanente. En casa no encontraron nada mejor que quitárselo. Para él, dejar el fútbol fue como dejar de respirar. A regañadientes, el abuelo estuvo de acuerdo con no ir a la cancha o dejar de escuchar los partidos por radio, pero exigió enterarse de los detalles y resultados de los partidos de la Academia, puntualmente, apenas terminara la fecha. Se revolvía en la cama, gritando con su mandíbula desfigurada por la parálisis, especialmente los fines de semana. Para hacerse cargo de la situación, a ratos insostenible, mi papá no encontró nada mejor que falsificar las tablas de posiciones. Todos los fines de semana, de local o de visita, Racing ganaba sin sobresaltos. Punteaba desde la primera a la última fecha. Mi papá se sentaba frente a su máquina de escribir y elaboraba cuidadosamente las tablas de posiciones en que Independiente era relegado siempre a las peores ignominias. Boca, River y San Lorenzo no peleaban nunca por nada importante. Condenados a la medianía de la tabla. Pero mi abuelo no es imbécil. Comenzó a sospechar. Miraba de reojo cuando leían la clasificación, preguntándose por qué carajo leían la tabla de posiciones desde un folio de roneo en lugar de, desde la página de un diario, como la gente normal. Por qué siempre tienen que ser tan rebuscados, se quejaba. Para que sea solemne, argumentaba mi viejo. Solemnidad las pelotas, decía el abuelo. Mi papá se vio en un aprieto que resolvió de modo aún más delirante. Comenzó a grabar falsos partidos en cintas de casete. Tiempo real. Una hora y cuarenta y cinco minutos de transmisión, más comentarios, publicidad incluida. Grababa un día antes en algún boliche para ganar sonido de ambiente. Los que lo conocían y sabían de la historia se prestaban para la charada y daban puteadas a un árbitro imaginario y coreaban los goles con él, como si estuvieran en un estadio. Otros, los que no sabían, se quedaban mirándolo como si fuera un imbécil. Cuando llegaba el domingo, mi papá colocaba la cinta y fingía sintonizar la radio. Buenas tardes amables oyentes, bienvenidos a la cita de todos los domingos con la Academia, qué vivan los racinguistas. En esas falsas transmisiones también ganaba

siempre Racing, a veces con suspenso, la mayoría de las veces con holgura escalofriante. Puede parecer sencillo, pero era una tarea compleja. Para que la comedia tuviera éxito mi papá tenía que grabar todos los partidos del fixture de Racing y conseguir las alineaciones de todos los equipos. Para colmo de males, a veces, a mi abuelo le entraban ganas de escuchar los partidos de Independiente para reírse a carcajadas de lo mal que lo estaban pasando y mi papá no tenía más remedio que grabar también esos partiditos de mierda. Era un trabajo de media jornada, tranquilamente. Veinticinco horas a la semana dedicaba mi viejo a la opereta esa. Para asegurarse de no ser descubierto, hablaba con los vecinos para que mantuvieran esas versiones en caso de que fuera necesario, es decir, en caso de que mi abuelo fuera a pedir detalles a través de la ventana. Los vecinos no tenían problema con ayudar a que el viejo viviese semejante mundo paralelo, al contrario. Era un gusto soñar con qué Racing era el mejor de todos, que, al menos, uno de nosotros viviera con esa ilusión. Lo más complejo era simular la alegría desatada cuando terminaban los campeonatos en los que inevitablemente nos coronábamos siempre. Había que conseguir fuegos artificiales y llegar a acuerdos con algunos pibes para que tocaran el claxon de sus autos o entonaran cánticos en la calle. Levantamos la bandera de una historia inigualable. De una vida de esperanza. De un amor inquebrantable. Sos mi gloriosa Academia del Cilindro y del potrero. Era una locura que, encima, nos obligaba a mantener el televisor apagado casi siempre. Tal vez por eso me acostumbré a leer. Mi abuelo murió convencido de que Racing era imbatible. En la cabeza deteriorada de mi abuelo Racing era como el Real Madrid, el mejor equipo del siglo XX. Mi papá puso dentro del ataúd esa única cinta de casete sobre la que grababa una y otra vez. Pocas cosas me gustarían más que tener conmigo esa vieja cinta estropeada por el uso. La escucharía todos los días, mientras fumo y veo atardecer en Buenos Aires, complacido por el delirio de los triunfos infinitos de Racing Club de Avellaneda. Qué viva la Academia, Olivera.

En la imaginación de mi padre, Maradona fue flamante refuerzo de Racing para el Campeonato Metropolitano de 1977. ¿Qué tal es ese Maradona?, le preguntó mi abuelo a mi papá cuando se enteró de que era el nuevo fichaje. Un crac, le dijo mi padre. Va a hacer muchos goles para Racing. Y bueno, al final hizo muchos goles para Argentinos, Boca y Nápoles. Hizo goles hasta en Sevillla. Para Racing, ninguno. A Diego, lo perdono. ¡Maradona!, hubiese gritado aquella tarde en el pretorio. Maradona.

Finalmente, me despedí de Avellaneda y no sabía por cuanto tiempo. Vagué por la Boca, haciéndome el pelotudo. Las manos en los bolsillos del pantalón. El cuello alzado de la chaqueta. El pelo revuelto. Me dejé crecer la barba. Alquilé un piso mugriento. Carísimo. Me inventé una historia y la ensayaba delante del espejo. Me llamo Ezequiel Masotta. Me dicen Equis. Mejor aún: Equis para los amigos. Aún mejor: Equis para los de Racing. Para el resto de los hijos de puta, el señor Masotta. Soy de Tucumán. Solía trabajar en la planta de SCANIA de San Miguel. Estaba en cajas de cambio que exportamos a Brasil. Toda mi familia es de Boca. Todos. Mi papá y mi mamá. Mis abuelos. Mis bisabuelos. También mis tatarabuelos. Todos, menos un primo. Un desheredado que está vetado de todas las fiestas familiares. Ni muerto pone un pie en el mausoleo familiar. Soy soltero. Vine a probar suerte. Pediré trabajo en la Ford. No tengo hijos, que yo sepa, si llego a tener más le vale que sea bostero, sino que se vaya de vuelta a la concha de su madre. Todo de memoria, sin repetir ni equivocarse.

Las cosas no fueron fáciles, Olivera. Si la barra de Boca hubiese sido una legión romana, yo hubiese estado al final, muy lejos de la avanzada. Hubiese sido el sujeto que llevaba las lanzas y las jabalinas. Un *caddie* del ejército imperial. Si hubiese sido el ejército de Leónidas en las Termópilas, yo hubiese sido Efialtes, el pastor deforme que guio a los persas a masacrar a los trescientos espartanos. Yo era nada. Un muerto. Una vez, uno de esos imbéciles

se quedó mirándome y me preguntó: ¿Por qué no donás los órganos, muerto? ¿Hace mucho frío en la morgue?, me preguntó otro gil. Por entonces, la barra estaba al mando de Enrique Ocampo, mejor conocido como Quique, el Carnicero. Este sujeto era un comerciante de la Boca y se las ingenió para llegar a dirigir La Doce. Tenía la apariencia de un mafioso italiano. Un personaje secundario de Mario Puzo. Fue el primero en comprender que la afición futbolística podía convertirse en un negocio rentable. El Carnicero, diríamos, fue el primero el delinear el modelo de negocios que se fue perfeccionado desde allí en adelante. Hizo tratos con todos por igual. Un niño de pecho eso sí, comparados con los hijos de puta que vinieron después. Ocampo nos bautizó con agua y después nos vacunaron con fuego. El Carnicero hizo buenos contactos políticos y llegó a participar de operaciones montadas por la SIDE. Fue acumulando tanto poder que cuando Boca perdía, los jugadores iban en procesión a pedirle disculpas. Se postraban y Ocampo los absolvía. Ego te absolvo, les decía, pero no pequen más, que los santos bosteros tienen poca paciencia. En fin, el hijo de puta aquel reinaba en la paravalancha y tenía un círculo de hierro, el primer anillo diríamos, con tipejos como el Capitán, el Viejo Carrascosa, el Alemán y una veintena de pibes de la Boca. Luego venía otro círculo y así sucesivamente. Yo estaba lejos de todo eso. Tiritando de frío en el noveno círculo. Incluso allí me miraban con desconfianza. Pasaban los meses y nada cambiaba. Yo era un enfermo incurable. Un leproso. Era como si pudieran oler que, en el fondo, yo era otra cosa. Intentaba ganarme un lugar, Olivera, pero no había caso. Tal vez eran como sabuesos que olían mi charada. Para colmo de males, ni siquiera podía asomarme por la comisaría. Tenía la sensación de que incluso allí yo era nadie, un bulto incómodo. La sensación de que incluso allí querían deshacerse de mí, que me pagaban el sueldo a cambio de que yo estuviera de vacaciones. Nadie nunca me pidió un informe. Pensé que iba a volverme loco. Lo peor de todo es que no podía hablar del asunto con nadie, así es que compré una grabadora Sony y muchos casetes. Todas las noches, antes de

dormirme grababa mis pensamientos, como una especie de diario de vida o bitácora. Una noche, en el colmo de mi desesperación, me emborraché. Cuando salí del boliche me topé con un tugurio donde hacían tatuajes y entré, convencidísimo. Me dije: para resolver esto tengo que cambiar de piel, sacarme de encima este olor a policía. Transformarme en un hijo de la re mil puta. Ese miércoles, después de un partido que Boca le ganó a Ferro con tres goles de Mastrángelo, nos encontramos con un grupo de pelotudos de River que quisieron quedarse con una bandera. Hubo una pelea descomunal. Me dije que no tendría otra igual a esa. Me lancé como san Jorge entre dragones. Mientras forcejeaba, me rompieron la camisa y todos los presentes pudieron ver que yo tenía una esvástica perfectamente tatuada sobre el pectoral izquierdo.

Así fue. No fue mi perseverancia la que me permitió resolver el caso. No fueron mis viajes interurbanos por Argentina, o los sendos viajes que hice por el continente para ver los partidos de la Libertadores del 77, pues sepa que viajé por nuestras inhóspitas carreteras hasta Cali, Montevideo y Asunción. Nada de eso. Fue el tatuaje. Fue aquella estupidez esa noche de juerga. Al día siguiente que me lo hice, cuando desperté con resaca, me quería morir, pero sin ese tatuaje yo no hubiese entendido nunca el modo de operar de los criminales.

Al día siguiente, por la noche, mientras yo deambulaba por la Boca, me tomaron por la espalda y me subieron a un Fiat 128, verde. No me olvidaré nunca de eso. Acto seguido me cubrieron la cabeza con una bolsa de nylon. Apretaron despacio detrás de la nuca. Quedate tranquilito pibe, me dijeron. No te va a pasar nada. No te resistás. Dimos un par de vueltas enloquecidas, como si fuéramos a bordo de uno de esos carros chocadores de los parques de entretenimientos. Se detuvieron al cabo de veinte minutos, pero tuve la sensación de que en lugar de alejarnos habíamos dado vueltas y vueltas para permanecer en el mismo lugar, como si nos

estuviera succionando un agujero negro. Eso me hizo dudar de que quisieran lastimarme. Me bajaron sin quitarme la bolsa, pero yo lograba ver a través de ella. Llegamos a un patio donde la tierra estaba sucia de aceite de auto. Me quitaron de encima la bolsa y entonces vi algo que nunca he olvidado. Un detalle trivial, absurdo, Olivera, usted va a creer que estoy bromeando, pero estoy hablando muy en serio. Había un gallinero. Tal como oyó. Un gallinero enorme, como si estuviéramos en una granja. Sobre el cercado del gallinero alguien había clavado un cartel de madera en el que habían escrito con pintura roja MONUMENTAL DE NÚÑEZ. Uno de los sujetos pasó junto al corral y agitó la alambrada y las gallinas cacarearon y volaron de un lado a otro, como si un zorro estuviese merodeando. Decenas de plumas quedaron suspendidas. Debía haber cuarenta, tal vez cincuenta avecitas de corral. Reparé en que la mayoría eran blancas y le habían pintado una banda roja a la altura del buche. Todas las gallinitas tenían la banda sangre. Uno de ellos hurgó en un tarro lleno de maíz y les arrojó un puñado e imitó la onomatopeya de las gallinas. Dentro del corral había una pelota de cuero, desinflada y sucia de mierda.

Para entonces yo intuía que el propósito del paseo no era matarme, así es que me relajé y me acerqué al gallinero. Soy un curioso incorregible, Olivera. Me di cuenta de que todas las aves tenían unos cartoncitos que les colgaban del cogote. Y no me va a creer. Sobre cada uno de ellos estaba escrito el apellido de algún jugador de River. No pude evitar que me diera risa. Cómo no iba a morirme de la risa. Algún hijo de puta se había dado el tiempo de bautizar a cada una de las gallinas. Uno de los pibes me explicó que, a veces, abrían el corral y las dejaban pasear por el patio para que estiraran las patas. Le tiraban la pelota, pero las gallinas —me dijo— no dan pie con bola, igual que en Núñez. Se cagan nomás, todo el día, las gallinas se cagan todo el día. Igual que en Núñez, repitió alguien más. Alcancé a leer los nombres de algunas gallinas. Labruna, Ferreyra, Peucelle, Loustau, Moreno, Pedernera, Carrizo, Vairo, Rossi, Prado, Sívori, Onega, Artime, Delém, Más, Varacka,

Cubillas, Matosas, Barisio, Morete, Alonso. Dentro del corral, todos esos próceres de River eran gallinas dando aletazos ciegos.

Me tomé un par de minutos viendo el gallinero. Sucede que no imaginé nunca que dentro de la casa iba a encontrarme con el espectáculo que vería más tarde. Hasta entonces yo pensaba que iba a ser sometido a alguna especie de ridículo ritual de iniciación. Supuse, estúpidamente, que iban a hacerme degollar a alguna gallina y dibujar un pentagrama invertido y me harían prestar juramento de lealtad a los xeneizes. Alguna estupidez de esa clase. Pensé que la riña de la noche anterior me había granjeado simpatías y que me permitirían acceder a círculos más íntimos de la Doce. Imaginé que me iban a poner delante de Quique, el Carnicero, quien me iba a dar la bienvenida o a ofrecerme un trabajo en La Glorieta. Nada de eso. O, pensado con cuidado, muchísimo más que eso.

Me quedé embobado de las gallinas y al cabo de unos minutos, alguien junto a mí carraspeó. ¿No querés pasar?, me preguntaron. Asentí con la cabeza y me llevaron dentro de la casa. Me hicieron subir por una escalera estrecha, donde el aire estaba muy espeso, de modo que tuve la sensación de estar en un submarino, bajo una extraña presión atmosférica. Alcancé a ver de reojo una fotografía donde un perro pastor alemán vestido con camiseta de Boca yacía junto al gallinero y supuse que, de vez en cuando, soltaban al perro dentro de la jaula de las gallinas para que hiciera sus tropelías. Cuando llegamos al segundo piso me hicieron un gesto para que me acercara hasta un grupo que rodeaba un sofá apenas iluminado por una lámpara de pedestal con una ampolleta mortecina. Algunos pibes tenían bordado el logo de la SS y el *Totenkopf* sobre la camiseta de Boca. Caminé hasta allí y tuve que alzarme en punta de pies, para mirar sobre los hombros de los que estaban amontonados. Sentado en un sofá, había un anciano muy pálido, con apariencia de enfermo. Daba la sensación de que alguien había usado los surcos de sus arrugas como cenicero. Calculé que debía tener ochenta años. Respiraba con dificultad. Llevaba encima la chaqueta gris verdosa de un uniforme nazi. Reconocí la prenda

enseguida, inequívocamente, pues tengo buen gusto y sé reconocer una prenda de Hugo Boss. Un hombre como yo es capaz de esas finezas, Olivera. La chaqueta estaba desteñida y estoy casi seguro de que era un uniforme que utilizaban desde antes de la guerra. Era el uniforme de teniente, un SS *Obersturmfuhrer*, eso es seguro. La chaqueta, en todo caso, le quedaba muy ancha porque el anciano estaba muy delgado, casi esquelético, la cabeza pequeña coronada por una mata de pelos rubios que parecían la cabellera escasa de una muñeca vieja. Me sobrepuse al desconcierto y me di cuenta de que el viejo tenía sobre los muslos, como si fuera una manta para el frío, una camiseta de Boca. También tenía una Biblia sobre el regazo. Estaba leyendo en alemán. Cada cierto tiempo se detenía y un pibe de pie junto a él traducía con expresión solemne, mientras el viejo recuperaba el aire. Estaban leyendo fragmentos del Antiguo Testamento que hablaban de circuncisiones masivas de filisteos.

Dijo el traductor: En aquel tiempo Jehová dijo a Josué: Hazte cuchillos afilados, y vuelve a circuncidar por segunda vez a los hijos de Israel. Y Josué se hizo cuchillos afilados, y circuncidó a los hijos de Israel en el collado de Aralot.

"Hazte cuchillos afilados", gimoteó el alemán, y se quedó mirando al traductor que, repitió a su vez, desgañitándose.

Desde aquella noche sé cómo se dice "gallina" en alemán: se dice "henne".

Ese anciano debía tener los días contados, Olivera, pero a pesar de eso daba mucho miedo. Pocas veces he sentido miedo como cuando estuve frente a ese viejo. ¿Ha visto *El Exorcista*? Una comedia de Porcel y Olmedo al lado del vejete alemán. Yo estaba absorto, Olivera. Lo más inquietante es que no había nadie que yo recordara de la Bombonera. Ninguno. De dónde carajos salieron estos pelotudos, me preguntaba. De pronto, uno de ellos con el torso desnudo apareció con un directorio telefónico. Lo abrieron delante del viejo como si fuera un texto sagrado. El viejo achicó los ojos para ver y luego fue pasando su dedo por las distintas páginas hasta que encontró uno o dos apellidos hebreos. Ya saben qué

hacer, dijo luego. Salieron seis o siete caminando como si les hubieran encargado ir a comprar fernet y Coca-Cola. Me quedé escuchando al viejo. No puedo estar seguro de que traducían exactamente sus palabras. El pibe a cargo de compartir con nosotros las palabras del nazi, preguntó cómo iban las tareas encomendadas y entonces, apareció otro sujeto, uno que llevaba camisa y corbata y traía unos papeles enrollados. Eran planos de estadios de fútbol de Buenos Aires, intervenidos para que se convirtieran en campos de concentración. Era como si planearan edificar campos de concentración y exterminio sobre todos los estadios de Buenos Aires. Las galerías, explicó, permanecerían intactas y sobre la cancha, cercadas de alambradas eléctricas iban a concentrar a los prisioneros. En la tribuna de los palcos de la Bombonera iba a estar el centro de operaciones. Hay que aprovechar la línea del tren, argumentó y el viejo pareció especialmente complacido con aquel comentario. Desde allí iban a administrar el horror. Era una locura, Olivera, desde luego, una distopía irrealizable, pero el modo en que lo decían no podía dejar indiferente. Daba escalofríos oír toda esa mierda, dicha con la frialdad de alguien que va a hacer un depósito al banco. El sujeto hablaba también de líneas férreas que conducían a prisioneros hacia cada uno de los estadios, distribuyéndolo como si fueran pasajeros de viajes frecuentes. Esa red de ferrocarril se articulaba desde la Bombonera. Entendí que imaginaban que allí funcionaba un cuartel de operaciones desde donde velaban la logística de todos los trenes. Yo no podía dar crédito. Estaba impávido.

Me acerqué a un rincón donde una muchacha relataba historias a un puñado de pibitos. Entendí perfectamente que estaba contándole, orgullosa, la historia del pogromo de Buenos Aires de 1919, un suceso del que seguramente usted no ha escuchado nunca. Para entonces, Olivera, hubo una huelga de obreros de uso talleres metalúrgicos en Buenos Aires. La historia de siempre. Los policías salieron a la calle y reprimieron la huelga. Otros energúmenos aprovecharon de emprenderlas contra los judíos

porque creció el rumor de que había algunos de ellos que estaban preparando una suerte de revolución bolchevique. Entre ellos había civiles armados, pero también fuerzas policiales. La muchacha les decía, con una sonrisa de oreja a oreja, que por entonces en las calles de Buenos Aires se habían visto a ancianos de largas barbas arrancadas de cuajo y obreros judíos con ambas piernas astilladas, como si fueran tablones rotos y a pistoleros valientes que hicieron justicia blandiendo la bandera argentina. ¿No les parece hermoso?, preguntó y se quedó mirándome de reojo, con expresión de éxtasis, como si quisiera bajarse las bombachas allí mismo o chuparme la pija. Hija de puta.

Solo entonces miré a mi alrededor y lo entendí todo, Olivera. Yo estaba paralizado. Estábamos en octubre y entendí que, ese 9 de noviembre, iban a actuar contra distintas tiendas judías de Buenos Aires, empezando por La Boca. Esos sujetos estaban realmente desquiciados. No se trataba de un arrebato ni de una provocación aislada: estaban organizando algo, un programa metódico, una noche de fuego y vidrieras rotas en distintos puntos de la ciudad. Entendí que esas veladas eran habituales, pero que aquella era distinta, porque estaban preparando el operativo.

En fin, estaba amaneciendo cuando fui a mi casa, mi verdadera casa, quiero decir, en Avellaneda. Llevaba meses sin aparecerme por allí. Tal vez fue temerario. Tal vez alguien me siguió y encendió las alertas. Qué sé yo. Me afeité, me cambié ropa. Estaba excitado, pero tranquilo. Pensaba que ya estaba, que lo había resuelto. Pensé que tenía tiempo y estuve a punto de ir al cementerio a contarle a mi abuelo. Finalmente, enfilé hacia la comisaría. ¿Estás seguro?, me preguntaron. Qué si estoy seguro, vi al nazi con mis propios ojos le dije, estuve allí. Un anciano que dan ganas de cagarse en los pantalones. ¿Cómo?, me preguntaron, ¿un ancianito de cuento que da miedo? Tiene ojos de demonio, dije. Me miraron con expresión de duda y uno de ellos me dijo que le arrojara el aliento. ¿No fumaste nada, Zárate? Mirá que los tiempos no están para que hagamos el ridículo. Fuimos con patrulleros, pero para entonces ya no había

nada, excepto cristales rotos desparramados por el piso. Habían roto todas las ventanas. Un mar de vidrio. Años más tarde leí un versículo del *Apocalipsis* que dice: "Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego". Lo único que permanecía era el gallinero, con todas sus ocupantes, picoteando la tierra revuelta de plumas y maíz. Y la pelota sucia de mierda. Deambulé en vano por el lugar. No quedaba nada. Cuando volví a salir, algunos hijos de puta, compañeros míos, se permitieron burlarse de mí imitando la onomatopeya aviar. Otros se aguantaban la risa. Abrieron el corral y fueron sacando las gallinas una por una, llamándolas por los apellidos que le colgaban del pescuezo. Uno de ellos me tiró la pelota y me preguntó si quería jugar a los truquitos. Me abalancé sobre él culpándolo de que había dado aviso. No sé si fue él, pero alguno de esos hijos de puta debió hacerlo. De qué otro modo podrían haberse enterado, Olivera, dígamelo usted, que es un policía moderno.

Ya nadie se acuerda de los crímenes, Olivera. Yo, en cambio, no voy a olvidarme nunca.

En la Glorieta de Quique, el Carnicero, conocí a un pibe muy especial. Le decían Mantecol porque era muy aficionado al dulce aquel. Donde quiera que usted lo viera, llevaba consigo uno de esos turroncitos de pasta de maní y almíbar. Tenía los bolsillos llenos de envases vacíos arrugados, como si fueran billetes viejos. Mantecol tenía dos particularidades que, combinadas, resultaban muy hilarantes. Por un lado, era un eximio conocedor de batallas de la Segunda Guerra Mundial. Por otro, tenía el sueño de convertirse en relator de fútbol. Cuando iba a la cancha llevaba siempre una pequeña radio diminuta pegada a la oreja, como si se tratara de una prótesis. ¿No adivina, Olivera? Mantecol se sentaba en las bermas de la calle o en alguna esquina y comenzaba a relatar las batallas de la

Segunda Guerra Mundial como si fueran partidos de fútbol a cambio de alguna moneda. Apenas conseguía lo suficiente, el pibito iba al quiosco y compraba su dosis de turrón. Tenía toda la dentadura cariada, la cara llena de espinillas. Iba encaminándose tranquilamente a una diabetes. La mayoría de las personas que se topaban con él debía creer que solo hablaba incoherencias, pero los datos que recitaba Mantecol eran rigurosamente ciertos, desde las fechas, hasta los nombres de los generales involucrados y el número de bajas de cada banda en las batallas. Nos hicimos buenos amigos. O algo parecido. Una vez le pedí que me relatara el Desembarco de Normandía. Estuve tres horas escuchando las maniobras militares como si fueran un partido de fútbol. En el relato de Mantecol, los soldados bajando de los ferris y yendo hacia la orilla de la playa parecían como el ataque de Holanda del 74. Los alemanes, en cambio, parecían la reserva de algún equipito de tercera categoría.

Una vez fui a su casa. La mamá de Mantecol era costurera y solía coser banderas de Boca. El papá era chófer de un camión que repartía refrescos. Un borracho que no estaba nunca en casa. Mantecol me pidió que lo acompañara a su pieza. Un cuchitril. Me llamó la atención que estaba lleno de cuadernitos llenos de garabatos y croquis. Le hablo de centenares de cuadernitos de notas, acribillados con reglones con la letra torcida del pibito. Supongo que eran nombres de tiendas de Buenos Aires que utilizaba para amenizar sus relatos deportivos, como hacen en la radio. Debajo de la cama tenía lleno de envases de dulces. Mantecol tenía casi treinta años, pero la edad mental de un pibe de catorce. Sé que está dato no va a servirle de nada a usted, pero a mí me hacía recordar a Benjy, un personaje de Faulkner de su novela *El ruido y la furia*. Por algún motivo, no recuerdo exactamente por qué, comenzamos a hablar de la Batalla de las Termópilas. Tal vez le propuse que me hiciera un relato de la batalla como si fuera un partido. Le prometí que iba a regalarle un ejemplar de Heródoto donde habla de aquel asunto. Mantecol estuvo especialmente interesado en Efialtes. Me pidió que le repitiera la historia una y otra

vez. Una y otra vez. Yo le contaba que los espartanos estaban montaron una defensa espectacular y Mantecol homologó enseguida con un equipo que se repliega sobre su propio arco para evitar que vulneren a su arquero. Me dijo que los espartanos contaban con buena defensa: Gatti, Pernía, Tesare, Mouzo y Tarantini. ¿Y los persas? Le pregunté quiénes eran los persas. Los gallinas, me dijo. Buen pibe, Mantecol. Después de toda esta mierda ya no volví a verlo y lo lamento.

Para mí, un estadio de fútbol es un lugar terrorífico. Un lugar habitado por fantasmas. Tal vez por eso me gustan cuando están llenos, es un modo de espantar los temores. Un modo de tantear el interruptor en la pared y encender la luz en una habitación oscura. Créame, conozco muchos estadios de fútbol y no hay ninguno que no me haya causado miedo cuando me tocó visitarlos sin público en las gradas. Todos esos pasillos y recovecos de concreto son sitios en los que podría cometerse crímenes atroces y nadie se enteraría. Piénselo, son lugares que, de cierta forma, se prestan para el encierro y la vigilancia, una especie de panóptico, ese edificio de los que habla Foucault. Especialmente La Bombonera, ahora que lo pienso. Cuando estoy en un estadio de fútbol tengo, casi siempre, la sensación de que estoy en un campo de concentración o en un lugar sobre el que podría levantarse un campo de concentración. Y eso me asusta. Lo que me asusta es que esos cretinos a los que los oí planear erigir campos de concentración en todos los estadios de fútbol de Argentina no estaban, en el fondo, tan equivocados. ¿No ha tenido, Olivera, cuando va al supermercado, al aeropuerto o al estadio la sensación de estar entrando a un campo de concentración, en todo caso a un lugar donde algunos de sus derechos podrían quedar suspendidos?, ¿un lugar al que es acarreado como si fuera una especie de cordero que será sacrificado? Es, como dice Agamben, el estado de excepción vuelto regla. No se preocupe, Olivera, no voy a preguntarle si ha leído a

Foucault o a Agamben. Tengo clarísimo que los policías no leen siquiera *Condorito*.

Todos, Olivera, todos los estadios me causan miedo. Ahora, no sé exactamente por qué, pero uno de los estadios que más terror me causa es, probablemente, uno de los más inofensivos. Es el sitio en donde hace de local Gimnasia y Esgrima de la Plata, en la Plata, provincia de Buenos Aires, probablemente porque está rodeado de un parque lleno de árboles añosos, por eso le llaman El Bosque. Digo, ¿cómo podría no causarme miedo un estadio que está rodeado de árboles, un estadio que tiene al alcance un lugar que podría ser un buen escondite para toda clase de rufianes? Yo, al menos, no puedo dejar de pensar en la guarida del lobo, el *Führerhauptquartier Wolfsschanze*, el nombre clave de uno de los mayores cuarteles de Hitler. Era un complejo con casi cincuenta búnkeres, rodeado de campos minados y alambres de púas en un tupido bosque que tenía hasta central eléctrica. Pues yo me digo, a veces, Olivera, que la guarida de Hitler pudo estar perfectamente en el bosquecillo que rodea al estadio en que juega Gimnasia y, por eso, cada vez que piso ese estadio, yo no veo el partido y a lo único a lo que me dedico es a perder mi mirada entre el follaje, imaginando que alguien yace oculto en algún búnker planeando alguna marranada mientras nosotros disfrutamos de un partido de fútbol.

El Estadio Nacional de Santiago es, por razones obvias, un lugar terrorífico, ¿se imagina usted un estadio que funcionó como centro de detención de prisioneros políticos? ¿Se imagina usted esas galerías con miles de detenidos convidándose las pitadas de un cigarrillo, mal abrigados, mientras unos tipos con ametralladoras se pasean entre ellos como zorros buscando una gallina apropiada? Ahora, el Centenario de Uruguay también es un lugar terrorífico con ese túnel interminable que lleva a los jugadores hasta el campo de juego y que, perfectamente, podría ser el camino que lleva a alguien a un matadero. De su país, el Defensores del Chaco también es como una casita de horror. Ninguno se salva, Olivera, no hay ningún estadio que a mí no me dé escalofríos. El Monumental de River, un

campamento de concentración descomunal. El Hernando Siles de La Paz, un campo de concentración a más de tres mil seiscientos metros de altura. El Atanasio Girardot, en Medellín, un campo de exterminio y de trabajos forzados. El Estadio Nacional de Lima. El estado Olímpico de Atahualpa, otro campo de exterminio. Todos Olivera, ninguno de salva, no existe uno solo de esos lugares que no me haga temblar y, francamente, me cuesta entender que al resto no le suceda lo mismo.

Todas las escenas del crimen idénticas, Olivera, todas. Los pobres diablos, a veces pibitos, completamente desnudos o vestidos solo con la remera de River toda cubierta de sangre. Una vez pensé que era la camiseta de recambio porque estaba toda manchada de rojo, pero era la remera típica, la de la banda sangre. En fin, todas las víctimas amarradas de manos y pies, la mayoría de las veces con cordones de zapatos, pero otras veces con alambre. Apuñalados, quemados con cigarrillo, orinados. Aunque usted no lo crea, ninguno de esos ineptos se había dado la molestia de atar el cabo de que todos esos indefensos eran judíos, digo, ni siquiera se molestaron en leer las fichas. Me obsesioné, Olivera. Tomé esas fotografías y las pegué con imanes en la puerta de mi refrigerador. Cada vez que comía algo las miraba, ¿usted cree que alguna vez una mujer hubiese tolerado eso, mirar esos cadáveres cada vez que va a sacar un bife del freezer?

¿Le gusta el cine, Olivera? ¿Ha visto la película *Quién quiere ser John Malkovich*? Para resumirla, diré que es la historia de un sujeto, un artista callejero, que descubre casualmente un pasadizo que lleva directamente hasta la mente de John Malkovich, un actor y director de cine estadounidense al que, seguramente, usted debió haber visto en un par de filmes. El artista y otros rufianes encuentran el modo de lucrar con el descubrimiento, ganándose unos mangos con la gente que quiere echar un vistazo en la mente de Malkovich. El asunto es que una vez soñé que me ocurría algo semejante. Yo

encontraba, en un edificio viejo de Buenos Aires, un entrepiso que llevaba directamente hasta la mente de Carlos Bilardo, de modo que si mi sueño hubiese sido una película bien podría haberse llamado *Quién quiere ser Carlos Bilardo*. En fin, yo entraba a la mente de Carlos Bilardo que era un piso lleno de puertas y al abrir las puertas descubría toda clase de objetos y situaciones extrañas. Por ejemplo, una de las habitaciones estaba atestada de maniquíes con la forma de César Luis Menotti. Detrás de otra de las puertas, el mismísimo Menotti, semidesnudo, era sometido a una tortura medieval: estaba atado a una mesa desde las muñecas y las piernas sujetas a una rueda que giraba para extender sus extremidades. Después, entraba a otra habitación en la que había tan solo una cama perfectamente tendida. Me sentaba en ella y por pura curiosidad levantaba la almohada, debajo de la cual me encontraba nada menos que un muñequito vudú con la efigie de Menotti, flacuchento, de cabello largo hecho con un ovillo de lana y un cigarrillo diminuto que pendía de su boca. En fin, en la mente de Bilardo había muchas habitaciones disponibles para Menotti, pero también había espacio para Maradona y Caniggia y un desfile incansable de futbolistas, periodistas y hasta de narcotraficantes colombianos y estadios de fútbol en llamas que no se derrumbaban nunca y del que salían fanáticos envueltos en fuego, gritando su pasión.

En algún momento del sueño, me subía a un avión junto a Bilardo. Quedábamos en la misma fila, Bilardo hacia la ventanilla. Mientras mirábamos hacia el exterior, yo le preguntaba cómo creía él que era el Cielo. Bilardo sin dudar, dijo que era un rectángulo de césped, largo, tal vez interminable. El Cielo era una cancha, reluciente, rodeada de galerías repletas de gente que vitoreaba y entonaba cantos lindos hasta el final de los tiempos, hasta el pitazo final, diríamos. Tal vez, decía Bilardo, hay trompetas y coros angelicales y los mejores jugadores de todos los tiempos juegan sobre ese césped perfectamente mantenido. Lo miraba y sonreía, y él también reía, pero solo un momento. Después se ponía muy serio y decía que, en cambio, el infierno era una canchita diminuta, con

las medidas reglamentarias mínimas o aún más pequeñas que lo que dicta el reglamento. Un campo húmedo y caluroso, un poco como esas canchas incómodas del Brasil profundo o de Colombia. Más bien, como algún campo perdido en lo más recóndito de África. Sin pasto, desde luego, solo barro y maleza, rodeada de fotógrafos y cables de micrófonos que estorbaban para cobrar los lanzamientos de esquina, también de energúmenos que querían entrar a la cancha a darle trompadas al árbitro. El infierno, según Bilardo, era como un cuadro de El Bosco. ¿Ha visto *El jardín de las delicias*, de El Bosco? Así mismo era la cancha del Infierno, según Bilardo. Entonces, le preguntaba yo qué jugadores hacían de las suyas en el infierno. Sujetos malos para el fútbol, decía Bilardo que en ningún momento apartaba la mirada de las nubes que veía a través de la ventanilla. Ni siquiera lo distraía la turbulencia. Cómo quiénes, quise saber, y Bilardo estuvo un largo rato dándome una lista de condenados, entre los cuales sobraban los alemanes, los rusos y los italianos. En mi sueño, Bilardo había leído la *Divina Comedia*, porque entonces comenzó a nombrar a algunos futbolistas y los anillos del infierno a los que serían condenados. Me habló de los jugadores lujuriosos, entre los cuales mencionó a Paolo Maldini y también a los glotones, entre los que nombró a Fabio Cannavaro, y a los avaros, donde inscribió a Lothar Matthäus. También añadió los jugadores iracundos y tristes, y los herejes y los fraudulentos (acá omitió mencionar a los argentinos que debieron ser muchos, él incluido desde luego; pero en cambio, enumeró una generosa lista de jugadores uruguayos y paraguayos, también de algunos chilenos que jugaron las eliminatorias y el Mundial de 1982) y los violentos, como Paolo Montero y Gennaro Gattuso, y también mencionó a un par de nombres condenados a permanecer sumergidos debajo de un lago congelado. Añadió que, de vez, en cuando, sobre la cancha del infierno se dejaba caer huracanes y torbellinos, piedras desde las tribunas y, sobre todo, lluvia de granizo.

Le preguntaba entonces a Bilardo dónde iba a jugar Maradona. Por primera vez giró para mirarme y dijo: "En el cielo, dónde más iba

a jugar Diego. Qué clase de pregunta es esa, Zárate". ¿Y si Maradona fuera al Infierno?, quise saber y Bilardo dijo que, en ese caso, no tenía inconvenientes en ir a dirigir con zunga y bloqueador desde el borde de un campo húmedo y caluroso. Luego nos quedábamos en silencio y en algún momento, a lo lejos, nos pareció ver un campo de fútbol, un rectángulo verde en todo caso, oculto detrás de las nubes, a diez o doce kilómetros de altura, sostenido sobre nada, flotando. Bilardo llamaba a la azafata para preguntarle en qué sitio estábamos o tal vez para pedirle un vaso de whisky o para solicitar que lo dejarán ahí, entre esas nubes blancas que parecían algodones de azúcar, pero se arrepintió y simplemente se quedó embobado, mirando la cancha celestial hasta que el avión la dejó atrás y entonces se reclinó a dormir con una sonrisa complacida, no sin antes advertirme de que solo lo despertara cuando aterrizáramos. A su manera, fue un lindo sueño.

Ese día, cuando Argentina le ganó la final de la Copa del mundo, en 1978, a un par de cuadras del estadio, en la Escuela de Mecánica Armada, centenares de argentinos estaban sufriendo los peores apremios que usted pueda imaginarse. Eso incluye a mujeres embarazadas que eran engañadas sobre el futuro destino de sus hijos. ¿Saben qué hacían esos mal nacidos? Les hacían escribir cartas a sus papás para hacerles albergar la esperanza de que sus bebés serían entregados a los abuelos ¿Puede creer que exista gente tan miserable? A la misma hora en que Videla le entregaba la Copa del mundo a Passarela centenares de personas estaban siendo torturados. ¿Me va a decir usted a mí que eso no tiene que darme vergüenza? Por el culo tienen que haberle metido a la Pantera Rosa la copa del Mundo.

Si usted lo piensa cuidadosamente, hay algo en la indumentaria que se usa en el fútbol que recuerda a la disciplina de los campos de

concentración. Para empezar, todos los equipos usan casaquillas de colores distintos y cuando estas coinciden, o se asemejan en algún sentido, deben utilizarse camisetas de recambio. Olimpia, usted lo sabe bien, juega con camiseta blanca con una franja negra sobre el pecho, pero cuando se enfrenta a un equipo de tricota similar, debe utilizar una camiseta que invierte esos colores: camiseta negra, franja blanca. Además, todas las remeras lucen en el pecho, habitualmente del lado izquierdo, una insignia. Más aún, es frecuente que los relatores de fútbol, para no redundar en sus relatos, hagan referencia a los equipos utilizando los colores que visten. Así, por ejemplo, Real Madrid es el equipo merengue, mientras que el Barcelona es el equipo blaugrana, o el Inter de Milán son los nerazurri o el Inter de Portoalegre son los colorados.

¿Me va a decir que no sabía que Hugo Boss amasó buena parte de su fortuna fabricando los uniformes que llevaban esos hijos de puta?

Decir que encontré el video es inexacto, en realidad. El video me encontró a mí. Suena cursi, pero es cierto. Era 1983. Para entonces, yo llevaba cuatro o cinco años viajando. Estaba en Chile porque había viajado en mi camioneta a ver un partido entre Santiago Morning y Magallanes, dos equipos que, seguramente, usted no conocerá. Magallanes se llama así en honor al navegante que descubrió el estrecho que permite navegar desde el océano Atlántico al pacífico, cuando se llamaba Mar del Sur. Ese equipo, por el que yo tengo simpatía porque su camiseta luce parecida a la de Racing, tiene el mérito de haber ganado los tres primeros campeonatos de la historia del fútbol chileno. Ahora, Racing Club ganó siete, sí, me escuchó bien, siete torneos consecutivos de primera división del fútbol argentino, entre 1913 y 1919, además de haber ganado una Copa Libertadores en 1967 y ser el primer equipo argentino en

ganar la Copa Intercontinental, el mismo año. Se la ganó al Celtic, de Escocia, un equipo que por entonces hacía de las suyas en Europa. En esa época, la Intercontinental se jugaba en partidos de ida y vuelta y hubo que jugar un partido decisivo en el Estadio Centenario, en Montevideo. Ganamos con gol de Juan Carlos Cárdenas. Bueno, no voy a aburrirlo. El asunto es que para entonces yo me puse a pensar que, tal vez, el nazi podía esquivar clásicos de mayor resonancia y por eso comencé a aventurarme a ver partidos menos concurridos. Me dije, bueno, tal vez el nazi no ha leído a Poe y no tiene idea de cartas robadas y, en lugar de exponerse, trata de pasar desapercibido en partidos de baja estopa.

Recorrí Argentina entera viendo partidos de mala muerte y después de que terminé con los incontables clásicos de la Argentina –usted ni siquiera se imagina la cantidad de clásicos que hay en mi país: cuando se trata de fútbol, todo el mundo se la tiene jurada a alguien más, desde la cuna– seguí con Chile. Por esos días me alojé en un hotelito del centro de Santiago. No tenía casi nada en los bolsillos y un día me entretuve viendo TV en el vestíbulo. Había un concurso de dobles. No recuerdo ya de quién, probablemente de Sandro o de Julio Iglesias. Lo importante era que estaban promocionando que al día siguiente elegirían al doble de Rambo. A mí siempre me han encontrado parecido a Sylvester Stallone y pensé que era una buena oportunidad para sacarle provecho a la semejanza. Con la poca guita que me quedaba compré un pantalón militar en un persa de Santiago, una camiseta negra y un pañuelo rojo para atármelo en la cabeza. Al día siguiente, desde muy temprano, estaba en las dependencias de la Televisión Nacional de Chile haciendo fila con una treintena de alfeñiques que seguramente se estaban muriendo de hambre y por eso se jugaban una última carta. Estaban dispuestos a humillarse por hacerle una finta al hambre. Me bastó un vistazo rápido para darme cuenta de que apenas media docena podría hacerme frente. Algunos habían llevado consigo metralletas de juguete. Si me pregunta a mí, a los

transeúntes no debió resultarles divertido encontrarse con esos tipos cargando metralletas, aunque fueran de mentira, en plena dictadura.

Al cabo de media hora, un productor de anteojos y chaleco sin mangas salió y les indicó a tres cuartas partes de la fila que podían irse de regreso a sus casas o donde ellos quisieran y los demás entramos al canal, donde nos condujeron a unos vestuarios que parecían bodegas de útiles de aseo. El procedimiento del concurso era sencillo. Cada uno de los dobles salía al escenario y respondía algunas preguntas idiotas del animador, mientras comparaban nuestro rostro con el de Stallone. Yo necesitaba ganar y me presté para el espectáculo haciendo flexiones de brazos sobre el plató. En esa época yo estaba en muy buena forma. Estuve a punto de ganar, pero no me fui con las manos vacías, claro que no, Olivera, y no hablo de cualquier premio de consuelo. La historia es difícil de creer. Por llegar en segundo lugar me regalaron un calefón. Sí, como lo oye, un calefón, uno de esos aparatos que calientan el agua. Eran regalos que, según entiendo, eran frecuentes en la TV chilena. Lo tomé y me encaminé hacia la salida pensando que podía venderlo para conseguir algo de plata y prolongar mi estadía en Santiago, pero algo me detuvo. No me pregunté qué, el instinto policial probablemente. Me dije que estaba precisamente en un lugar que debía estar repleto de cintas de video. Hice un par de preguntas y me encaminé hacia unas bodegas donde almacenaban los archivos audiovisuales de la Televisión Nacional de Chile que, para entonces, debía llevar más de veinte años de funcionamiento. Me recibió un tipo de delantal azul al que le hizo gracia verme llegar disfrazado de Rambo y con un calefón en la mano. Me hice el gracioso y le pregunté si podía hacerme un favor. Yo sabía que ese canal había transmitido el partido de la final del 78 y le pregunté al empleado si podía conseguirme una copia. Expliqué que me gustaban los comentarios de Pedro Carcuro, un periodista deportivo del que hemos escuchado al otro lado de la cordillera. Me dijo que no podía, pero después de hablar un rato conseguí que me hiciera una copia en un Betamax. Entonces, no recuerdo de qué forma, comenzamos

a hablar de las dictaduras de Chile y Argentina y, en algún momento, me atreví a comentar sobre los nazis que vagaban por este continente y le conté, como si fuera una leyenda urbana, la historia del hijo de puta que viajaba filmando películas, y al chileno se le iluminaron los ojos y me llevó hasta otro lugar de la bodega, un cuartito estrecho tapiado de anaqueles con cintas de video. Allí, encendió un televisor y un equipo Sony reproductor de video. Yo me senté y él se quedó de pie, fumando, aunque seguramente eso debía estar prohibido en un sitio como ese. No podía creer lo que estaba viendo, Olivera, era un video de una sesión de tortura de algún sitio de Chile. Cuando terminó, al cabo de diez o quince minutos, lo primero que hice fue preguntarle si había más videos como ese, intentando disimular mi desconcierto. Me dijo que había trajinado el archivo pero que nunca había encontrado nada más, de hecho, esa cinta la había encontrado casualmente y no sabía de dónde había salido. Era la primera vez que la compartía con alguien. Varias veces había estado a punto de deshacerse de ella.

Como es obvio, yo no podía irme de ese lugar sin la cinta y le pedí que me la diera. El chileno no dudó mucho. De cierta forma, el video le incomodaba. Entonces cambió de tema. Comenzó a hablarme de que en su casa se habían quedado sin calefón y llevaban un par de días duchándose con agua helada. No hizo falta que dijera nada más. Un trato justo. Volví dos o tres días después para preguntarle si había encontrado algo más, pero me dijo que no y, en realidad, después de ese día se volvió algo distante. Después regresé a Argentina y me reuní con algunas de las personas que también le han contactado a usted. No podían creerlo. Lloraron. Sabían del rumor de la existencia de las cintas, pero no tenían la certeza de que hubiesen existido de verdad o de que, en caso de haber existido, aún estuvieran intactas algunas de ellas. Fue como encontrar el oasis del desierto. Desde entonces supimos que el asunto no era un espejismo y yo viajé con más expectativas que nunca. He dedicado mi vida a esta búsqueda incierta, Olivera, y solo he encontrado un par de videocasetes.

No se olvide del bloqueador, Olivera. Seguro tendremos tiempo para darnos un buen chapuzón en la piscina del hotel. Elegí un hotelito con piscina; ni modo, en Bolivia no hay playas. Me imagino una pileta enorme, de agua limpia y azulejos blancos. Piense que, si al final cumplimos nuestro cometido, podríamos descansar allí para siempre, tendidos en una reposera.

Encontré uno de los videos en Ushuaia, en la Patagonia argentina, en 1985. En ese viaje viví una de las experiencias más curiosas que me ha tocado vivir. Lo de la cinta fue, en apariencia, un asunto sencillo. Un médico descendiente de austríacos, de apellido Huber, la había recibido de manos de un conocido cuyo nombre prefirió no revelar. Según creí entender, un militar chileno retirado, residente en Punta Arenas, se la había entregado a un empresario maderero argentino, amigo del médico. Huber me la pasó sin aspavientos y me permitió verla sin volumen en un televisor de su cuarto de estar, mientras él bebía whisky y atizaba el fuego de la chimenea. Afuera hacía un frío sucio y las nubes parecían algodones manchados. Cuando terminé de ver la cinta, no quiso saber más del asunto. Me explicó que aquel VHS le incomodaba desde hacía tiempo, que desde que había llegado a sus manos su vida se había vuelto un estropicio. Creía que la cinta cargaba con una especie de maldición. No dio más explicaciones. Hablamos, en cambio, de fútbol. De lo bien que se proyectaba la aventura de la selección argentina rumbo al Mundial de México. Lamentó que Austria no hubiera clasificado; de otro modo –confesó– habría viajado. México le parecía un destino irresistible. Yo, por mi parte, había decidido no volver de inmediato a Buenos Aires. Tenía planeado un viaje hasta el lago Fagnano para echar un vistazo a los castores que, según se comentaba, estaban devastando el paisaje patagónico. Sí, Olivera: castores, como oyó.

La historia de cómo llegaron los castores a Tierra del Fuego merece, aunque sea, un breve desvío. En 1946, el gobierno argentino resolvió diversificar la fauna fueguina e impulsar la industria peletera en la zona austral. Para ello importaron desde Canadá veinte parejas de castores, que viajaron en avión y fueron liberados en Isla Grande. Hay un video, francamente cómico, en el que puede verse a los animales descendiendo ordenadamente de sus jaulas, como turistas que llegan a un destino exótico. Con el tiempo se descubrió que su piel no servía para sostener industria alguna y los castores fueron abandonados a su suerte. Buena suerte, en todo caso: la isla era un paraíso sin depredadores naturales. En pocas décadas se multiplicaron hasta convertirse en decenas de miles. Algunos llegaron a decir que su presencia equivalía a dejar caer una bomba en la Patagonia.

Había visto en revistas y noticiarios los estragos: bosques inundados, árboles tumbados, cursos de agua desviados. Un solo castor puede derribar cientos de árboles al año, con la misma facilidad con que un hombre se hurgaría los dientes. No lo hacen por gusto: si no liman sus incisivos, estos crecen hasta matarlos. Para colmo, los árboles fueguinos no resisten el anegamiento como los canadienses y terminan pudriéndose mientras los animales levantan diques sin remordimiento alguno. El asunto me intrigaba. Antes de viajar empaqué una tienda, algunos utensilios de camping y un libro.

No voy a jugar a las adivinanzas con usted, Olivera. Se llamaba *Cartas al castor y a algunos otros*, editado por Edhasa. Un ejemplar usado. Sartre y Beauvoir, como sabe, mantuvieron durante años una relación amorosa extramarital, y Sartre llamaba a Beauvoir "el castor". Yo llevaba el segundo tomo, con las cartas escritas entre 1940 y 1963. Nunca lo había leído. Me pareció apropiado hacerlo mientras veía a los castores hacer de las suyas. Una excentricidad de policía retirado.

Aquella noche, cuando ya nevaba, Huber me preguntó si pensaba recorrer Ushuaia. Se ofreció a suspender sus citas y oficiar de guía. Al decirle que planeaba ir al lago Fagnano, sus ojos brillaron con un

entusiasmo inesperado. Conocía el lugar a la perfección y, de tanto en tanto, iba allí a cazar castores para despejar la cabeza. Me mostró unas fotografías: él con un rifle al hombro, dos castores muertos a sus pies. Parecían limpiapiés. Sin darme cuenta acepté embarcarme en una aventura silvestre.

Salimos temprano al día siguiente en su camioneta Chevrolet. Por su indumentaria resultaba evidente que era un cazador experimentado. Yo, en cambio, nunca había disparado contra nadie. En mis años de policía apenas tiré al aire un par de veces. No me hacía gracia disparar contra animales que no tenían la culpa de haber sido invitados por un gobierno estúpido. El médico llevó un rifle para cada uno. Tras montar las tiendas, practicamos puntería con latas de cerveza.

Los daños eran visibles por todas partes: diques, árboles caídos, zonas enteras anegadas. Parecía que una fuerza militar hubiera atravesado el lugar. Huber explicó que casi todo el lago era argentino, aunque su desagüe estaba en Chile. Algunos, dijo, creían que los castores cruzarían tarde o temprano y avanzarían hacia el norte. Mencionó Chillán. El dato me impresionó por razones futboleras.

Al anochecer se nos acabaron las latas. El médico, algo ebrio, comenzó a disertar sobre castores como si fuera el capitán Ahab. Me habló de su tamaño, de las especies, de sus hábitos semiacuáticos. Los llamó ingenieros del ecosistema, máquinas perfectas de roer madera. Un grandísimo hijo de puta, concluyó. En su mundo, Melville habría escrito una epopeya de castores conquistando América del Sur.

Acordamos salir temprano al día siguiente. Tuve que llevarlo a su tienda, quitarle las botas y abrigarlo. Lloró. Habló del *Anschluss*, de la humillación austríaca, como si se tratara de una herida personal. Luego entendí que aludía, en realidad, a una ruptura reciente: su mujer se había ido con un guardaparques.

Me retiré a mi tienda y abrí *Cartas al castor*. No soy un fisgón, Olivera, pero esas cartas permiten asomarse a la intimidad de dos

intelectuales mayores. Mientras leía, oía los dientes de los castores roer los árboles. Salí con una linterna. No vi nada. Los oía moverse bajo el agua, como si el lugar estuviera habitado por fantasmas anfibios. Más adelante encontré a uno limando sus incisivos contra un tronco. Medía cerca de un metro. La cola parecía un fuelle.

Sin saber por qué, comencé a leer en voz alta una carta de 1941. El castor se detuvo. Seguí leyendo. El animal se volvió y me miró. Tenía una expresión extraña, atenta, como la de un niño escuchando un cuento. Leí durante horas, fragmentos desordenados, y cada vez que terminaba el castor se pasaba las patas por la cara, como ordenando ideas. Amanecía cuando terminé la última carta, de 1952. El castor se alejó lentamente y se sumergió en el agua. Lo oí chapotear un momento más.

Me quedé allí, con el libro entre las manos, mirando un dique a lo lejos. Detrás de mí, Huber se levantó y puso agua a calentar. Me preguntó qué leía. Filosofía, le dije. Hizo un gesto de fastidio. Le dije entonces que tenía un dolor insoportable de muelas. A su pesar, empacamos y regresamos a Ushuaia. Yo no iba a disparar contra un animal capaz de apreciar *El ser y la nada*, Olivera. Imagínese.

Ah, el mundial de 1986 es otra cosa. El gol a los ingleses puedo relatárselo de memoria. Cierre los ojos, Olivera. Minuto 55. Maradona pisa la pelota y arranca por la derecha. Se la toca a Burruchaga, que se la devuelve y ese gesto, simple, basta para inscribirlo para siempre en el libro de oro del fútbol mundial. Avanza Maradona y deja atrás a Hoddle, Reid, Butcher, Fenwick y a Shilton. Gol de Argentina en el Estadio Azteca, recinto, que a propósito de lo que hemos estado conversando debe ser uno de los más terroríficos que existan. Imagínese usted un estadio que lleva el nombre de una civilización que aplicaba una serie de sacrificios humanos conforme a un calendario estricto que incluía extracciones de corazón, decapitación, despeñamiento desde un templo, en fin. Cualquier lugar donde entran más de cien mil personas apiñadas me resulta

terrorífico. Un centro de exterminio, Olivera, un centro de exterminio. Bastaría cerrar las puertas y dejar caer un par de lacrimógenas para que se desaten estampidas feroces buscando la salida. En cuestión de segundos, los cuerpos comenzarían a atropellarse, a morir asfixiados bajo los pies de los que buscan desesperado el final de esos pasillos.

Una noche soñé que todos los campeones del mundo de 1986 morían en campos de concentración. Pumpido moría en Dachau. Brown, Giusti y Enrique en Birkenau. Valdano en Buchenwald. Olarticoechea en Bergen-Belsen. Cuciuffo en Chelmno. Ruggeri y Burruchaga en Belzec. Batista moría, en realidad, en el guetto de Varsovia. Maradona moría en Auschwitz. En el sueño, Valdano era un oberkapo, desde luego. Bilardo, en cambio, era un científico loco que había huido a Estados Unidos.

Deje de hacer lo que esté haciendo, Olivera, esto hay que entenderlo bien. Cierre los ojos. El asunto es este. Imagine un edificio construido en forma de anillo, ¿bien? En el centro hay una torre con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa todo el ancho de la construcción, ¿lo tiene? En realidad, tienen dos ventanas, una que da hacia el interior, correspondiente a las ventanas de la torre y otra que da al exterior y que permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Imagine ahora que colocamos a un vigilante en la torre central y encerramos en cada celda a una persona. Por efecto de la contraluz, es posible percibir desde la torre recortándose sobre la luz, las siluetas de los prisioneros. Cada uno de ellos está permanentemente visible e individualizado, es decir, siempre bajo vigilancia. Esa sensación permanente de sentirse bajo escrutinio les conmina a comportarse de cierta forma y a evitar otras conductas. Imagine

luego que el vigilante cierra las persianas. Mejor aún, imagine que decide un día ausentarse de sus funciones. Los vigilados no podrían tener nunca la certeza de si están siendo observados o no, un ojo insomne podría espiarlos oculto detrás de las cortinas y de ese modo se verían forzados a regular sus comportamientos. Siempre que pongo los pies sobre un estadio, Olivera, me imagino que alguien erige una torre en medio de la cancha, justo al centro de esos edificios circulares.

¿Cree que estoy exagerando, Olivera? Déjeme contarle una historia. 1964, en Lima. En el estadio Nacional están jugando los seleccionados de Perú y Argentina buscando una plaza en los Juegos Olímpicos de Tokio. El estadio está repleto con casi cincuenta mil espectadores. Hasta el minuto 84 todo es predecible. Argentina está ganando uno a cero. Perú anota el gol del empate, pero es anulado por un árbitro uruguayo, Ángel Eduardo Pazos. Hasta ahí, pensado, con mayor cuidado, todo sigue siendo predecible, es decir, un gol contra Argentina anulado por un uruguayo a pocos minutos para el final. Nada fuera de lo común. El mundo fue y será una porquería. El asunto es que, de pronto, un fanático peruano salta a la cancha y las emprende contra el árbitro y luego, supongo, lo siguen algunos más. Los policías peruanos reciben la orden de disparar bombas lacrimógenas para calmar los ánimos y los asistentes enardecen. En cuestión de minutos, la nube tóxica no solo cubre a la cancha, hacia donde se dirigen los primeros cartuchos, sino que también envuelven a las tribunas que se han vuelto un cenicero gigante. La gente, tosiendo y lagrimeando, comienza a abalanzarse hacia los pasillos que llevan a la salida. En estas circunstancias, un estadio puede transformarse en un laberinto inexpugnable. Miles de personas avanzan atropelladamente, casi a ciegas, como si intentaran huir de una cámara de gas. Para colmo de males, tres de las seis puertas de salida –que son como cortinas metálicas de una tienda– están cerradas porque el personal del estadio ha recibido la

orden de ponerles candado para evitar así que otros interesados intenten entrar a las tribunas, pues están repletas y no resisten si quiera un alfiler. Se forma una estampida y en sus intentos por escapar del humo, y de los primeros disparos que comienzan a escucharse, ya no hay ninguna clase de cuidado y algunos desesperados comienzan a pasar sobre otros que quedan arrojados en el piso. Parece una estampida de búfalos en un acantilado. Cuando al final abren las puertas, la cuestión no termina y las correrías siguen en las calles de los alrededores donde la policía continúa disparando a mansalva. Al final, mueren más de trescientas personas, incluidos tres uniformados y tres perros policiales. Hay más de quinientos heridos, ¿no le parece, Olivera, ¿que en el asunto se mezclan una serie de elementos que convierten a todos esos espectadores en vidas desechables? ¿no le parece que hubo algo de lager nazi en el estadio nacional de Lima esa tarde de 1964? ¿no le parece que, de cierta forma, cualquier estadio de fútbol puede convertirse, en el momento menos pensando, en un campo de exterminio? A propósito, ¿sabe cuál era la capacidad de una cámara de gas promedio?

Roberto Perfumo, uno de los máximos ídolos de Racing, estuvo esa tarde en la cancha, en Lima. Cuenta que cuando se desató la locura, ellos se quedaron atrapados sobre el césped y luego tuvieron que huir a esconderse en los camarines. En lugar de un campo de fútbol, parecía el terreno de una guerra civil.

He visto fotografías de esa tarde y una de ellas me inquieta especialmente, no sé muy bien por qué. No es la imagen de los policías forcejeando con los primeros que entraron a la cancha o las imágenes de algunas personas que intentaron brincar hacia la cancha. Ni siquiera son las imágenes de algunos niños asfixiados que son sacados en brazos del estadio. Es la foto de una de esas escaleras en que las personas intentaron huir esa tarde en el estadio de Lima. Al fondo, se ve la escalera oscureciéndose hasta convertirse

en una boca de lobo. El piso está sucio de basura o papeles arrugados o camisetas peruanas arrumadas, no lo sé. Hay cinco personas. Una de ellas, de espalda, lleva una escoba en la mano y barre, aparentemente, los desperdicios. Otro está de lado, mirando hacia la escalera. Solo una de las personas, un hombre de traje y corbata, muy joven, está de frente hablando con dos personas que dan la espalda a la cámara fotográfica, como si pidiera explicaciones. Me parece ver un cigarro colgando de su mano. Es un pasillo estrecho –calculo que tiene cuatro metros de ancho– y eso solo puede hacerme sentir escalofríos, pues imagino a los cientos de personas que intentaron escapar por allí hacia la salida. Alcanzan a apreciarse las cortinas metálicas que les cerraron el paso. Una de ellas está levantada hasta la mitad, como si estuvieran abriendo o cerrando un negocio y la otra está casi enrollada por completa. No sé por qué me causa tanto temor esa foto, tal vez porque a lo lejos, en la boca del túnel, me parece ver dos sombras blancas que parecen espectros. Tal vez porque algo en los gestos de esos cinco sujetos me hace recordar las fotografías de los primeros soldados que entraron a los campos de concentración nazi para comprobar, presencialmente, lo que de algún modo ya sabían todos, ¿ha visto alguna de esas fotografías?

¿Ha visto los planos de algún estadio de fútbol? ¿Y los planos de un campo de concentración? En cuanto pueda, hágalo y compárelos. Cuando yo lo hice por primera vez me dieron escalofríos.

Y eso no es todo, Olivera, de otro modo se trataría solo de una desgraciada casualidad. Puedo mencionarle, por ejemplo, una tragedia que tuvo lugar un 23 de junio de 1968, en el estadio Antonio Vespucio Liberti, más bien conocido como el Monumental de River. Hablemos más claro: el gallinero. Ese día sucedió lo que conocemos como la tragedia de la puerta 12. Como siempre sucede en estos casos el asunto puede resumirse en un par de líneas. Termina un partido que igualan River y Boca. Los xeneizes buscan la puerta de salida y comienzan a empujarse, tienen prisa porque esperaban ganar ese día y no quieren oír que nadie los cargue. No

están de humor. Hay muchos niños y tal vez, a causa de ello, sienten miedo porque está muy oscuro. La escalera de unos ochenta escalones es iluminada apenas por una ampolleta mortecina que pestañea. Si no hubiese una multitud, parecería la escena de una película de terror. De todos modos, a pesar de la muchedumbre, el horror se las arregla para desatarse. Huele a orina y hay botellas arrojadas en el suelo. La gaseosa derramada humedece las suelas de las zapatillas y algunos, seguramente, llevan los cordones desatados, como en efecto suele ocurrirles a los pibes, que nunca se fijan en esos detalles. No es fácil avanzar a causa de que las puertas, semejantes a esas jaulas que tienen los ascensores de los edificios viejos, están extendidas. Lo propio sucede con algunos torniquetes. En cuestión de un momento, la prisa por salir desemboca en empujones. En la oscuridad, los cuerpos comienzan a acelerar, a precipitarse dando pisadas ciegas entre escalones. Cuando los primeros llegan a los peldaños de abajo comienzan a amontonarse, igual que palitroques. Es imposible no frenar de golpe porque en el acceso, en la vereda de la avenida, espera la policía montada con cara de pocos amigos. Se desata la avalancha y los gritos que son coronados luego con el ulular de las ambulancias que se llevan consigo a algunos de los doscientos heridos. Mueren 71, muchos de ellos menores de edad. También tengo entre mis cosas el recorte de una fotografía del día siguiente. ENTRADA, puerta 12, puede leerse en el muro que está sobre el acceso tapiado por una cortina metálica que está franqueada por dos policías. Al verlas, es imposible que esa foto no recuerde la de la tragedia del Lima, como si fueran el mismo sitio en días u horas distintas, igual que sucede con las fotografías de un campo de exterminio. Veinticuatro años antes, en julio de 1944, había ocurrido algo similar en la puerta número 11 del Monumental. Y eso, de hecho, tampoco es todo lo que podría decirle.

No hay pistas, Olivera. No hay mapa del tesoro. Es como entrar a un pasillo oscuro. Un pasillo largo lleno de puertas, todas cerradas. Hay goteras e inmundicia, también. Muy de vez en cuando, alguien se anima a entreabrir una puerta sin dar explicaciones, y a veces la cierra de golpe y a veces a medio cerrar, tentándote. Hay que pasarse la vida esperando que alguien abra una de esas puertas, sin siquiera un cigarrillo en los bolsillos o un encendedor que ilumine esa oscuridad. Una vez recibimos un llamado desde Uruguay. Alguien, que no se identificó, dijo que tenía uno de esos videos que buscábamos. Quería guita. Nunca supe cuanta y no quise saber. Yo me limité a viajar con una maleta llena de billetes verdes. A mí me parece un escándalo pagarle a un imbécil por uno de esos videos. Habría que darle, en cambio, una bala entre las cejas, pero la gente con la que trabajo prefiere manejar estos asuntos de otro modo. Me compraron un boleto de Aerolíneas Argentinas y me dieron un maletín lleno de billetes que no quise ni abrir. Me sentí protagonista de una película de espías. Cuando llegué a Montevideo, me instalé en un hotel céntrico y, más tarde, un desconocido me llamó por teléfono para indicarme el lugar donde haríamos el intercambio. No me va a creer dónde querían verme. Me citaron en el estadio Centenario, para el mediodía siguiente. Usted sabe que esos lugares vacíos para mí son peores que cementerios. Quise protestar, proponer una cafetería, algún boliche, algún sitio de La Rambla, pero no hubo lugar a ninguna de mis atenuantes.

Ese día estuve inquieto toda la noche y no me animé a salir de la habitación. Me quedé dormido muy tarde, viendo una película de Steven Seagal. También puedo tener gustos pedestres, Olivera. Al día siguiente, salí temprano después de ducharme y afeitarme. Desayuné en un sitio pequeño y discreto, no muy lejos del parque Batlle. Cuando faltaba un cuarto de hora me encaminé hacia el estadio. El Centenario, si me pregunta a mí, es especialmente tétrico. ¿Ha visto esa torre en medio de la tribuna sur? Digo, a

propósito de Foucault, ese edificio perfectamente podría ser la torre central del panóptico, Olivera. A qué hijo de puta se le ocurre levantar un armatoste de hormigón como ese en la tribuna de un estadio. Lo veo y tengo la impresión de estar en el Congreso de Núremberg. En fin, a esa hora había un par de personas trotando en los alrededores o paseando a sus perros. Entré al estadio como si fuera a encontrarme con Freddy Krueger. Estuve ahí, en la entrada, parado como idiota un minuto, a lo sumo dos, hasta que llegó alguien, un empleado vestido con una cotona celeste, y me pidió que lo acompañara. Quise saber dónde íbamos y sin decirme nada me llevó hasta el mismísimo círculo central de la cancha.

Soy de los pocos afortunados que pueden contar que pisaron el césped del campo en que se jugó el primer mundial de fútbol. Ahí estaba yo, en la mitad de la cancha en un día soleado. Cualquier podría creer que estar ahí debió tranquilizarme, pero yo seguía muerto de miedo. Hice una visera con las manos y miré hacia las gradas y luego hacia la torre. Es como un edificio de veinte pisos. Tenía la sensación de que alguien estaba supervisando el intercambio desde allí, que había un francotirador apuntándome desde uno de esos balcones. Era absolutamente improbable que el tipo de la cotona fuera el que nos había contactado. Más allá, en una esquina de la cancha, un hombre, casi un anciano, vestido con la misma cotona celeste, regaba el césped como si estuviera en el jardín de su casa. Le advertí al sujeto que la plata estaba en el maletín, pero que no iba a dársela sin cerciorarme de que el video fuera fidedigno. El tipo miró hacia los lados, como si buscara la aprobación de alguien y entonces dejó asomar el extremo de un VHS desde uno de los bolsillos de su cotona, como si mostrara un arma para amenazarme. Yo, por mí parte, agité el maletín e insistí en que tenía que ver el video primero. En ese momento, el sujeto hizo un gesto para que saliéramos de allí.

Volvimos a atravesar la cancha y entramos al edificio, en la que llaman, según entiendo, tribuna Ámsterdam. Yo iba con la cabeza gacha, como si estuviera en la casita de horror de un parque de

entretenciones y no quisiera toparme con ningún monstruo. Después de un par de minutos, finalmente entramos a una habitación pequeña y húmeda. El tipo había instalado un televisor viejo y un equipo VHS. Bastaban treinta segundos para confirmar la veracidad del video que había sido, a juzgar por el acento de los torturadores, filmado en Argentina. El tipo tomó el maletín y lo llevó consigo hasta una mesa. Allí se sentó, abrió el maletín y contó los billetes con torpeza y fruición, echándose saliva en la yema de los dedos, como un banquero torpe. Tardó un par de minutos, los mismos que duraba el video.

Cuando salimos le pregunté dónde estaba escondido el dueño de la cinta. Me miró y se encogió de hombros. ¿En qué lugar del estadio está?, insistí y, como no me dijo nada, lo tomé del cuello de la cotona y lo arrastré hasta la entrada de la cancha. A lo lejos, otros funcionarios nos miraron curiosos. El anciano dejó caer la manguera con que regaba el pasto. Volví a preguntarle dónde estaba e indicó la torre estirando el brazo. Le escupí a la cara y salí de ahí.

Pero esa no fue la única vez que caminé sobre el césped de una cancha de fútbol profesional. Déjeme contarle. Tengo un amigo que es fotógrafo deportivo, Máximo Tenekedjian. Algunas fotos de él, según entiendo, han aparecido en *El gráfico*. Nos conocemos desde adolescentes y, aunque nos vemos muy poco, casi nunca, cuando lo hacemos podemos pasar largas horas conversando. Contando anécdotas, Tenekedjian está a la altura del Bambino Vieira. El asunto es que un día nos topamos a la salida de la cancha de Vélez, en Liniers, y, después de saludarnos efusivamente, nos fuimos a un boliche. Allí, hicimos un repaso exhaustivo de nuestras vidas y, entre copa y copa, terminamos hablando de la Segunda Guerra Mundial. No me pregunte que atajos tomó la charla, pero terminamos hablando de los últimos estertores de esa guerra miserable. Tenekedjian me contó la historia de los miles de camarógrafos rusos que habían sido enviados al campo de batalla a registrar las hazañas

del Ejército Rojo. Cargaban equipos que pesaban más de tres kilos y además llevaban bobinas de cintas que pesaban 500 gramos cada una. Insistió bastante con la anécdota que contaba uno de esos camarógrafos cuando entraron a Berlín, en abril de 1945. Cerca de la Cancillería del Reich, en Berlín, en el fondo de una piscina seca los soldados soviéticos habían encontrado un doble de Hitler, muerto. Estaba cubierto con una manta, tenía la nariz rota y un agujero de bala en la frente. El camarógrafo, me explicó Tenekedjian, había puesto una foto cerca del cuerpo para demostrar el parecido. Por algún motivo que no explicaba, le parecía increíble el hallazgo de ese cadáver en una piscina en medio de las ruinas y el fuego. Luego, estuvo largo rato hablándome del valor que hacía falta para ser camarógrafo o fotógrafo en los tiempos en que estábamos viviendo. Al cabo de las horas, cuando probablemente ya estaban por cerrar el bar, le conté a Tenekedjian sobre el temor que me causaban los estadios de fútbol. Le expliqué, atropelladamente, sobre mis sueños en que veía cámaras de gas construidas en los estadios de fútbol de Buenos Aires. Resultó que Tenekedjian sabía bastante de campos de las atrocidades que habían perpetrado los nazis. Me recordó que era descendiente de armenios y que algunos de sus antepasados habían estado cautivos en algunos campos de trabajos forzados y exterminio. Acto seguido, comenzó a dar una perorata inesperada sobre cámaras de gas. Para empezar, me habló un rato largo las furgonetas de gaseamientos, detallándome su procedimiento. Las camionetas, me ilustró, tenían adosadas unos carromatos herméticos donde los prisioneros recibían el monóxido de carbono a través de una manguera de goma mientras los paseaban. Respecto de las cámaras estacionarias, había algunas que también funcionaban aprovechando el humo que expulsaba un motor. En ese caso, la muerte se producía en quince minutos. Luego, los nazis habían optado por acelerar el procedimiento y comenzaron a utilizar Zyclon B, un pesticida a base de cianuro, originalmente utilizado para controlar los parásitos responsables de la extensión del tifus en los campos.

Cuando estábamos ya bastante ebrios, me animé a preguntarle si sabía cuánto medía una cámara de gas promedio y, en tal caso, si podía ayudarme a estimar cuántas de esas habitaciones podían erigirse sobre un campo de fútbol. Tenekedjian me miró como si yo fuera un estudiante engreído desafiando a su profesor. Resultó que también en esa materia era un experto. Me explicó que, según la FIFA, la medida mínima que puede tener un campo de juego es de 45 por 90 metros, mientras que la máxima es de 90 metros por 120. Ahora bien, continúo, para partidos oficiales o internacionales de competencias FIFA, se establece un mínimo de 64 por 100 y un máximo de 75 por 110. Agregó, sin embargo, que tenía serias dudas de que los campos de fútbol brasileros respetaran esas medidas. Yo, aclaró, he tenido que ir a cubrir algunos partidos a Brasil y pueda dar fe de que esas canchas parecen el Amazonas. Es como correr en una selva sin bordes.

—Como usted puede ver, Zárate, es altamente probable que cada recinto tenga medidas distintas, mientras se atenga a las condiciones de FIFA —sentenció.

Debí poner cara de decepción y Tenekedjian no era bueno decepcionando a las personas, menos a sus amigos de juventud. De pronto, abrió los ojos. Recordó a un amigo que laburaba como guardia en la cancha de Nueva Chicago, en Mataderos, no muy lejos del bar donde estábamos, y corrió a pedirle el teléfono al garzón.

Al parecer, ese amigo tenía una deuda de honor con Tenekedjian. Según creí entender, en el pasado le había prestado ayuda con la evidencia fotográfica irrefutable de una infidelidad de su mujer. Así, al cabo de un minuto o dos, Tenekedjian volvió tambaleando a la mesa, dejó un par de billetes y me dijo que nos íbamos a Mataderos. Fuimos en su auto, zigzagueando, y llegamos en cuestión de minutos. El amigo de Tenekedjian nos estaba esperando afuera, enfundado en una parca y con una bufanda. Nos llevó directamente a la cancha, como si quisiera acabar rápido con un trámite. El fotógrafo le pidió al guardia encender las torres de iluminación, pero

este se negó y tuvimos que conformarnos con un par de linternas que nos ofreció a regañadientes.

—No seas pendejo, si enciendo las torres, tendría que dar muchas explicaciones y perdería el laburo. Cuesta mucha guita tener las luces encendidas.

—Este es un asunto de la máxima importancia— argumentó mi amigo—. La guita no importa.

De qué se trata todo esto, preguntó entonces el celador y Tenekedjian explicó que yo quería averiguar cuántas cámaras de gas podían levantarse sobre el césped de esa cancha. El tipo lo miró desconcertado:

—¿Cámaras de gas? ¿De qué carajos me estás hablando?

Tenekedjian preguntó entonces por las medidas del campo, pero él dijo que no las sabía exactamente, aunque podíamos estar seguros de que eran reglamentarias. Tenekedjian no se dio por satisfecho y comenzó a caminar por el borde de toda la cancha, contando sus pasos. Era como verlo pasear por la cornisa de un rascacielos o la cuerda floja de un circo. Avanzaba contando en voz alta y perdió la cuenta un par de veces. Yo me quedé sobre una de las áreas, mirando las copas de los árboles que sobrepasaban algunas de las tribunas. Desde ahí oía aullar a los perros y me dio la impresión de que estábamos rodeados de lobos salvajes.

Al cabo de un par de minutos, Tenekedjian regresó y me dijo una cifra que ya no recuerdo. Las medidas de la cancha, en todo caso, se encontraban dentro del estándar. Como usted comprenderá, Olivera, ese dato no era suficiente. Además, debíamos saber cuánto medía una cámara de gas. Tenekedjian no sabía ese dato y el guardia del estadio menos. Mi amigo exigió entonces que nos condujera hasta un teléfono. A regañadientes y para evitar un escándalo, porque Tenekedjian estaba muy inquieto, nos condujo hasta una oficina modesta al interior del estadio. Las paredes estaban tapiadas con fotografías de distintas alineaciones del equipo, algunas de ellas blanco y negro. Había también una camiseta enmarcada y un banderín desteñido que recordaba algún campeonato de Nueva

Chicago obtenido en 1933, precisamente el año del ascenso de Hitler. Tenekedjian se quedó mirando algunas de las imágenes y recordó, furibundo, cuando en 1952, Eva Perón intentó usar todas sus influencias para que Nueva Chicago le ganara el título a Racing. A pesar de doña Isabel, gimoteó, Racing campeón. Transcurrido el instante de ira, retomó la llamada telefónica.

Con dificultades, el armenio discó un número y luego estuvo hablando un cuarto de hora con alguien, aparentemente un profesor de historia que pudo entenderle con dificultades. No era difícil comprender que se trataba de una llamada inoportuna. El profesor debió darle un número cualquiera, una cifra inexacta, más bien un consuelo para que se quedara tranquilo. Como sea, con ese dato Tenekedjian tomó una hoja, dibujó una cancha sobre ella y luego agregó cuatro rectángulos que equivalían, según sus cuentas, al número de cámaras de gases que podían levantarse sobre la cancha de Nueva Chicago. Me la entregó y me preguntó si me daba por satisfecho. Le dije que sí y entonces nos fuimos, para alivio del guardia.

Pero eso no fue todo, Tenekedjian es un sujeto obsesivo. Semanas más tarde, al regresar a mi departamento, encontré un sobre café que alguien había arrojado por debajo de la puerta. Eran fotografías aéreas de todos los estadios de Buenos Aires. No sé de dónde las sacó. Sobre cada una de ellas, había dibujado decenas de rectángulos achurados. Junto a las fotografías había una pequeña nota mecanoescrita. Decía que las medidas de una cámara de gas eran de 11,66 por 11,20 metros. Es decir, tenían una superficie total de 130, 59 metros cuadrados. Una cancha de fútbol, en promedio, tiene algo así como 8,250 metros cuadrados, es decir, poco menos de una hectárea. Es decir, concluía la nota, sobre un campo de fútbol pueden levantarse más de cincuenta cámaras de gaseado, bastante ajustadas, una junto a la otra. Para disponer de un cálculo más exacto había que considerar cuestiones que él ignoraba. Por ejemplo, si las cámaras de gases, además de los metros cuadrados de la habitación hermética propiamente tal, requería de otros

espacios o habitaciones adicionales de soporte o logística necesarias, para emprender la operación.

Por otro lado, no tengo ninguna duda de que la mayoría de las cintas están en un único sitio. Imagine, cómo iba a alguien a dedicarse a deambular por el continente entero filmando esa clase de barbaridades y no dejar un registro para sí mismo. Alguien hace algo como eso por un solo motivo: para coleccionarlas y verlas durante largas tardes de aburrimiento. Nadie me quita de la cabeza, que todos estos videos están juntitos y ordenados cronológicamente en algún sótano o habitación tapiada de algún lugar de América del Sur. Podría estar en cualquier lugar. A veces, imagino que su poseedor murió y que están cintas están arruinándose sin que podamos ponerles las manos encima y eso me da aún más pavor que no encontrarlas.

No sé exactamente quiénes financian mis viajes, salvo que se trata de una organización de cazadores de nazis. Eso es lo único más o menos seguro. Lo demás son sospechas, ideas infundadas, si usted quiere. Delirios, quizá. Cabos que amarro por las noches y que al amanecer vuelvo a desatar. No estoy seguro de haber hecho lo correcto todos estos años, Olivera. No estoy seguro de nada, para serle franco. A veces, cuando me despierto por la mañana, en piezas de hotel que no recuerdo haber elegido, con las cortinas cerradas y ese olor a encierro que tienen todos los cuartos alquilados por días, me siento como una prostituta. Alguien que acepta el pago sin hacer demasiadas preguntas, que sonríe, firma un recibo, toma un tren, un avión, un bus nocturno, y vuelve a empezar en otra ciudad donde nadie lo espera. Me contactaron a principios de los ochenta. Fue una llamada breve, seca, sin presentación. Me dijeron que sabían lo que hacía, que conocían mis recorridos, mis visitas a bibliotecas de provincias, a archivos parroquiales, a casas en ruinas donde nadie

quería entrar. No ofrecieron explicaciones. Solo dijeron que podían ayudarme, que a partir de entonces mis gastos estarían cubiertos, siempre y cuando yo siguiera viajando. Nunca supe cómo se enteraron de que yo deambulaba por el continente buscando a un espectro. A veces pienso que fue pura casualidad. Otras, en cambio, estoy seguro de que alguien, en algún lugar, decidió que yo debía seguir buscando, aunque no encontrara nada. Como si mi fracaso también les resultara útil. Como si mi deriva formara parte de un plan que nunca me fue revelado. Y lo peor es que, después de tanto tiempo, ya no sé si sigo viajando por ellos o por mí mismo. O si, en el fondo, nunca hubo diferencia.

He escuchado muchas historias, Olivera. Historias de todo tipo, salvo relatos de amor. Una vez, en Miami, oí la historia de una niña que convertía el agua en sangre. Tuve que viajar hasta Florida a buscar una de las videocintas a bordo de un vuelo de Panam. Ese fue mi viaje más largo. No me pregunte como se las arregló la película para llegar a Miami, ni idea. El taxi me dejó frente a una casa espaciosa donde debía recibirme una mujer de nacionalidad israelí. En efecto, una mujer rubia y delgada, de aproximadamente cuarenta años, me abrió la puerta. Lleva puesto un vestido verde sin mangas y unos enormes anteojos de sol, como si acabara de llorar o estuviera intentando ocultar un hematoma en el ojo. Hablaba español con dificultad, pero lograba entenderla. Después de saludarme me condujo directamente hasta el cuarto de estar. Pareció una broma. Había un mueble enorme empotrado a la pared con un televisor de 55 pulgadas y anaqueles repletos de VHS. La clase de televisores con los que no soñábamos en Argentina por entonces. Al verlos, me brillaron los ojos. Calculé que había cuatrocientos, tal vez quinientos VHS ordenados pulcramente, como si fuera un videoclub. Entonces, dando un vistazo rápido a las carátulas, me di cuenta de que la mayoría de los casetes eran cintas infantiles. En efecto, Olivera, había un niño pequeño sentado en una

alfombra frente al televisor con un bol rebosando de cereales y leche. Estaba viendo, lo recuerdo perfectamente, *Los supersónicos*, ¿los ha visto? Es un dibujo animado de una familia del futuro, una especie de contrapunto de *Los picapiedras*. Hasta entonces me sentí a gusto, pero por algún extraño motivo, contemplar al niño viendo a *Los supersónicos,* me causó un extraño terror. Era como si esa postal del futuro me revelara un porvenir siniestro. Me quedé mirando un momento la TV, donde la mucama robótica de la familia preparaba una fabulosa cena familiar apretando un par de botones. De algún modo, la cuestión me hizo recordar, precisamente, a los nazis y sus hornos crematorios y me quedé pasmado un instante. El asunto es que el niño estaba embobado mirando los dibujos animados, tan ensimismado que daba la impresión de que padecía autismo.

La mujer me invitó a tomar asiento sobre un sofá, frente al televisor. Desde ahí se veía un jardín y una piscina. El día estaba radiante y parecía una postal. Había un tipo de jardinera intentando quitar algo del agua con una malla de mango extensible. Intenté erguirme sobre el sofá para ver que era eso que intentaba rescatar del agua, pero no alcancé a ver nada, salvo al tipo que parecía sacado de un libro de dibujos de Tom el Finlandés. Entonces, en medio de esa escena aparecieron un par de gansos graznando, caminando graciosamente sobre el césped, rodeando el borde de la piscina. Sí, cómo oyó, un par de gansos. La aparición de las aves me sorprendió y la mujer debió notarlo porque enseguida me hizo un comentario, que bien podía ser una explicación. Dijo que, en Sobibor, uno de los campos de concentración emplazados en Polonia, los nazis criaban gansos para que los graznidos disimularan los gritos de los judíos prisioneros, especialmente de aquellos que eran enviados a la cámara de gas.

Hubo luego un momento de silencio, en que la mujer y yo nos quedamos mirando a los gansos hasta que desaparecieran de nuestro campo de visión. Acto seguido, la mujer le pidió al niño que fuera a otro cuarto y este obedeció sin tardanza. Entonces, ella se levantó, se perdió por un pasillo y volvió con un VHS que puso

dentro del equipo reproductor. Luego, me cedió el control remoto e hizo un gesto con el que autorizaba que yo echara a andar la cinta. Era una película corta. No más de diez minutos en que le aplicaban corriente eléctrica a un hombre desnudo que colgaba de una perca, igual que los guacamayos en Brasil. La mujer no desvío en ningún momento la vista de la piscina. Cuando la película terminó, se levantó para sacarla del reproductor, guardarla en el envase y entregármela. Entonces, sin que yo pudiera acertar por qué, comenzó a contarme la historia de una niña palestina que transformaba el agua en sangre. Esa historia, a su vez, se la había relatado a ella un compatriota suyo.

Según creí entender, era guardia en una fábrica de cámaras de seguridad en Tel Aviv o tal vez en un puesto fronterizo donde había muchos kilómetros que mantener permanentemente vigilados. El sujeto, en todo caso, se pasaba el día entero lidiando con esos aparatos, ya sea para repararlos o para ver a través de ellos. El asunto es que un día cualquiera el guardia encuentra a la niña en el pasillo de un supermercado, específicamente en el pasillo donde exhiben el agua embotellada. La niña, encaramándose para alcanzar un botellón, se lastima la pierna y comienza a sangrar y, en ese mismo momento, el líquido del interior de las botellas de agua se tiñe de rojo, lentamente, como si alguien estuviera vertiendo un poco de colorante. El israelí se sorprende e intenta ayudar a la niña, pero esta sale corriendo despavorida. Él aprovecha de abrir una de las botellas y comprobar que es sangre. Curioso, compra todas esas botellas y, ya en su casa, las vacía sobre el lavaplatos. Sangre, sin dudas, un total de seis litros, la cantidad que tiene un adulto circulándole en las venas. Como el asunto lo desconcierta regresa al supermercado todos los días, a la misma hora, esperando encontrar a la niña. Al cabo de una semana, vuelve a verla curioseando en el pasillo de los útiles de aseo. No está dispuesto a perderla y con engaños consigue llevarla hasta el estacionamiento, donde tiene su todoterreno estacionado. La sube a la fuerza y la lleva hasta su departamento, ubicado cerca de la playa en Tel Aviv. Ahí durante

días, la somete a todo tipo de pruebas. En una de ellas, coloca una botella de agua sobre la mesa de formica de la cocina y la sienta. La niña está maniatada y amarrada a la cocina. Con un cuchillo hace un corte en la palma de su mano y el agua de la botella, lentamente, comienza a transformarse en sangre. En otra de ellas, la coloca desnuda en la tina llena de agua y lastima su muslo con una navaja suiza. En todas las pruebas el agua se vuelve sangre. Al cabo de dos o tres días, la deja ir y no vuelve a verla ni a saber de ella. El hombre invita una noche a cenar a mi anfitriona y le cuenta la historia. Ella, desde luego, ríe primero y luego, al ver la insistencia del sujeto, se inquieta y dice que ya no quiere volver a oír del asunto. Entonces, el hombre, la toma del cabello y la arrastra por el piso hasta llegar a la cocina. Una vez allí, abre de golpe el refrigerador y le muestra diez, tal vez veinte botellas llenas de un líquido rojo y oscuro. Sangre, a todas luces. El sujeto se queda mirando paralizado las botellas de plástico mientras sostiene la manilla del refrigerador como si buscara, indeciso, algún bocadillo y ella, adolorida, aprovecha de ponerse de pie y huir del departamento sin mirar atrás.

Cuando la mujer terminó de hablar se quedó en silencio por dos o tres minutos, al cabo de las cuáles le pregunté dónde había conseguido la cinta. Le expliqué que para nosotros era importante cualquier pista o rastro. Lo dije como si fuera un policía desesperado, uno que estaba jugándose sus últimas cartas. Cualquier dato podría llevarnos hasta la hemeroteca, agregué, y entonces me miró fijamente y me dijo una cosa que me causó algo parecido a la ansiedad. Me dijo que, tal vez, la hemeroteca que buscábamos era esa y que estaba frente a mí, en los muebles de su cuarto de estar y que todas esas cajas de filmes infantiles no eran más que una fachada, una careta que ocultaba la verdadera naturaleza de las cintas que ella guardaba en su interior. De reojo, alcancé a ver nuestros reflejos en la pantalla del televisor apagado y volví a sentir miedo, pues nos daba la apariencia de un par de fantasmas olvidados en un salón vacío. Quién sabe, agregó y dibujó

una enigmática sonrisa que me obligó a sonreír a mí también, torpemente y con la misma expresión que pone un niño cuando alguien le amenaza con un monstruo debajo de la cama, o como si acabara de contarme un chiste que yo no podía comprender. Al cabo de un momento, me dijo que tenía que ir de compras y me condujo hasta la puerta. Estoy seguro de que en esa hemeroteca solo había películas infantiles, pero, antes de que cerrara la puerta detrás de mí, no pude evitar mirar el librero e imaginar que, tal vez, estaba dejando tras de mí la más infame colección de videocintas. Me fui de Miami ese mismo día. Ni siquiera di un vistazo a la playa.

Cuando regresé, Elisa Feldman me estaba esperando. Fue como una de esas películas de sicarios. Abrí la puerta, dejé caer la maleta y encendí la luz. Entonces la vi, sentada de piernas cruzadas sobre el sofá, con uno de esos trajes de sastre que suele usar y zapatos de taco alto. Casi me da un infarto. Tuve la sensación de que había alguien más en casa, hurgueteando. Creí que alguien, tal vez Elisa, iba a dispararme. Traté de imaginar si había hecho algo mal en Miami, algo que justificara que alguien terminara con mi vida miserable. Tuve esa sensación durante toda esa noche, la certeza de que en cualquier momento alguien iba a caerme por la espalda y a asfixiarme con una bolsa de nylon. Cada sonrisa, cada gesto amable de Elisa, se me antojaba como una confirmación de que intentaba que yo bajara la guardia, hacerme creer que todo estaba bien, pero yo *sabía* que había cometido una imprudencia imperdonable que iba a costarme la vida. Tomamos un café y ella puso un cedé de Jazz y empezó a hablar de Julio Cortázar, precisamente de "El perseguidor" y eso hizo que me diera aún más miedo. Hizo un análisis completo, y sorprendente, de modo que parecía obvio que se había preparado para tales efectos. "Sé fiel hasta la muerte", repitió Elisa un par de veces, que es un versículo de *Apocalipsis* que Cortázar utiliza como epígrafe en su cuento.

Estuve a punto de preguntar, como sucede en las películas, si había hecho algo mal y cuál era el motivo de mi caída en desgracia. Estuve a punto de hacer el ridículo y suplicar, tal vez, por mi vida, o

de exigirle a Elisa que, en honor a todos esos años, me llevara delante de sus jefes para darles una explicación. Pero, explicación de qué, si yo ni siquiera sabía que carajos había hecho mal. Esa pregunta no dejaba de darme vueltas en la cabeza, mientras Elisa hablaba: "¿Qué hice mal?". Cerré los ojos e imaginé como serían los jefes de Elisa. Imaginé a un exmilitar israelí con brazos enormes y tatuados y cabello muy corto, ubicado detrás de la barra de una taberna en Bosnia o en Sudáfrica. O, tal vez, era un rabino esmirriado enfermo de cáncer terminal o un banquero judío de Nueva York que daba las órdenes desde el último piso de un rascacielos mientras revisaba los índices del Dow Jones.

Yo estaba muy cansado, realmente exhausto, pero Elisa insistió en encender la tele. Estuvimos quince o veinte minutos echando un vistazo a una película muy absurda en que un ejército de marcianos invadía la tierra. Era un pésimo film, pero con un elenco fabuloso en que destacaban actores como Jack Nicholson, Pierce Brosnan, M. J. Fox y algunos otros. De nuevo, sentí miedo, especialmente cuando Elisa se reía en momentos inapropiados o en momentos que, definitivamente, no debían concitar esa clase de hilaridad, con la sensación de que en cualquier momento un auto sospechoso se estacionaría afuera de mi casa con algunos sujetos que se encargarían de mí. Entonces, de pronto, Elisa apagó la tele o la silenció o bajó el volumen y me preguntó qué tal había estado Miami. Entonces, tuve la certeza absoluta de que había hecho algo mal y para intentar averiguarlo, pero fundamentalmente para que a Elisa le quedara claro que yo no estaba escondiendo nada, hice un recorrido pormenorizado de cada uno de los movimientos en Miami. Le conté todo, incluido la historia de la niña palestina que convertía el agua en sangre y los gansos. Ella se mostró muy intrigada por aquel asunto, especialmente por los gansos y estuvo largo rato haciéndome toda clase de preguntas sobre la crianza de esas aves, incógnitas que yo no tenía cómo carajos resolver. Lo peor es que mientras escuchaba trataba de descifrar alguna metáfora en casa una de las frases y eso me volvía torpe e inseguro, balbuceante.

"¿Cómo estás seguro?", me preguntó de pronto Elisa. "¿De qué?", "¿De qué todas esas películas eran inofensivas caricaturas infantiles?" No supe qué decir. Elisa me miró muy seria y comenzó a dar vueltas por la casa. No sé veía enojada, sino muy ansiosa, como si estuviera paseándose por la sala de espera de un hospital mientras someten a intervención quirúrgica a un ser querido. Creo recordar que sacó del bolsillo de su pantalón una cajita de gomas de mascar y comenzó a sacarlas con descuido y a meterlas de forma atropellada dentro de su boca. Al cabo de algunos minutos, hizo una llamada telefónica en hebreo e inglés o tal vez se trató de dos llamadas telefónicas distintas, dos interlocutores diferentes. Cuando terminó se hablar por teléfono se quedó pensando un rato largo con el auricular sobre la barbilla y luego fue hasta el refrigerador. Se quedó un momento con la puerta abierta, como si estuviera echando un vistazo a un cadáver en la morgue. "Tenemos que regresar", dijo al cabo de un momento. "¿Cómo regresar?", le pregunté, a dónde. "A Miami", dijo sin mirarme y no fui capaz de objetar.

Dieciocho horas después nos subimos a un avión rumbo a Miami. Yo pensaba que era un tiempo exiguo, pero Elisa no dejaba de repetir que en esa cantidad de horas alguien podría deshacerse perfectamente de toda clase de evidencia. Según ella, podríamos llegar y encontrar la casa vacía. No pude evitar recordar que exactamente eso me había sucedido en el 76, y caer otra vez en el mismo error me devanaba los sesos. Hicimos una escala en Santa Cruz, en Bolivia. Elisa iba muy nerviosa, como si llevara droga o algo peor. Cuando llegamos al aeropuerto en Miami, rentamos una camioneta Chevrolet y dimos un par de vueltas por la ciudad. Nos sentamos a tomar un helado delante de la playa y echamos un vistazo en un gimnasio al aire libre. Yo intentaba hablar con ella, pero Elisa estaba silenciosa y se negó a dar continuidad a cualquiera de los temas de conversación que propuse. Más tarde, fuimos a un supermercado enorme y compramos dulces y gaseosa para comer y nos encerramos en la camioneta. Ella devoró cuatro o cinco bolsas de snack, apresuradamente, como si fuera una bestia hambrienta.

Pasamos ahí el resto de la tarde, en el estacionamiento, viendo los autos llegar y partir al cabo de media hora. Elisa se veía preocupada y un poco asustada, no sé de qué, tal vez de ella misma. Cuando estaba oscureciendo, salió del auto a hacer una llamada desde una cabina telefónica. Al cabo de diez minutos apareció una monstruosa camioneta negra que hizo parpadear los focos y se puso en marcha pasando por delante de nosotros. Elisa los siguió a prudente distancia. Nos tardamos cuarenta minutos en llegar a Coral Gables, donde estaba ubicada la casa de la israelí. Nos estacionamos a un par de metros. "¿Qué vamos a hacer?", pregunté. "Lo que dejaste sin hacer, Zárate, lo que dejaste sin hacer".

Cuando los tipos se bajaron, me di cuenta de que uno de ellos era enorme y llevaba una camiseta de fútbol, probablemente del Maccabi Haifa. El otro, en cambio, debía medir un metro setenta y era delgado. No debía pesar más de setenta kilos. Era una dupla graciosa. Juntos parecían una pareja de mafiosos de alguna película de Scorsese. Los vimos perderse hacia el interior de la casa. Al cabo de cinco, tal vez diez minutos que, a mí, en todo caso, me parecieron una eternidad, Elisa decidió que era tiempo de bajar. Vamos, me dijo. La puerta estaba abierta y las luces apagadas, pero desde afuera, a través de las ventanas, entraba suficiente luz como para que pudiera ver a la mujer en camisón sentada sobre el sofá con un sujeto a cada lado. A su manera, la escena era divertida. La mujer me miró, confundida: "¿Era necesario todo esto?", preguntó, y yo me encogí de hombros, algo avergonzado. Elisa se quedó mirando absorta la videoteca. Encendió el televisor y luego, sin ninguna prisa, fue sacando los VHS uno por uno y colocándolos dentro de aparato reproductor. Las miraba utilizando el control remoto, sin soltar el botón de adelantar, para ahorrar tiempo. Verlas de otro modo, podría haber tardado una semana completa.

Luego de revisar media centena de cintas, comprendí que Elisa estaba tensa, casi desesperada, conteniendo una rabia que parecía buscar, a toda costa, una imagen más cruel que la que ofrecían los dibujos animados. "¿Es suficiente?", preguntó la mujer israelí y Elisa

no contestó. En lugar de eso, siguió sacando las películas ordenadamente. De pronto, ocurrió de nuevo algo extraño, para mí aterrador, pues aún no me sentía a salvo. Elisa decidió ver una película a velocidad normal. Era el dibujo animado de un hombre que salía de cacería con su perro, y este, alentado por una serie de pistas equívocas y malentendidos, terminaba pensando, víctima de la paranoia, que su amo intentaría deshacerse de él durante esa jornada de caza. "Dos van, pero uno vuelve", decía el narrador de la caricatura. Tuve la sensación de que todo el asunto era una charada para deshacerme de mí y que Elisa estaba diciéndome que ella era como aquel cazador y yo el mastín de caza que no regresaría al hogar. Cuando más miedo tuve fue cuando todos, excepto la israelí, comenzaron a reír a carcajadas de la caricatura.

En ese momento, apareció por el pasillo el niño que conocí el día anterior, somnoliento y hurgándose los ojos. La mujer quiso ponerse de pie para auxiliarlo, pero Elisa la detuvo. Intercambiaron, en voz baja, unas palabras en hebreo. Era sencillo darse cuenta de que Elisa estaba dejando claro que no le harían nada al niño. El niño llevaba un piyama de Plaza Sésamo y dijo que tenía hambre. Elisa se levantó y tomó al niño de la mano y luego lo condujo a la cocina, una de esas cocinas americanas desde donde se ve la sala de estar y, por un momento, todos nos quedamos curioseando lo que Elisa hacía; en realidad, ella seguía las instrucciones del niño que le dijo dónde encontrar la leche, los cereales y la vajilla. Elisa se quedó mirando la información nutricional de la caja de cereales y dijo que, considerando el tamaño de las porciones, no era raro que en Estados Unidos los obesos mórbidos campearan. "Dos cosas abundan en Estados Unidos: los obesos mórbidos y los sociópatas". La israelí sonrió irónica: "Es curioso que usted lo diga", dijo.

Antes de continuar, tuvimos que esperar que el niño terminara su porción de cereales de hojuelas de trigo y luego que se lavara los dientes. Desde donde estábamos, alcanzamos a escuchar las instrucciones de Elisa sobre un adecuado cepillado de dientes y las buchadas del niño, pero ya no logramos oír cuando lo llevó de

regreso a cuarto. Ella volvió enseguida, en todo caso, y siguió viendo las películas. Casi estaba amaneciendo cuando se aburrió o se cansó o pensó que nada tenía sentido y guardó una centena de VHS dentro de su bolso y advirtió que las vería al regresar a casa. En ese momento, escuchamos a un ganso graznar y Elisa tuvo curiosidad. Fue hasta la cocina y la oí tomar algo de un cajón, que guardó luego en el bolsillo de su chaqueta. Luego, salió al patio y yo salí detrás de ella. La vi degollar a ambos gansos, sin titubear, y después los dejó tirados sobre un pequeño estanque de agua sucia de plumas y barro. Por un momento pensé que iba a matar también a la mujer, pero no sucedió. Simplemente salimos de la casa hasta la Chevrolet, pero los hombres se quedaron adentro un momento. "¿Ellos no vienen?", pregunté, y Elisa dijo que solo abandonarían la casa cuando nosotros estuviéramos a bordo del vuelo de Panam que nos llevaría de regreso a Buenos Aires.

De camino al aeropuerto, pasamos por afuera del estadio de los Delfines y no pude evitar sentir mucho miedo frente al armatoste. Al ver mi curiosidad, Elisa me preguntó, con toda naturalidad, si quería hacer un tour por el estadio, pero le dije que no era necesario. Tomamos el vuelo esa misma noche. Elisa durmió todo el viaje, pero yo no pude pegar una pestaña. En algún momento, la desperté apenas para preguntarle si iba a sucederle algo a esa mujer y ella respondió sin dudar que no, no iba a sucederle nada y luego agregó: "Ella se lo buscó, Zárate. No debió hacerte esa broma. No debió bromear a costa tuya con el asunto de los videos. Con nosotros, tienes que saberlo, pueden bromear sobre cualquier asunto, sobre nuestras madres, sobre el tamaño de tu verga, sobre lo que quieran, excepto con los videos. Con esas putas cintas no se juega y ella, que es una mujer que ha sufrido, debería saberlo". Cuando llegamos a Buenos Aires, me fui a dormir, pero Elisa se quedó mirando las películas. Cuando desperté, muy hambriento, ya no estaba por ningún lado y me había dejado una nota. "Regreso a Asunción. Cuídate. Elisa". Las cintas infantiles estaban desparramadas por todo el cuarto de estar, fuera de sus cajas.

Durante un tiempo, agobiado por las dudas, marcaba el número telefónico de la mujer israelí. La mayoría de las veces se activaba la contestadora y una voz de mujer advertía que no estaba en casa y que podíamos dejar el recado. Una vez contestó un niño y le pregunté cómo estaba. Me dijo que estaba viendo un partido de básquetbol y que estaba bien, muy bien. Me llamó la atención que no sintiera curiosidad por saber con quién estaba hablando.

No volví a hablar con Elisa sobre esa noche, pero mi cabeza nunca logró deshacerse de un asunto. Los gansos, Olivera. Por un lado, estaba la cuestión de que los nazis hubiesen llevado un ejército de gansos a Sobibor. No lograba sacarme de la cabeza la imagen de los gansos marchando detrás de un grupo de suboficiales de las SS. Averigüe después que en las cámaras de gas de ese campo usaban un motor para asfixiar a las víctimas. Los prisioneros tardaban más de quince minutos en morir. Una muerte horrible. Lenta. No puedo ni imaginarlo. Para ahogar esos gritos, el comandante ordenó que trajeran gansos para disimular. Pero lo que más me inquietaba era intentar imaginar para qué diablos esa mujer, elegante, hermosa, a su manera, tenía a una pareja de gansos en esa casa de Miami. No podía dejar de pensar que alguien sufría alguna clase de maltrato en esa casa, Olivera, y para evitar que los vecinos oyeron sus quejidos tenían a esas aves. Pero ¿quiénes, Olivera, ¿quiénes? ¿Ella era maltratada por algún imbécil que, precisamente, esa noche no estaba en casa? ¿El niño era violentado por la mujer que de vez en cuando perdía la compostura a causa del autismo del niño y el recuerdo como cautiva en los campos y de todas esas personas que vio morir como animales? Esas son las clases de cosas que no dejan dormir a un hombre como yo.

Por algún motivo, no me deshice de aquellas cintas infantiles. Aun las tengo conmigo, y, de vez en cuando, especialmente los domingos en que me levanto tarde, las veo, sin apuros, pero nunca, ni una sola vez, alguna de ellas me ha robado si quiera una carcajada.

¿Ha oído hablar de Julius Hirsch? ¿Árpád Weiszk, Eddy Hammel? Hirsch fue un futbolista alemán, de origen judío. Nació en un pueblecito cerca de la frontera con Francia. Comenzó su carrera en 1902 y fue el primer jugador de la historia de Alemania en ganar el campeonato con dos equipos distintos. El Karlsruher FV, en 1910 y en 1914 con el SpVgg Fürth. Fue seleccionado germano y disputó los Juegos Olímpicos de 1912. Como si todo eso no fuera suficiente, combatió en la Primera Guerra Mundial, recibió la Cruz de Hierro y fue ascendido a sargento. Nada de eso evitó que hacia 1943 fuera perseguido por la Gestapo por sus raíces judíos y le pusieron las manos encima poco antes de que pudiera huir a Francia. Fue capturado en febrero de 1943 y murió en Auschwitz. Árpád Weiszk también murió allí, en 1941. Fue un futbolista y entrenador húngaro que llegó a ser, nada menos, que entrenador del Inter de Milán antes de los cuarenta años, Olivera. Es el más joven de la historia en obtener el *scudetto*. También en Auschwitz, en abril de 1943 murió Eddy Hamel, estadounidense, el primer jugador judío del Ájax donde tuvo muy buenas campañas. Un hombre bien nacido, como yo, no puede dejar de mencionarle a Leon Sperling, un jugador polaco, del Cracovia, que disputó los Juegos Olímpicos de 1924 y que murió en el gueto de Leópolis o Josef Klotz, otro polaco seleccionado, que murió en el gueto de Varsovia. En Terezín, un gueto, los judíos confinados organizaron una sofisticada liga de fútbol que se jugaba entre las paredes de la fortificación, en la que jugaban varios antiguos exponentes profesionales del deporte rey. En fin, Olivera, en fin. Ni el fútbol se salva de la barbarie. Recuerde usted, sin ir más lejos, a ese equipo de ucranianos que desafío en Kiev a un plantel nazi, en agosto de 1942. Le propinaron, de hecho, una dura derrota, inapeable: cinco goles contra tres. Un par de días algunos de ellos fueron fusilados y otros fueron enviados a diversos campos de concentración. Dijeron que fue porque entre los futbolistas de ese improvisado equipo de Kiev había algunos que podían enfrascarse en

tareas de sabotaje o espionaje. Lo cierto es que ningún nazi iba a quedarse tranquilo después de recibir cinco goles.

En Porto Alegre, hasta donde fui a ver un partido entre Gremio e Internacional, conocí a una extraña dupla de sacerdotes católicos. Ambos eran fanáticos del Internacional que, para entonces, había ganado al menos una veintena de título gaúchos, pero ningún campeonato nacional. En fin, cuando los conocí, hace un par de años, su devoción era menos vehemente que en otras épocas, cuando daban sermones futbolísticos y elevaban oraciones para que algún santo les concediera la gracia de algún resultado indispensable. Por aquellos días, sin quitarse el hábito de encima, asistían a todos los partidos de local. El asunto es que ambos estuvieron sentados en las galerías del Gigante Beira-Río, el 14 de diciembre de 1975, el día en que el Inter se coronó campeón brasileño por primera vez. Ese día, en que enfrentaban a Cruzeiro, estaba especialmente nublado. Era, como dirían los poetas mediocres, una tarde gris. Empataban sin goles. En el minuto once del segundo tiempo, hay un tiro libro que Valdomiro sirve desde la derecha. La pelota se eleva buscando el centro del área donde encuentra a Elías Figueroa, el central chileno. Al mismo tiempo, un inesperado rayo de sol abre las nubes al mismo tiempo en el mismo sitio en que Figueroa se eleva más alto que los defensores del Cruzeiro y con un cabezazo soberbio anida la pelota al fondo de la red. Internacional campeón. Milagro, piensan los sacerdotes, especialmente a la mañana del día siguiente, cuando corren a comprar la prensa y ven la fotografía de las páginas centrales, en que Figueroa aparece iluminado por el rayo de sol y que los sacerdotes interpretan, sin ápice de duda, como un signo elocuente de intervención divina. Ese mismo día, uno de ellos da un sermón en que agradece a Dios por el título y eleva a Figueroa a la categoría de patrono de Porto Alegre. El asunto no termina ahí. Uno de los sacerdotes recuerda que hace un par de días atrás asistió al funeral

de un pequeño niño que también profesaba un fanatismo desmedido por el Inter. Ha recordado que, casi sin pensarlo, le había pedido al pequeño que intercediera por el triunfo de los colorados. El milagro comienza a tomar forma. Comienzan a recopilar antecedentes. Al cabo de un par de semanas, han reunido un delirante y escuálido dossier que incluye, fundamentalmente, recortes de diario sobre las aventuras futbolísticas del Inter, después de todo, ese es el milagro que esperan atribuir al niño. Luego, redactan un oficio y envían los antecedentes a la Congregación de la Causa de los Santos. Transcurren un par de meses de espera, al cabo de los cuales, reciben una misiva de respuesta. Leen la carta sentados en el primer banco de una iglesia. La carta es escueta y descarta en apenas un par de líneas la iniciativa. No hay milagro, ni tampoco santo. Sin embargo, secretamente, los sacerdotes continúan pidiéndole favores al niño e instando a sus feligreses a que hagan lo mismo.

Al interior de la cámara de gaseado, hay ochenta, tal vez noventa hombres, mujeres y niños vestidos con la remera albiceleste de Racing. Creo reconocer, en medio de nuestros cuerpos apiñados, a Alfio Basile, y a Raúl Óscar Belén; también a Corbatta, y a Evaristo Barrera y a Perfumo, que están ateridos. Incluso, a lo lejos, atrapado entre otros dos prisioneros, creo ver a mi padre que me mira intentando sonreír, y esa sonrisa me da algo de calma. Entonces, de repente, se oye un ruido de metales que cruje y luego, desde unas cañerías que están en la losa comienza a salir gas y enseguida comenzamos a toser y a arder nuestra garganta y fosas nasales, a retorcernos y a arañarnos la cara y caemos sobre el cemento, morimos ahí, asfixiados.

¿A qué hora sale el vuelo, Olivera? ¿Ya terminó la maleta? ¿Llamó al taxi?

HACIA EL INTERIOR

Buenos Aires - Oruro, 10 de octubre-13 de octubre, 2001

Lo último que hizo Olivera antes de abordar el avión en el Aeropuerto Internacional Silvio Pettirossi, fue también lo primero que hizo al llegar a Ezeiza. Se quedó mirando un teléfono público. En Asunción se quedó contemplándolo desde lejos, como si fuera un oasis cercado de púas en medio del desierto. En Buenos Aires, en cambio, aguardó a que una de las cabinas de Telecom se desocupara y luego se acercó raudamente, dejó la maleta en el suelo y buscó una moneda en el bolsillo de la camisa. Levantó el auricular y marcó de memoria un número telefónico como si fueran los números ganadores de la lotería y corriera el riesgo de olvidarlos si no los digitaba apresuradamente. A pesar de la urgencia, desistió enseguida. Después de colgar, le pareció ver, a lo lejos, a un sujeto que coincidía con las descripciones que tenía de Zárate.

Zárate se consideraba feo. Por ello, desde niño rehuía mirarse al espejo o tomarse fotografías. Con el correr de los años se volvió un buen lector de Soriano, en la época en que Soriano tenía, tal vez, más lectores de los que merecía, y tenía un sueño recurrente basado en aquella excentricidad del protagonista de *El ojo de la patria*, que aspiraba a hacerse una cirugía plástica que lo hiciera lucir igual a Richard Gere o a Harrison Ford. Zárate despertaba en medio de una clínica exclusiva y un par de enfermeras rubias, muy expectantes, le ayudaban a desenrollar las vendas del rostro que le daban la apariencia de una momia. Cuando al fin sus facciones renovadas quedaban al descubierto, la expresión de las rubias le daba la

primera señal de preocupación. Hubiera esperado una mirada sugerente, una sonrisa insinuante, pero, en lugar de eso, el rostro de las rubias se crispaba, se arrastraban despacio sobre la cama sin darle la espalda hasta ponerse de pie y retrocedían un par de pasos, igual que hacen los desventurados en las películas de terror. Qué pasa, imploraba Zárate perdiendo la compostura, díganme qué pasa. Una de ellas recogía un espejo del velador y se lo entregaba tiritando. Zárate lo tomaba aterrado y luego lo acercaba lentamente hasta su nueva cara. Daba un bramido descomunal que lo despertaba en el acto, sudado, justo en el momento en que veía su rostro en el espejo y comprobaba que el cirujano plástico había tomado su solicitud de modo literal. La mitad del rostro era la de Harrison Ford y la otra mitad era la de Richard Gere. Aunque podría pensarse que no, la combinación resultaba fatal, espeluznante. El sueño era tan aterrador que, a pesar de volverse recurrente, obligaba a Zárate cada vez que se repetía a correr hasta el baño y encender la luz para verificar que todo estuviera en orden, o casi, porque su nariz aguileña y sus ojos demasiado juntos continuaban ahí y tampoco le hacían mucha gracia.

Un hombre vestido con camisa tropical y mocasines se empinó para ver a los recién llegados de Asunción. Alzó un cartel que decía DETECTIVE OLIVERA.

La llamada interrumpida estaba dirigida a Elisa Feldman, abogada de un bufete en Asunción, la mujer que le habló de los VHS macabros desparramados por América del Sur. Desde el principio, cuando se conocieron en las entrañas del Defensores del Chaco, se había sentido atraído por ella. Supo poco después que ella también había quedado cautivada por él y, aunque aquello no era precisamente prudente, terminaron frecuentándose con segundas intenciones.

Al principio, Olivera intentó mantener las apariencias a pesar de que la cercanía de Elisa le causaba el mismo efecto que Jessica Rabbit causaba en el lobo de los dibujos animados. Fingió que su interés era estrictamente profesional. Aparentó que los horrores de los nazis y de las dictaduras latinoamericanas lo repugnaban en lo más profundo. Indagó, aunque de forma superflua, en los crímenes de Pinochet, de Videla, de Banzer igual que un colegial intenta aprender las tablas de multiplicar. Preguntó una y otra vez por las atrocidades que los judíos habían padecido durante la Segunda Guerra Mundial. Elisa Feldman era descendiente de judíos que habían muerto en Sobibor y conocía esas infamias en detalle. Olivera hubiera deseado oírla hablar de amor, romances pasados y esperanzas futuras; pero ella prefería conversar sobre cámaras de gaseo y hornos crematorios, esperando despertar en él la misma profunda indignación que sentía ella.

Habían pasado largos meses –mientras avanzaba hacia Zárate se miró los dedos de la mano para contar cuántos: ¿quince, dieciocho?– desde la última vez que hablaron. Un par de veces había marcado su número y colgado luego apenas ella contestó, o había permanecido un momento allí para que ella pudiera escuchar su respiración o él oír la de ella, pero no habían vuelto a tener una conversación. Sentía que ahora, cuando estaba cerca de dar con la hemeroteca macabra, resultaba perentorio llamarla y dejar a un lado los rodeos para decirle que si después de todos estos años seguía interesado en el asunto era solo para cumplir con ella, para darle la satisfacción de regresar a Asunción con esa infame colección de VHS. ¿Para qué otra cosa querría él esa hemeroteca sino para volverse digno de su amor?

¿Quién se cree este tipo?, pensó Olivera. Un personaje de *Miami Vice.* ¿Quién se cree este pibe?, pensó, por su parte, Zárate. Un personaje de *CSI*. ¿Qué puede hacer este pibito para esclarecer un crimen? ¿Llamar por teléfono para pedir un examen de ADN?

¿Disfrazarse con unos de esos overoles blancos que los hacen parecer ositos de peluche? Este pendejo es un animal de cautiverio, qué digo animal de cautiverio, es uno de esos cachorros que hace monerías desde la vitrina de una tienda de mascotas para que se los lleven a casa. Yo soy un puto lobo del bosque al que hostigaron con trampas para osos y mataron veinte veces. Válgame, Dios.

Mientras buscaban el estacionamiento del aeropuerto, Olivera explicó que el vuelo se había retrasado por la intensificación de las medidas de seguridad tras el 11-S. Intercambiaron dos o tres frases de compromiso sobre la tragedia del World Trade Center y luego Zárate, a toda prisa, recordó aquella ocasión en que un avión con el plantel de Racing de 1967 estuvo a punto de estrellarse en la zona montañosa de Medellín, cuando iban a jugar contra Independiente de Santa Fe. Luego siguió con una anécdota de Bilardo: en Italia 90, después del debut contra Camerún, el entrenador había temido quedar eliminado en primera ronda y, para evitar la vergüenza de regresar a suelo argentino con la cola entre las piernas, sugirió abordar el avión, convencer a los pilotos de que se arrojaran en paracaídas y estrellar la aeronave en algún punto del Atlántico. A Maradona no le hizo gracia la propuesta.

Cuando encontraron la Ford Bronco, Zárate abrió los brazos con orgullo por el estado en que la había mantenido durante más de veinticinco años. En efecto, parecía un objeto de colección. Resultaba increíble que, a bordo de ella, el argentino hubiese recorrido el continente tantas veces.

Justo después de dejar su equipaje en el maletero de la camioneta, cuando ya estaba acomodándose en el asiento del copiloto, a Olivera se le ocurrió pensar que, tal vez, ese sujeto no era Zárate. Después de todo, en Argentina sobraban los tipos que coincidían con su descripción. Dio un vistazo veloz a su alrededor y vio en ese mismo momento, al menos, a cuatro sujetos de pelo canoso, nariz grande y abdomen abultado por la cerveza. En rigor,

cualquiera de ellos podía ser Zárate. Cómo pudo ser tan imbécil de no pedir una fotografía, alguna referencia más inequívoca para reconocerlo. Alguna prenda distintiva, por ejemplo, como en las películas de espías.

—Aún no enciendas el auto —le advirtió—. Primero déjame ver una identificación.

Zárate creyó que bromeaba y comenzó a reír mientras metía la llave en el contacto, pero el paraguayo se quedó mirándolo fijamente sin soltar la manilla de la puerta. El argentino hizo una mueca de fastidio y no tuvo más remedio que entregarle la billetera. Olivera husmeó con expresión circunspecta. En su interior, había un par de billetes, un calendario con la imagen de una rubia desnuda, el DNI y una tarjeta de socio de Racing Club.

—¿Así está bien, detective Olivera? No rompa las pelotas, quién voy a ser. ¿Un agente de la KGB? Válgame, Dios. Está viendo mucha televisión.

Al tomar la Autopista Riccheri, Olivera recordó un sueño que había tenido la noche anterior. Estaba en medio del estadio Maracaná defendiendo los colores de la selección paraguaya. En frente estaba Uruguay. Detrás del arco charrúa, defendido por Máspoli, había una cabina telefónica. Apenas verla, Olivera sentía el deseo irrefrenable de llegar hasta allá para llamar a Elisa. Empezaba una loca carrera y los jugadores uruguayos, que parecían gorilas vestidos de celeste, corrían detrás de él para detenerlo tironeándole la camiseta o dándole patadas en los tobillos. Veía la cabina telefónica cada vez más cerca, pero cuando pareció que llegaría, la cancha se estiró como si fuera un chicle de color verde, se volvió pegajosa, espesa como un pantano y ya no logró avanzar. Lo peor de todo es que, mientras se hundía en el césped, escuchaba con nitidez que el teléfono comenzaba a repicar. Alguien estaba haciendo una llamada y Olivera sabía que no tendría tiempo de contestar antes de que la avalancha charrúa le pusiera las manos encima.

Olivera le contó el sueño y Zárate recordó otra caseta de teléfonos dentro de un estadio de fútbol.

—En el Gran Parque Central, donde juega Nacional de Montevideo, hay una cabina telefónica junto a la cancha. Recuerdo una celebración de gol de Rubén Sosa en esa caseta. Esa tarde, Nacional ganó a Frontera y cuando anotó uno de los goles, Sosa salió corriendo como si llevara una urgencia impostergable. Tuvo que pedirle a un policía que se hiciera a un lado para acomodarse en la cabina, tomar el auricular y simular que hacía una llamada telefónica. ¿A quién? Misterio sin resolver, Olivera, misterio sin resolver.

El policía, recordó Zárate, llevaba un escudo antidisturbios y sonrió al hacerse a un lado para dejar a pasar a Sosa. Zárate pensó que esa sonrisita tenía algo de siniestra.

Mientras enfilaban rumbo a Avellaneda, Zárate pensó que podrían haberse reunido un año antes, en Asunción, cuando se jugó el partido entre Paraguay y Argentina por las eliminatorias rumbo al Mundial de Corea y Japón. En lugar de eso, lo habían visto por televisión, cada uno en su casa, a mil trescientos kilómetros de distancia: Olivera en un Samsung; él, en un Panasonic. Aquella noche, poco después de comenzar el segundo tiempo, cuando cobraron un penal a favor de Paraguay y Chilavert lo convirtió sin problemas, Zárate no resistió la tentación de llamar por teléfono a Olivera y ya no colgó hasta el final del partido. Empataron a dos, y Zárate quedó conforme; después de todo, Argentina tenía prácticamente asegurado el viaje al Mundial. Olivera, en cambio, lamentó que el equipo albirrojo no hubiera corrido mejor suerte y tuviera que esperar las últimas fechas para sellar la clasificación. Hablaron durante cincuenta y un minutos, descuentos y comentarios incluidos. Antes de despedirse, Zárate elogió a Pochettino y a Batistuta, y criticó a Bielsa: nadie podía pretender inventar un juego que los ingleses ya habían inventado en el siglo XIX. Olivera, por su

parte, elogió a Struway, y Zárate, sin entender muy bien por qué, pensó que Morínigo merecía más los elogios y sospechó que el policía paraguayo sabía poco de fútbol y, por lo tanto, poco de casi todo lo demás. Si alguien no podía apreciar la importancia del fútbol, difícilmente apreciaría algo digno de admiración.

La noche ya había caído cuando llegaron a casa de Zárate. Era una casa modesta y ordenada, con muebles antiguos de madera oscura, un aparador lleno de copas desparejadas y un calendario viejo colgado junto a la heladera, cubierta de imanes con la insignia de Racing Club. Estuvieron conversando un rato en la cocina, bebiendo cerveza bajo una luz mortecina. Aunque se conocían por teléfono desde hacía bastante tiempo y el día anterior habían sostenido la más extensa de sus conversaciones, Olivera se sentía algo incómodo. No sabía muy bien qué decir; el silencio de la casa, demasiado ordenada para esa hora, parecía obligarlo a medir cada palabra.

—Salimos mañana antes de amanecer —dijo Zárate de pronto—. Más vale que nos acostemos temprano.

A pesar de la advertencia, el argentino no pudo resistir la tentación de mostrarle a Olivera su fabulosa colección de camisetas de Racing. Eran cincuenta camisetas albicelestes, además de algunas azules, negras y blancas, con distintos auspiciadores y de estilos variados, todas muy bien conservadas. Algunas todavía tenían las etiquetas.

Fue colocándolas una por una sobre la cama, con esmero, como si se tratara del ajuar de una novia, para que el paraguayo pudiera apreciarlas. Guardarlas fue aún más demoroso. Daba la impresión de que Zárate manipulaba reliquias de algún santo mientras las devolvía a la maleta. Las dobló prolijamente, con un cuidado que a Olivera le resultó excesivo, y luego se fueron a dormir.

La habitación que Zárate cedió a Olivera era pequeña, pero cómoda. Además de la cama, había un armario estrecho y un

televisor en blanco y negro sobre una mesa de noche. Intentó encenderlo, pero estaba descompuesto. El cuarto contiguo era el que utilizaba Zárate. A Olivera le llamó la atención que el argentino dormía con el televisor encendido y a volumen muy alto. Debía estar viendo películas de acción, pues se escuchaban disparos y neumáticos derrapando a cada momento. Al cabo de unos minutos los ronquidos descomunales confirmaron que Zárate dormía con el aparato de televisión encendido. Olivera se recostó, pero no logró dormir.

Había pasado cerca de una hora, cuando Zárate golpeó la puerta de Olivera. Este pensó que el argentino estaba ansioso por el viaje y que iba a tenerlo despierto hasta la madrugada.

—Ayúdeme con algo, Olivera —pidió Zárate, que lucía preocupado.

Fueron al garaje y allí le entregó una linterna y una pala. Zárate llevaba la valija con las camisetas. Salieron al patio que era enorme, como si el argentino fuese el guardia de un parque nacional. Caminaron hasta el final, junto a una cerca y ahí Zárate le pidió que Olivera iluminara mientras él cavaba una zanja para colocar la valija. Cuando terminó de cavar, puso la maleta y disimuló removiendo la tierra. Echó un vistazo a su alrededor, como si alguien pudiera estar espiándolos. Olivera, un poco para burlarse, le contó la historia de los fajos de billetes termolaminados de Pablo Escobar que habían escondido en los vastos territorios de la Hacienda Nápoles y que, más tarde, al intentar recuperarlos, habían encontrado podridos. Zárate dudó un momento y se quedó mirando a Olivera y luego ambos se largaron a reír. Un momento después, el paraguayo preguntó si era de veras necesario esconder las camisetas.

—Es muy necesario, Olivera, muy necesario. En este barrio viven muchos fanáticos de Independiente y varios de ellos darían un dedo de la mano derecha a cambio de profanar estas prendas sagradas. Usted comprenderá.

Antes de regresar a los dormitorios, bebieron una cerveza en la cocina. Más tarde, Olivera oyó a Zárate agitarse en la cama,

asediado por alguna pesadilla atroz, desgañitándose, gritando: "¡Te ordeno que me mates, ahora!".

Al día siguiente, Zárate preparó huevos con tocino y café. Olivera echó de menos la yerba mate. Mientras comían, Zárate desplegó un mapa sobre la mesa y le comentó al paraguayo, a grandes rasgos, la travesía: Buenos Aires, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy. Cruzar la frontera. La ruta 5 —advirtió—; esas serían las horas más tediosas. Finalmente, Oruro.

Olivera, que llevaba días dándole vueltas a la idea, preguntó si no resultaría más sencillo volar directamente a Bolivia y ahorrarse todos esos kilómetros de asfalto. Zárate se tomó su tiempo antes de responder. Dijo que el viaje también servía para ir entendiendo el terreno, para que las cosas no aparecieran de golpe, sin contexto. Llevaba años en ese asunto: sólo los tontos se apuran, ¿para qué iba a empezar justo ahora?

Recordó haber leído alguna vez —no sabía bien dónde— que a Ulises no le importaba tanto llegar como demorarse en el camino. Sonrió, como disculpándose por la digresión, y añadió que además el avión era caro, poco fiable y que uno siempre aprendía algo cruzando un país por tierra. Es definitiva, no había que desaprovechar nunca un buen viaje por carretera.

De pronto, apuntó hacia un punto en el mapa, casi en la frontera con Bolivia:

—Este es el último lugar en que cargaremos combustible en Argentina, en una YPF. Como es obvio, vamos a aprovechar de darle un vistazo a los estadios de fútbol en cada una de las ciudades por las que pasemos.

Olivera se quedó mirando a Zárate:

—Ayer tuvo una pesadilla. Le exigió a alguien que lo asesinara cuanto antes. ¿Quién era?

Zárate se quedó pensando un momento:

—No me va a creer, Olivera, pero ahora que lo recuerdo era usted esa persona a quien yo ordenaba asesinarme.

—¿Por qué me lo pedía?

—Ni idea. Ya no recuerdo. Los sueños son así. Abres los ojos, por la mañana, y ya no recuerdas nada. Ahora, lo que sí recuerdo, es que por su culpa soñé que, en lugar de vivir en Medellín, Pablo Escobar hacía de las suyas en Avellaneda y que todo su ejército de esbirros lucía remeras de Racing.

Solían reunirse en cafeterías y Olivera, sentado frente a ella, se quedaba mirándola con la misma expresión que tendría un estudiante de primaria enamorado de su maestra. Era frecuente que Elisa llegara con algún libro en la cartera destinado a ilustrar al detective. Olivera fingía entusiasmarse con esos volúmenes que luego permanecían olvidados en el sofá o sobre su cama. Intentó leer *Si esto es un hombre*, pero no pasó de las primeras páginas. En cambio, se volvió aficionado a las películas sobre el Holocausto. A Elisa le causaba gracia la simpleza de Olivera y semanas después de conocerse terminaron enredados en la cama de su departamento. Esas primeras semanas fueron especialmente dichosas. Después de hacer el amor, se quedaban desnudos sobre la cama desordenada y ella solía distraerlo contándole historias de cazadores de nazis. Olivera escuchaba con la sensación de que estaba oyendo la historia de superhéroes de cómic. Así se enteró de la existencia de personas como Fritz Bauer, Efraim Zuroff, William Denson, Isser Harel, Rafi Eitan, Elizabeth Holtzman y del señor y señora Klarsfeld.

Después de que hicieron el amor por tercera o cuarta vez, Olivera estuvo dispuesto a reconocer que era un redomado ignorante en la historia del pueblo judío y los avatares que habían sufrido durante la Segunda Guerra Mundial.

—Lo único que sé, dijo, lo aprendí viendo películas.

Elisa se quedó mirándolo sin sorpresa y preguntó qué filmes había visto.

Olivera mencionó *Escape del Sobibor, La lista de Schindler*, *La vida es bella* y *El Juicio de Núremberg*. Se animó, también, a agregar *Indiana Jones*.

—¿Indiana Jones? — preguntó ella, divertida, y Olivera se encogió de hombros. —¿Qué tiene que ver Indiana Jones con el Holocausto?

Olivera trajo a colación el filme en que los nazis buscaban el Arca de la Alianza. Elisa se desternilló de risa, cuando describió aquella escena en que los alemanes se desintegran fulminados por el fulgor que destella desde el Arca. Olivera no estuvo dispuesto a soportar esa humillación y buscó entre sus viejos VHS la película que recordaba tener por algún sitio.

Omitió decir que se había quedado dormido mientras veía *El Juicio de Núremberg*. Tampoco dijo que se aburrió mortalmente viendo la película de Spielberg.

Pero la mañana siguiente no asomaron por la carretera. En lugar de eso, Zárate se dedicó a hacer un tour por los estadios de Buenos Aires. Partieron, desde luego, por El Cilindro, donde Zárate amenizó con variopintas anécdotas infantiles y juveniles. Hubo una mención peyorativa al Libertadores de América, donde juega de local Independiente, hacia donde el argentino apuntó como si fuera un boliche en ruinas, una cueva de putas y proxenetas. Siguieron en el recinto donde juega de local Arsenal, en Sarandí, luego por Lanús y también echaron un vistazo al estadio de Banfield. Aprovechando que estaban en Banfield, el argentino hizo una excepción al recorrido y decidió echar un vistazo a la casa de Sandro. Era una casa blanca, sin ventanas, como un supermercado cerrado.

—Acá vive, Sandro, Olivera. ¿Verdad que podría ser el búnker de Hitler?

Zárate bajó el vidrio de la ventana para fumar y suspiró después de dar una bocanada:

–En cierta ocasión, en Mar del Plata, viví una situación especialmente hilarante. En realidad, analizado con cuidado, es una circunstancia triste, tristísima, para escribir un tango. Tuve que hospedarme en un hotel en que estaban celebrando un tributo a Sandro. Había exposiciones de fotografías, vinilos y de vestuario. Uno de los principales eventos era un concurso de dobles. Donde quiera que viera había muchos sujetos parecidos a Sandro y caravanas de fanáticos que los seguían para todas partes. En Las Vegas, hay eventos semejantes que tributan a Elvis. En fin, en la piscina, en el comedor, en la sauna, en el vestíbulo, en la cancha de tenis, por todos lados estaba repleto de tipos que aspiraban a convertirse en el ganador del concurso. Era realmente divertido, como estar viviendo en una especie de universo paralelo, un lugar donde clonaban a Sandro *ad finitum*. El ganador, según entiendo, se convierte en el doble oficial y asegura laburo por un año completo haciendo giras por casinos, gimnasios y boliches de mala muerte por todo Argentina. Con algo de suerte lo invitan a aparecer quince minutos en Telefe, a resumir en dos o tres frases una vida de disciplina espartana.

»El día decisivo del evento fui a echar un vistazo y, como soy curioso, terminé, sin darme cuenta y sin que nadie me detuviera, en el camarín de los aspirantes a convertirse en Sandro. Fue realmente espeluznante. Me encontré allí, de pronto, en medio de todos esos tipos que se habían vestido con atuendos de diferentes épocas. Había algunos que parecían rockeros, gitanos y otros que vestían de esmoquin. Era como viajar en el tiempo en la carrera musical de Sandro. Me sentí como debió sentirse Juana de Arco buscando al delfín, Carlos VII, entre una multitud de impostores. Decidí quedarme a ver el espectáculo. Los tipos eran buenos. Era sencillo comprender que varios de ellos debían haber dedicado su vida a la imitación. Sus vidas personales debían de haberse vuelto un estropicio con tal de mover las caderas como el Novio de América.

»De cualquier modo, lo más sobrecogedor era el modo en que los asistentes, especialmente el público femenino, deliraba con cada

una de las actuaciones. De pronto, sin embargo, me quedé impactado al apreciar la *performance* de uno de ellos. Era un tipo que debía tener los años que por entonces debía contar Sandro, el genuino, quiero decir. Su actuación fue exacta. Exacta, debo aclarar, de un modo extraño. El tipo imitó a Sandro en una de sus épocas menos afortunadas, por la década del ochenta, cuando parecía una especie de Elvis decadente y pasado de kilos. Un paso más y hubiese comenzado a verse irremediablemente ridículo. En fin, la imitación del sujeto fue impecable. Fue capaz de transmitir esa misma incomodidad y tensión que transmitía Sandro por entonces, la sensación de estar fuera de lugar, la sensación de estar volviéndose un trofeo estilo cabeza de animal exótico en la pared de un viejo cazador, es decir, la clase de trofeos que conmueven e incomodan al mismo tiempo. Tal vez por eso mismo, concitó menos fervor e interés de parte de los asistentes. Después de todo, el concursante les enrostraba la peor época de su ídolo.

»Cuando terminó, hubo pocos aplausos y algunos se animar a carraspear. Nadie fue capaz de reconocer que la imitación era bastante acertada. En mi opinión, el resto de los imitadores no eran malos, al contrario, eran muy buenos, pero todos idealizaban a Sandro. El Sandro de los ’80 se convirtió en mi favorito, pero el jurado de aficionados tampoco fue capaz de reconocer los méritos del imitador y no logro clasificar dentro de los ocho mejores. El jurado, si me lo permite, no logró reconocer el *ethos* definitivo de Sandro. Es un perdedor, al final del día; Sandro pierde, siempre, inevitablemente, aunque triunfe. La postal de Sandro es la de un tipo que, cuando termina el show, se queda mirando en el espejo con el nudo de la corbata deshecho y un cigarro encendido, sin nadie que se anime a servirle un trago. No entender eso, es no entender la esencia del asunto.

»Mi candidato quedó fuera de concurso, así es que perdí interés en el certamen y me fui a dar una vuelta por el hotel. Poco después de las once de la noche, cuando aún se oían los gritos enfervorecidos de los fanáticos, llegué a la piscina y me encontré a

mi favorito. No había nadie más y él llevaba una camisa con motivos hawaianos y un pantalón blanco. Estaba descalzo y tenía los pies dentro del agua clorada. Los agitaba igual que lo haría un niño. Estaba fumando y decidí acercarme porque también quería fumar. Encendí un cigarro y me senté en una reposera a un par de metros de él.

»—Hoy no ha tenido suerte.

»—Así es —dijo sin mirarme.

»—¿Hace cuánto hace esto?

»—Hace un par de años. Estas personas se reúnen cada verano. Se morirían si no vienen.

»El tipo empezó a darme detalles sobre el evento, y entonces, de pronto comenzó a toser y por algún motivo tuve la súbita certeza de que ese sujeto era Sandro, quiero decir el verdadero, allí, con los pies dentro de la piscina, a dos metros de mí, apesadumbrado y derrotado en el concurso de dobles de él mismo. Se trata, me dije, de un hecho inaudito, inexplicable. Tenía junto a mí a Roberto Sánchez, el verdadero Sandro que escuchaba desde lejos como metros más allá escogían a su doble oficial, a un sujeto que iba a suplantarlo por un año entero.

»El asunto era aún más patético porque desde ahí oíamos las interpretaciones de otras versiones apócrifas y no dejaba de parecerme divertido que todos esos imbéciles prefirieran ovacionar a esos pastiches en lugar de postrarse a los pies del verdadero que ni siquiera había logrado convencer al jurado de cantar en las etapas finales. En fin, no hizo falta hacer ninguna pregunta. No tuve ninguna duda, Olivera. Ese tipo era Sandro. De pronto, cuando terminó el cigarrillo, se quitó la camisa y el pantalón. Debajo del pantalón tenía un traje de baño ajustado que le quedaba bien a pesar de que su abdomen acumulaba algo de grasa. Miró en ambas direcciones antes de arrojarse a la alberca. Me acerqué al borde de la piscina y desde ahí lo vi nadar y también sumergirse, como si estuviera viendo un hecho irrepetible. Alcancé a oír que, mientras Sandro daba brazadas en la piscina, en el salón de eventos estaban

coronando al ganador del concurso, alguien que había cerrado su participación cantando *Tengo*. Por un momento pensé que Sandro no iba a emerger nunca, que iba a quedarse para siempre a vivir en la alberca de ese sucucho de Mar del Plata, como si fuera una especie de tritón de las piscinas de los hoteles argentinos. De hecho, permaneció sumergido mucho tiempo, la cantidad suficiente para que yo sintiera algo de preocupación y miedo. Emergió de pronto y salió de la alberca tomado de los pasamanos de la escalera y con toda calma se puso la camisa sin secarse. Pasó junto a mí antes de perderse por el pasillo que lo conduciría a su habitación. Lo detuve con una pregunta:

»—Oiga, maestro, para qué hace esto.

»Sandro se quedó inmóvil un momento y luego se dio vuelta. Tenía un cigarrillo apagado pendiendo entre los labios. Por un momento, me pareció un náufrago a punto de rendirse. Se quedó mirándome, sonrió y se encogió de hombros sin decir nada y luego, al cabo de un instante, volteó nuevamente y salió caminando, estilando un poco de agua, dejando un reguero húmedo a medida que se alejaba. Sandro. El novio de América. Qué más puedo pedirle a la vida, Olivera. Después de eso, que me lleven los ovnis y me roben la memoria.

En otras ocasiones, se recostaban boca abajo sobre la cama a hojear libros de historia. Ella le mostraba los rostros de la clase de hombres que buscaba viendo fotografías en blanco y negro. Para hacer el asunto más divertido, Elisa compró una caja de *Adivina quién*, el juego de adivinar rostros de Hasbro. Con toda paciencia, fue recortando efigies de sus libros y colocándolos luego sobre los casilleros del tablero. Era frecuente que, después de desayunar, levantaran a prisa la vajilla de la mesa para distraerse un rato. Las preguntas de Olivera eran superfluas e insustanciales, mientras que las interrogantes de ella eran una lección de historia por sí mismas.

—¿Tiene bigotes?, preguntaba Olivera.

Elisa sonreía y decía que sí. Eso reducía las posibilidades drásticamente, aunque no de modo decisivo. Aún quedaban Himmler y el mismísimo Hitler.

—¿Usa anteojos?

—No— decía ella: eso descartaba al Führer y resolvía el juego, si acaso fuera posible resolver algún juego alguna vez.

Siguieron con el Tomás Adolfo Ducó, en Parque Patricios, luego con el Nuevo Gasómetro, por el República Independiente de Mataderos, locación —explicó Zárate— donde tuvieron lugar sus peripecias con Tenekedjian. Después, Zárate manejó hasta Liniers para ver el estado de Vélez y luego echaron un vistazo a la cancha de Ferro Carril Oeste, de Huracán y al León Kolborsky, en Villa Crespo, donde juega de local Atlanta. Después fueron a ver el estadio de Chacaritas y luego fueron hasta Núñez para contemplar el Monumental de River. Zárate dijo que valía la pena aprovechar la ocasión para echar un vistazo a la Escuela de Mecánica de la Armada, ESMA.

—Infame lugar. Allí funcionó un centro clandestino de detención.

Era un lugar enorme, compuesto por distintos edificios. Todos estaban vacíos. No había muebles ni ninguna clase de objetos. Ese vacío era, precisamente, el asunto más terrorífico. Olivera estaba distraído. Zárate juzgó el retraimiento del paraguayo como recogimiento.

Cuando regresaron al auto, Zárate dijo que había dejado para el final uno de los lugares más escalofriantes de Buenos Aires.

—¿Cuál? —quiso saber Olivera.

—¿Me está tomando el pelo, Olivera?

—En ningún caso.

Zárate se quedó mirándolo un momento y luego echó a andar el motor.

Una de esas noches, Olivera la invitó a dormir a su casa. A Elisa le pareció un lugar interesante. Tal y cual imaginaba la casa de un policía. Parecía un cliché. La cocina desordenada y sucia, coronada por una ruma de loza sin lavar. El refrigerador lleno de embutidos caducados o por caducar. Para encontrar el sofá había que bucear debajo de kilos de ropa sucia, tal vez limpia, o ambas mezcladas, lo que resultaba aún peor. Tachos de basura tapiados. Ceniceros llenos. Solamente faltaba un gato tuerto o malherido. El detective preparó pastas con salsa de tomates en conserva –imposible cualquier alarde culinario con las escuálidas vituallas de que disponía– y después de comer fueron a la cama. Más tarde, Elisa se levantó desnuda y sacó un libro de su cartera. Comenzó a leer en voz alta fragmentos de *Eichmann en Jerusalén*, hasta que se quedaron dormidos.

Minutos después, un ruido despertó a Olivera. Se levantó y buscó la funda de la pistola. Atravesó el pasillo hasta la sala de estar y entonces volvió a tener la sensación de que había tenido antes; la sensación de que su casa estaba repleta de los fantasmas de todos los paraguayos muertos durante la dictadura. ¿Cuántos eran?, pensó. ¿Medio millar de muertos? Pero, por qué todos esos espíritus iban a darse cita acá, en mi casa, se preguntó cuando por fin se atrevió a bajar el revólver. Tuvo entonces la impresión de que esos espíritus lo espiaban, invisibles, ocultos detrás de los muebles. Algunos reían despacio, pero la mayoría estaba silente, francamente enojados de que se distrajera en devaneos amorosos en lugar de buscar las videocintas, o de que él, más bien, distrajera de su misión a Elisa, que hasta entonces había mostrado disciplina de hierro.

Descalza y silenciosa, Elisa se acercó sin que él advirtiera su presencia y lo abrazó por la espalda. Por un momento sintió que ella también estaba muerta, de que acababa de pasar la noche con un cadáver y que al voltear no habría nadie. Se dio vuelta asustado y respiró aliviado cuando la vio. Volvieron a la cama y ella encendió el TV, donde estaban dando una película de extraterrestres. Ella se

quedó dormida casi enseguida, pero Olivera hizo *zapping* hasta encontrar un canal que estaba transmitiendo dibujos animados. Era, precisamente, Gasparín. Ver esa caricatura le causó un temor insoportable, difícil de explicar y estuvo a punto de despertarla para preguntarle si ella sentía lo mismo al ver aquel fantasmita flotando. A pesar de eso no pudo cambiar de canal, ni apartar su mirada del TV. Permaneció absorto, siguiendo cada uno de los pasos del espectro juguetón, como si temiera que, al perderlo de vista, atravesara la pantalla y se instalase en la habitación.

Después de esa noche, por algún motivo, dejaron de verse con la misma frecuencia. Olivera tardó en darse cuenta de que ella lo evitaba. Elisa empezó a viajar seguido a Israel, siempre por asuntos legales y diligencias relacionadas con hallazgos imprevistos sobre la presencia de algún nazi que podía estar llevando una vida tranquila en algún pueblo europeo.

A pesar del largo trayecto que suponía trasladarse desde Paraguay hasta Europa, eran estadías cortas y también monótonas, en las que, para colmo, Elisa tenía poco tiempo para distracciones y mucho para escuchar relatos escalofriantes de sobrevivientes del Holocausto: no importaba cuántas veces los oyera, siempre había algún detalle macabro que la descomponía. Esos detalles eran luego compartidos, a larga distancia: ella, sentada al borde de la cama de algún hotel; Olivera, en la sala de estar de su casa en Asunción, bajando el volumen del televisor para escucharla con paciencia, aunque a veces con hastío.

De vez en cuando llamaba desde Jerusalén o Tel Aviv. Eran llamadas largas y extrañas. Empezaba describiendo la ciudad desde la habitación de algún hotel y, en vez de contar su jornada, terminaba hablando de las sucesivas destrucciones de Jerusalén a lo largo de la historia. Se extendía, con detalle, en la ruina del templo erigido por Salomón, en el año 587 a. C., y también en la devastación causada por las legiones de Tito en el año 70. Olivera la escuchaba con la sensación de que, en realidad, no le hablaba de Jerusalén, sino de su propia vida, o de la vida en común que nunca

tendrían. Por eso, en lugar de cambiar de tema, la escuchaba pacientemente, incluso hacía preguntas, exigía aclaraciones, como si se tratara de un estudiante aventajado en clases de Historia, o, mejor aún, de un enamorado que pide explicaciones sobre alguna infidelidad para martirizarse imaginando toda clase de detalles, con la extraña certeza de si hacía la pregunta correcta Elisa le diría aquello que esperaba escuchar. Pero ¿qué es lo que quiero escuchar?, se preguntaba y se respondía que no tenía la más mínima idea.

En cierta ocasión, lo llamó desde una explanada donde había un grupo de jóvenes practicando skate.

Olivera imaginó por un instante que hacían piruetas justo frente al Muro de los Lamentos, pero enseguida pensó que eso era imposible. Elisa describía las piruetas como si estuviera relatando las andanzas de astronautas en Marte o en Júpiter, como si el movimiento de esos cuerpos jóvenes, fuera algo nunca visto, algo completamente inusitado.

En otra oportunidad, llamó desde Tel Aviv un viernes por la noche, cuando ya había comenzado el Sabbath y la ciudad estaba completamente desierta y silenciosa; habló largo rato de esa desolación absoluta. Dijo que tenía la sensación de estar en un planeta deshabitado. ¿Has leído *Crónicas marcianas* de Bradbury?, quiso saber. Olivera no había leído a Bradbury nunca en su vida, pero no se animó a decir la verdad. Inventó que lo había leído una vez, en la escuela. Siento algo parecido, continuó Elisa. Tengo la sensación de estar en un planeta que nos vimos forzados a abandonar, transitando entre sus ruinas, buscando vestigios que nos ayuden a comprender lo que salió mal.

—¿Me entiendes? —preguntó Elisa y Olivera respondió que sí, entiendo perfectamente, pero la verdad es que no entendió ni una sola palabra.

Días después, Elisa lo llamó llorando. En Jerusalén eran las dos de la tarde. Le contó que acababa de estallar un coche bomba en el Oeste de la ciudad, en el mercado Ben Yehuda. Había dos muertos y

decenas de heridos. Ella se había quedado sorda por algunos instantes, viendo a decenas de personas ir y venir en silencio y en cámara lenta, igual que sucede a veces en las películas. Por un momento, había creído que iba a quedar sorda para siempre. Pensó que ya no nunca iba a volver a escuchar nada en la vida y lo que más lamentó en ese momento es que nunca más iba a escuchar la voz de Olivera. Entonces, de pronto, volvió a escuchar las balizas encendidas de una ambulancia y sintió el deseo insoportable de llamarlo, cuanto antes, a pesar de que aún había mucho desorden, ir y venir de camillas y policías.

—¿Cómo estás? —preguntó Olivera.

En lugar de contestar, Elisa comenzó a hablar del Sitio de Jerusalén de 1099, que había tenido lugar durante la Primera Cruzada.

—Elisa —susurró Olivera, dando un suspiro—, ¿podrías explicarme de qué me estás hablando? No estoy entendiendo absolutamente nada.

Pero, en lugar de explicarse o hacer una pausa, ella continuó:

—Dentro de la ciudad había dos murallas. Una separaba la Ciudad Nueva de la Antigua, situada al lado del Templo; la otra cortaba el paso desde este barrio a la Ciudad Alta. Y, finalmente, había un cuarto muro entre la ciudad alta y la baja. La tercera muralla defendía la zona septentrional de Jerusalén, la más llana y propicia a un ataque. Los lados occidentales, sur y oriental eran prácticamente imposibles de franquear, pues el desnivel entre los muros y los valles circundantes era muy pronunciado.

Olivera se resignó y se sentó en el sofá, con los ojos cerrados, intentando imaginar aquellas cosas que Elisa describía, pero no tenía ninguna referencia. Imaginaba cada espacio como una parte del cuerpo de ella, como si la anatomía de Elisa fuese una ciudad sitiada.

Tuvieron que atravesar la ciudad para llegar a La Bombonera. Allí, después de echar un vistazo a una tiendita de *souvenirs*, entraron al estadio. Zárate, con actitud de maestro de escuela rural, fue explicando detenidamente qué aspectos de la infraestructura le parecían terroríficos. Se sentaron en la tribuna y sacó un mapita doblado de Buenos Aires. Le explicó que, años atrás –¿cuántos eran? ¿veinticinco, treinta? –, cuando descubrió el modus operandi de los homicidios de los pibitos de River Plate, vio un mapa de la ciudad. En ella, habían marcado a la Bombonera como una especie de cuartel central, una estación terminal de trenes. Desde allí, saldrían los vagones que alimentarían al resto de los campos de concentración de Buenos Aires, es decir, al resto de los estadios de fútbol.

¿Por qué sigues buscando esas películas?, preguntó Olivera. Elisa no dijo nada, pero pensó que seguía buscándola porque estaba segura de que un cerdo nazi las había filmado y las custodiaba. A estas alturas, pensó, debe ser un anciano decrépito que se mea en los zapatos, pero un cerdo es un cerdo hasta que muere ahogado en su fango. No tengo dudas de que donde quiera que esté el tipejo está vigilando las películas igual que un perro viejo se echa sobre una alfombra. No tengo dudas de que, todas las noches, se sienta frente a un televisor a colores, conectado a un aparato reproductor de VHS, y con la misma solemnidad con que algunos ven teleseries, se queda mirando esas cintas. ¿Crees que podría dormir en paz mientras sepa que algo como eso está sucediendo en la sala de estar de alguna ciudad de este continente de mudos y ciegos?

En otra ocasión telefoneó desde Buenos Aires. Acababa de comprar y devorar una hamburguesa en un McDonald´s Kosher.

¿Qué es eso?, quiso saber Olivera. Que está preparada según las normas dietética judías, aclaró Elisa que comenzó a recitar todos los animales que tenían prohibido comer: todos los animales que no rumian y que ni tienen pezuña hendida; peces sin aletas ni escamas; sangre de cualquier animal; mariscos; seres vivos que se arrastran; aves como buitres, halcones, búhos, garzas y luego siguió hablando y Olivera no tardó en darse cuenta de que estaba recitando algunos de sus defectos, pero se tardó un poco más en reparar que estaba señalando todas aquellas que la hacían desaconsejable. Habló de migrañas, malhumor por las mañanas, malestares estomacales, insomnio, alergias, miedo a las alturas, terrores nocturnos, pesadillas.

—¿Pesadillas? —preguntó Olivera—. ¿Qué clase de pesadillas?

—Sueño que Asunción es Jerusalén y que una tropa de bárbaros viene por la noche y destruye todo a su paso.

Zárate perdió su mirada en el retrovisor:

—En realidad, Olivera, aquella noche remota, en ese sucucho de La Boca, un joven, un pibito, desplegó un mapa físico de toda Argentina. El mapa, que parecía el mantel de una mesa, estaba tachado de líneas de colores. Me tardé en comprender que se trataba de líneas ferroviarias que unían a todos los estadios de fútbol del país, ¿se imagina, Olivera? Para colmo de males, el pendejo hablaba de toda esa basura como si fuera posible. En sus labios, no parecía un delirio. Hablaba de factibilidad técnica y financiera, como quien estuviera hablando de un proyecto común y corriente, como si estuviera haciendo una presentación para el Ministerio de Desarrollo Social. Hasta el día de hoy tengo pesadillas con ese pendejito. Hijo de las mil putas. Me da más miedo que Freddy Krueger.

La historia empezó en 1992. En rigor, comenzó en 1954, pero, de algún modo, volvió a empezar en 1992. Fue entonces cuando, en

una dependencia policial de Lambaré, Paraguay, encontraron una serie de archivos y documentos del Departamento de Investigaciones de la policía de la dictadura de Alfredo Stroessner, que gobernó el país entre 1954 y 1989.

Había fichas de detenidos, informes confidenciales, peticiones de búsqueda de personas, declaraciones forzadas, controles a partidos políticos de oposición, sindicatos y estudiantes. También había documentos de identificación, pasaportes, transcripciones de conversaciones telefónicas, casetes con audios de discursos y entrevistas radiales, manuales de tortura, informes de reuniones de familiares o amigos; en fin, había de todo. Era una vigilancia absoluta. Los llamaron, de un modo bastante apropiado, los Archivos del Horror. Además, los archivos permitieron leer las comunicaciones infames que intercambiaron policías, militares y civiles de todas las dictaduras que, de manera paralela, se desplegaron en América en la segunda mitad del siglo pasado, y el modo en que operaron, como si conformaran una especie de club burocrático para el crimen, una suerte de transnacional del horror. Los archivos vinieron a ser como sus balances contables. Como fuera, toda la porquería de la segunda mitad del siglo XX latinoamericano estuvo ahí, ordenada como en el cuaderno del mejor estudiante.

Esta historia, la que empezó en 1992, no habría tenido lugar sin los hallazgos de ese archivo. Como muchas –o todas– las historias de Latinoamérica, empezó con una negligencia. Entre las cajas en que se arrumaban los documentos y objetos del archivo apareció una videocinta, específicamente un Betamax. No había más: solo un videocassette Sony. No estaba rotulado. La etiqueta del costado se había vuelto de color sepia con el paso del tiempo.

Aunque se trataba de un asunto de la mayor importancia, uno de los policías a cargo de la diligencia, que había viajado desde Asunción, se quedó mirándola y se encogió de hombros. Juzgó que era poco probable que la cinta contuviera algo relevante y, al mismo tiempo, que resultaría complejo conseguir un equipo para reproducir Betamax. Pensó –o decidió– que podía tratarse de una cinta virgen.

Se arriesgó a no inventariarla y, para evitar tener que dar explicaciones después, la guardó entre sus objetos personales.

Los archivos, incompletos, viajaron hasta Asunción, donde serían cuidadosamente examinados. O eso nos habría gustado creer. La videocinta permaneció, en cambio, en un bolso del policía paraguayo durante un par de días. Tal vez semanas, o meses. Mientras tanto, él volvió a sus funciones habituales, principalmente administrativas. Se trataba de uno de esos policías que inspiran lástima cuando aparecen en películas de Hollywood: un sujeto que bebía café de máquina y miraba su revólver como se mira a un animal disecado.

De pronto, un domingo de aburrimiento, recordó la videocasete y decidió echarle un vistazo. Ocurrió después de desayunar café frío y huevos revueltos. Hurgó en unas cajas arrumadas en su cochera hasta dar con un viejo equipo Betamax Sony. Con el torso desnudo y sin quitarse el cigarro de la boca, conectó los cables. Cuando finalmente apretó *play*, el cigarro cayó de su boca entreabierta.

Era la grabación de una sesión de tortura que, aunque no duraba más de cinco o seis minutos, resultaba lo suficientemente brutal como para que ese tiempo bastara. El estómago se le revolvió y terminó vomitando en el baño. Cuando regresó, la cinta seguía corriendo, pero ya no había nada más que ver. Adelantó hasta el final: nada. Luego retrocedió la cinta y volvió a mirarla tres, cuatro veces, cada vez más consternado.

Descubrió entonces que las cintas no habían sido grabadas en Paraguay. Aunque el lugar podía haber estado en cualquier sitio –una especie de sótano, en cualquier caso una habitación sin luz natural–, el acento de los sujetos del video era chileno. Los torturadores eran chilenos. Solo entonces empezó a pensar qué podía hacer. Juzgó que era demasiado tarde para devolver la videocinta: quedaría bajo sospecha.

En lugar de eso, y por instinto, volvió a hurgar en baúles y cajones hasta encontrar una decena de cintas Betamax, que borró sin remordimientos a pesar de que contenían escenas de antiguas veladas familiares: Navidades, cumpleaños, graduaciones. Sobre

todas ellas copió el video, pero aun así no supo qué hacer con las videocintas. Las ocultó en distintos lugares de su casa, como si fueran huevos de Pascua; luego, en medio de una noche mal dormida, se levantó, las recuperó, las reunió en una caja y las metió en el maletero del auto. Tuvo la sensación de estar deshaciéndose de un cadáver.

No volvió a ver la cinta, pero a partir de entonces vivió días extrañísimos, cuando creía que ya no habría días extraños en Paraguay. No por un tiempo, al menos. Se distraía en el trabajo y se comportaba de manera taciturna. Comenzó a tener la sensación de que alguien lo seguía. Dormía con el revólver cargado debajo de la almohada. Mientras hablaba por teléfono desde su casa, tenía la impresión de que alguien había intervenido la línea y escuchaba sus conversaciones.

Una tarde, en efecto, desarmó el auricular buscando un micrófono, pero no encontró nada. Registró toda la casa y tampoco halló nada. Se quedó luego en calzoncillos, acurrucado en un rincón de la habitación, lamentando que la cajetilla de cigarrillos estuviera vacía.

Una noche decidió terminar con todo, como si eso fuera posible. Se levantó en ropa interior y sacó las videocintas del maletero. En la casa de enfrente se encendió una luz y se recortó una silueta. El policía volvió a entrar apresuradamente. Arrumó las videocintas en una parrilla, las roció con combustible y les arrojó un fósforo. Se quedó mirándolas y pareció sorprendido por la rapidez con que se incineraban. Después de todo, era celulosa, pensó.

El policía creyó que el asunto había terminado, pero olvidó que en Latinoamérica se habían quemado muchas cosas y que, en ningún caso, el fuego garantizaba que dejaran de perturbar. Volvió a llevar, por unos días, una vida normal, salvo por las constantes pesadillas. En ellas, su casa estaba habitada por los espíritus de todos los que habían muerto en Paraguay entre 1954 y 1989, que eran muchísimos. Todos. Estaba habitada por los secuestrados y torturados, pero también por los que llevaban uniforme y por

quienes habían estrechado las manos ensangrentadas de los que llevaban uniformes.

Y luego, una tarde, mientras trabajaba, recibió un llamado telefónico. Era la voz de una mujer. La voz le dijo que fuera cuanto antes a una tienda de Blockbuster y buscara una película. Una película específica, una que nadie –o muy pocas personas– buscaría voluntariamente. Luego cortaron la llamada y el policía se quedó repitiendo "aló" un par de veces, comprobando que el equipo no tuviera ningún desperfecto. Intentó convencerse de que había sido un error y olvidarse del asunto, pero esa tarde, de regreso a casa, al pasar por la calle donde estaba la tienda de alquiler de videos, decidió estacionarse. Permaneció allí, aparcado, mientras veía a las personas entrar y salir.

Finalmente, entró a la tienda y buscó en el pasillo donde debía estar esa clase de películas. No tardó en encontrarla y se llevó el VHS consigo. Ya en casa, vio la película de inmediato. En realidad, no vio la película, pues había sido completamente borrada. En su lugar, había quince minutos de torturas atroces. Esta vez reconoció que los torturadores eran, inequívocamente, argentinos. De nuevo, como era de esperar, se trataba de un cuarto oscuro, iluminado por un foco de gran potencia, de los que se usaban para encandilar a un interrogado.

Enfrentado al dilema de devolver la cinta, el policía hizo una copia en VHS, luego la borró y la llevó de regreso al Blockbuster. Cuando lo llamaron para reclamarle que la cinta estuviera borrada, el paraguayo adujo que se trataba de un asunto policial y no hubo más quejas. Había que entender que, en 1992, los asuntos policiales todavía resultaban concluyentes.

Volvieron sus días inquietos, pero estos duraron solo hasta que la misma mujer que le había indicado que fuera a Blockbuster lo contactó de nuevo. Quería reunirse con él. Quién era, preguntó el policía, y la mujer replicó que probablemente eso no podría decírselo nunca. Pero podía ayudarlo, dijo. Ayudarme a qué, preguntó el detective paraguayo. Ayudarlo a entender, respondió la voz de mujer.

El policía se quedó un momento en silencio, mientras veía al resto de sus compañeros detectives trabajar en sus escritorios. Tuvo la sensación de estar en la redacción de algún pasquín y no en un departamento policial. Aceptó. Ella propuso un lugar que al policía no le acomodó y él planteó, a su vez, un sitio poco habitual. Dentro de dos días, el domingo, Olimpia jugaba un partido en el Defensores del Chaco, un encuentro de escasa o relativa importancia. Véame ahí, dijo.

Esta vez la mujer se quedó en silencio, pero el policía aprovechó para continuar. Le indicó en qué sector del estadio estaría y le pidió que ella lo buscara y se sentara junto a él. Yo no tengo modo de reconocerla a usted, dijo. En eso usted me lleva ventaja, y eso no me hace ninguna gracia.

Ese día, la mujer apareció cuando corría el cuarto de hora del primer tiempo. Llevaba jeans y una remera de Olimpia de manga corta. Era una mujer de cabello castaño, joven y atractiva, de esas personas irremediablemente bellas aun cuando no se lo propusieran o aunque hubieran tenido la peor noche de sus vidas. Tenía ojeras, pero esas ojeras eran hermosas, a su manera. El policía juzgó que el ruido no permitiría escucharse y por eso le pidió bajar a los pasillos interiores. El Defensores del Chaco era como un laberinto, pensó: alguien podía matar a otro allí mismo y huir lejos antes de que alguien encontrara el cuerpo de la víctima.

—¿De qué se trata esto? —preguntó de improviso el policía, tomándola por las muñecas. Forcejearon con sutileza, como en una pelea de teleserie; parecía una coreografía ensayada muchas veces. La mujer le pidió que se tranquilizara. Y entonces le contó todo, atropelladamente. De antemano, le advirtió que ella misma no tenía todas las respuestas.

Al principio, al policía le costó entender –o no quiso hacerlo–, porque la historia empezaba con los nazis que huyeron de Europa como cucarachas en un callejón que se iluminaba súbitamente. Era 1944 o 1945. Ella explicó que muchos nazis se habían escondido en América Latina. Cambiaron sus nombres y se volvieron respetables,

o fingieron serlo; consiguieron buenos trabajos y tal vez dormían tranquilos, o tal vez no. El asunto era que muchos de ellos habían sido protegidos por las dictaduras que se instauraron en Latinoamérica. Como Paraguay había hecho con Mengele, dijo la mujer. El asunto era que desde Alemania había llegado un cineasta frustrado, un tipo que antes había trabajado con Leni Riefenstahl, o se acostaba con ella, o tal vez solo guardaba su ropa interior en los cajones. No lo sabían. O, probablemente, la existencia de ese sujeto fuera solo un mito. El asunto era que, desde 1954, un individuo –un ciudadano alemán– había viajado por toda América filmando sesiones de tortura de las distintas agencias de las dictaduras. Claro, comenzó probablemente en el Paraguay de Stroessner, pero también estuvo en Brasil en la década del sesenta, en la Bolivia de Banzer, en Uruguay, en el Chile de Pinochet y en la Argentina de Videla y Galtieri. Tal vez, en ese mismo momento, estuviera en Perú, como antes había estado en cada dictadura latinoamericana.

El policía la miró con incredulidad. Ella dijo que, como él había podido comprobarlo, esos videos existían. No los destruyeron. El sujeto alemán, al que llamaban el cineasta, no fue capaz de destruirlos y eso probablemente le había costado la vida. Algunos, muy pocos, estaban dispersos en distintos países. Pero era altamente probable que, en algún lugar de ese continente, existiera una videoteca con miles de horas de sesiones de tortura grabadas.

El policía interrumpió a la mujer para preguntarle para qué alguien se aseguraría de filmar sus crímenes. La mujer se encogió de hombros. Insistió en que encontrar esas cintas, antes de que lo hiciera alguien más, era de suma relevancia, pues estaban seguros de que entre ellas no solo había sesiones de tortura, sino también fiestas en las que ciertos sujetos se reunían a ver esas películas siniestras. Fiestas en las que lo más granado de Paraguay, Chile y Argentina se reunía a beber champaña y comer caviar mientras miraban esas cintas. ¿Se daba cuenta de la importancia de los videos? Especialmente ahora, dijo la mujer, cuando algunos de los

que se distraían viéndolos ocupaban cargos políticos en sus respectivos países.

En ese preciso momento, Olimpia anotó un gol y el estruendo no dejó que el policía oyera lo que la mujer dijo a continuación. Entonces preguntó cómo habían sabido que él había encontrado la cinta. Sabíamos que ese archivo existía. Desde hacía años lo buscábamos. Y sabíamos que, entre las cosas que aparecieron en Lambaré, encontraríamos alguna de esas cintas. O esa era nuestra esperanza. Cuando no la vimos en el inventario, sospechamos que algo andaba mal. Así llegamos a usted.

Y qué esperaban que hiciera. Que nos ayude a encontrar la videoteca. ¿Tenían alguna idea de dónde estaba? La mujer sonrió con desgano. Podía estar en cualquier lugar de Latinoamérica. En Paraguay no estaba, eso era seguro, pero podía encontrarse en Chile, Argentina, Bolivia o Brasil. Mientras la mujer hablaba, el policía imaginó, desconcertado, el desierto de Atacama y la Pampa argentina, la sierra boliviana y la Amazonía, y pensó que, aun si algo así existía, sería altamente improbable que alguien pudiera encontrarlo. ¿Una aguja en un pajar? Peor que eso.

Solo entonces comprendió la complejidad de una tarea como la que pretendían endosarle. ¿Tenían algún indicio? Desde hacía quince o veinte años, un expolicía federal argentino que se dedicaba a seguir el rastro de nazis por su país había estado rastreando la videoteca en Argentina. ¿Y? ¿Había encontrado algo? Había encontrado una decena de cintas, y eso no había sido fácil. Una decena, pensó el policía; eso equivalía a un video por cada dos años de búsqueda. ¿Cuánto podrían tardar en encontrar miles de videocintas?

No se olvide, dijo la mujer, de que tenemos la esperanza de que todos esos videos estén reunidos en un único lugar. Nada menos que una videoteca del horror latinoamericano. La bóveda del Tío Rico, un pato siniestro con monóculo, pensó el paraguayo.

Antes de que terminara el primer tiempo y el pasillo se llenara de personas buscando los baños, la mujer le dijo que lo pondrían en

contacto con el policía argentino. Él, mejor que nadie, sabía de qué se trataba esa búsqueda.

Mientras esperaba el llamado telefónico, el policía paraguayo tuvo noches mal dormidas. Sabía que, al confiar, podía estar cometiendo un error, pero también sentía que no tenía otra salida. Finalmente, una semana después, recibió una llamada. Era el policía argentino. La voz era la de alguien mayor, curtida por años de cigarrillos.

Fue una conversación extraña. Aunque intentaron rodear el asunto, no hubo manera. El policía argentino, de apellido Zárate, resumió esos años como si hablara de una película en la que pasaban muy pocas cosas. Había largas horas de viajes y moteles de carretera. Había borracheras y golpizas. Había vómito y pantalones húmedos de orina. Había, incluso, libros de Cortázar y algunos de Soriano. En rigor, había algunos libros de Cortázar y de Bioy, y muchos libros de Soriano. Y había algunos nazis que habían dejado de usar sus nombres alemanes. Y había pesadillas con campos de concentración erigidos en la Pampa argentina. En fin, el argentino fue elocuente y el paraguayo escuchó pacientemente.

Zárate le confirmó al paraguayo que la historia era, muy probablemente, cierta. Se me ha ido la vida en eso, más vale que sea cierta. Había un malnacido, o algunos malnacidos, que, con la venia de los gobiernos militares, se pasearon por ese puto continente haciendo cine *snuff*. Yo mismo he visto, dijo, algunos videos de torturas y homicidios brutales.

Quién filmaba, preguntó el paraguayo, y el argentino dijo que, en realidad, no lo sabía. Había interrogado a algunas víctimas y todas coincidían en que se trataba de un sujeto con acento alemán, pero lo describían de maneras distintas. Algunos decían que tenía el pelo negro y era alto; otros, que era rubio, de estatura mediana. Unos afirmaban que era obeso; otros, que tenía el aspecto de un atleta. Otros, muy pocos, desconocían por completo la existencia de un sujeto de esas características paseándose por los centros de tortura con una videocámara en la mano. Tal vez se trataba de más de una

persona. Lo del ayudante de Riefenstahl era completamente falso. Un invento; no sabía de quién. No hay evidencias de ningún ayudante de Riefenstahl con el perfil que tendría este sujeto. La conversación de esa noche fue larga y apresurada, como si tuvieran poco tiempo. Pero en realidad tenían mucho tiempo, pues las víctimas de las videocintas ya estaban muertas –o casi todas lo estaban–, y encontrar las cintas no las haría resucitar.

Esa noche ni siquiera sospecharon que tendrían que pasar muchas más para que, al final, encontraran lo que todo policía —todo verdadero policía, quiero decir— buscaba siempre: la hebra del hilo que los condujera hasta la guarida de los cuarenta ladrones. Así, durante años mantuvieron extrañas conversaciones telefónicas y, de vez en cuando, se enviaron cartas y luego correos electrónicos, a veces torpemente escritos, a veces muy elocuentes. El policía paraguayo no se movió de Asunción y, de cuando en cuando, viajó al interior del país. El argentino, en cambio, recorrió el continente a bordo de su camioneta, especialmente Uruguay, Chile y Brasil. Cuando pasó por Asunción, por algún motivo extraño, evitó conocer personalmente al paraguayo. Había dicho que se presentaría ante él solo cuando llegara el momento. Solía enviar postales con mensajes escuetos.

En fin, el tiempo pasó y pareció que no ocurriría nada. Ambos policías creyeron que no tendrían tiempo de encontrar la videoteca –si acaso existía tal cosa– hasta que, una noche de tormenta en Asunción, el policía paraguayo recibió un llamado desde Buenos Aires. Era una enfermera, y el paraguayo creyó que llamaban para decirle que Zárate había muerto. Tuvo tiempo de experimentar sentimientos encontrados: primero sintió pesar, luego alivio. Juzgó, por un momento, que la muerte del argentino lo liberaba de continuar la búsqueda, pero al instante siguiente cayó en la cuenta de que, si Zárate moría, probablemente él se convertiría en el último en seguir rastros que tal vez no existían. Algo así como el último sacerdote de un culto milenario. La idea le causó pavor.

Pero Zárate no había muerto: apenas había sufrido un infarto cardíaco y habían debido intervenirlo, aunque se encontraba mejor. La enfermera le pasó el teléfono. Hubo una pausa de silencio mientras Zárate aguardaba a que ella saliera de la habitación. A pesar de que el argentino cubría el auricular con la mano, el paraguayo alcanzó a oír el sonsonete de un partido de fútbol. No hubo tiempo para rodeos, ni siquiera para bromas o consejos a propósito del infarto. En voz baja, Zárate le dijo que había sufrido el infarto en el preciso momento en que se había enterado de dónde podía estar la videoteca.

El policía paraguayo se quedó un momento en silencio. En Bolivia, dijo Zárate. Era una buena fuente. El paraguayo quiso saber de inmediato dónde, pero Zárate le pidió que aguardara a que le dieran el alta y entonces irían. Juntos, insistió. No voy a perdérmelo, dijo.

Fueron dos semanas en las que el policía paraguayo esperó ansioso. Cada vez que sonaba el teléfono creyó que le avisarían que Zárate había muerto a causa de alguna secuela inoportuna del infarto, llevándose consigo el secreto a la tumba. Cuando por fin el argentino fue dado de alta y regresó a su casa, acordaron que harían el viaje el 10 de octubre de 2001. Aunque el sentido común indicaba que Zárate viajara a Asunción, decidieron que Olivera se desplazara hasta Buenos Aires, desde donde emprenderían, por tierra, el viaje hasta Oruro.

¿Por qué me convertí en policía?, se preguntaba Olivera todas las mañanas frente al espejo, mientras se afeitaba. ¿Por qué decidí convertirme en policía en un país miserable como este? Pude convertirme en contable o en informático. Cualquier cosa probablemente, hubiese sido preferible.

Su trabajo, hasta entonces, no le había causado ninguna de las satisfacciones que alguna vez imagino que le depararía. Sus estudios de criminalística en el Instituto superior de Educación Policial (donde

se especializó en Documentología) tampoco habían sido especialmente dichosos. Para ser honesto, Olivera fue un estudiante mediocre. Igual que los policías de las series de TV, su vida era rutinaria y anodina. Su trabajo era principalmente administrativo y Olivera se limitaba a revisar archivos y redactar informes que podía resolver copiando y pegando con la ayuda del mouse de su IBM.

En realidad, desde niño, Olivera quiso ser futbolista. No tenía grandes ambiciones: no quería ser delantero y, desde luego, tampoco tenía intenciones suicidas. Eso descartaba el puesto de arquero. Tampoco era ingenioso o aguerrido y eso eliminaba también las posibilidades de convertirse en volante. Creía que el fútbol consistía en marcar más goles que el rival y no en afanarse excesivamente en evitar recibirlos, de manera que tampoco era apto para defensor central o *stopper*. Quedó relegado así al puesto menos ambicioso de todos: lateral derecho. Llegó a jugar en divisiones inferiores de Cerro Porteño, pero muy pronto quedó claro que tendría que dedicarse a los estudios porque no tenía lo necesario para volverse profesional. Eso que faltaba no era, exactamente, talento, capacidades físicas o técnicas. Era otra cosa. Le gustaba el fútbol, eso era cierto, pero no era una obsesión. A Olivera le gustaba entrar a la cancha y correr, pero no tenía ningún interés en la táctica o en obsesionarse viendo partidos por la tele. Le irritaban, de hecho, los sujetos qué hacían del fútbol un asunto de vida o muerte. Para Olivera el fútbol no era más que un juego y desde muy niño se dio cuenta de que los latinoamericanos no veían con buenos ojos a los futbolistas que no se involucraban más que lo justo y necesario. Olivera entendía el fútbol como un trabajo y los estadios de fútbol como una oficina. No tardo en entender que ese estilo no sería bien visto por los energúmenos que se desgañitan en las galerías.

Renunció al fútbol y se convirtió en policía lleno de expectativas; hacia 1992, Olivera estaba completamente desencantado de su profesión. Una de esas noches, deambulando por el centro de Asunción, encontró un grupo de prostitutas. Una de ellas estaba

desnuda. La única prenda que llevaba era un par de zapatos de taco alto. Olivera se acercó, negoció, y en cuestión de minutos estaban en una habitación a pocas calles de allí. Olivera se sentó sobre el borde de la cama, la puta se arrodilló y comenzó a hurguetear en el cinturón de Olivera. Dijo que no hacía falta. La puta encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana y comenzó a hablar de las heteras, las prostitutas de la antigua Grecia que escogían a sus clientes y no estaban obligadas a aceptar a ninguno de ellos y podían tener discusiones que, por norma, los hombres solo aceptaban tener con otros hombres. Olivera tuvo la sensación de que la historia de las heteras, relatada precisamente por una puta paraguaya, era una especie de exhortación.

—¿Y cuál es ese asunto sobre el cuál quisieras discutir hoy? —preguntó Olivera.

—¿Qué crees tú? —dijo la prostituta mirando a Olivera fijamente —. El único asunto sobre el que vale la pena discutir.

—¿Cuál es ese?

—Mañana, qué haremos mañana.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba mandioca frita revuelta con huevos, encendió la TV y se enteró de que habían descubierto un arsenal de archivos de la dictadura de Stroessner. Por primera vez, en años, Olivera se sentó interesado y escuchó atentamente. Cuando terminó de ver la tele, fue a toda prisa a la oficina. Una vez allí, pidió hablar con su superior y le exigió que lo enviasen a Lambaré.

—¿Lambaré?

Había un televisor encendido en la oficina. Estaban transmitiendo los hallazgos de los archivos. El tipo miraba como si estuviera el final predecible de una teleserie.

—¿Para qué quiere ir a Lambaré, Olivera? Eso no va a durar mucho rato. Va a haber algo de escándalo un par de días y después se va a olvidar. ¿A qué quiere ir a perder el tiempo a Lambaré? Es cierto que acá somos endemoniadamente afines al papeleo. Nos gusta arrumar documentos, es verdad. Probablemente, eso se lo

debemos a los imbéciles que nos colonizaron. Esos hijos de putas disfrutaban matando indios y acumulando papeles. Arrumaban y arrumaban papeles. Mataban y después firmaban los papeles. Esta puta vocación de archiveros nos viene de esos cabrones. Sin embargo, estos documentos, estos hallazgos, son muy incómodos, Olivera. Van a hallar el modo de que pierdan valor. Van a terminar arrumados. Van a ir a dar a un museo y no a los tribunales. Dejarán de hablar de "justicia" y en su lugar dirán "patrimonio". Quédese sentado en su escritorio, en la oficina, fingiendo que trabaja. Váyase de juerga. No acepte mansamente el rol de ratón de biblioteca. Si va a Lambaré van a tenerlo la vida entera encerrado en un archivo húmedo sin ver la luz del sol. Va a arruinar su vista y ya no va a poder ver a la mujer de su vida cuando pase frente a sus narices. ¿Cuándo fue la última vez que cogió, Olivera? Un hombre como usted, guapo, alto, en un país donde la mayoría de los policías son bajos y gordos, debe tener muchas oportunidades y si no las tiene es porque está haciendo algo muy mal, Olivera, pero de veras muy mal. Pésimo, diría yo. Cualquiera de los sujetos que ponga la mano sobre esos papeles va a quedar maldito.

—¿Y usted que respondió, Olivera?

—Al principio no supe qué decir. Me quedé mirándolo y, sin saber muy bien por qué, le dije, simplemente, que si no iba a ver esos archivos me iba a suicidar. Tarde o temprano. Me iba a colgar en los baños de las mismas dependencias de la policía. Le pregunté si estaba dispuesto a cargar sobre sus hombros con mi muerte.

—¿Qué hizo entonces?

—Apagó la tele y me dijo que fuera donde diantres quisiera ir. Agregó que, en todo caso, suicidarse e ir a husmear esos papeles eran la misma cosa.

Hacia comienzos de la década del setenta, Samuel Feldman era un abogado reputado de Asunción. Se movía con soltura en ciertos círculos y no ocultaba que sus contactos le habían permitido asistir, años antes, a algunas jornadas del juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén. No lo decía con énfasis ni con orgullo explícito, pero dejaba que el dato hiciera su trabajo. Bastaba mencionarlo una vez para que el resto de la conversación quedara, de algún modo, condicionada.

Durante, una de las audiencias en Jerusalén, Samuel escuchó a Eichmann declararse kantiano. Dijo, con voz neutra, casi administrativa, que había actuado siempre conforme a un principio: que la voluntad debía ser tal que pudiera convertirse en ley general. Samuel conocía bien esa fórmula. Escucharla en boca de Eichmann le produjo una sensación difícil de precisar, pero sutilmente inquietante. Después de esas palabras, ya no logró concentrarse en el resto del proceso. Veía a los abogados mover los labios, a los jueces inclinarse unos hacia otros, a los presentes agitar las manos o la cabeza en señal de desconcierto. Todo eso seguía ocurriendo, pero Samuel Feldman no consiguió retener ninguna frase más. El juicio continuaba, aunque para él había quedado, de algún modo, suspendido.

En el vuelo de regreso no apartó la mirada de la ventanilla. El cielo se extendía limpio, indiferente, como si no hubiera pasado nada. Mirando las nubes, intactas, comprendió que el asunto no lo abandonaría con facilidad. No era una indignación ni una revelación moral, sino algo más incómodo: la sospecha de que Eichmann había dicho la verdad.

Así, de regreso en Asunción, Samuel Feldman se aferró al trabajo académico. Movió sus influencias para dictar un curso de Filosofía del Derecho en la Universidad Nacional. El programa oficial ocupaba apenas las primeras semanas. Pronto lo dejaba de lado y volvía, una y otra vez, sobre el mismo punto: Eichmann, Kant, la obediencia, la

ley. Sus clases se parecían menos a un seminario que a un monólogo. Los estudiantes escuchaban, tomaban apuntes, y rara vez se atrevían a interrumpirlo.

En 1963 consiguió uno de los primeros ejemplares en inglés de *Eichmann in Jerusalem*, recién publicado por Viking Press. Dos años más tarde adquirió una veintena de ediciones de Penguin, con la intención de compartirlas con sus alumnos. Pronto advirtió que el idioma sería un obstáculo insalvable y decidió traducir el libro por su cuenta. Trabajó durante meses con una disciplina casi mecánica y terminó su versión antes de que existiera una edición formal en español. Hizo circular fotocopias entre los estudiantes y desde entonces contó con la bibliografía necesaria para sostener su curso. Esa traducción permaneció inédita. Cuando más tarde tuvo acceso a la versión española publicada por Lumen, Samuel la comparó con la suya sin apuro y quedó satisfecho. En algunos pasajes, incluso, le pareció superior. Las conclusiones de Arendt no le resultaban ofensivas. Para mediados de los años setenta, había llegado a una convicción firme: las palabras de Eichmann no eran una coartada, sino una descripción rigurosa. Y ese rigor le causaba incomodidad, tal vez miedo.

Tiempo después, conoció a la mujer que sería su esposa en una fiesta a la que se sintió obligado a asistir, uno de esos encuentros en los que nada parece decisivo y, sin embargo, todo queda dispuesto. Por un tiempo creyó –o quiso creer– que el amor introduciría una pausa en su vida, una suerte de tregua. Luego ella quedó embarazada y nació Elisa, sin que ninguno de los dos comprendiera del todo la responsabilidad que estaban asumiendo. Se casaron sin entusiasmo visible. Samuel aceptó esa secuencia como se aceptan ciertos hechos: no por convicción, sino por una forma discreta de inercia.

Elisa tenía apenas tres meses cuando su madre abandonó el hogar atiborrado de libros. Con la niña en brazos, dejó de interesarse por Kant, por Eichmann y por la propia Arendt. Abandonó el derecho sin dramatismo y se dedicó a los negocios

textiles que había heredado de su padre. Al semestre siguiente, cuando desde la universidad lo llamaron para retomar su curso habitual, se excusó. La crianza de su hija lo mantendría ocupado, dijo. No ofreció más explicaciones. Para entonces, en efecto, la sobrevivencia de Elisa dependía exclusivamente de él. La madre había abandonado Asunción, luego el país y, más tarde supo Samuel, el continente, sin dejar una razón que pudiera considerarse suficiente. Los primeros meses fueron difíciles y silenciosos. Como no estuvo dispuesto a dar explicaciones ni a aceptar recriminaciones por un matrimonio que había sido unánimemente desaconsejado, se recluyó en su casa y decidió criar a Elisa en sus propios términos. Muchos creyeron que la muerte de Arendt le abriría una oportunidad largamente esperada. Charlas, seminarios, simposios, cátedras abiertas dedicadas a la autora de *La condición humana*: Samuel Feldman aparecía como el candidato natural para ocupar ese lugar. Las invitaciones no tardaron en llegar. Samuel las rechazó todas. Con el tiempo, cuando dejó de representar una amenaza en el ambiente académico, quienes solían señalar su arrogancia comenzaron a hablar de su humildad y de un estoicismo a toda prueba.

Los estudiantes que lo habían seguido durante años se sintieron de pronto a la deriva. Uno de ellos lo llamó por teléfono para lamentar su decisión de abandonar la docencia y, sobre todo, para explicarle que pensaban ordenar los apuntes tomados a lo largo del tiempo, algo semejante —dijo— a lo que habían hecho los discípulos de Saussure con el *Curso de lingüística general*. Samuel Feldman se sintió secretamente halagado, pero les prohibió terminantemente avanzar en esa dirección. Sus palabras, aclaró, no estaban a la altura de Ferdinand de Saussure. Publicarlas sería una falta grave y, para un abogado, nada debía estar por encima del respeto entre pares.

Días después, los estudiantes se reunieron en una cafetería cercana a la universidad para deliberar qué hacer con el material que juzgaban invaluable. Sobre la mesa de fórmica se acumularon cerca de un centenar de casetes de cinta magnética Fuji, rotulados con temas y fechas. Hubo silencios prolongados y largas piteadas a los

cigarrillos. Aunque eran obedientes, ninguno fue capaz de deshacerse de las cintas por su cuenta. Finalmente, decidieron enviarlas por correo certificado al maestro Feldman. Cinco días hábiles después, mientras desayunaba, Samuel recibió cuatro bultos del tamaño de cajas de zapatos, cuidadosamente embalados. Las abrió intrigado y, en cuanto verificó el contenido, las cargó en el maletero del auto. Más tarde, abandonó las cajas en alguna esquina de la ciudad.

Samuel Feldman era un hombre estricto, y durante la infancia de Elisa las concesiones fueron escasas. Las horas destinadas a la televisión no abundaron. Habría estado satisfecho de criar a su hija como a un personaje de las novelas de las hermanas Brontë. Además de cumplir con sus deberes escolares, Elisa tuvo que tomar extenuantes clases de piano y hebreo, y ocasionalmente de ballet. La madre había abandonado el hogar cuando la niña era muy pequeña, de modo que la crianza careció de contrapesos. Elisa terminó por concentrar, sin saberlo, buena parte de las frustraciones de su padre. Muy pronto, Samuel decidió que su hija debía convertirse en abogada. No lo planteó como una aspiración, sino como un destino razonable. Para estimularla, una de las pocas horas que Elisa podía dedicar a ver televisión estaba reservada a *Se hará justicia*. Luego, durante la cena, Samuel le hacía preguntas minuciosas para comprobar si había prestado atención al episodio. No se trataba de entretenimiento, sino de entrenamiento.

A la salida de Buenos Aires, se detuvieron en un supermercado a comprar algunos víveres. Zárate se demoró media hora en escoger un par de anteojos de sol: se probó varias decenas y obligó al paraguayo a dar su parecer. Posando en gafas para el paraguayo, Zárate se aventuró a decir que cualquier que los viera los juzgaría como homosexuales.

—¿Una pareja de homosexuales? ¿Me está hablando en serio, Zárate?

—Desde luego, Olivera. Imagínese. Un hombre maduro y experimentado como yo, en compañía de un hombre más joven, deambulando por un supermercado de la periferia, probándose anteojos de sol. Es decir, no logro imaginar a dos especímenes más apropiados que nosotros para establecer alguna referencia a la relación Sócrates-Alcibíades. Sí, Olivera, aunque usted no lo crea, cualquier mal intencionado nos juzgaría como un viejo verde homosexual y su efebo acompañante.

—Por otro lado, déjeme aclararle, qué hay varias cosas de nuestra conversación telefónica que entendí perfectamente.

—Es bueno saberlo, Olivera. Me devuelve el alma al cuerpo.

Estaba atardeciendo, cuando por fin Zárate se decidió a enfilar hacia la ruta 9. Antes de abandonar Buenos Aires, el argentino dijo que, de vez en cuando, imaginaba que una bomba atómica detonaba sobre la ciudad. Él veía el enorme hongo anaranjado y luego Buenos Aires devastado.

Llegaron a Rosario de madrugada, pero Zárate no resistió la tentación de mostrarle a Olivera el Gigante de Arroyito, donde juega de local Rosario Central. El paraguayo iba durmiendo sobre el asiento reclinado del copiloto y cuando estacionó afuera del recinto lo despertó sacudiéndolo despacio.

—Despierte Olivera. Apuesto que nunca vio un campo de concentración como este. Capacidad, cuarenta mil espectadores, aproximadamente. Eichmann estaría relamiéndose si viera este lugar. Qué digo relamiéndose, estará haciéndose una paja.

Para cuando llegaron al Coloso del Parque, Olivera había vuelto a dormirse y a Zárate le dio lástima despertarlo. Se quedó mirando el recinto en silencio, con algo parecido al miedo. Pensó: "Pero qué carajo es lo que me da miedo de un lugar como este. ¿Los árboles del parque?".

En cierta ocasión, cuando Elisa regresó de la escuela, su padre quiso saber qué tal habían estado las clases. Ese día, habían tratado el Holocausto. El abogado tuvo la sensación de que Elisa trataba el tema con demasiada ligereza, mientras hurgaba su sopa de harina de maíz con huevo. En voz de Elisa no había diferencias entre la Guerra Civil de Estados Unidos, la Guerra del Chaco y la *shoa*. En todos los casos, recitaba los detalles mecánicamente, tal y como los había leído en los libros de estudio. Samuel le ordenó levantarse de la mesa y subirse al auto.

—Pero, papá, aún no termino de comer —objetó Elisa.

—Al regresar terminarás tu comida.

—Va a estar fría para entonces —insistió y Samuel sonrió en una mueca imperceptible.

Condujo el Volvo en silencio hasta un matadero de la periferia de Asunción. Cuando llegaron, la dejó un momento, sentada en el lugar del copiloto, y fue a sostener una conversación con los porteros.

Estos, a su vez, hicieron una llamada por *walkie talkie*. Al cabo de un momento los autorizaron a entrar. Entraron tomados de la mano. Lo primero que hicieron fue ingresar a una especie de galpón donde centenares, tal vez miles de cerdos apiñados hozaban cabizbajos unos recipientes con comida. El olor era insoportable y había que caminar con cuidado para no tropezar con alguna inmundicia. A Samuel Feldman, sin embargo, le traía sin cuidado ensuciar sus zapatos de cuero brasileño con tal de darle una lección a su hija, o lo que él, en todo caso, juzgaba como una lección inolvidable.

Caminaron luego por un pasillo extenso que estaba franqueado por algunas oficinas administrativas con vidrios biselados, antes de llegar a un sitio repleto de hombres con delantales de hule y botas de goma. Abriéndose paso entre los empleados, llegaron hasta un lugar donde una fila interminable de cerdos esperaba su turno para ser aturdidos por un golpe de electricidad, momento que aprovechaban para degollarlos. Para tranquilizarse, Elisa cerró los

ojos e imaginó que estaba rodeada de alcancías de yeso pintadas de rosa y con forma de cerdito. Trató de imaginar que los chillidos eran monedas tintineando al interior de las barrigas de escayola. Cuando volvió a abrir los ojos, se aferró con fuerza a la mano de su padre y no pudo evitar sentir náuseas cuando vio los cuerpos rosados y destripados colgando de unos ganchos, como si fueran ropa húmeda en un cordel. Samuel Feldman pensó que el efecto que esperaba producir sería aún mayor si soltaba la mano de su hija, pero no solo hizo eso, sino que además dio tres, cuatro pasos hasta el costado de modo que quedaron separados por un par de matarifes. Elisa se sintió abandonada en medio de un bosque siniestro. La sangre corría hacía unos desagües. Algunos empleados empujaban el agua roja hasta los desagües con ayuda de unos escobillones gruesos. Elisa no soportó el espectáculo y salió corriendo para perderse en algún recoveco de la fábrica. Tardaron dos horas en encontrarla oculta en el pickup de una camioneta con el logo del matadero. Para entonces, estaba oscureciendo. Todavía tiritaba cuando se subió al Volvo.

—¿Quieres saber por qué te traje hasta acá? —preguntó Samuel, impertérrito.

Elisa lo miró un momento.

—Esto mismo hicieron los nazis con nosotros. Nos mataron como cerdos, en sitios que construyeron para exterminarnos. Así murieron tus antepasados. No vuelvas a hablar de aquel asunto como si estuvieras hablando de dibujos animados.

Esa noche, Elisa tuvo pesadilla en que sus abuelos colgaban de unos ganchos en la vitrina de una carnicería.

A partir de entonces, Samuel Feldman asumió un rol todavía más protagónico en la educación de Elisa. Sus clases regulares fueron suplementadas con una generosa lista de lecturas complementarias, que incluía libros de Flavio Josefo, Martin Buber, Primo Levi, Joseph Roth y Saúl Bellow. Por las tardes, en el cuarto de estar, Samuel Feldman hacía preguntas sobre los libros para verificar qué efectivamente hubiesen sido leídos y comprendidos. Poco después de terminar la escuela, Elisa fue enviada a un Kibbutz en Sassa y al

año siguiente entró a estudiar derecho en la universidad de Tel Aviv, donde se graduó sin sobresaltos, pero con menos honores de los que hubiese esperado su padre.

Apenas regresó a Asunción, su padre le obsequió como regalo de graduación un viaje por Europa. Cuando Elisa vio el itinerario se dio cuenta de que no era un viaje cualquiera. Su padre quería que visitara una veintena de campos de concentración nazi, entonces convertidos en memoriales o museos. A juzgar por el modo en que cada detalle parecía resuelto de antemano, cualquiera podría aventurarse a decir que Samuel Feldman llevaba meses, tal vez años planificando el viaje. Para explicarlo con detalle, desplegó un mapa sobre el escritorio de su despacho y fue mostrándole a su hija distintos puntos marcados sobre el pliego, con la misma vehemencia y entusiasmo con que lo haría el vendedor de una agencia de viajes. Pareció una exhaustiva clase de geografía pues conocía toda clase de pormenores de los lugares sugeridos. Elisa lo miró absorta, pues el recorrido –siniestro, a su manera– incluía pasos por Austria, Alemania, República Checa, Holanda, Eslovaquia, Francia y Polonia. Le entregó, también, carpetas llenas de folletos, libros de viajes y guías turísticas cuidadosamente subrayadas y llenas de marcapáginas. Elisa no tuvo más remedio que abrazarlo, aunque se sintió agobiada mirando de reojo el mapa de Europa Central, por sobre el hombro de su padre.

Así quedó trazado el itinerario: Auschwitz, Belzec, Bergen-Belsen, Buchenwald, Chelmno, Dachau, Flossenburg, Gross-Rosen, Majdanek, Mauthausen, Natzweiler, Neuengamme, Nordhausen-Mittlebau, Plaszow, Ravenstrück, Sachsehausen, Sered', Sobibor, Stutthof, Theresinstadt, Treblinka, Varsovia y Westerbork.

El recorrido se ejecutó de modo más o menos predecible, y sin distracciones, hasta que Elisa conoció en Praga a un joven alemán,

un cientista político, doctorando en Sociología de la Universidad de Heilderberg, llamado Ludwig Schneider. Coincidieron en un bar de Melantrichova y bebieron mucha cerveza. Coquetearon con frases sofisticadas, compartiendo impresiones sobre cine y filósofos alemanes (el doctorando conocía muy buenas anécdotas de Heidegger, aunque Elisa sospechó que varias de ellas eran inventos del estudiante o bien historias de otros filósofos que el estudiante atribuía a Heidegger a causa del alcohol).

Mientras bebían, un anciano desdentado y algo ebrio, se acercó y les pidió que le regalaran una cerveza.

—¿Por qué deberíamos hacer eso? —preguntó el joven doctorando.

—Porque a cambio voy a contarles una historia inolvidable.

Se miraron curiosos y pidieron al mesero que pusieran frente al hombre una botella de cerveza helada.

Tres sorbos después el anciano comenzó su relato:

—Es la historia de seis dentistas judíos que habían sido prisioneros en campos de concentración nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Tres de ellos habían coincido en Treblinka y dos en Sobibor. El otro no había coincido con nadie, al menos con nadie que fuera dentista. El asunto es que cuando todo termina (o parece que termina, que es realidad cuando todo comienza) los dentistas polacos se reúnen por interés profesional en una especie de seminario o congreso de dentistas en Varsovia.

»Es 1949. Como es natural, el lugar está lleno de otros dentistas que pudieron, o no, haber estado prisioneros en alguno de los campos de concentración que los nazis hicieron funcionar en Polonia. Los dentistas en cuestión, los protagonistas de la historia, quiero decir, han mantenido contacto durante algunos años y se saludan afectuosamente en el auditorio de la universidad en que se desarrolla el seminario. También se reúnen durante pausa para el café, donde conocen y acogen al sexto dentista, aquel que no ha coincidido con ninguno en un campo. Acuerdan almorzar juntos. Durante el almuerzo, se ensimisman en un hecho que no han

logrado sacar de sus cabezas. Todos ellos recuerdan cuando los SS ordenaban a los *Sonderkommandos* arrancar los dientes de oro de las bocas de los cuerpos inertes de los prisioneros antes de acarrearlos hasta los hornos crematorios. Varios de ellos confiesan incluso que tienen pesadillas que los acompañan hasta entonces. Dos de ellos, los que han coincidido en Treblinka, lloran recordando. Lloran, de hecho, aunque se esfuerzan por evitarlo. Al día siguiente, segundo y último del seminario, insisten en el tema y, en rigor, ya no vuelven a olvidarlo.

»Intercambian direcciones y teléfonos de sus consultas y se reúnen semanalmente. Una y otra vez vuelven sobre el tema de las piezas dentales de oro arrancadas. En uno de sus encuentros, uno de ellos acude a la cita desconcertado. Les cuenta que ha reconocido a un SS en una barbería de Varsovia. Los demás se quedan mudos. ¿Estás seguro?, pregunta uno de ellos, pero el dentista no contesta y en lugar de eso tiembla disolviendo el azúcar de su café y luego llora. Esa tarde casi no hablan y ni siquiera intentan consolarlo. Pero al día siguiente, aquel que ha llorado llama a todos por teléfono y los vuelve a citar en una café del centro de Varsovia. Esta vez no llora ni parece afectado. Les dice que ha confirmado esa mañana que el sujeto del campo de concentración está en la ciudad, desde luego que con una identidad falsa. Dice ser austríaco y apellidarse Gruber. Se trata, casualmente, de uno de los sujetos que más se empecinaba en el asunto de las prótesis dentales de los prisioneros judíos. El dentista les dice que tiene un plan. Se trata, más bien, de una venganza. Les explica que existe un solo modo en que pueden vengar a los judíos que, además de bestialmente asesinados, eran humillados y tratados como objetos cuando les arrancaban sus piezas dentales de oro. Y esa única venganza es someter a cruentas sesiones de odontología a ese hijo de puta. Lo que deben hacer es averiguar donde vive y luego ir a visitarlo por la noche. Los demás dentistas, que han acudido con sus delantales blancos a la cita, se quedan se miran entre ellos y también lo miran a él.

»No parecen convencidos. Algunos creen que es una estupidez. Las discusiones e intercambios de argumentos se prolongan durante largas horas, casi hasta la hora de cierre de la cafetería cuando finalmente, y en medio de una espesa nube de humo de cigarrillo, los dentistas judíos admiten que solo existe una manera de afrontar este dilema, ético de cierta forma. Deben permanecer juntos y llevar sus acciones hasta las últimas consecuencias. Ninguno de ellos se atreve a explicar cuáles serán esas últimas consecuencias y como si fueran los mosqueteros juntan sus manos en el centro de la mesa.

»La siguiente llamada telefónica es solo para confirmar que el domicilio del nazi ha sido localizado y para acordar el día en que la venganza tendrá lugar. Mientras antes mejor, acuerdan. Finalmente, la noche en que conciertan actuar, uno de los dentistas pasa a buscar a los demás sobre su Fiat de fabricación polaca. Cuando los mira apretados en el asiento trasero no puede evitar recordar los trenes para animales en que los llevaban hasta los campos de exterminio. Cada uno lleva consigo un bolso con sus artefactos y sus respectivos delantales. Mientras recorren las calles de Varsovia ultiman detalles. El dentista les comenta que el sujeto vive solo y aunque es fornido –metro ochenta, cien kilos– con toda seguridad podrán reducirlo seis personas. Después de todo, agrega uno, ya no estamos en Treblinka, donde solo comíamos un mendrugo y un poco de sopa aguada. En efecto, algunos de ellos han engordado notoriamente durante estos años. Claro que también hay otros que han mantenido hábitos gastronómicos frugales y austeros. En ambos casos, sin embargo, recuerdan las mínimas ingestas de su infame cautiverio y eso les da el último empujón para perpetrar la venganza.

»La operación resulta tal y como fue planeada. El nazi abre la puerta confiadamente, en camiseta y pantalón sujeto con suspensores, y apenas tiene tiempo de sorprenderse de ver a seis sujetos llamando a su puerta. Cuando lo ven a la cara, ninguno de los odontólogos está seguro de recordar ese rostro, pero eso ya no importa ya, lo único que importa es tener un cuerpo sobre el cual

desatar sus frustraciones. Lo duermen con cloroformo y luego lo atan con fuerza a una silla en medio de su cuarto de estar. Lo despiertan arrojándole un balde de agua fría en la cara. Cuando el sujeto abre los ojos, ve a los seis hombres vestidos con delantal y una serie de artefactos odontológicos puestos, muy ordenadamente, sobre su comedor. Los instrumentos metálicos, en orden ascendente de tamaño, parecen puestos ahí por Marcel Duchamp. Los dentistas se presentan dejando claro que saben exactamente a qué se dedicaba antes. El sujeto es cobarde y finge ignorar todo lo que le dicen. O, tal vez, es valiente y no está dispuesto en reconocer ser alguien que no es para complacer a los seis exaltados. Uno de los dentistas saca un vinilo de su bolso y lo pone a girar en un tocadiscos del cuarto de estar, de modo que el resto de las operaciones se ejecuta con la Segunda sinfonía de Mahler como banda sonora. Lo golpean y escupen. Luego, dos de ellos lo fuerzan a abrir la boca, y otros sostienen sus piernas, y otro, utilizando los instrumentos más toscos, le extrae, de modo brutal y provocando el mayor dolor posible, las treinta piezas dentales que aún están disponibles dentro de la boca del nazi. Algunas de los dientes tienen caries, apunta uno de los dentistas. Otro, genuinamente curioso, no puede evitar diagnosticar gingivitis. El tipo se desmaya tres o cuatro veces mientras es sometido a la sesión de tortura. Los dentistas quedan empapados en sangre y con los brazos adoloridos. El nazi ha quedado exánime, aún atado a la silla y rodeado de baldes con agua, sangre y saliva. Uno de ellos guarda las piezas dentales, bastante deterioradas, a decir verdad, en un frasco de vidrio que toma de la propia alacena del nazi y lo guarda en su bolso. Antes de salir, uno de ellos saca una máquina fotográfica polaroid y toma una instantánea de la boca ensangrentada del nazi. La agita sonriendo. Es tarea cumplida. O eso parece. Se quitan los delantales en silencio aun en la casa del nazi y se detienen más tarde a contemplar el Danubio mientras fuman. Están satisfechos y ninguno de ellos se atreve se insinuar siquiera que la venganza podría haber sido

perpetrada sobre la persona equivocada. Luego regresan a casa enmudecidos y probablemente con sentimientos encontrados.

»Ya nada vuelve a ser como antes. No puede, tal vez, ser de otra forma. Los primeros días evitan contactarse. Tienen temores de que el nazi acuda a la policía a interponer una denuncia, pero al mismo tiempo están seguros de que eso no ocurrirá. Solo al cabo de dos semanas vuelven a contactarse telefónicamente y luego se ven personalmente en una cafetería céntrica. Durante la velada, uno de ellos saca el frasco de vidrio y exhibe como un extraño trofeo las piezas dentales. Solo entonces se permiten reír y algunos llorar, también palmotearse la espalda y ponerse apodos relacionados con la fechoría que han realizado. Pero el asunto no termina allí. Los dentistas judíos no se conforman. Juzgan que es injusto que solo uno de esos malnacidos pagué por todos. Lo que viene es demencial. Contactan a organizaciones cazadores de nazi y consiguen así nombres y direcciones de nacionalsocialistas alemanes que han servido en campos de concentración. Como es evidente, la mayoría de ellos no está en Polonia. Entonces deciden viajar para continuar con su tarea ajusticiadora.

»Viajan en tren por distintos lugares de Europa, pero especialmente por Alemania buscando nazi a los que desdentar. Y lo hacen como siempre, del modo más brutal posible. En todos los casos, sus víctimas, otrora verdugos, terminan desmayados y sin ninguna pieza dental en la boca. Casi en todos los casos, los ajusticiados niegan cualquier vínculo con el Tercer Reich y sus tropelías. Algunos de ellos lloran y se orinan sobre la ropa. En fin, los dentistas judíos viajan por Berlín, Colonia, Hamburgo y Friburgo, buscando a los nazis que se esconden como ratones de cloaca. Viajan con sus bolsos cargados con frascos repletos de piezas dentales, igual que algunas madres abnegadas guardan los dientes de leche de sus hijos. Mientras comparten ese hábito secreto que juzgan como un deber, fortalecen sus vínculos de amistad y familiares. Comparten celebraciones familiares y pascuas. Ante sus familias excusan sus viajes siempre echando mano a seminarios de

odontología y de hecho, suelen hacer coincidir sus andanzas con encuentros académicos o de perfeccionamiento laboral. De este modo, paralela y paradójicamente, se convierten en célebres y capacitados exponentes de la odontología, que además de ejercer su profesión, forman a nuevas generaciones en el campo académico. Cuando están solos se complacen mirando sus álbumes de fotografía con las bocas desdentadas y sanguinolentas.

»Así transcurren los años y algunos de ellos se jubilan. Sin embargo, la justicia no descansa. La justicia no jubila, o eso queremos creer. Claro que, para entonces, los nazis ajusticiados no son solamente aquellos que han desdentado a judíos en campos de concentración. Los dentistas persiguen, considerando las limitaciones económicas y logísticas de hombres que han ido envejeciendo, a todos los alemanes que hayan servido o participado, de algún modo, en el holocausto. Cuando los dentistas ya están todos jubilados, o por jubilar (en todo caso cuando ya son hombres muy maduros) asumen su último reto.

»Un informante les alerta que Otto Adolf Eichmann está viviendo en Argentina bajo el nombre de Ricardo Klement. Además, tiene un buen trabajo como gerente de planta de Mercedes Benz en la capital argentina. En realidad, ha vivido en Buenos Aires desde 1950. El informante les confía una dirección donde localizarlo –Garibaldi 14– y les advierte que sean cuidadosos pues Eichmann es audaz y podría darse cuenta de todo antes de que le pongan las manos encima. Los dentistas zanjan el viaje en apenas un par de días. No pueden imaginar un final de mayor gloria para su tenaz tarea. Casualmente, y bien valdría recordar a Borges de nuevo acá, por entonces hay en la Universidad de Buenos Aires un seminario de odontología que sirve de excusa perfecta a sus propósitos. En fin, atraviesan el atlántico a bordo de un vuelo comercial de Air France con escala en San Pablo, esperanzados y felices, pero llegan demasiado tarde. Para entonces, el Mossad ya le ha puesto las manos encima a Eichmann. Tal vez sea un error decir que llegan demasiado tarde. Más exacto es decir que llegan simultáneamente.

»Antes de que actúen, los agentes el Mossad, que han oído hablar de ellos y les respetan, les advierten que se retiren pues podrían poner en riesgo la operación. Los dentistas obedecen, pero apenas los agentes secuestran a Eichmann, uno de ellos, les pide, más bien les implora, que le permita extraerles toda la dentadura. El agente, el mismísimo Peter Malkin, sonríe un momento y luego les explica que eso es imposible, pues no pueden perder tiempo, es decir, deben abandonar el suelo argentino cuanto antes y tampoco pueden arriesgarse a que el prisionero Eichmann, aunque sea un cerdo malnacido, comparezca desdentado ante los tribunales israelíes. Eso hablaría muy mal de la justicia israelí. Los dentistas se resignan y al día siguiente regresan a Polonia. Para cuando llegan a Polonia, somnolientos y frustrados –sienten que han sido obligados a presenciar con la cara pegada al cristal de una ventana una fiesta extraordinaria–, Eichmann aún está secuestrado en Buenos Aires y los agentes de El Mossad esperan por el avión de la aerolínea El Al que lo llevará a Jerusalén. Cuando el 15 de diciembre de 1961, Eichmann es condenado a morir en la horca, los dentistas se reúnen en un bar y brindan satisfechos: Culpable, Eichmann a la horca, gritan alzando sus copas. En fin, los dentistas ya no vuelven a sus andanzas y prometer llevar el secreto a la tumba.

El final del relato coincidió con el último sorbo de la cerveza. Elisa entendió –o quiso entender– que el anciano era uno de aquellos dentistas sobrevivientes de los campos nazis. Schneider se quedó pidiendo toda clase de detalles para corroborar la verosimilitud de la historia, pero el anciano se ensimismó y ya no dijo ninguna palabra. Minutos más tarde, llegó un joven rubio y pecoso a buscarlo. Era su nieto. Elisa le preguntó, muy entusiasmada, si su abuelo era dentista jubilado y el joven dijo que no, era contable.

—Trabajo veinticinco años en Bata— dijo el muchacho en checo.

Ella suspiró algo decepcionada, mientras se llevaban al anciano fuera del bar.

Elisa no logró evitar la compañía de Schneider y viajaron juntos por tren hasta Cracovia. Allí, vagaron por Kazimierz, visitaron el castillo de Wawel, el museo Czartoryski y una feria de antigüedades donde Ludwig compró una vieja cámara fotográfica Zenith y la chaqueta de un uniforme del Ejército Rojo. Mientras recorrían lo que había sido el gueto de Cracovia, en Podgórze, Elisa sintió que el viaje empezaba a resultarle insuficiente. No era ignorancia ni cansancio físico: era la sensación de que desplazarse entre ruinas, intentar descifrarlas, asignarles un significado, se había vuelto insuficiente. Todo parecía dispuesto para ser mirado, explicado, recorrido. Las ruinas decían lo que se esperaba de ellas, y en esa previsibilidad el dolor se le escapaba. El viaje, entendió entonces, había dejado de satisfacerla.

La segunda noche en Cracovia, llamó desde el teléfono del hotel a su padre a Asunción y, en cuanto hubo respuesta, pidió regresar lo antes posible de Europa: ya había visto suficiente. Agregó, sin embargo, que esperaba hacer un último viaje.

—¿Un último viaje?

—¿A dónde?

Samuel Feldman pensó que diría Hungría —después de todo, se trataba de una omisión imperdonable del itinerario—, pero Elisa sentenció:

—Bertioga, Brasil.

—¿Bertioga? —preguntó Samuel.

Cuando llegó a Asunción, su padre fue a buscarla al aeropuerto, aunque Elisa le había dicho que no era necesario, que tomaría un taxi. El trayecto no fue muy distinto de cómo habría sido con un taxista cualquiera: casi no cruzaron palabra. Samuel no se atrevió a formular la única pregunta que le rondaba la cabeza: ¿por qué Bertioga? Como judío formado en la memoria del exterminio, Samuel sabía que ese lugar de Brasil era célebre porque allí había vivido y muerto Mengele, sin que nadie supiera quién era en realidad: un

médico de las SS que, con un gesto mínimo, decidía quién trabajaba y quién iba directo a las cámaras de gas.

Si hubiera preguntado, Elisa lo habría explicado: quiso ir a Bertioga porque entendió que el viaje por Europa apenas le había dado una idea —incompleta— del dolor de sus antepasados y de su pueblo. El recorrido disciplinado por campos, guetos y museos del horror, a ratos conmovida y a ratos fingiendo estarlo, no le había bastado. Todo estaba monumentalizado, sometido a vitrinas, a circuitos guiados, a una pedagogía del espanto que terminaba por volverlo espectáculo. El horror, pensado así, parecía ocurrir siempre en otra parte, en otro tiempo, cuidadosamente separado de la vida corriente. Pero había algo que no encajaba. Faltaba la otra historia: la del horror que no fue derrotado, el que sobrevivió sin castigo, el que huyó y se disolvió en la normalidad de América Latina. Por eso quiso ir a Bertioga. Quiso ver el lugar donde Mengele –ese hijo de puta– había muerto en la playa una tarde cualquiera, como muere cualquiera, en lugar de haber sido acribillado o colgado de una horca. No le interesaban el balneario ni el paisaje, sino esa forma intolerable de cierre: la impunidad convertida en rutina, el crimen diluido en postal. Europa le había enseñado cómo se administra la memoria; Bertioga, pensó Elisa, podía mostrarle cómo se la traiciona.

Una vez que llegó a Bertioga, Elisa sintió más miedo que en cualquiera de los campos de concentración que había recorrido en Europa. No era el recuerdo del horror lo que la perturbaba, sino su ausencia: la normalidad intacta del balneario donde había vivido Josef Mengele los últimos años de su vida. Las playas limpias, las casas bajas, el ritmo apacible de los días le resultaban intolerables. Todo seguía en su sitio, como si nada hubiera ocurrido, como si el crimen pudiera disolverse sin dejar rastro en la vida corriente.

Una de esas noches, tuvo un sueño. Caminaba por las calles de alguna ciudad envuelta en niebla, tal vez era Asunción y se

encontraba con una prostituta que le decía que dejara de buscar a los vivos entre los muertos. Pero están todos muertos, decía Elisa, y la prostituta comenzaba a reírse delicadamente.

Al día siguiente, mientras deambulaba por la playa, conoció a dos surfistas ecuatorianos, unos gemelos de trato amistoso que enseguida congeniaron con ella, pese a su actitud taciturna. Pasaron un buen rato hablando de cosas sin importancia –las corrientes del mar, el clima, los precios del alojamiento– y ambos se esforzaron por hacerla reír, como si hubieran notado desde el primer momento que Elisa estaba triste y desanimada. Ella sonreía a ratos, más por cortesía que por entusiasmo. Más tarde, ya sentados sobre la arena, uno de los gemelos contó que llevaban años moviéndose por distintos balnearios de Brasil. Habló de pueblos pequeños, de extranjeros que nadie terminaba de conocer del todo, de historias que se repetían con otros nombres. Fue en ese contexto, casi como una digresión, que uno de los dos mencionó a Mengele. No lo dijo con solemnidad, ni siquiera con especial gravedad, sino como quien cita un dato sabido, parte del paisaje de Bertioga. Por primera vez desde que empezaron el paseo, Elisa se mostró realmente interesada. Los gemelos se dieron cuenta de que, al oír hablar de Mengele, los ojos de Elisa se abrieron desmesuradamente, como si, al pasar, hubiera escuchado una pista hacia un tesoro invaluable.

Estimulados por el entusiasmo de Elisa, los gemelos hablaron entonces de los centenares de nazis que habían llegado al continente. A diferencia de ella –que escuchaba en vilo, con los puños apretados contra la arena, como si la conversación le exigiera el cuerpo entero–, ellos abordaban el asunto a medio camino entre la broma y la seriedad, haciendo gala de conocimientos fragmentarios, recuerdos a medias, datos recogidos de oído. Mencionaron a Franz Stangl, el comandante de Sobibor y Treblinka; a su segundo, Gustav Wagner; hablaron también de Herbert Cukurs y de Eduard Roschmann, el carnicero de Riga. Los nombres aparecían y desaparecían como piezas sueltas, intercambiables, sin terminar de asentarse.

Fue entonces cuando uno de los gemelos reparó en la forma en que Elisa los miraba: demasiado fija, demasiado atenta para tratarse de una curiosidad pasajera. Bromeó sobre esa mirada suya, fulminante y concentrada, como si estuviera tomando nota de algo que ellos no alcanzaban a ver. El otro rio, pero ya había entendido. Algo en Elisa –su silencio, su tensión, la manera en que no dejaba pasar un nombre– delataba que no estaba en Bertioga por azar ni por turismo, que buscaba otra cosa, algo que todavía no estaba dispuesta a decir en voz alta.

Fue esa noche, al calor de una fogata improvisada, que los gemelos le contaron por primera vez sobre la historia de la hemeroteca del horror.

—¿Qué clase de hemeroteca? —quiso saber Elisa.

Los surfistas le hablaron de una especie de leyenda urbana, según la cual, un alemán o un ruso, tal vez un bosnio o un turco, se había paseado por Sudamérica durante las dictaduras de mediados y finales del siglo XX, filmando toda clase de torturas y vejaciones. Por aquellos días, dijo uno de ellos, un sujeto aficionado al *snuff* podría haberse dado los festines que quisiera. Según la leyenda, ese mismo tipo se había paseado antes por los campos de concentración de nazi, cámara en mano, filmando ensimismado y pródigo en detalles, como si fuera el putísimo Stanley Kubrick, todas las porquerías de las que se ocuparon esos cerdos hijos de puta. Aunque era posible, acotó el otro, que hubiese deambulado por los gulags o por los campos para japoneses que se levantaron en Estados Unidos. O, tal vez, se había paseado por la fila interminable de un supermercado o por la fila de la sala de embarque de algún aeropuerto. Todo era posible. Un tipo semejante podía hacer parecer espeluznante hasta el más inocente de los lugares. Un tipo como ese, agregó uno de los gemelos, podía considerarse un sujeto con intereses estéticos superiores. Y agregó dos o tres frases sobre Wittgenstein que Elisa no logró a entender por qué venían a colación.

Por algún motivo, el asunto capturó toda la atención de Elisa y exigió toda clase de detalles. Los surfistas, anestesiados por la

marihuana, declararon, sin embargo, desconocer esos pormenores y se limitaron a especular una y otra vez sobre las mismas pistas escuálidas, estallando en risotadas.

—Es probable —dijo uno de ellos poniéndose serio de pronto— que el cineasta maldito haya sido, en realidad, de Chipre.

Mientras fumaba marihuana, uno de ellos le preguntó si había visto la película *8 milímetros,* un filme de 1999, protagonizado por Nicolas Cage. Elisa dijo que sí, la había visto.

—Es lo mismo —dijo un surfista—, pero con torturadores latinoamericanos.

—*8 milímetros* es una mala película —dijo el otro—. Yo prefiero *Tesis*, que es la versión original de la película, un filme español dirigido por el cineasta Alejandro Amenábar.

—*8 milímetros* y *Tesis* no tienen absolutamente nada que ver. Me estás hablando de agua y aceite. Hollywood, para variar, lo pervierte todo.

Elisa no había visto *Tesis* y solo se limitó a encogerse de hombros cuando los dos ecuatorianos se quedaron mirándola para que zanjara el asunto.

Cuando terminaron de hablar de cine, acordaron acompañar a Elisa hasta su hostería. En medio de la ruta, uno de los gemelos se detuvo a orinar junto a una botillería. El otro aprovechó de preguntarle su apellido a Elisa. En cuanto lo escuchó, comenzó a dar pequeños brincos de alegría.

—¡Lo sabía! —dijo.

Los gemelos ecuatorianos deambulaban enajenados por Bertioga, día y noche. Siempre estaban de buen humor y daba la impresión de que no dormían o que se turnaban para salir mientras el otro descansaba, de modo que parecían estar siempre disponibles. Algunos lugareños los llamaban Tuco y Tico, por las urracas de las caricaturas, pues además del parecido entre ambos daba la sensación de que avanzaban tropezándose y dándose de cabezazos.

Uno de esos días, llegaron muy temprano al hostal donde alojaba Elisa para decirle que habían encontrado a alguien a quien podría interesarle conocer.

—¿Quién?

—Es una sorpresa, cazadora.

La obligaron a levantarse y a vestirse. Luego de comprar un pack de cervezas se encaminaron hacia algún lugar alejado de la playa. De vez en cuando, Elisa los oía cuchichear delante de ella y tuvo algo de miedo, como si Tuco y Tico estuvieran tendiéndole una trampa. Llegaron a una casa blanca que tenía unas palmeras en la entrada. Había un perro mestizo amarrado a la palmera, moviendo la cola sin levantarse, como si fuera el penacho de un plumero. Llamaron a la puerta y abrió un hombre de mediana edad con gorra, bermudas y camiseta. Los gemelos le hablaron en voz baja, como si el hombre fuera un vendedor de droga. Este titubeó, sorbiéndose la nariz, y luego los hizo pasar a un cuarto de estar donde había un viejo televisor encendido. Estaban transmitiendo un partido de fútbol, pero el hombre bajó el volumen para poder oír lo que iban a decirle los gemelos, aunque sin apartar la mirada de la tele.

—¿Cuál es su nombre?

—Espedito Dias Romão— contestó el hombre, desganado, como si estuviera respondiendo a la lista de asistencia de una sala de clases.

Elisa tuvo la sensación de haber escuchado antes ese nombre.

—¿Quién es usted?

—Soy el policía militar que encontró a aquel hijo de puta, Josef Mengele, tirado en la playa, igual que un pescado varado.

Los gemelos aplaudieron y pidieron detalles.

—Era una tarde soleada de febrero y recibimos una llamada avisando que había un cuerpo en la Ensenada. Cuando llegué había una pequeña aglomeración alrededor de un hombre tirado en la arena. Entonces yo no sabía quién. Nadie sabía, excepto una pareja de austríacos que lo acompañaba. Mengele era blanco y tenía un bigote cuidadosamente recortado. No tenía los signos habituales de

ahogamiento. Los ahogados vomitan y expelen agua por la boca, pero este sujeto lucía perfectamente y creí que se trataba de un paro cardíaco. El muerto, en todo caso, parecía complacido. Cuando vi su credencial me di cuenta de que no era brasileño. No hubo muchos testigos, pues la playa estaba casi vacía y el mar tranquilo. Había cuatro o cinco personas en la playa. Tuvo una muerte que no merecía. Una muerte de postal.

—¿Por qué lo dice? —, preguntó Elisa.

—Imagínese. Murió ahogado en un paraíso. Solo años más tarde tuvimos la certeza de que era Mengele. Esa tarde, estaba acompañado de una pareja de austríacos y el hombre lo sacó del agua. Hizo un desgaste enorme. Hubo que llevarlo a urgencia porque casi le da un paro cardíaco por culpa del esfuerzo. El alma de Mengele debía pesar muchísimo. Todavía no abandonaba el cuerpo para cuando el sujeto lo tomó.

Todo lo dijo sin quitar la vista de la tele y dándole un sorbo a una lata de cerveza. Elisa tuvo la sensación de que el hombre repetía, simplemente, una historia que conocía de memoria, pero que no había vivido en realidad. Era imposible que fuese Dias Romão. A pesar de eso no puso objeciones cuando los gemelos se propusieron convencerlo de que les mostrara el lugar exacto donde había encontrado a Mengele en la Ensenada. El hombre tomó el control remoto y se quedó mirando con desgano hacia la tele. Corinthians ganaba por la mínima diferencia y estaba pasándola mal. Elisa tuvo la sensación de que el hombre medía si valía la pena perder el desenlace aún incierto del partido por acompañarlos a la playa.

Los ecuatorianos se apartaron un momento para conversar en voz baja y Elisa aprovechó de dar un rápido vistazo por la casa. Había un banderín de Corinthians en la pared y una figura de yeso de Santa Catalina de Siena. También había un viejo aparato de radio y una lata de cerveza vacía. Los gemelos revisaron sus bolsillos y regresaron con un pequeño estipendio que le ofrecieron a Dias Romão. Este aceptó sin verificar de qué cantidad se trataba.

Fueron en la camioneta destartalada del brasileño; el vehículo brincaba por la calle como una pequeña nave espacial al entrar en la atmósfera. Cuando llegaron a la explanada ancha de arena blanca, Dias Romão avanzó a paso seguro por trescientos metros hasta detenerse y golpear la arena con el pie como si debajo estuviese el cofre de un tesoro. A lo lejos se veía montes frondosos que parecían una selva miniatura. Un bonsái del Amazonas, pensó Elisa.

—Este es el lugar exacto —dijo Dias Romão y luego se fue sin despedirse.

Elisa y los gemelos se quedaron mirando las huellas del hombre sobre la arena y luego fueron a refrescarse. Ella creyó ver el cadáver verdoso de Mengele debajo del agua. Pensó en el cuento *El ahogado más hermoso del mundo*, de García Márquez. Cuando se aburrieron del agua, se sentaron en la orilla a fumar marihuana. Estuvieron allí mucho rato. Uno de los gemelos recordó que Mengele era especialmente famoso por sus experimentos genéticos con gemelos y mellizos en Auschwitz, donde los cuerpos eran tratados como material de laboratorio. A partir de esa mención –tal vez a causa de la marihuana– ambos comenzaron a delirar con la idea de que su condición de gemelos no era natural, sino el resultado tardío y absurdo de alguna de aquellas prácticas.

—¿Habrá estado en Ecuador, Mengele? —preguntó uno de ellos mientras evitaba quemarse los dedos con el cigarro armado.

Durante un rato se dejaron arrastrar por esa fantasía: imaginaron que su vínculo no provenía de un nacimiento compartido, sino de una intervención ajena, de una violencia anterior a ellos mismos. Luego, uno de ellos dijo que tenía el estómago revuelto y que defecaría sobre el lugar exacto en que depositaron el cuerpo inerte de Mengele. Ceremoniosamente, se bajó las bermudas y comenzó a arrodillarse dejando ver sus nalgas pálidas, pero Elisa, riendo, dijo que no era necesario.

Cuando oscureció fueron a bailar a una discoteca muy triste. Elisa llegó a pensar que estaban demasiado borrachos y que, en realidad, era la sala de espera de un hospital y no una discoteca. En

realidad, solo bailaron los gemelos, Elisa se limitó a encerrarse a llorar en uno de los cubículos del baño.

Cazadora, pensó Elisa, mirándose en el espejo. Me llamaron cazadora. Me gusta, se dijo para darse ánimos y regresar a la pista de baile.

—Hoy por la tarde me llamaste cazadora —dijo Elisa a uno de los ecuatorianos, elevando la voz para hacerse oír a pesar de la música — ¿Por qué?

— Porque eres toda una cazadora, mi princesa judía. Eso lo nota incluso un estúpido como yo. Te veo con un arco y flechas, atravesando un bosque húmedo e inhóspito, en plena temporada de caza. Mejor aún, te imagino como esa Diana cazadora de la pintura de Gaston Casimir Saint-Pierre, la del bosque en un día claro, apenas enfriado por las sombras de los árboles, con un par de sabuesos de caza, de esos de orejas largas y cuerpo fino, atentos a su lado, como si algo estuviera a punto de ocurrir. ¿La has visto? Al igual que esa Diana, pareces inofensiva, pero eres un peligro ambulante. Se huele a lo lejos que, dentro de poco, saldrás a cazar. Estás desesperada, como esos mastines de presa que los cazadores están a punto de soltar antes de que amanezca. Si no te sueltan rápido, vas a terminar mordiendo las manos de los que sujetan la correa. Qué digo mordiéndolas: vas a despedazarlas, arrancarlas de cuajo y escupirlas.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Elisa encandilada por las luces de colores que giraban muy lentamente.

—Eso solo lo sabes tú, princesa. Eso solo lo sabes tú.

Al día siguiente, los ecuatorianos volvieron a perder el rastro de Elisa, pero la encontraron al atardecer en un bar. Dijeron que llevaban todo el día buscándola. Uno de ellos sacó una cinta VHS de su mochila. Era *Tesis*. Dijeron, sonriendo, que un amigo brasileño les facilitaría un aparato reproductor de video. Fueron caminando hasta la casa de ese sujeto. El dueño de casa tenía tres tablas de surf en el patio y una combi Volkswagen sin neumáticos llena de cojines y placas patentes de distintos países sudamericanos. El brasileño era

un cincuentón con camisa tropical, bermudas y sandalias que estaba fumando marihuana cuando llegaron. Los ecuatorianos se sumaron al dueño de casa y, finalmente, Elisa fue la única que se quedó viendo la película. Le pareció que era un filme trivial, común y corriente, salvo una escena. En esa escena dos amigos caminan por un pasillo a oscuras sin saber a dónde van y uno de ellos cuenta el cuento de Wilde, *El cumpleaños de la infanta*. Elisa tuvo escalofríos.

Pasó sus últimos días en Bertioga asediada por pesadillas en que Josef Mengele la perseguía por el balneario para asesinarla. Los gemelos, sin hacer preguntas, la llevaron a bailar una noche y, el último día, la acompañaron a ver el atardecer desde la playa. Se despidieron ahí, en silencio.

Regresó a Asunción obsesionada con el asunto. Al mismo tiempo que consiguió sus primeros casos judiciales, intentó, a su manera, hacer averiguaciones, pero nadie fue capaz de darle ninguna referencia consistente. Solo encontró retazos, fragmentos incoherentes de una descabellada leyenda urbana de la que se hablaba en algunos círculos. Entrevistó a toda clase de sujetos, periodistas de la crónica roja, profesores de Historia y maestros esotéricos, y ninguno fue capaz de darle claridad al relato que parecía cada vez más apócrifo. A veces, cuando insinuaba la historia, algunos interpelados se quedaban mirándola como si estuvieran tratando con una imbécil. Solo un tipo, un ufólogo aficionado, declaró haber escuchado una vez esa historia, la que juzgaba verosímil, en la que no estuvo, sin embargo, muy interesado. En cambio, se declaró muy disponible para discutir los vínculos entre los nazis y los extraterrestres, asuntos de los que podría estar hablando un año entero, según propia confesión. En fin, nadie ofreció una sola pista consistente sobre la existencia de esa hemeroteca y Elisa concluyó que solo se trataba de un embuste. Ni siquiera Samuel, siempre tan atento a cualquiera de esos asuntos, por descabellado que fuera, puso mucha atención o dio crédito a la leyenda relatada por los gemelos ecuatorianos.

Finalmente, una noche en que regresaba muy tarde a su departamento, alguien le puso las manos encima cuando estaba abriendo la puerta. Le cubrieron la cabeza con una capucha y la subieron a un vehículo motorizado. Elisa pidió explicaciones, pero sin decirle nada la condujeron por la autopista. Al cabo de un par de minutos, estacionaron y apagaron el motor. Luego, le quitaron la capucha y pudo ver que estaba en el interior de un taller automotriz, a pocos metros del foso mecánico. Tuvo miedo, pensó que iban a asesinarla y sepultarla en ese foso que sería rellenado para ocultarla. Pero, para qué me asesinaría alguien, se preguntó. Para qué se tomaría alguien esa molestia, insistió. En ese momento, vino un sujeto de camisa y pantalón y utilizando un alargador conectó un equipo de VHS a un televisor de veinte pulgadas. Hizo la instalación como si ella no estuviera allí, como si no tuviera importancia que una mujer con atada a una silla contra su voluntad contemplara el procedimiento. Esa fue la primera vez que vio una de las cintas captadas en los campos de concentración. A pesar de que era un video breve no tuvo inconvenientes en reconocer que era Mauthausen, porque la toma era de una cantera que ella visto demasiadas veces en libros. Apenas terminó la cinta, volvieron a cubrirle la cabeza. A partir de entonces, alguien encendió un equipo de radio con música de heavy metal a mucho volumen. De vez, en cuando, apagaban la música y le mencionaban el nombre de algún afamado cazador de nazi y luego le daban una bofetada. Al cabo de un par de golpes, se dio cuenta que estaban preguntándole si acaso conocía esos nombres. A partir de entonces, tuvo la intuición de que estaban poniéndola a prueba y respondió absolutamente todo.

Pero ¿a prueba de qué?, pensó, con la cabeza enfundada. ¿Era esto un rito de iniciación, y a qué clase de culto? ¿Por qué llevaban horas preguntándole, una y otra vez, por las biografías de cazadores de nazis? No tenía dudas de que todas sus respuestas habían sido correctas y, aun así, la golpeaban. ¿Por qué? ¿Qué querían probar? ¿Qué querían demostrarle? ¿Que se podía estar en lo correcto y, aun así, recibir un castigo?

Zárate se quedó mirando a Olivera:

—¿Sabe lo que me dijo cuando me contó? Me dijo que ella había sido criada para dar exámenes, no tenía problema con seguir contestando toda clase de preguntas hasta que la consideran digna. Por otro lado, estaba acostumbrada a trabajar duro y a que nadie le diera las gracias. Su padre, Samuel, la había preparado para eso.

Al son de los acordes de *Iron Maiden*, *Black Sabbath*, *Slayer* y *Judas Priest*, le preguntaron, entre otros, por Tuvia Friedman, Jan Sehn, Isser Harel, William Denson y Serge Klarsfeld. Elisa Feldman no cometió errores: dijo que Friedman era un judío polaco, superviviente del Holocausto, que fundó el Centro de Documentación de Viena, desde donde reunió pruebas para ayudar a encarcelar a criminales de guerra. En 1952, cerró el centro y se mudó a Israel, desde donde participó de la búsqueda de Eichmann. Sobre Sehn, dijo que también fue polaco. El primero en elaborar un relato detallado de la historia y la operativa de Auschwitz. Se hizo cargo del interrogatorio de Rudolf Höss, el director de dicho campo durante buena parte de la guerra, convenciéndole de que escribiera sus memorias antes de que lo ahorcaran, en 1947. Sobre Denson, dijo que fue el fiscal jefe del ejército de Estados Unidos en los procesos de posguerra de Dachau, donde se juzgaba a los responsables de los campos de Dachau, Mauthausen, Buchenwald y Flossenbürg. Llevó ante el tribunal a ciento setenta y siete personas y consiguió que todas ellas fueran declaradas culpables. Noventa y siete acabaron en la horca. Sobre Harel señaló que fue jefe del comando del Mossad que consiguió llevar a cabo el secuestro de Eichmann en Buenos Aires en 1960 y su posterior traslado a Israel en un vuelo especial de El Al, las líneas aéreas israelíes, lo que hizo posible su juicio y posterior ejecución en Jerusalén. Se sentía muy mareada cuando tuvo que responder que Klarsfeld, provenía de una familia de judíos

rumanos que se mudaron a Francia, cuando él era un niño. Persiguió y publicó los nombres de los jefes nazis que habían sido responsables de las deportaciones y las muertes de los judíos franceses, pues su padre había muerto en Auschwitz.

A medida que fueron transcurriendo las horas, Elisa se dio cuenta de que la atmósfera se fue distendiendo. Ahora, en medio de la música metal, creía escuchar a sus custodios bromeando y riendo, hablando de fútbol y de mujeres. Los escuchó tararear a Raphael. En algún momento, uno de ellos se acercó, le dio en la espalda la palmada que le daría a un amigo con quién está jugueteando y le preguntó:

—¿Y Zárate? ¿Sabes quién es Maximiliano Zárate?

Y todos se largaron a reír. Uno de los celadores se acercó, le quitó la venda un momento y le puso entre los dedos un fósforo con el que acababa de encender un cigarro:

—Ahora, cabroncita, si eres tan mujercita, nombra, en orden alfabético, sin quemarte los dedos, y, sin repetir ni equivocarte, a todos los acusados en los juicios de Núremberg.

Al cabo de setenta y dos horas en que solo le dieron de comer un par de sándwich y de gaseosas –tiempo en que tuvo que dormir sentada y orinar y defecar acercándose al borde del foso mecánico–, alguien la tomó y la llevó hacia otro lugar, a un kilómetro o dos, de donde estaba el taller automotriz. Tuvo mucho miedo, pensó que la llevaban a un descampado a matarla. Al cabo de diez minutos, le quitaron la venda. Estaba en un jardín hermoso, lleno de rosas blancas y amarillas. Había una mujer vestida de blanco y sombrero que estaba podando el jardín. Aparentaba sesenta años y daba la impresión de haberse sometido a un par de procedimientos quirúrgicos en el rostro, para estirar la piel. Tenía entre sus manos enguantadas una tijera. Metros más allá había una casa. Parecía la cabaña de una bruja de bosque encantado. Aparentaba sesenta años y daba la impresión de haberse sometido a un par de

procedimientos quirúrgicos en el rostro: la piel, demasiado tensa, le confería esa expresión inmóvil de ciertas actrices que se resisten al paso del tiempo. Entre las manos enguantadas sostenía una tijera. Durante todo ese tiempo, Elisa permaneció de pie, mientras la señora, arrodillada, se afanaba en sus rosas y disertaba sin mucho énfasis sobre los cuidados que exigía un jardín. Elisa no dijo nada, no supo qué decir y la mujer se limitó a disertar sobre rosas. Al cabo de veinte minutos, la anciana le pidió que la ayudara a ponerse de pie y entraron a la cocina de la casa. La anciana se apoyó en el brazo del Elisa para terminar el trayecto. Una vez en la cocina, la mujer puso la tetera al fuego y esperó que hirviera en silencio. Elisa se sintió incómoda. Finalmente, la mujer sirvió dos tazas de infusión.

—¿Cómo está Samuel? —preguntó finalmente.

—¿Lo conoce?

—Desde luego, por supuesto que sí. Un gran tipo, mejor abogado.

Elisa se quedó pensando un momento. Hubiese preferido la ecuación: buen abogado, mejor persona.

—¿Por qué me secuestraron?

—¿Te trataron muy mal?

Elisa no supo qué responder, pensó que estaba tomándole el pelo.

—Les advertí que eras hija de Samuel, su única hija. Supuse que eso ayudaría a que el ritual fuera…más amable. Lo siento mucho. No estamos en posición de controlar todas las variables. Tu padre lo llamaría "complejidad". En fin, tengo que hacerte una sola pregunta, Elisa. Sin esperar lo que respondas, no debes mencionar nunca a nadie lo que sucedió acá. Sin esperar lo que respondas, nunca más volveremos a vernos. A pesar de eso, si aceptas lo que voy a proponerte, siempre voy a saber en qué lugar estás y qué estás haciendo. Hablaremos, de vez en cuando, por teléfono. Seré como tu hada madrina.

La anciana se quedó un momento en silencio y la mirada de Elisa pareció exigir más. La mujer habló entonces de una organización de

cazadores de nazis que había empezado a funcionar a fines de la década del cuarenta: una red informal, sin estatutos claros, integrada por abogados, historiadores, archivistas y periodistas europeos, con ramificaciones tanto en el viejo continente como en América. No era una institución sólida, explicó, sino un entramado precario sostenido por donaciones privadas y, en algunos momentos, por subvenciones de ciertos Estados, en especial de Israel. Su trabajo consistía en seguir rastros dispersos, reunir archivos incompletos, cruzar nombres y desplazamientos de antiguos nazis refugiados en América del Sur. Luego descendió a los detalles. Mencionó nombres propios, fechas aproximadas, itinerarios posibles; datos que, sin ser del todo comprobables, dotaban al relato de una verosimilitud inquietante. Recién entonces llegó al encargo que encomendaba a Elisa: trajo a colación la historia de la hemeroteca que Elisa había oído meses antes en Bertioga. Esta vez, sin embargo, el relato parecía más consistente. No se trataba de un rumor infundado, indicó la mujer. Esta vez no había dudas: el cineasta existía y era alemán, aunque su nombre se había perdido en el camino. Todo indicaba que se trataba de alguien menor dentro del entramado del Tercer Reich, una figura secundaria, prescindible. Cuando terminó el relato, la anciana la miró fijamente y le preguntó si estaba dispuesta a seguir el rastro de ese hombre hasta recuperar los videos que, según sus antecedentes, se encontraban reunidos en un solo lugar de América del Sur.

Elisa se quedó inmóvil un momento. Su estómago crujió a causa del hambre:

—Sí, quiero hacerlo.

Antes de partir, quiso asegurarse de algo.

— Mi padre… ¿él también…?

—No —dijo la anciana, taxativa—. Tu padre no haría ni aprobaría nada que estuviera un ápice al margen de la ley. Él cree que el Derecho está por sobre la Justicia. Nosotros creemos que hacer lo justo, a veces, supone olvidarse de las leyes.

—¿Entonces…?

—Tampoco puedes hablar de esto con él.

En efecto, ya no volvería a ver personalmente a esa mujer. Minutos más tarde, volvieron a vendarle los ojos en el jardín y así, con el rostro cubierto, la subieron a la camioneta y la regresaron a su departamento. Al detenerse Elisa quedó con la puerta abierta y un pie sobre el asfalto.

—Hay algo que no me dejará dormir esta noche. ¿Alguien podría decirme quién carajo es Zárate?

Como respuesta, oyó una risotada coral.

Ya dentro, al encender la luz, advirtió que sobre el comedor había una veintena de carpetas con folios y fotografías que reunían datos sobre los eventuales paraderos de esas cintas macabras. El que redactó el documento concluía que lo más probable es que las cintas de VHS estuvieran en Argentina, Brasil, Bolivia o Chile. Aclaraba que sabían que se trataba de un radio de búsqueda amplio, descorazonador, pero posible de recorrer. De cualquier modo, a medida que se alejaban del cono sur, se volvía menos probable encontrar la videoteca. En uno de los folios se descartaba, de plano, la hipótesis de que las cintas estuvieran en manos de algún empresario de California, Texas o Wisconsin. Esa línea había sido descartada por otros colaboradores. Y añadía: si alguna vez reciben una pista que los guía a Centroamérica, ignórela, es falsa. No hay ninguna oportunidad de que las películas estén en Centroamérica, concluía el informe.

—A partir de entonces, comenzó a recibir sobres que alguien colocaba debajo de su puerta con pasajes de aerolíneas a toda clase de destinos e instrucciones, un poco como me ha sucedido a mí también, Olivera. En el caso de Elisa, suele realizar viajes también a otros lugares. Jerusalén, Washington, Roma, Atenas, Zagreb, Berlín, toda clase de lugares buscando a algún nazi que todavía no se hubiera despedido de este mundo. Esa es su fachada. Elisa es reconocida como una abogada que persigue de manera inclemente a

criminales de guerra que puedan estar viviendo en la tranquilidad apacible de sus hogares, leyendo frente a una chimenea con un perro a sus pies. No es una mujer con quien pueda bromearse. Cuando ha sido preciso, se ha disfrazado de enfermera para entrar a la habitación donde alguno de esos cerdos agoniza para pedir cuenta de los hechos del pasado. Me he enterado de que tienen un apodo para ella. Erinia, ¿sabe lo que eran las erinias, Olivera? En la mitología griega eran personificaciones femeninas de la venganza que perseguían a los culpables de ciertos crímenes. Ella finge desconocer ese apodo, pero está perfectamente consciente de que la llaman así. Y le gusta.

Un domingo otoñal, Elisa se levantó a preparar café y regresó a la cama a recostarse junto a Olivera. Encendieron el televisor y Olivera sintonizó, casualmente, una caricatura de Warner Bros. Nada menos que Porky, un capítulo en que el cerdo tartamudo pasa una noche pésima en una casa embrujada junto al gato Silvestre. Apenas verlo, Elisa sintió revolverse su estómago y salió corriendo al baño.

Olivera la oyó vomitar del otro lado de la puerta y tuvo la ingenua ocurrencia –¿la esperanza? – de que Elisa estaba embarazada. Tuvo tiempo de imaginarse desocupando una de las habitaciones para remodelarla –el papel mural, la cuna, las prendas diminutas– antes de oír a Elisa enjuagarse la boca y rogarle que, por favor, no volviera a sintonizar esa caricatura.

—¿Por qué? —preguntó Olivera desde el otro lado de la puerta.

Olivera se quedó un momento con el auricular en la mano y luego tuvo un impulso. Fue a su habitación, buscó una maleta y la llenó de ropa y zapatos. Acto seguido, condujo hasta el aeropuerto y preguntó por el primer vuelo disponible Asunción–Jerusalén, sin escalas. No alcanzó a escuchar la respuesta, porque se sintió estúpido y ridículo. Abandonó el mostrador, regresó al auto y manejó

durante un buen rato, como si quisiera llegar por tierra hasta Jerusalén. Pensó: ¿Por qué nunca podemos hablar de amor o de la última película de Tom Cruise o de Hugh Grant? ¿Por qué tenemos que hablar siempre de muerte y humillaciones? Nunca le confesó que estuvo a punto de viajar a Israel, ni que tuvo miedo de perderla, de que ella perdiera la razón en Jerusalén.

Meses más tarde, cuando Elisa ya estaba de regreso en Asunción, la relación terminó de un modo torpe, casi ridículo, precisamente cuando parecía avanzar hacia una cierta complicidad. Aquella tarde, ella le pidió a Olivera un álbum de fotografías. Él salió de la habitación y regresó con la única colección de fotos que poseía; se la dejó a su disposición y entró al baño a ducharse.

Cuando salió, al cabo de unos diez minutos, con una toalla atada a la cintura, Elisa ya no estaba. Volvió al dormitorio, confundido, y entonces vio la fotografía abandonada en medio de las sábanas. Era una imagen que había olvidado poseer. Se la habían tomado durante una fiesta de disfraces, un par de años atrás. Aparecía con un diminuto bigote pintado con betún, vestido con una camisa parda con una esvástica y pantalón negro; la mano derecha extendida hacia el cielo. Ni siquiera recordaba esa fiesta.

Dejó caer la fotografía y salió apurado al estacionamiento. La encontró dentro del auto. Golpeó el vidrio con los nudillos, le hizo señas para que bajara la ventanilla. Intentó abrir la puerta, tomó la manilla. Elisa no reaccionó. Encendió el motor y se fue.

Insistió esa misma noche por teléfono, pero ella no respondió. Olivera creyó entonces que se trataba de una excusa. Le parecía improbable que una mujer madura —una mujer que, por lo demás, había oído y probablemente visto toda clase de atrocidades— pudiera sentirse tan mortalmente ofendida por una mísera fotografía de una fiesta de disfraces.

Esperó una semana a que ella recapacitara; como eso no ocurrió, decidió insistir. Todas las noches la llamaba por teléfono. En cada una de esas llamadas recitó de memoria –aunque eso a Elisa no podía constarle– las brevísimas biografías que ella le había

compartido sobre criminales nazis, como un modo absurdo, incluso infantil, torpemente romántico, de demostrar que el asunto le importaba y que había grabado para sí cada una de sus palabras. Los primeros días tuvo que rogarle que no cortara la llamada; ella lo escuchaba en silencio y, cuando Olivera terminaba, colgaba despacio, como si acabara de recibir una llamada larga y equivocada.

Días después, un hombre lo llamó por teléfono para indicarle que, a partir de ese momento, su contacto dejaría de ser Elisa Feldman. En cambio, no había inconveniente en que siguiera comunicándose con Gabriel Zárate.

—¿Quién es Zárate? —preguntó Olivera.

—¿Cómo —oyó decir del otro lado de la línea— todavía no habla con Zárate?

Habían transcurrido apenas unas horas de viaje cuando Olivera advirtió que Zárate haría todo lo posible por demorar la llegada a Oruro. Detenerse para orinar, estirar las piernas por un antojo súbito, declararse hambriento o sediento, alegar la imperiosa necesidad de cargar combustible, echar agua al radiador o revisar la presión de los neumáticos. Resultaba evidente que Zárate era un especialista en la búsqueda de excusas.

Qué importa, pensó Olivera. Tarde o temprano llegarían. Oruro no iba a desaparecer y nadie encontraría los VHS antes que ellos. A ese ritmo, el viaje tomaría el doble de tiempo; tal vez un poco más.

Zárate, en cambio, con la vista fija en la carretera, pensaba que alguien podría escribir una novela de viaje a partir de la aventura que los llevaba desde Buenos Aires hasta Oruro.

Me gustaría llegar hasta Alaska, pensó Zárate, e imaginó un bosque nevado.

—Olivera, sabe usted que, utilizando la Panamericana, podríamos llegar hasta Alaska.

—No tenía idea, Zárate.

—Alguna vez podríamos hacer ese viaje, Olivera. Usted y yo, ¿qué le parece?

—Me parece posible, Zárate.

Una noche en que Asunción estaba especialmente calurosa, Samuel Feldman la llamó por teléfono desde Washington para contarle que cuando era muy niña, aún antes de cumplir un año, su madre la había abandonado. Lo único que le había quedado de ella era un puñado de fotografías y un armario lleno de vestidos. Cuando se quedaba sola, Elisa se probaba esos vestidos frente al espejo. Entonces, los vestidos le quedaban muy grandes y sus pies bailaban dentro de los zapatos de fiesta, talla 37. Cierta tarde, Samuel regresó antes de lo acostumbrado de la fábrica y sorprendió a su hija jugando a los disfraces en lugar de leer una breve historia del pueblo judío que le había dejado como tarea. No dijo nada. Elisa, sorprendida en falta, fue recogiendo la ropa en silencio para devolverla al ropero. Más tarde, después de cenar, cuando la niña ya había ido a dormir, Samuel Feldman tomó todos los vestidos y los llevo hasta el maletero del Volvo. Salió a manejar por Asunción hasta encontrar a un grupo de desamparados. Los llamó al auto y les entregó la ropa. Al día siguiente, cuando Elisa fue a echar un vistazo ahogó un grito de espanto cuando vio el mueble completamente vacío. Se encerró en su interior con las puertas cerradas para ver si lograba capturar algo del aroma en el aire.

Años más tarde, cuando tenía diecisiete años, Elisa se vio involucrada en un extraño incidente. Saliendo del cine donde había ido a ver una película de Ridley Scott, vio a una mujer pidiendo limosna en quien creyó reconocer uno de los vestidos de su madre, desteñido y ajado. Se abalanzó sobre la mujer, bregando por arrebatarle la prenda. Un par de transeúntes tuvieron que atenazarla y sacar a la pobre mujer de allí para evitar que Elisa le diera una golpiza.

Para distraerse, Zárate propuso que jugaran a imaginar cuáles hubiesen sido los destinos de algunos jugadores de fútbol en caso de haber estado vivos durante le Segunda Guerra Mundial:

—Lothar Matthaüs— preguntó Olivera.

—¿Por qué empezó precisamente con Matthaüs? —preguntó Zárate y Olivera se encogió de hombros—: Oficial de las SS, un reverendo hijo de las mil putas. Condenado a la horca en Núremberg. Escupió sobre el rostro de sus verdugos.

—Rudi Völler.

—Político. Condenado a la horca por conspirar contra el Führer.

—Oliver Kahn.

—Miembro de la Gestapo. Especialmente conocido por sus métodos brutales al momento de interrogar a los oponentes del régimen nazi. Un hijo de puta sin entrañas.

—Oliver Bierhoff.

—Piloto de un Junkers Ju 87. Junto a sus secuaces, sembró el terror en Polonia y Grecia. Murió en combate en la Batalla de Inglaterra.

—Jürgen Klismann.

—Muerto en Normandía orinándose y cagándose en los pantalones.

—Franz Beckenbauer.

—Oficial en Sachsenhausen. Cuando el campo fue liberado por los rusos, fue encontrando en los alrededores, ocultándose, y tomado prisionero. Murió en algún campo de concentración ruso.

—Peter Shilton…

—Ese es inglés. Era profesor secundario. Murió ahogado en los túneles del metro de Londres que se inundaron por culpa de los bombarderos alemanes.

—Anton Polster…

—¿De dónde es?

—Austríaco.

—Aplaudió a rabiar a Hitler el 15 de marzo de 1938, cuando este pronunció un discurso desde el balcón del Palacio Imperial de Hofburg, en Viena.

—Michael Konsel.

—¿Quién es ese?

—Un arquero austríaco.

—Muerto en Rusia.

—¿En Rusia?

—Efectivamente, en Rusia.

—Éric Cantona.

—Muerto en la Batalla de Arrás, después de haber asesinado a 22 nazis.

—Michel Platini.

—Escondido debajo del bar de una mesa en París. Mejor aún, travestido en un puterío, haciendo felaciones con la luz apagada.

—Zinedine Zidane.

—Héroe en la Campaña de África Occidental.

—Fabien Barthez.

—Muerto en la Batalla de Arracourt.

—Lilian Thuram.

—Héroe en la Campaña de África del Norte.

—Davor Šuker.

—Muerto en Jasenovac, poco antes de que el campo fuera desmantelado.

—Enzo Scifo.

—Cuando el ejército nazi invadió Bélgica, estuvo entre los mal pertrechados soldados que tuvieron que retroceder hasta el río Lys. Allí fue hecho prisionero. Murió poco antes de que todos esos pobres desgraciados fueran liberados.

—Jean Marie Pfaff.

—Piloteaba un Hawker Hurricane que fue barrido por algún caza alemán. Murió, desde luego.

—Marco Van Basten.

—Murió en algún campo de concentración con un triángulo rosa en el uniforme.

—Ruud Gullid.

—En el mismo barracón que Van Basten. No estoy insinuando nada, Olivera, no me mire así. Solo estoy diciendo que ambos están en el mismo barracón, digamos en Amersfoort.

—Gianluigi Buffon.

—Muerto en la Segunda Batalla de Alamein.

—Alessandro del Piero.

—Muerto en la Batalla de Monteccasino.

—Alessandro Nesta.

—Muerto en el desembarco de los aliados en Salerno.

—¿Roberto Baggio?

—Muerto en la Batalla de Anzio.

—Christian Vieri.

—Vieri fue un camisa negra. Estuvo entre aquellos que marcharon sobre Roma en octubre de 1922. Durante la Segunda Guerra Mundial, en el interior de Italia, participó en acciones de antiguerrilla. Murió de un infarto en 1952, mientras tomaba un baño en una piscina en la Toscana.

—Paolo Maldini.

—Piloto de un bombardeo ligero Fiat. Murió en combate.

—Patrick Kliuvert.

—Muerto durante los bombardeos de Róterdam.

—Van der Saar.

—Piloteó un Landsverks y destruyó un par de Ju 52 antes de morir en las cercanías del aeródromo de Valkenburg.

—Dennis Bergkamp.

—Colaboracionista, en Ámsterdam.

—Ferenc Puskás.

—Héroe. Perteneció al 2º Ejército húngaro. Sobrevivió a la Batalla de Stalingrado, aunque perdió una pierna a causa de la gangrena. Luchó también en la batalla de Debrecen y sobrevivió al sitio de Budapest.

—Grzegorz Boleslaw Lato.

—Fue concentrado en la fábrica de ladrillos de Uljaki, en Òbuda, y, junto con centenares de miles de judíos, fue obligado a marchar a pie hasta los campos de Austria. Murió de hambre, tal vez de frío.

—¿Y los africanos? ¿George Weah?

—Muerto en la Batalla del paso de Kasserine.

—¿Roger Milla?

—Participó durante la liberación de Toulon y Marsella.

—Nwankwo Kanu.

—También participó de la liberación de Marsella.

—Augustine Okocha.

—Liberó Marsella. Milla y Kanu fueron héroes en la liberación de Marsella. Sin embargo, poco antes de que terminara la guerra, Francia les quitó sus armas y uniformes y se los dio a los combatientes de la Francia continental. Hasta el final de sus días tuvieron contacto y guardaron rencores por esos despojos.

—¿Patrick MBoma?

—Formaba parte de las unidades francesas que desembarcaron en Francia durante la Operación Dragón.

—Gary Linecker.

—Político inglés. Luchó infructuosamente hasta el final para que Churchill se sentara a negociar con el Reich. Murió años más tarde, de cáncer de próstata. Durante un par de semanas orinó sangre copiosamente.

—Paul Gascoine.

—Murió piloteando ebrio un Havilland Mosquito sobre algún lugar de Alemania. No fue abatido. En medio del vuelo, Gascoine se perdió y comenzó a hablar consigo mismo hasta que se quedó sin combustible.

—¿De qué cosas habló?

—El soliloquio fue sobre putas y veneno para ratas. También del sabor del cloro.

Una tarde, lo encontró en un supermercado. Olivera, sin afeitar, vestido con jeans y camiseta, llevaba un carro con cerveza y carne. El carro, aparentemente, estaba defectuoso porque las rueditas chirriaban excesivamente y daba la sensación de que Olivera era un alma en pena deambulando por el purgatorio de las compras domésticas. Elisa no llevaba una sola gota de alcohol. En cambio, llevaba vegetales, arroz y pan integral, leche descremada, fruta y agua embotellada. Las ruedas del carro de Elisa estaban perfectamente aceitadas y silenciosas. Lo siguió por todos los pasillos, a un par de metros de distancia. Olivera, en realidad, no miraba casi nada, ni comparaba precios, ni leía los envases. En lugar de eso se paseaba por todos los pasillos con la mirada perdida y, de vez en cuando, tomaba algo de los anaqueles y lo dejaba caer dentro del carro. Se quedó detenido frente a los refrigeradores de las gaseosas por casi diez minutos.

Cuando al fin pagó y salió del supermercado lo siguió. Afuera, Olivera caminó directamente hasta una cabina telefónica. Elisa tuvo entonces la sensación de que Olivera se había sentido observado y que esa sensación le había hecho recordarla y tener el deseo de llamarla, en ese momento. Lo vio levantar el auricular y dejar la bolsa en el suelo. En lugar de acercarse o esperar a que terminara la llamada, Elisa se subió de prisa a su auto y condujo hasta su propio departamento. Tuvo la sensación absurda de que tendría tiempo de llegar y levantar el auricular, la idea de que Olivera no dejaría de hablar antes de veinticinco o treinta minutos, dándole margen de llegar a contestar. Las calles estaban, a decir verdad, bastante despejadas y llegó mucho antes de lo que había imaginado. Como si fuera en búsqueda del príncipe azul, se tomó incluso más tiempo de lo necesario en estacionar el auto y, en lugar de usar el ascensor, subió las escaleras de los siete pisos. Cuando abrió la puerta se dio cuenta de que Olivera ya no estaba hablando. Se acercó a grabadora para activar el mensaje y se dio cuenta de que no había ninguno.

Olivera no la había llamado a ella. Desorientada, se alejó del teléfono como si el aparato fuera un monstruo diminuto, un enano viscoso y horripilante y caminó hasta la ventana, donde se dejó caer al suelo y lloró un rato largo.

Al principio hacía las llamadas día por medio, después una vez la semana y así sucesivamente fue disminuyendo la frecuencia hasta llegar a una llamada mensual. Elisa se sentaba a oírlo en el sofá, descalza. Compró una grabadora para tener la certeza de no perder ningún mensaje y lo primero que hacía al llegar a casa, después de quitarse los zapatos, era correr a revisar si tenía mensajes sin oír. Cuando su teléfono dejó de sonar, escuchaba los mensajes mientras cenaba, sola.

Esa mañana, frente a los refrigeradores de Coca-Cola, Olivera recordó esa leyenda urbana que contaba que Walt Disney estaba congelado esperando tiempos mejores para que intentaran resucitarle como a Frankenstein. Tuvo el deseo de entrar a uno de esos refrigeradores y permanecer ahí, por horas, días, meses, años, hasta que sus niveles biológicos descendieran hasta el nivel mínimo, en una especie de hibernación citadina y que ese sueño inducido, pero profundo le permitiera olvidarse de Elisa. Cuando salió del recinto, se acercó a un teléfono público y estuvo a punto de marcar el número de Elisa. En lugar de eso decidió hacer una llamada de larga distancia, hasta Buenos Aires.

Olivera se obsesionó con las cabinas telefónicas. Cada vez que veía una resultaba inevitable detenerse, buscar monedas en sus bolsillos y marcar el número de Elisa. La mayoría de las veces, ella no contestaba y Olivera debía conformarse con recitar las biografías de nazis después de la señal. Al principio, las primeras semanas, las

semblanzas eran rigurosamente exactas. Escuetas, pero exactas. Sin embargo, a medida que el tiempo fue transcurriendo y dejó de repasar, comenzó a cometer errores, sutiles en el inicio –fechas erradas, ciudades equivocadas, en fin, cuestiones que hasta un maestro de escuela de buena voluntad dejaría pasar–, pero luego tuvieron lugar yerros francamente imperdonables. Confundió a Göring con Himmler, por ejemplo. Una noche de borrachera, en que encontró un teléfono monedero en un bar, llegó a confundir a Hitler con Stalin. Esa noche, Olivera atribuyó a Lenin la anécdota de la gallina desplumada para demostrar el modo en qué había que tratar al *Volk* alemán. La cuestión daba ganas de reír, pero Elisa lloraba y reía al mismo tiempo, escuchando los mensajes, como si estuviera viendo una mala comedia romántica. Varias veces, tuvo la tentación de levantar el auricular y corregirlo, pero algo la frenaba y, en lugar de contestar, seguía recostada sobre el sofá masajeando sus pies después de quitarse los zapatos de taco alto o devorando un litro de helado.

Elisa Feldman llegó a perder la esperanza de encontrar alguna vez la hemeroteca. Llegó a pensar que, tal vez, era un mito, una fantasía. Tal vez existían, apenas, un par de videocintas ocultas, pero en ningún caso una colección monumental con la que algunos deliraban. Si ese fuera el caso, pensaba, algunos de esos vídeos ya estarían disponibles en internet. Tenía un sueño recurrente. Estaba en la *Opernplatz* de Berlín rodeada de camisas pardas y de estudiantes que acarreaban VHS en carretillas y camionetas para prenderles fuego.

En todos estos años, Elisa nunca pidió nada para ella. Sus amistades habían dejado en claro que eran personas poderosas, pero nunca pidió una sola cosa para ella. Ni siquiera alguna reserva en un restaurant o en algún hotel. Es cierto, la mayoría de las veces

hacían reserva en Hilton o el Ritz, pero ella hubiese aceptado sin chistar una habitación de motel de carretera o un camastro de fierro en un refugio para indigentes. Tomaba lo que querían darle. Cumplió con disciplina, rigor y discreción cada uno de los encargos y nunca se permitió una sola objeción. Nunca se atrevió siquiera a dar una opinión. Solo una vez se permitió, con algo de pudor, pedir algo para ella. Pidió hablar por teléfono con alguien que pudiera darle ayuda para resolver un asunto.

—¿Qué clase de asunto? —le preguntaron.

—Un asunto personal.

Esa misma noche, recibió una llamada telefónica de la mujer que la había reclutado. Tuvo que soportar que estuviera hablándole por cuarenta minutos de su jardín.

—Elisa, ¿tienes jardín? —preguntó de pronto.

—¿Cómo?

—¿Tienes un jardín en casa?

—No. Vivo en departamento.

—Ah, qué lástima —dijo la anciana y daba la sensación de que lamentaba muy sinceramente que Elisa no dispusiera de un jardín —. Ahora todos viven en departamentos. Cada vez menos personas se dedican a la jardinería.

A ratos, Elisa tuvo la sensación de que estaba hablándole de otra cosa, la sensación de que el jardín era apenas una metáfora, pero no lograba comprender metáfora de qué: ¿de la vida, de Paraguay, de la cacería de nazis, de la vida de la anciana? ¿Cuál era ese jardín al que la anciana se refería una y otra vez como un espacio que había que proteger y cultivar, a veces, desmantelar furiosamente para volver a sembrar? Cuando terminó, suspiró, como si estuviera frustrada de que Elisa no hubiese entendido ni una sola de sus palabras y le preguntó qué quería y Elisa, explicó que nunca había visto a su madre. Tenía un par de meses cuando la mujer desapareció y nunca volvió a saber de ella. La mujer carraspeó, dando a entender que estaban enterados de ese asunto.

—Quiero conocer su paradero.

—¿Solo eso?

—Verla un par de veces, por supuesto. Tomarme, tal vez, un par de días para eso.

Le sorprendió lo sencillo que fue. Treinta y seis horas después, en lugar de recibir las instrucciones habituales, recibió un sobre con la fotografía de una mujer que aparentaba cincuenta años, vestida con la polera de una cadena de supermercado estadounidense, una dirección y un pasaje para volar al día siguiente hasta Seattle, en Washington. Se quedó mirando la foto un largo rato. Eran bastante parecidas, y ver aquella imagen era como verse a sí misma en el futuro de un universo paralelo: un universo en el que, en lugar de alimentarse de frutas, verduras y avena, y de practicar ejercicio tres veces por semana, se hubiera nutrido de comida hipercalórica y se hubiera condenado a permanecer sentada frente al televisor, apretando los botones del control remoto. Así me vería, pensó, de haber nacido en Estados Unidos.

En total, escalas incluidas, fue un viaje de diecinueve horas. A bordo del avión, recordó una película y tuvo la sensación— tal vez, el deseo— de que el mundo había llegado a su fin mientras volaban y que el avión simplemente los pasearía por los cielos calmos mientras tuviera combustible. Luego, finalmente se estrellaría sobre algún fragmento del planeta completamente en llamas.

Apenas llegó al aeropuerto, rentó una camioneta enorme y activó el GPS. En cuestión de horas llegó hasta un enorme galpón en el sector de Lake City. Era un Costco descomunal, que tenía la apariencia de un hangar gigante. Tomó un carro que había en el estacionamiento y tuvo la sensación de estar caminando sobre una plataforma de petróleo abandonada o la pista de aterrizaje de un portaviones. Por dentro, el lugar lucía aún más monstruoso. Cualquiera de las mercancías se multiplicaba por miles y eran de gran tamaño. El tamaño de las porciones era realmente aterrador y eso explicaba la gran cantidad de personas obesas y con sobrepeso que veía en cada pasillo. Dio muchas vueltas, desorientada, a ratos asqueada por todos esos objetos que se repetían infinitamente hasta

el techo. Aunque estuvo cerca de media hora, pasó por la caja con una lata de gaseosa de light que echó al tacho de un basurero sin abrir. Salió, volvió a entrar y luego otra vez pasó por la caja. Entró y salió una docena de veces, hasta que, finalmente, creyó reconocer en una de las cajeras a la mujer de la fotografía, y entonces sí tuvo mucho miedo, porque, efectivamente, verla era como verse a sí misma en un futuro siniestro. La mujer ni siquiera la miró. Se limitó a cobrar la factura con indiferencia.

Esa noche, de regreso en la habitación del hotel, casi no pudo dormir y estuvo todo el día dando vueltas absurdas por la ciudad. Un par de veces experimentó el deseo de largarse de ahí y marcó otros destinos en el GPS. ¿Cuántas horas la separaban de Las Vegas? Cuando atardeció se apostó en los estacionamientos del Costco y esperó que la mujer terminara su turno. La vio caminar con un par de bolsas de papel estraza hasta una vieja camioneta Chevrolet. El vehículo hizo a Elisa recordar el auto que conduce Clint Eastwood en *Los puentes de Madison*. Caminó rápido y se puso delante del vehículo cuando ella encendió el motor. Le hizo un gesto para que la dejara salir, pero Elisa se mantuvo impertérrita, mirándola fijamente como si fuera la escena de una película de terror o de lunáticos.

—What's your fucking problem? —preguntó la mujer y Elisa tuvo la sensación de estar escuchando el diálogo de una de esas películas en que los personajes latinos las ofician de criminales de poco monta.

Dio un paso hacia el frente, como si fuera a brincar sobre el capó, y la mujer respondió con un gesto de fastidio. Por un instante pareció que retrocedería en busca de otra salida, pero volvió a mirar a Elisa y su rostro se alteró. Entonces apagó el motor, las luces, y bajó del auto.

—¿Elisa?

Elisa asintió con la cabeza y, sin decir nada más, avanzó hasta la camioneta, abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto. Por un momento, pareció una adolescente disgustada porque su madre se había apresurado demasiado a ir a buscarla a una fiesta o, tal

vez, por el motivo contrario: haberse tardado en recogerla a la escuela. La mujer, confundida, volvió a subir al vehículo y cerró las puertas. Permanecieron tres minutos en silencio. Frente a ellas pasó una mujer con una niña. Llevaban el carro prácticamente lleno y la niña hacía piruetas alrededor del carro que la mujer arrastraba con expresión de fastidio.

—¿Qué debo hacer? Lo siento, yo no sé qué debería hacer.

—Llévame a tu casa. Quiero ver dónde vives. Ver tus cosas. Saber que tienes en tu refrigerador y en tu armario. Echar un vistazo a tu baño. Revisar tu botiquín. ¿Consumes algún medicamento? —dijo Elisa, apresuradamente.

Sin mirarla, la mujer apretó el acelerador y dio un vistazo al supermercado como si lo viera por última vez. Como si estuviese siendo víctima de un secuestro.

En cuestión de veinte minutos, estaban afuera de una casa de jardín descuidado. La mayoría de las casas cercanas lucían, en cambio, jardines muy bien cuidados. Como el barrio de una novela de John Cheever. Elisa le preguntó si vivía sola y ella dijo que no. Elisa imaginó que al abrir la puerta aparecerían niños y mascotas, tal vez un calvo obeso obrero de la construcción, pero en lugar de eso, cuando abrieron la puerta, Elisa se dio cuenta de que el cuarto de estar se había convertido en una especie de dormitorio de hospital y que en lugar de sofá había una enorme cama plegable sobre la que descansaba una mujer enorme, una obesa mórbida que, seguramente, no podía levantarse de la cama. Frente a ella había un enorme televisor de sesenta y cinco pulgadas a un volumen elevado. Se saludaron a los gritos porque el TV no les permitía algo distinto. La mujer preguntó quién era Elisa y ella dijo que era una amiga, una buena amiga que había viajado desde muy lejos. Paraguay, dijo y la obesa lo repitió a duras penas. La mujer era tan gorda que las facciones de su rostro se perdían en la carne como si fuera un pastel que al hornearse sepultó su cara debajo de la masa. Aún a par de metros de distancia, Elisa lograba oler que la mujer expelía un aroma avinagrado.

Las horas siguientes, la mujer, su madre, actuó como sirvienta de la mujer obesa. Preparó comida saludable —una cantidad monumental de ensalada con toda clase de vegetales, que parecía suficiente para alimentar a una jirafa o cualquier otro herbívoro de gran tamaño— y explicó que la mujer debía bajar de peso para someterse a una cirugía bariátrica. Elisa hizo una serie de preguntas referidas a la salud de esa mujer, que fueron respondidas con monosílabos. Cuando terminaron, salieron al patio de atrás. Allí, junto a una piscina plástica seca, la mujer tenía un pequeño juego de terraza, donde puso dos Budweiser. En ese lugar, el césped también estaba descuidado. Elisa se quedó pensando en para qué querría esa mujer una piscina plástica como esa. Se quedaron en silencio por mucho rato, como si estuvieran esperando el Fin del Mundo.

Al cabo de un largo rato de silencio, la mujer habló:

— Si viniste a buscar una explicación, no la tengo. Para darte una tendría que mentirte, y no pienso hacerlo. Era demasiado joven. No estaba hecha para cuidar a un bebé. Hubiera sido un desastre. Lo mejor que pudo pasarte fue que yo desapareciera. Te odié desde el principio, porque arruinaste mi cuerpo. Las estrías no se borran; son cicatrices. Cada vez que las veo recuerdo que algo se quebró para siempre. Tampoco iba a sobrevivir a tu padre. Era demasiado bueno. Leía, hablaba solo y pedía consejos al rabino. ¿Sabes lo que es vivir con un hombre así? Yo no iba a quedarme tejiendo mientras él buscaba respuestas en libros ajenos. Necesitaba otra cosa. Me fui. Terminé en Estados Unidos casi por azar. Trabajé cuidando ancianos, limpiando oficinas, atendiendo cajas. Viví como pude. ¿Si pensé en ti? A veces. Cuando veía alguna niña que se te parecía. Verte hoy no me hizo gracia. Fue como verme a mí misma, o como ver lo que habría sido si no te hubiera tenido. Eres hermosa —dijo, casi con fastidio—, y eso me enrostra mi propia decadencia. Mi vida es la

prueba de que incluso lo que parece perfecto puede estropearse para siempre. Quizás eso le interese a tu padre.

A un par de casas de distancia, se oía funcionar una ruidosa máquina de cortar césped. La mujer se levantó intempestivamente:

—Hey Jack, can you turn that damm thing off?i

En efecto, la máquina se detuvo.

—No te quedes callada, hay algo que pueda hacer por ti, algo que quieras preguntarme.

Elisa se quedó en silencio un minuto, mirando fijamente un cooler Coleman que había sido transformado en una maceta. En su interior había dos cactus pequeños. Al cabo de un momento, miró fijamente a la mujer:

—¿Te molestaría permitirme ver tus estrías?

La mujer se quedó mirándola un momento y luego la llevó de la mano hasta el interior de la casa. Elisa alcanzó a darse cuenta de que la obesa estaba viendo una película de acción. Una vez en el dormitorio, la mujer se quitó la ropa. Tuvo que deshacerse aparatosamente de una faja. Fue como si se quitara capas de piel. Tenía muy marcada los elásticos del calzón sobre las caderas. Le dejó ver su abdomen, que era como un mapa hidrográfico monocromático y dejó que tocara las estrías. Elisa tocó con los ojos muy abiertos y luego cerró los párpados con mucha fuerza. Un momento después, tal vez porque se sintió incómoda, la mujer retiró la mano de Elisa y fueron a la cocina. La mujer aprovechó de fregar los platos, mientras se quejaba de que el lavavajillas estaba estropeado. El lavavajillas se parecía a R2-D2, el pequeño robot de la *Guerra de las Galaxias* y eso le causó risa y tristeza a Elisa. Se quedó de pie, junto a la mujer, mientras lavaba los platos. Desde allí oía explosiones y balazos provenientes de la TV.

—Esto se parece a uno de esos programas de *reality show*. Debieran hacer un programa de TV, como este. Madres que se reencuentran con sus hijas después de largos años. Sería un gran programa. Yo lo vería. En este país serían capaces de hacer un programa así.

Elisa pensó que sí, sería un gran programa, pero no dijo nada. La mujer se quedó inmóvil:

—Siempre pensé que algún día vendrías y que, cuando eso sucediera, vendrías a matarme, como en aquellas películas de venganza.

—Podría hacerlo —dijo Elisa —. Podría hacerlo esta noche, mientras duermes.

—¿Podrías...?

—Una vez le corté las pelotas a un tipo porque me violó.

—Sí de verdad lo hizo, lo tenía merecido. De cualquier forma, creo que castrar a un imbécil es distinto a matar a tu madre.

—Tal vez no sean tan distinto. Tal vez yo sea, en el fondo, como el personaje de alguna tragedia griega. ¿Has leído alguna tragedia griega?

—Válgame Dios, para tragedias me basta y sobra con mi vida.

—¿No vas a preguntarme por mi padre, tu esposo? —preguntó Elisa.

La mujer dejó de fregar los platos un momento, pero no dijo o preguntó nada. En lugar de eso, le pidió a la obesa que bajara el volumen de la tele. Luego en voz abaja agregó: "Quisiera poder oír a mi hija, por favor. Es mi hija. Elisa".

¿Quién es esta mujer? ¿Por qué está a tu cargo?, preguntó Elisa. La mujer sonrió y le explicó que cuando la conoció ella ya trabajaba en el supermercado. La mujer iba a comprar todas las semanas y se subía al carro automático para discapacitados. Daba vuelta por el lugar como si estuviera corriendo las quinientas millas de Indianápolis. Más bien, como si fuera puntera en las quinientas millas y estuviese acabándose el combustible en sus estanques. Como si estuviera dispuesta a perder la vida con tal de llevarse el trofeo. Daba la sensación de que estaba ebria, pero estaba perfectamente sobria. Varias veces, al girar en un pasillo, desparramó pirámides de conservas y cajas de cereales. Yo era una de las que tenía más paciencia con ella y por eso solía escoger mi caja para pagar. La mayoría de las veces pagaba con cupones y eso

obligaba a hacer algunos cómputos incómodos que le permitían llevarse muchas mercaderías por un puñado de dólares. Por la cantidad de comida que llevaba parecía que era dueña de un zoológico. Compras monumentales. Las personas de la fila la miraban como si fuera un monstruo. Una noche, al terminar mi jornada, la encontré en el estacionamiento exterior arrojada en el suelo. Estaba rodeada de envases de frituras, comiendo como desaforada. Respiraba agitadamente. Le pregunté si sucedía algo malo y si había alguien a quién pudiera llamar. Me dijo que vivía sola. La acompañé hasta su casa. Su cocina parecía la bodega de un supermercado. Ese hubiese sido un buen sitio para esperar alguna catástrofe. Podías vivir por décadas alimentándote de esa comida por varios meses, tal vez años. Me quedé con ella y estuvimos hablando hasta muy tarde. Esa noche me dijo que necesitaba hacer un viaje hasta Houston, para que la atendiera un médico especialista en cirugías bariátricas. No tenía, sin embargo, nadie que la acompañara a ir desde Seattle a Houston. Cerré los ojos e imaginé una especie de *movie road.* Yo y la obesa haciendo ese viaje que atravesaba todo Estados Unidos. Nos imaginé en el Gran Cañón, en Colorado. Le pregunté por qué no visitaba un médico más cerca y dijo que debía ser aquel de Houston, Texas. Es indispensable que sea él, decía como si estuviera hablando de ir hasta el palacio del Mago de Oz. Nadie más podría ayudarla. Lo dijo como si en lugar de ser un médico fuera una especie de guía espiritual. No sé por qué me ofrecí a acompañarla. Pedí mis vacaciones e hicimos el viaje que fue un infierno. Viajaba en el asiento trasero y se desparramaba como si fuera un muñeco de plastilina derritiéndose. Me pedía detenerme en casa sitio donde pudiera comer. Debió subir un buen par de kilos solo en esas horas de viaje. No deja de hablar de comida. Las camas de los hostales no eran adecuadas para ella y tuvimos que dormir al interior del auto en camping o en los estacionamientos de los hostales. Me sentía como haciéndome cargo de un hipopótamo, tal vez algún animal exótico en peligro de extinción. Cuando roncaba parecía que iba a morir en cualquier

momento. Cuando al final pudimos ver al médico, le advirtió que si seguía comiendo del modo en qué lo hacía iba a morir. Su única oportunidad era una banda gástrica. El médico explicó el asunto como si estuviera hablando de la cirugía de una ballena varada, un animal enorme que se estaba pudriendo desde dentro. Ella escuchó en silencio y llorando. Para que la cirugía fuese posible debía bajar ciento treinta y dos libras. Cuando ella comenzó a llorar, el médico dejó de mirarla a ella, como si su llanto le incomodara, y comenzó a mirarme a mí, fijamente. Tuve la sensación de que me hacía responsable a mí de la suerte de su paciente. Regresamos a Seattle. Ya no nos detuvimos en ningún sitio para comer, aunque ella se las arregló para bajar de la camioneta mientras cargábamos combustible y entrar a un lugar y devorar kilos de frituras. Te estoy hablando en serio. Kilos de toda clase de snacks en cuestión de minutos. Su esófago parecía una aspiradora de comida. Desde que llegamos a Seattle ha engordado ochenta libras. Va a morir, eso es seguro. Cualquiera de estos días su corazón va a colapsar. No hay remedio.

—¿Te sientes responsable? —preguntó Elisa y la mujer tuvo la sensación de que la pregunta era una trampa y que no había forma de dar una respuesta correcta ante esa interrogante.

Elisa se quedó un momento pensando y preguntó:

—Si aquel médico de Texas fuse el Mago de Oz y la obesa fuera Dorothy, ¿quién serías tú?

—¿Quién es aquel que no tenía corazón?

—El hombre de hojalata.

—Esa sería yo. La mujer de hojalata.

Yo sería el león cobarde, pensó Elisa.

A pesar de la amenaza, la mujer aceptó hospedar esa noche a Elisa en su casa. Tal vez no le importaba morir. Tal vez pensó que era una justa reparación darle una oportunidad de vengarse. Un duelo bajo techo, cara a cara. Le ofreció dormir en su cama, pero Elisa se conformó con dormir sobre un sofá cama a pocos metros de la cama de la obesa mórbida. Tuvo que soportar que la mujer viera

dos o tres pésimas películas de Bruce Willis. Al parecer, era una especie de maratón de Bruce Willis en que aparecía en distintas circunstancias. Como psiquiatra, astronauta y oficial del FBI. Entre los dedos de la obesa, el control remoto parecía un pequeño animal indefenso. La mujer, por otro lado, respiraba con dificultades y Elisa tenía la sensación de que iba a dejar de respirar en cualquier momento. Al cabo de un par de horas, finalmente se quedó dormida. A pesar de eso, oyó a la obesa hacer una llamada telefónica y minutos más tarde vio el foco de una motocicleta encenderse y apagarse afuera de la casa y lo que vio después la sorprendió aún más, porque muy aparatosamente, como si fuera lo último que fuera a hacer en su vida, la obesa se puso de pie y caminó hasta la puerta para recibir dos cajas de pizza familiar. Era muy blanca, y tenía las venas muy marcadas en las piernas y Elisa tuvo la sensación de que era Malvadisco, el espectro gigante de *Los cazafantasmas*. La motocicleta se fue, la obesa entró y dio cuenta de las pizzas con una velocidad francamente inaudita, como si dentro de ella habitara un demonio o una bestia. Un alien, pensó Elisa. Cuando terminó, las cajas vacías quedaron desparramadas en el suelo. Elisa pensó que debía ser una rutina diaria. Todas las mañanas, su madre debía encontrarse con cajas de comida chatarra arrojadas en el piso, recogerlas y deshacerse de ella sin decir nada, como si nada extraño hubiese ocurrido, como si la gorda no estuviera jugando a la ruleta rusa cada noche. Supo que la mujer nunca iba a estar lista para una cirugía bariátrica o para cualquier tipo de cirugía y que, en lugar de bajar de peso, seguramente esperaba seguir engordando para finalmente colapsar y morir. Solo entonces, su madre podría liberarse. Mientras, tal vez la compañía de la obesa le servía para conformarse con el deterioro de su propio cuerpo.

Transcurridos quince minutos, Elisa se levantó y fue al cuarto de la mujer. La puerta estaba entreabierta. La mujer fingió estar dormida, pero Elisa se dio cuenta de que estaba despierta, esperándola tal vez, con los ojos abiertos. Quiso recostarse sobre la cama, pero un instante después se arrepintió. Entonces, sin darse

vuelta, la mujer le confesó que solo una vez había llorado recordándola. Fue en el supermercado. Una vez vio a una mujer que llevaba en el carro a una niña pequeña. Tuve la sensación de que éramos tú y yo, deambulando por el lugar. Las seguí por todo el lugar. Vi lo que echaron al carro. En algún momento, sentí el deseo de tomarla y llevarla conmigo. Si debo ser honesto, la tomé. Aproveché que su madre se descuidó y la tomé y tuve el absurdo deseo de llevarla conmigo. A dónde. No tengo ni la más mínima idea. La tomé de la mano y corrí por los pasillos. Alcancé a escuchar que la madre la llamaba. Llegué al pasillo de la ropa y tomé prendas de niña y un sombrero y corrí al baño con ella de la mano, que parecía divertida y, entonces, mientras le cambiaba la ropa, escuché por los altoparlantes que alguien estaba buscando a una niña. Le puse el sombrero para ocultar su frondosa cabellera y entonces me di cuenta de que estaba sintiendo realmente estúpida. Con toda calma, volví a quitarle la ropa y a vestirla con sus prendas y luego salí del baño, me acerqué a uno de los guardias y le expliqué que acababa de encontrar a la niña deambulando cerca del baño. Desde lejos, vi cuando la entregaron a la madre que la abrazó efusivamente.

Elisa no terminó de escuchar. Salió de la casa y caminó por un par de calles hasta encontrar un taxi que la llevara a recoger la camioneta al estacionamiento del Costco. Luego fue al hotel. Hizo su maleta a prisa y se fue al aeropuerto. No volvió a saber de su madre. Nadie le preguntó si había resuelto el asunto que la había llevado a Seattle. De todos modos, no hubiese sabido que responder. En lugar de eso, al abrir la puerta de su departamento encontró una caja envuelta en papel de regalo. Cuando la abrió se dio cuenta que era un jardín zen en miniatura, un artículo que Elisa solo había visto en revistas de decoración.

Elisa no tuvo dudas acerca de quién había dejado el jardincito como regalo y llamó para agradecer, pero no logró contactar a la

anciana de las rosas. Buscó en algunos sitios de internet para qué servía y cómo se usaba. Le pareció una soberana estupidez. Aun así, durante un par de noches, al llegar a casa, después de quitarse los zapatos y recostarse en el sofá, se concentró en el jardín zen y removió la arenilla con el rastrillo diminuto, sin encontrar jamás el menor alivio. Finalmente ocurrió algo divertido. Un domingo por la mañana, mientras desayunaba, vio entrar por el ventanal abierto al gato de algún vecino del edificio. El animal avanzó con cautela, olisqueando a cada paso, indiferente a la presencia somnolienta de Elisa, que bebía café sin demasiado interés. Ella protestó por la intromisión, pero el gato, en lugar de asustarse, pareció sentirse autorizado a seguir adelante. Trepó al aparador donde estaba el jardín zen. Elisa, movida por una curiosidad perezosa, no intervino mientras el felino hurgaba la arena fina con el hocico. Tampoco lo detuvo cuando se acomodó, con una calma insultante, para orinar. En lugar de eso, se rio a carcajadas. El estallido de risa espantó al gato, que huyó a toda prisa, dejando el trabajo terminado. El jardín en miniatura acabó, sin ceremonia alguna, en la bolsa de basura.

—Hace un tiempo atrás, uno o dos años, Elisa me llamó desde Moscú. Al parecer había bebido o llorado. Tal vez, ambas cosas. Comenzó a hablarme de Valentina Ivanovna Gagarina, la esposa de Yuri Gagarin. ¿Recuerda a Gagarin?

Olivera afirmó con la cabeza.

— Aparentemente, ese día Elisa había visto una vieja fotografía en la que aparecían retratados Gagarin, su mujer y un bebé pequeño. Comenzó entonces a hablarme de Valentina. Me preguntó si podía imaginar lo que habría sentido durante aquellas horas: Valentina sola, mientras su esposo daba vueltas en una cápsula espacial. ¿Te imaginas la soledad?, insistió. Pensar en él orbitando alrededor de la Tierra —alrededor de ella—, aunque solo se tratara de algunos minutos. ¿Te imaginas lo que habrá experimentado al mirar el cielo nublado de Moscú? ¿Habrá soñado con él? ¿Habrá

tenido la sensación de que del espacio regresaba alguien distinto? Me dijo que ni siquiera lograba imaginarlo. Acto seguido, me contó que había viajado hasta Rusia en busca de una cinta de video. En un comienzo no había querido ir: le parecía improbable que existiera tal registro en Moscú. Sin embargo, sus jefes insistieron. Tenía que ir hasta allá y hacer su trabajo.

La enviaron con una maleta cargada de dólares. Esperó en un hotel en el centro del Moscú y cuando le dieron la dirección del lugar a donde debía dirigirse resultó que quedaba a un par de calles, de modo que fue caminando, deteniéndose frente a un par de vitrinas. El lugar era un edificio gris. Elisa se anunció con una recepcionista y tuvo que esperar media hora para que le dejaran entrar a la habitación donde la esperaban. Era una oficina enorme con vistas al centro de Moscú. Había un gigantón de pie junto a la puerta y un hombre sentado al fondo del escritorio que firmaba unos documentos. Llevaba traje oscuro con pañuelo en el bolsillo y miró de reojo a Elisa. Dejó los papeles a un lado y le hizo un gesto para que se acercara. Elisa se acercó y quiso sentarse, pero el tipo le dijo que no había falta que se sentara y ella, confundida, permaneció de pie. Entonces preguntó por el dinero y Elisa le mostró el maletín. En ese momento, el tipo le hizo un gesto al gorila de cabeza rapada y este se acercó, le arrebató el maletín a Elisa y comenzó a contar a los billetes en un rincón del escritorio con una máquina.

—¿Le gusta Moscú?

Elisa carraspeó.

—Creo que es justo que, tal como usted está contando el dinero, yo pueda ver la cinta.

El ruso sonrió.

—¿Desconfías de mí? ¿La gente que te envío desconfía de mí?

—Solo digo que es justo que vea esa cinta antes de pagarte.

El hombre se acomodó el pañuelo de la chaqueta y luego la miró fijamente:

—En su interior conviven distintas mujeres, eso puede verlo fácilmente. Es curioso, usted es como una matrioshka. ¿Conoce la

leyenda? Un humilde carpintero necesitaba madera para trabajar. Un día halló un tronco perfecto que llevó a cabo. No sabía qué hacer con él, hasta que, de pronto, tuvo la idea de hacer una muñeca. La hizo con tanto amor que la muñeca resultó muy bella y luego no tuvo ánimo de venderla. La llamó Matrioshka. Todas las mañanas, al despertar saludaba a la muñeca. Esto no es extraño. Sin embargo, uno de esos días, y de manera sorprendente, la muñeca respondió el saludo. Un día, la muñeca le dijo que se sentía muy triste porque todas las criaturas tenían hijos, menos ella. El carpintero le dijo que podía remediarlo, sacando madera de su interior, algo que ella aceptó. El carpintero hizo una copia de menor tamaño, a la que llamó Trioska y luego ella también tuvo ganas de tener hijos, por lo que con parte de su madera hizo otra versión más pequeña…

Elisa comenzó a sentirse nerviosa con la tabarra del sujeto, como si alguien intentara distraerla para timarla.

—¿Podría mostrarme la cinta?

Sobre el rostro del tipo se dibujó una sonrisa.

—No es preciso desconfiar. Voy a darte tu cinta, pero antes vamos a tener que hacer otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Dejo de ser una persona amable cuando me faltan el respeto. No tolero las impertinencias. En Moscú no toleramos las descortesías. Esta grosería debe resarcirse. En Moscú, cuando hablamos, los demás escuchan en silencio.

—¿Cuál grosería?

—Es mejor que lo resuelva usted. Que sea usted misma la que arregle esta afrenta. Que nadie, distinto de usted, mocosa impertinente, asuma las consecuencias. De otro modo, este asunto podría volverse francamente tedioso y redundante.

—¿Qué asunto? ¿De qué está hablando?

Entonces, sin que Elisa tuviera tiempo de darse cuenta, el gigantón se acercó por su espalda, la atenazó y dobló por la cintura sobre el escritorio como si fuera una muñeca Barbie articulada. Le puso el antebrazo encima para mantenerla en esa posición. Aunque

trató, Elisa no pudo zafar. El tipo de traje se levantó hablando o murmurando en ruso y caminó hasta un mueble empotrado. Con toda calma, encendió un televisor y luego puso una cinta VHS dentro de un aparato Sony. Se acercó hacia Elisa con el control remoto en la mano izquierda. Con la otra mano, le alzó la falda y le bajo el calzón hasta las rodillas. Se abrió el cierre del pantalón y sacó su pene al mismo tiempo que puso *play* en la película. La tarea no resultó sencilla. Murmuró una queja en ruso y le preguntó algo al gigantón, mientras manipulaba su miembro. Elisa pensó que estaba preguntando por un preservativo. El gigantón se encogió de hombros sin dejar de contar los billetes y el hombre se conformó con escupir sobre sus manos y empaparse el pene con saliva. Volvió a penetrarla y esta vez logró su cometido después de un par de intentos. Gruñó.

En ese momento, ella giró el cuello y pudo ver, luego de unos segundos de estática, que, efectivamente, tenía la cinta de una sesión de tortura latinoamericana, aunque no logró identificar a que policía secreta del continente pertenecían. Tal vez, podía ser centroamericana. Elisa intentó distraerse de las embestidas descifrando el acento de los verdugos del tape. ¿Eran cubanos, nicaragüenses o salvadoreños? Dudó, pues, hasta donde sabía, el cineasta infame nunca había estado en Centroamérica. Cerró los ojos y resistió cada una de las arremetidas sin quejarse. Nicaragua, decidió por fin y pensó que no era, probablemente, una de las cintas que buscaban.

Cuando el sujeto terminó se limpió con el pañuelo de su traje y volvió al escritorio, momento en que Elisa aprovechó de acomodarse el calzón y la falda de su traje de sastre. El gorila sacó la cinta del aparato reproductor y lo puso en la cartera de Elisa y luego la acompañó por el ascensor hasta la planta baja y luego hasta la calle y la dejó sola, en medio del ajetreo de Moscú.

Algo desorientada, Elisa caminó de regreso al hotel sin registrar del todo el trayecto. Apenas entró en la habitación, se metió en la ducha y permaneció allí cerca de una hora, inmóvil, bajo el chorro

de agua. No intentó pensar en nada; dejó que el agua cayera, como si pudiera borrar algo, o al menos aplazarlo. Durante ese tiempo, el teléfono sonó varias veces, insistente, ajeno. Cuando por fin salió, con el cuerpo entumecido y la cabeza todavía confusa, el aparato volvió a sonar. Atendió. Le preguntaron si tenía la cinta.

—La tengo —dijo Elisa.

Entonces comenzó a llorar, sin saber bien por qué en ese momento y no antes. Del otro lado le preguntaron si algo andaba mal, y entonces la rabia se sobrepuso a la vergüenza y Elisa dijo que acababa de ser violada.

—¿Quién lo hizo? —preguntaron, y Elisa respondió.

Le pasaron a alguien más al teléfono y esa persona le advirtió que saliera de Moscú en ese mismo momento. Lo anterior suponía adelantar el itinerario en doce horas. Dentro de quince minutos habría un taxi esperándola afuera para llevarla al aeropuerto. Elisa obedeció y en cuestión de algunas horas estaba de regreso en Asunción.

A la noche subsiguiente, alguien tocó el timbre de su departamento. Era una pizza. Elisa explicó que ella no había pedido ninguna pizza, pero el repartidor insistió. Elisa recibió el paquete, fue a la cocina y abrió la caja sobre un mesón de la cocina. Dentro no había ninguna pizza, pero en cambio había dos albóndigas, o algo que le parecieron dos bolas de carne molida. Tardó en darse cuenta de qué se trataba. Tuvo que ver la fotografía del sujeto de Moscú con la entrepierna anegada en sangre, adosada con cinta adhesiva a la caja de cartón, para comprender que esas dos bolas de carne eran, en realidad, dos testículos. Tuvo que ir al inodoro a vomitar, pero luego de hacerlo se sintió dichosa. Tomó los testículos y salió a la calle. Encontró un perro callejero y se los dio a comer, como si fueran bofe. Permaneció ahí, se aseguró que el perro los devorara y, cuando lo vio relamerse y agitarle la cola, se agachó para acariciarlo.

—¿No va a decir nada, Olivera? Bah. No necesita decirme nada. Conozco muy a los hombres de este lado del mundo y no tengo duda sobre la clase de estupideces que está pensando. Al que debieran caparlo es a usted.

»Al principio, yo tampoco creí en el asunto, pero semanas más tarde Elisa me invitó a pasar un fin de semana en Asunción para ver un partido entre Olimpia y Cerro Porteño. Cuando regresamos del partido me mostró la fotografía, la instantánea de una polaroid. En ella, pude ver claramente, al tipo con las piernas abiertas y amarradas a una cama, la entrepierna amputada igual que castran a un perro. El tipo estaba amordazado y tenía los ojos cerrados, como si estuviera muerto o desmayado. Los testículos estaban en el suelo. Tenían la apariencia de un par de albóndigas diminutas empapadas en salsa roja.

Para Zárate era un placer tratar con Elisa Feldman. Los largos silencios de Elisa armonizaban perfecto con sus largas peroratas. Al principio, el argentino viajaba al menos una vez al mes a Asunción y se hospedaba en el departamento de ella. En todos esos viajes iban a ver partidos de fútbol. Elisa no tardó en darse cuenta de que el argentino estaba menos interesado en el partido que en descifrar los rostros de algunos espectadores, pues se empinaba sobre el borde el sofá cada vez que enfocaban hacia las graderías.

Una de esas noches, al regresar de un partido entre Libertad y Cerro Porteño, Elisa sirvió un trago.

—¿Qué buscas, Zárate?

Zárate dejó que el alcohol quemara su garganta y luego relató la serie de crímenes de 1976, cuando decenas de jóvenes argentinos murieron –esto él lo sabía bien– por los caprichos de un nazi que había huido de Europa igual que las cucarachas.

Elisa se quedó mirándolo un momento, sin decir nada, y luego le dio un tierno beso en la mejilla antes de irse a dormir.

Aquella ocasión, en un bar de Praga, no fue la última vez en que Elisa escuchó aquella disparatada historia de los dentistas polacos. Semanas después de su viaje a Moscú llamaron por teléfono para comunicarle que uno de los líderes de la organización que financiaba la búsqueda de la hemeroteca maldita esperaba recibirla en Toronto. ¿Toronto?, preguntó Elisa, que no hubiese imaginado nunca que uno de los principales financistas de la tarea que la había mantenido ocupado durante los últimos años vivía en Canadá. No le dieron, sin embargo, más explicaciones que esa: alguien quería ofrecerle disculpas personalmente por los infortunados hechos de Moscú. Después de colgar el teléfono Elisa se quedó pensando en la palabra *infortunado* y no pudo evitar sentirse confundida. Fue a la biblioteca, sacó un diccionario y buscó el significado. Encontró dos acepciones: Que no tiene suerte o fortuna y que sucede con desgracia, sin suerte o fortuna, y ninguna de ellas logró tranquilizarla. Qué tiene que ver la fortuna con el hecho de que un mafioso ruso me haya penetrado a la fuerza, pensó. Nada, se dijo. No tiene nada que ver.

Apenas puso un pie en el aeropuerto, un par de gigantones de traje y corbata la subieron a una camioneta Range Rover y la llevaron hasta el Air Canadá Centre, el estadio de hockey sobre hielo donde jugaba el equipo local. Elisa, que se sentía muy intrigada, esperaba encontrarse allí con un anciano octogenario modestamente vestido, algún sobreviviente de los campos de concentración que estuviera viviendo sus últimos días en la quietud de los parques de arces en Toronto, pero en vez de eso se encontró con un hombre joven, de no más de cuarenta años, llamado Abner Reitnam, quien la estaba esperando en los asientos preferenciales del recinto, vestido de jeans y camiseta deportiva. El reducto estaba lleno y bullicioso, y Elisa no pudo evitar recordar a Zárate y el temor proverbial que aquel profesaba por los estadios de fútbol,

preguntándose si los motivos de aquel pánico aplicaban a lugares como esos, donde la cancha era de hielo. Pensó que sí, pues, después de todo, muchos prisioneros de campos de concentración debieron convivir en lugares donde el suelo estaba congelado a causa del frío glacial.

Reitnam saludó a Elisa casi sin apartar la mirada del campo. Ella nunca había estado en uno de esos lugares y tuvo la sensación de estar presenciando alguna enigmática disputa de cavernícolas en la Era del Hielo. De vez en cuando, Reitnam se acercaba para darle algún detalle sobre el partido o explicación referida a los círculos dibujados sobre el campo, pero la mayoría del tiempo ni siquiera le prestó atención y Elisa llegó a cuestionarse si realmente la habían invitado hasta Toronto para ofrecerle disculpas. Después de todo, por qué habrían de disculparse, se preguntó. Ella solo había hecho el trabajo que le encomendaron. Esos pensamientos la distraían cuando, producto de una jugada especialmente violenta, uno de los jugadores perdió una pieza dental a pesar del casco que le cubría la cabeza y el rostro. Esto resultó evidente porque uno de los aleros del Toronto Maple Leafs, escupió algo de forma displicente, como si se tratara del cuesco de una fruta, o estuviera acostumbrado a perder piezas dentales, y uno de los asistentes del equipo lo tomó y lo guardó en un bolso médico sin hacer mucho aspaviento. Elisa se dio cuenta de que Reitnam se revolvió en su butaca e hizo un gesto para que alguien se acercara. Un instante después, un guardia de jockey y sudadera se acercó y Reitnam le dijo algo o dio alguna instrucción en voz baja. Elisa pensó que había pedido algo de beber, una gaseosa o una cerveza, pero diez, tal vez quince minutos después, el mismo guardia regresó y le entregó algo envuelto en un pañuelo que Reitnam guardó si mirar en el bolsillo de su chaqueta.

Cuando terminó el partido, partieron en la Range Rover al departamento de Reitnam.

En vez de un *loft* ubicado en un barrio exclusivo de Toronto, parecía la casa de un leñador en medio del bosque. Tal vez la cueva de un oso antropomórfico. Lo primero que Elisa vio fue un muro

ornamentado con cortes transversales de troncos centenarios y también un cuadro que podía ser de autoría de Math Rothko o de un buen imitador de Rothko. Reitnam estuvo disertando un rato largo sobre la flora de los bosques de Canadá y le explicó que era un empresario forestal, nieto de muertos en Chelmno y Belzec. En algún momento, Reitman dejó de hablar de los bosques de Canadá y comenzó a hablar de la batalla del bosque de Hürtgen sin que Elisa entendiera la conexión.

Al cabo de un rato, el dueño de casa desapareció por unos minutos y Elisa se distrajo viendo unas revistas de negocios cuidadosamente dispuestas sobre una mesa de centro. En la portada de una de ellas, aparecía Reitman vestido de jeans y camisa de leñador con una motosierra entre las manos. Cuando Reitnam regresó, la invitó a la cocina, donde la ornamentación también era rústica. Reitnam cocinó carne y espárragos y comieron allí mismo, en la cocina. Al terminar, fueron al cuarto de estar con una botella de vino. Allí, Reitnam aprovechó de disculparse por el *incidente* de Moscú.

—¿Incidente? Me parece un modo eufemístico de referirse a una violación.

—No he querido ofenderla, señorita Feldman. Me ha parecido preciso ofrecerle personalmente una disculpa, pues debimos prever los riesgos que suponía ir a Moscú detrás de esa cinta. Los rusos nunca han sido de fiar.

—Yo, en cambio, siempre he estado consciente de los riesgos.

El asunto de las disculpas se resolvió con prontitud, y luego continuaron hablando sobre las cintas que habían encontrado a lo largo de esos años. Reitman enumeró cuatro o cinco VHS encontrado en latitudes inimaginables, de las que Elisa nunca se había enterado. Reitnam se acomodó en el sofá y dijo que habían encontrado, incluso, una cinta en una casa de retiro en Finlandia.

Elisa hizo un gesto de sorpresa y él se acomodó en el sofá.

—Fui personalmente hasta Helsinki, porque aún más increíble que el hallazgo de la cinta, era la historia de su dueño, un veterano

de la Segunda Guerra Mundial que había combatido en el noreste, donde las tropas finlandesas se enfrentaron al Ejército Rojo durante un crudo invierno. Su apellido era Korhonen. El asunto es este. Cierto día, un general ruso envió a un batallón a enfrentar al bando finlandés, que estaba parapetado al otro lado del bosque de Bodom, con la misión de espiarlos y volver con la información valiosa. De mala gana, los soldados se pusieron en marcha con mantas, comida y bebida para un par de semanas, pero nunca regresaron. Pasaron los días y el general se cansó de esperar y de devanarse los sesos pensando en qué podría haber ocurrido. No hubo más remedio que adentrarse entre los árboles. Un par de kilómetros más allá encontraron un espectáculo macabro: el bosque estaba regado de cuerpos mutilados, desollados y desmembrados. El frío ayudaba a que tuvieran la apariencia de pizas en el frigorífico de un matadero. Atribuyeron entonces la brutal carnicería a los finlandeses y salieron a su búsqueda, pero solo encontraron nieve, ni un solo rastro o huella que seguir. El bosque estaba quieto, como una bola de nieve en un aparador. Por su parte, los finlandeses se cansaron de esperar el ataque y salieron en búsqueda de los rusos, pero solo encontraron un campo de cadáveres despedazados. Concluyeron que los soviéticos, extraviados en el bosque blanco, habían tenido que matarse y recurrir al canibalismo, pero eso no explicaba que hubiesen abandonados toda suerte de abundantes provisiones. Pues bien, Korhonen me dio su explicación. Dijo que él había visto con sus propios ojos al responsable de la masacre. Cierta tarde gélida, él se alejó de su batallón a dar una vuelta y se extravió. Cuando se creía irremediablemente perdido se encontró con una bestia blanca y peluda, una especie de Yeti. Korhonen creyó que estaba delirando a causa del frío, pero la bestia era real y estaba frente a él. Olió al soldado, bufando y, por algún motivo, le perdonó la vida. No solo eso. Korhonen se dio cuenta que la bestia quería ayudarlo u orientarlo en medio del bosque. Caminaron algunos kilómetros bajo la nieve hasta que escucharon ruidos. Era la avanzada de soviéticos que venía a buscarlos. El finlandés se escondió detrás de un árbol y

quiso tomar una pata de la bestia, para que también se ocultara, como si fuera una mascota o un peluche. El monstruo, desde luego, no se escondió y en lugar de eso salió a enfrentar a los soldados con tal destreza y violencia que los despedazó a todos. En menos de treinta segundos, antes de que los soldados del Ejército Rojo tuvieran tiempo de apuntar o comprender que era esa masa blanca y peluda que los embestía, los mató sin piedad. Mientras la bestia comía un poco de esas carnes, Kornohen se acercó asustado y dio cuenta de algunas conservas que traían consigo los malogrados. Acto seguido, el vestiglo condujo a Korhonen hasta el rastro de su batallón. El finlandés, al encontrarse de nuevo entre los suyos, tuvo la tentación de contarles todo, pero entendió que sí lo hacía, sus camaradas saldrían detrás de la bestia para perseguirla y capturarla o, peor aún, intentar domesticarla para utilizarla contra los soviéticos. Guardó silencio entonces y días más tarde, cuando por fin salieron de sus trincheras hacia el bosque, y se encontraron con la carnicería soviética, los finlandeses se quedaron boquiabiertos, incapaces de hallar una explicación. Prometieron que se atribuirían la matanza. La guerra terminó y Korhonen guardó el secreto, pero el asunto lo atormentó siempre. Regresó muchas veces al lugar, a intentar dar el paradero de la bestia, pero nunca encontró un solo rastro. Llegó a creer que la bestia era él, que, en un momento de desesperación, hallándose acorralado, sin otra salida, dejó salir lo peor de sí, su Míster Hyde interior, y que, invadido de adrenalina, había logrado dar cuenta de todos los rusos en tiempo récord. Luego, incapaz de soportarlo, su mente se había inventado aquel alter ego cerdoso. Lo creyó, de hecho, por mucho tiempo, hasta que años después, en la década del sesenta leyó en el periódico algo que lo desconcertó. Un grupo de amigos fueron a acampar a las orillas del lago de Bodom, pero no regresaron. Las familias avisaron a la policía y días más tarde encontraron a uno de los jóvenes ateridos y sucio de sangre seca, repitiendo sin cesar que una bestia había matado a sus amigos. Una breve búsqueda permitió encontrar los cadáveres en el fondo del lago, pero ninguna prueba de la existencia

de ningún animal capaz de semejante brutalidad. El joven fue acusado de homicidio múltiple, pero absuelto por falta de pruebas. Ninguna de las innumerables pericias policiales fue capaz de demostrar que el joven había matado a sus compañeros. Terminó interno en un psiquiátrico, donde se suicidó diez años después de los hechos. Durante esa década, Korhonen lo visitó un par de veces, con la venia de los doctores y de su familia, a pesar de que el joven quedaba notoriamente excitado cada vez que el veterano iba, pues en cuanto se quedaba a solas, le hacía toda clase de preguntas. "Tú también lo viste, ¿verdad?", era la pregunta más recurrente, pero nunca hubo una respuesta contundente e inequívoca. Cuando envejeció, Korhonen se fue a una casa de retiro y allí todavía piensa en el paradero de la bestia.

—¿Y la cinta? —preguntó Elisa.

—Una película clásica del cineasta maldito. Un minuto en Belzec. Korhonen nunca quiso decir de dónde la obtuvo.

Más tarde, Elisa quiso saber cómo era que él se había involucrado en la búsqueda de las videocintas, pero Reitman respondió con evasivas. A ratos daba la sensación de que se trataba de una tarea que le había legado su padre, en su lecho de muerte, pero en otros momentos transmitía que había decidido invertir parte de su fortuna en una tarea como esa solo por aburrimiento. En algún momento, Elisa recordó el pañuelo y quiso saber que era aquello que le habían entregado durante el partido en el estadio de hockey. Reitman se levantó y fue a hurguetear en el bolsillo de su chaqueta, desde donde sacó un pañuelo blanco. Lo abrió y permitió ver un incisivo sanguinolento y arrancado de cuajo.

—¿Qué es eso?

—Esto —dijo Reitman—, es el diente de uno de los jugadores de los Toronto Maple Leafs. Sería difícil de explicar, pero tengo cierta… obsesión por los dientes.

—¿Obsesión?

—Sí, estuve a punto de dedicarme a la Odontología. Mi obsesión, desde luego, tiene que ver con la suerte que corrieron los implantes

dentales de los judíos en los campos de concentración. De hecho, me gustaría contarle una historia sobre seis dentistas polacos que, luego de la guerra, recorrieron Europa buscando nazis sobre los cuales desatar su venganza…

La repentina risa de Elisa interrumpió a Reitman, que se quedó mirándola confundido.

—Disculpe. No me río de la naturaleza del relato. Me rio porque oí esta historia hace un par de años en un bar de Praga, en un viaje que hice luego de titularme de abogada.

—Vaya.

—No di crédito, desde luego.

—¿Perdón?

—No creí una palabra. No me pareció verosímil que un puñado de dentistas polacos, antiguos prisioneros en los campos de concentración hayan viajado por Europa extrayendo piezas dentales a nazis que encontraran a su paso. No parece posible. Parece argumento de una película de Tarantino.

—¿Tarantino? Es cierto. Podría ser una película de Tarantino. Yo tampoco lo creí la primera vez que lo escuché —dijo Reitman—, pero el asunto no dejó de obsesionarme. Envíe a unos emisarios a Varsovia a indagar si aquella leyenda urbana era fidedigna.

—¿Emisarios?

—Personas que trabajan para mí y son buenos negociando.

—¿Y bien?

—La historia es completamente cierta, eso puedo asegurárselo. Después de jubilarse, uno de los dentistas, de apellido Biton, si recuerdo bien, continuó dando clases en la Universidad de Varsovia por quince o veinte años más. Allí, cuando la atención de los oyentes decaía, solía amenizar sus clases con aquella historia que llegó a convertirse en leyenda entre los estudiantes de Odontología. De vez en cuando, un puñado de alumnos aventajados era escogido para custodiar la evidencia de la venganza de los dentistas.

—¿Evidencia?

—Desde luego. A lo largo de todos esos años, los dentistas recopilaron frasquitos con las piezas dentales extraídas y fotografiadas. Eran, según entiendo, frascos de mermelada. ¿Puede creerlo? Dientes de nazis en frasquitos de mermelada polaca.

—Que alguien sea capaz de repetir una historia no prueba que sea cierta.

—Eso es cierto —dijo Reitman levantándose del sofá para perderse un momento. Regresó al cabo de cinco minutos.

Trajo consigo una elegante maleta que puso sobre una mesa. La abrió ceremoniosamente, como si fuera un mercader a punto de ofrecer algún tónico milagroso y fue sacando algunos frascos que le entregó a Elisa. Ella se dio cuenta que en el interior de los recipientes de vidrio había toda clase de piezas dentales: incisivos, caninos, premolares y molares, algunos cariados y amarillentos, francamente descuidados flotando en un líquido transparente. Sobre los frascos, además, había etiquetas sobre las que estaban escritas ciudades y años. Elisa se quedó mirando boquiabierta.

—Después de refrendar la veracidad de la historia ya no podía conformarme hasta tener algunos de esos frascos conmigo —explicó Reitman. —Di instrucciones a mis emisarios para que ofrecieran todo aquello que fuese necesario a cambio de algunos de ellos.

Elisa se quedó mirándolos a contraluz. Berlín, 1951. Colonia, 1953, Hamburgo, 1961. Stuttgart, 1970. Bremen, 1954. Hanover, 1982. Bonn 1966. Dresde 1969. Bochum 1987. Múnich 1964. Fráncfort 1974. Bremen 1968.

—Creí —dijo Elisa— que los dentistas habían dejado de operar en 1962, después de la ejecución de Eichmann.

—Hasta donde entiendo —aclaró Reitman—, la tarea fue delegándose a nuevas generaciones. No sería extraño que alguno de esos ortodoncistas todavía haga de las suyas. ¿No le parece… fascinante?

—¿Para qué los quiere? ¿Qué hace con ellos? —preguntó Elisa, de pronto, dejando a un lado los frascos.

Reitnam se encogió de hombros.

—Nada especial. A veces, algunas noches, los saco de los frascos y los cuento como si fuera un duende computando las monedas que tiene dentro de su gavilla. Mire a su alrededor, Elisa, tengo todas las comodidades imaginables. Las tengo desde que soy un adolescente. Supongo que es un modo de acercarme al dolor que experimentaron mis abuelos.

Elisa no pudo evitar sentir al parecido a la lástima. Siguió escuchando a Reitnam casi sin prestar atención. Esa noche, en el hotel, tuvo muchas pesadillas con dientes y dentistas. En uno de los sueños, entraba al Kremlin e iba arrancando de cuajo la dentadura de cada uno de los funcionarios que encontraba a su paso.

—En cuanto regresó de Toronto —comentó Zárate—, Elisa me llamó para contarme sobre los frasquitos y los dientes, pero muy especialmente para comentarme sobre el monumental estadio de hockey y me preguntó si mis temores también se manifestaban en lugares como esos. Le expliqué que nunca había estado en un estadio de hockey sobre hielo, pero que, considerando que lo único que hacía falta era una cancha rodeada de galerías con múltiples accesos, era altamente probable que cualquiera de los reductos de la Liga Nacional de Hockey de Canadá me pusiera la piel de gallina. Como también, cualquier estadio de la NFL o de la NBA.

—¿Alguna vez viajaron juntos? — preguntó Olivera que pareció no escuchar a Zárate.

—Una vez. Por aquellos días hice el más extraño de todos los viajes y también el más inútil. Decidí echar un vistazo a Teyu Cuaré, donde existía el rumor absurdo de que se había refugiado Martin Borman, el secretario personal de Hitler. Yo sabía, perfectamente, que aquella historia no podía ser cierta. Después de que Hitler se dio un tiro en el búnker de Berlín, Borman planeó su propio escape. Aquellos prófugos eran un hermoso ramillete de damicelas, pues también huirían Arthur Axmann, el jefe de la Juventud Hitleriana y Ludwig Stumpfegger, cirujano personal del Führer. El plan era utilizar

un túnel excavado para tales propósitos que los llevaría hasta una estación subterránea, subir a la superficie y cruzar el río Spree por el puente de Weindendammer, tal y como hicieron otros jerarcas, y perderse después entre las líneas rusas, como si fueran, simplemente, algunos soldados desmoralizados y extraviados. El grupo de Borman perdió el rumbo a causa de la confusión y los estropicios de las bombas soviéticas y se encontraron frente a frente con un convoy de tanques. Entonces, se apoderaron de un tanque alemán abandonado que funcionaba igual que un escarabajo a mal traer, y trataron de huir en él. Un impacto directo frustró sus planes. La explosión los hirió severamente y se separaron. Axmann avanzó y luego intentó retroceder para reunirse con Borman y Stumpfegger, pero solo encontró los cadáveres cerca del puente. Huyó a los Alpes, donde fue capturado seis meses después. Así relató Axmann durante los juicios de Núremberg, los hechos acontecidos la madrugada del 2 de mayo. Entonces, Borman fue juzgado en ausencia por el tribunal y encontrado culpable, condenado a la muerte en la horca y a la dispersión de sus cenizas en las cloacas de la ciudad. Años después, en 1972, mientras construían una nueva estación del subterráneo en Berlín, encontraron algunos cadáveres cerca del lugar que identificó en su momento Axmann. Era el mismo lugar en que se encontró en 1945 la chaqueta de Borman con su diario en el bolsillo. El tiempo había hecho su trabajo, pues los papeles estaban doce metros bajo tierra. Por entonces, uno de esos individuos fue identificado como Borman a partir del análisis de su dentadura. Es justo decir que el análisis no se realizó en las mejores condiciones. El responsable del examen fue Hugo Blaschke, un odontólogo que había tratado al secretario de Hitler, pero para cuando le hicieron el encargo no disponía de registros odontológicos que fueron destruidos durante los bombardeos y tuvo que reconstruirlos de memoria mientras se hallaba encarcelado en una prisión de Stalin. Tenía, por lo demás, un buen incentivo para reconocerlo, pues su libertad dependía de que confirmara la identidad de Borman. De todos modos, no se equivocó. En 1992, un examen de ADN confirmó que la dentadura

correspondía a Borman. Lo que intentó decir, mi querido, Olivera, es que yo tenía perfectamente claro que Borman nunca había estado en Teyu Cuaré.

»En Teyu Cuaré, en Misiones, me dio alojamiento un lugareño. Cuando le conté todo lo que sabía de Borman, me miró fijamente y me preguntó de dónde había sacado todo esto. Estuve tentado de decirle que lo había leído en revistas *Muy interesante* o *Conozca Más*, suponiendo que el viejo otorgaría antes de credibilidad a esa clase de bibliografía, pero luego juzgué que era inútil.

»—Lo oí en algún sitio— dije.

»—¿En algún sitio? Vaya, lo que está diciendo no parece muy exacto. En cambio, yo veo esa casa con mis propios ojos.

»El viejo, por su parte, tal vez por conveniencia, tal vez por exceso de credulidad, creía ciegamente que Borman había vivido por esos lugares y hablaba de él como si hubiese sido un vecino de toda la vida.

»Al día siguiente, fuimos a ver las edificaciones de piedra en medio de la selva. A seiscientos metros había un cartel que indicaba que nos dirigíamos a la casa de Borman. Era un lugar extraño.

»Nunca supe, en realidad, a qué fui a Misiones. Todos los días iba a echar un vistazo a la casa de Borman, con la absurda pretensión de que encontraría allí alguna de las películas que buscaba. Todas las noches, el viejo tocaba una guitarra y contaba historias que podrían tener un lugar de privilegio en cualquier antología de Horacio Quiroga. A veces, se oían balazos. El viejo se quedaba un momento en silencio y luego aclaraba que eran contrabandistas y yo me quedaba con ganas de preguntar cuáles eran aquellas mercancías que contrabandeaban, pero prefería no preguntar. El viejo respondía con evasivas o, tal vez, con respuestas contundentes que yo no lograba comprender.

»Una noche, el viejo me mostró una caja metálica. En su interior, había monedas de la Alemania nazi que me mostró como evidencia irrefutable de que Borman había estado allí. Dijo que las había encontrado a lo largo de los años. Borman, dijo, las había dejado

caer en la selva como si fueran semillas. ¿Semillas de qué?, quise saber y el viejo se quedó mirándome como si yo hubiera hecho la más estúpida de las preguntas.

»Llegué a creer que la videoteca estaba allí, en la selva de Misiones, en algún sitio que nunca podría hallar y que alguien había levantado esas edificaciones de piedra precisamente para albergar esa hemeroteca infame junto al Paraná. A veces, me daba cuenta de que el viejo se quedaba mirándome en silencio mientras yo dormía y tenía la sensación de que me ponía a prueba. Imaginé que él sabía dónde estaban esas cintas y trataba de averiguar si yo era lo suficientemente digno de verlas. En algún momento, pensé incluso que el viejo era Borman y que había hallado la forma de vivir eternamente, escondido en la selva. A veces, también lo veía mirarme a mí y a su rifle indistintamente y tenía la sensación de que él sabía que yo estaba acercándome al secreto mejor guardado de esa selva, preguntándose cuál sería el momento apropiado para ponerme una bala entre las cejas.

»Una mañana, mientras observaba el horizonte, vi aparecer a lo lejos dos siluetas. Al cabo de un momento, una de ellas se rebeló como un cuerpo femenino. Tuve que esperar un par de minutos antes de tenerlos lo suficientemente cerca para reconocer a la mujer. Era Elisa. Se había amarrado el pelo y se había quitado el traje de dos piezas. Vestía como una excursionista sexy.

»—¿Qué estás haciendo acá? — me preguntó.

»—Vine a ver la casa de Borman— le dije sonriendo, pero Elisa no estaba para bromas.

»Esa misma tarde salimos de allí. Elisa ni siquiera quiso ver la casa de piedra. Por suerte, pude convencerla de que nos tomáramos unos días de descanso en Foz de Iguaçu. Estuvimos cuatro días y tres noches. Para que nos permitieran hacer el viaje, Elisa tuvo que mentir e inventar que alguien, un viejo desdentado y octogenario, nos había insinuado que había oído, alguna vez, que en un videoclub de Foz de Iguaçú rentaban películas como las que yo estaba buscando. No podemos, argumentó, desaprovechar una pista como

esa. De cualquier forma, no buscamos ninguna tienda de renta de películas. La mayor parte del tiempo la pasamos en la piscina del hotel o encerrados en la habitación de Elisa viendo teleseries en portugués. Ni siquiera fuimos a echar un vistazo a las cataratas. Por las noches, a causa de la insistencia de Elisa, íbamos a discotecas. Elisa me obligaba a salir a la pista, pero la mayoría de las veces bailaba ella sola, mientras yo la observaba desde un rincón, con un trago entre las manos.

Fue una de esas noches, mientras Elisa bailaba sola en medio de la pista, iluminado por un haz de luz multicolor, que Zárate comprendió que nunca iba a estar en el centro de la fiesta, ni siquiera iba a estar en la fiesta. Ni siquiera pondría la música. Escucharía las melodías, es cierto, las risotadas y los brindis, pero lo haría desde lejos, muy lejos, insomne y con la boca seca. Estaría, de hecho, muriéndose de sed, tal vez encerrado en el baño o trapeando el piso de los baños.

Esa noche, Zárate soñó que Elisa bailaba semidesnuda en el infierno. Soñó, de hecho, que el infierno era un club de strippers en el que casi no había clientes. Definitivamente, el lugar ardía, como si el aire acondicionado se hubiese estropeado irremediablemente. Se oían a lo lejos, ruidos de metales chocando y toda clase de quejidos y lamentos. Una de las cosas más extrañas, y familiares al mismo tiempo, era que se oía cantar, a lo lejos, a Celia Cruz. Zárate despertó asustado y se preguntó: ¿Qué podía estar haciendo Celia Cruz en un club de strippers en el Infierno? Zárate hizo una nota mental: Banda sonora de *La Divina Comedia*: Celia Cruz. Tarareó en la cabeza: *Que le den castigo, ay qué le den candela*. *Que lo metan en una olla y que se cocine vivo.*

Al día siguiente salieron por primera vez del hotel para ir a Ciudad del Este, en Paraguay. Atravesar la frontera no suponía

ningún inconveniente. Dieron vueltas inconexas, no podía ser de otro modo en se lugar enmarañado, hasta que encontraron un local de Pizza Hut. Entraron y Zárate le contó que había soñado que Celia Cruz cantaba en el infierno y que el infierno era como un enorme club de nudistas. La clase de lugares que podrían encontrarse en algún estado fronterizo entre Estados Unidos y México. Mientras Zárate describía el lugar, Elisa se rio de buena gana, hasta que Zárate le contó que allí, en medio de una tarima, con las extremidades enredadas en un tubo metálico, estaba ella, bailando, vestida apenas con un calzón y cubriéndose el resto con las manos. Entonces, Elisa se puso seria y luego triste y se quedó mirando las manchas de aceite en la caja de la pizza. Zárate no supo qué decir para animarla.

Una de esas tardes, mientras estaba en la piscina, vieron llegar a dos tipos enormes, con las cabezas rapadas y apariencia de hooligans que hablaban en inglés. Uno de ellos venía, de hecho, con la camiseta roja del Manchester United con el número de Paul Scholes. A Elisa le bastaron un par de minutos para darse cuenta de que los tipos eran despreciables. Más tarde, los hooligans se apropiaron de la piscina como si estuvieran haciendo una fiesta sobre un yate o estuvieran intentando sobrevivir a un naufragio o celebrando, más bien, que libraron con vida de un barco zozobrante. Hicieron pasar malos ratos a las empleadas y a otros pasajeros. Uno de ellos intentó arrojar a una camarera dentro de la piscina tomándola del antebrazo cuando fue a llevarle unos tragos. Entonaban cánticos molestos a viva voz. Más tarde, ella y Zárate salieron de la piscina y fueron al bar, donde Elisa bebió más de la cuenta. Había anochecido cuando le pidió al barman un descorchador y luego se encaminó hacia la recepción para averiguar en qué habitación se alojaban los hooligans. Apenas lo tuvo claro, salió caminando raudamente hasta el tercer piso, habitación 316 y Zárate corriendo a prisa detrás de ella. Los sujetos estaban borrachos, y habían montado una fiesta dentro de la habitación. Las luces estaban apagadas y todo lo que se veía era el reflejo azulino

de la tele. Elisa llegó a golpear, a empuñar el descorchador con fuerza, a imaginarlo enterrado en la yugular o el ojo de uno de los tipos. Uno de ellos alcanzó a abrir, o a entreabrir la puerta, cuando Zárate la tomó y sacó de allí. Lejos del marco de la puerta, oyeron la risa de los tipos, impresionados de que no hubiera nadie detrás de la puerta, gritando que había fantasmas en Foz de Iguaçu.

Al día siguiente, mientras desayunaban en un boliche para camioneros, Olivera no soportó más y le contó a Zárate que estaba enamorado de Elisa. El argentino apartó la mirada del televisor que a esa hora transmitía noticias y le dijo a Olivera que era mala, muy mala idea.

—¿Por qué? —quiso saber Olivera.

—Nada bueno puede suceder si un hombre se enamora de una mujer que se parece a un dibujo animado. ¿No ha visto *Quién engañó a Roger Rabbit*?

Olivera no pidió explicaciones. Simplemente se quedó pensando, en silencio, que, en efecto, había algo de *femme fatale* de caricatura en Elisa Feldman.

—Cierta ocasión, me golpeó la puerta una mujer. Una morena, de pelo revuelto. Guapa. Tal vez por eso no me inquiete cuando me dijo que era periodista y que quería hacerme un par de preguntas. Para entonces, yo llevaba mucho tiempo lidiando con pobres diablos y pelotudos de toda clase y me vendría bien intercambiar un diálogo con una mujer como esa. Debía tener treinta años, por entonces. La invité a pasar y le serví un café. Al cabo de quince minutos de hablar trivialidades, le pregunté en qué podía ayudarla. Me dijo que había oído que, alguna vez yo había pertenecido a las filas de la Policía Federal y que, hacia mediados de los ’70, había trabajado en la investigación de una serie de asesinatos que ocurrieron en Buenos

Aires. Homicidios, me dijo, de jóvenes barristas, principalmente de River Plate, crímenes que nunca habían sido esclarecidos.

»—¿Recuerda esos crímenes?

»—Sí, los recuerdo. Fue uno de mis primeros casos…una carnicería, acá, en Buenos Aires. Una carnicería como no ha vuelto a verse, cometida por civiles, quiero decir.

»—Una carnicería de judíos— acotó ella.

»—Efectivamente. Esos pibes eran todos judíos. Es justo decir que mis investigaciones me ayudaron a concluir que ese hecho, el origen racial, quiero decir, era solo una mera casualidad.

»—¿Casualidad? —preguntó.

»—Un asunto de esas proporciones no puede ser casualidad, usted comprenderá.

»Me explicó que ella había investigado también y que llevaba un tiempo intentando dar con mi paradero, porque quería escribir una crónica.

»—¿Una crónica de qué? — le pregunté, comenzando a inquietarme. Las personas que me financian son muy celosas de que nadie conociera el motivo de mis vagabundeos por Sudamérica, Olivera.

»—Una crónica de la persona que se ha pasado los últimos veinte años de su vida intentando esclarecer esos crímenes.

»—¿Ah sí? ¿Quién es esa persona? —pregunté haciéndome el desentendido y me levanté a llevar mi taza de café al fregadero de platos.

»Dijo ella: Usted Zárate, usted es esa persona. Sé que lleva muchos años viajando por el continente a bordo de una Ford Bronco buscando al o los criminales que asesinaron a esos pobres pibes. Sé, también, que usted cree que el o los responsables tienen algo que ver con los nazis que huyeron de Europa cuando terminó la guerra.

»Dije yo: Es cierto, esa fue mi hipótesis…hace muchos años atrás, cuando yo aún era policía. Entonces, establecí una conexión entre los homicidios y el hecho de que los barristas asesinados eran judíos. Me pareció extraño. Demasiada coincidencia. Hoy, sin

embargo, creo que mi hipótesis de investigación era una completa locura, como acabo de decirle. No encuentre nunca una sola pista, un punto consistente desde donde enhebrar.

»Dijo ella: A mí me parece una tesis plausible.

»Dije yo: Plausible para una novela, nada más.

»Dijo ella: Es un buen comienzo. En Argentina, casi todo empieza como una buena novela.

»Para entonces, Olivera, yo necesitaba averiguar qué tanto sabía de mí esa joven periodista. Decidí jugar al gato y al ratón. Fue igual que en las películas. Le dije que no estaba interesado, pero no fui tajante, ella me dejó su tarjeta de presentación, *por si cambiaba de opinión*, y nos despedimos cordialmente. Averigüé también algunos asuntos de ella. De otro modo yo estaba en desventaja. Efectivamente, era periodista y escribía crónicas. Volví a llamarla y la mantuve en vilo. Nos juntamos un par de veces. Conversamos. Intentó convencerme. Nunca dije nada. Nunca me comprometí a nada. Llegué a tener la certeza de que lo único que sabía de mí era que yo buscaba como un depredador desesperado a un nazi que hace años atrás había asesinado a decenas de jóvenes argentinos. No tenía idea de los videos. Entonces me quedé tranquilo y aunque era muy atractiva, un día dejé de atenderle el teléfono.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Olivera.

Zárate se quedó pensando un momento, haciendo memoria:

—Guerriero, Leila Guerriero. Por aquel entonces estaba también muy interesada en una ola de suicidios que había tenido lugar en un pueblo de la Patagonia. Supongo que, finalmente, decidió escribir sobre eso. Mucho mejor, mucho mejor.

De todas las preguntas innecesarias e imprescindibles que Zárate le hizo a Olivera durante horas de viaje, solo una sobró verdaderamente:

—¿Qué es lo primero que va a hacer luego de que encontremos las cintas?

En algún lugar de la carretera, mientras atardecía y daba la impresión de que el cielo ardía, como si alguien hubiera empapado las nubes con gasolina, Olivera recordó la *Divina Comedia.* Conocía el argumento, vagamente. A punto de quedarse dormido, comenzó a pensar que tal vez él era como aquel sujeto que atravesaba todo el infierno para reencontrarse con su amada. Era preciso que él atravesara toda esa mierda para finalmente encontrar a Elisa.

—Oiga, Zárate. ¿Cómo se llama aquel libro en que un sujeto ayuda a otro a atravesar el infierno para encontrar a la mujer que ama?

—Usted está hablando de Dante y Beatriz, Olivera, de *La Divina Comedia.*

—¿Cómo se llama al tipo que lo guía por el infierno?

—Virgilio, Olivera, se llama Virgilio.

—¿Virgilio? Es un nombre que usaríamos en Paraguay.

—Es cierto.

—Pues dígame algo, ¿le gustaría ser mi Virgilio?

Sin mirarlo, Zárate contestó:

—Sospecho que usted es el mío, Olivera. Lo sospecho desde hace ya un largo rato.

Olivera entrecerró los ojos y se imaginó abriéndose paso en un laberinto de muros grises y hogueras fabulosas. En medio de todo, estaba Elisa Feldman ataviada con un vestido rosado y una tiara en la cabeza, igual que la princesa de Mario Bros, custodiada por Koopa.

Finalmente, se quedó dormido y, efectivamente, soñó con prados de jardines, tortugas, bolas de fuego y hongos. También con una especie de catacumba gris donde Koopa custodiaba a la princesa.

—Oiga Zárate, dijo al despertar— se ha dado cuenta de que Mario Bros está inspirado en la Divina comedia.

—¿Quién carajos es Mario Bros? —preguntó Zárate.

Guardó silencio un momento y luego le preguntó si había visto la película *Belleza americana*.

—No, no la vi, pero no podía decirle la verdad a Elisa.

—¿Cuál es la verdad?

—No podía decirle que no la había visto porque un amigo me dijo que la película era pésima porque finalmente Kevin Spacey no se follaba a Mena Suvari.

—Efectivamente, Olivera, no podía decirle semejante cosa a Elisa Feldman. Elisa le hubiese dado una patada en los huevos.

—¿Usted la vio?

—Claro que la vi.

—Bueno, el asunto es que Elisa me describió una escena en que alguien, provisto de una cámara filmadora casera, grababa a una bolsa.

—Claro que recuerdo esa escena.

—¿Qué más ocurre?

—Simplemente, la bolsa es agitada por el viento, gira sobre sí misma, parece que el viento va a llevársela a algún sitio lejos, parece, por un momento que está viva, que podrá volar, pero el lugar de eso, de pronto, el aire la devuelve al suelo, que es donde suelen estar las bolsas vacías que ya nadie quiere usar. Simplemente eso. Ahora, si alguien te llama por teléfono, en mitad de la noche, de madrugada, para decirte que quiere hablarte de *Belleza Americana*, precisamente de aquella escena en que la bolsa gira junto a una pared, bueno, entonces es que las cosas no andan bien, Olivera. Usted ya es un hombre adulto, debiera tener claras esas cosas.

Esa noche, Elisa sintió deseos de llorar al ver la bolsa girando en una especie de remolino de hojas secas sobre la acera, junto a un muro de ladrillos: "Era uno de esos días, en que está a punto de llover y hay una cierta electricidad en el aire, casi puedes sentirla. ¿Entiendes?"

—¿Le gustaría verla?

—Qué cosa.

—*Belleza americana*.

Olivera no contestó, pero apenas llegaron a Córdoba, lo primero que hizo fue buscar un videoclub para rentar la película de Sam Mendes. Acto seguido, buscaron insistentemente algún hotel que dispusiera de algún aparato reproductor. Se ducharon y en toalla pusieron el VHS. No vieron la película enseguida, porque Olivera se quedó consternado viendo que, en efecto, Zárate aún tenía una esvástica descolorida tatuada sobre el pectoral izquierdo.

—Sin comentarios, Olivera, sin comentarios.

Olivera no quería ver la película, solo le interesaba ver la escena de la bolsa. Se sentaron al borde de la cama, envueltos en toallas blancas muy percudidas. Daba la sensación de que venían saliendo de una sauna. De vez en cuando, Olivera daba miradas a la cruz gamada tatuada. Zárate adelanto la película hasta el momento que Olivera ansiaba contemplar y, al verla, se sintió muy angustiado.

—Pero ¿quién carajos es la bolsa, Zárate, soy yo, Elisa, ninguno de los dos?

—Ni idea, Olivera. Ni idea. Solo sé que es un asunto muy triste. Elisa es una mujer muy triste. Elisa necesita encontrar las cintas de una vez por todas. Olvidarse de todos esos asuntos y esforzarse por llevar una vida normal. Tal vez usted pudiera ayudarle con eso.

Más tarde, Zárate llevó a Olivera a dar un vistazo a los estadios de Córdoba. Visitaron la Boutique, donde juega de local Talleres y también el Julio César de Villagra, donde recibe a sus oponentes, el Club Atlético Belgrano. Más tarde, Zárate condujo por la Circunvalación para llegar el Estadio Olímpico de Córdoba, un recinto para casi sesenta mil almas.

En lugar de escuchar las disertaciones del argentino sobre el Olímpico de Córdoba, Olivera entrecerró los ojos e imaginó a Elisa Feldman agitando los brazos, desnuda, recostada sobre una cama de pétalos de rosa. Cuando regresaron al hotel, volvió a poner la película. Después, tras asegurarse de que Zárate dormía, se

masturbó imaginando que era Elisa. Tal vez el cuerpo era el de Suvari, pero el rostro —inequívocamente— era el de Elisa.

Cuando regresó a la cama, Olivera escuchó un ruido afuera de la habitación. Tuvo la sensación de que había un gato rasguñando, tal vez una rata. Tuvo curiosidad y se levantó para echar un vistazo. Entreabrió las persianas y vio, precisamente, una bolsa de nylon, vacía, girando despacio sobre sí misma. Era una bolsa blanca, de modo que parecía un fantasma pequeño y juguetón. Olivera recordó a Gasparín y tuvo la extraña sensación de que esa bolsa era Elisa, o su alma en forma de nylon, y no pudo evitar salir a recogerla. Cuando quiso ponerle las manos encima, el viento la agitó y la llevó alejó un par de metros. Cada vez que se agachaba a recogerla, el viento volvía a alejarla. Al final, se conformó con no ponerle las manos encima, cuando el viento la llevo muy lejos, hasta la superficie del agua de la piscina.

Sin embargo, al otro día se levantó muy temprano y consiguió una malla de piscina para recogerla. Guardó la bolsa en su valija. Más tarde, antes de volver a la carretera, se encerró en el baño y le habló a la bolsa como si fuera Elisa:

—Tengo la certeza de que, en caso de ponerle las manos encima a esas películas, volverías a ser una persona normal. Alguien, que sale por la mañana a trabajar y cuando regresa ayuda a sus hijos con las tareas. Voy a hacerlo por ti. Estoy muy cerca. A mí, en el fondo, estas películas me importan una mierda. Para qué iba a querer yo ir detrás de las cintas que filmó un degenerado de aquellos. Si no hubiese sido vos la que me lo hubiese pedido aquella tarde en el Defensores del Chaco todo esto me daría igual. Comprometerme con esta búsqueda es una forma de demostrar mi amor. Me hubiese gustado que bastaran flores o chocolates, pero, en fin. Voy a encontrar esos videos y los voy a dejar en la puerta de tu casa.

De cierta forma, era cierto. Estaban cerca, pero al mismo tiempo estaban más lejos que nunca.

Tuvieron hambre y estacionaron en un lugar para comer. Mientras esperaban su orden, se quedaron mirando el televisor puesto lejos del alcance de todos. Estaban sintonizando dibujos animados y Zárate se dio cuenta de que el control remoto estaba en manos de un niño moreno, el hijo o nieto de algunas de las mujeres que atendían el lugar. El niño se aferraba al control remoto como si fuera un talismán. Estaba viendo una caricatura de Bugs Bunny y Elmer, el cazador gruñón. Ambos estaban en un bosque que, perfectamente, podía ser algún bosque europeo, aunque era más probable que fuera algún bosque de Alaska o California. Cerca del bosque pasaba una carretera. Un camión transitaba por allí transportando sombreros y sin que el chofer se diera cuenta, las puertas traseras se abrían y dejaban caer decenas de sombreros por el bosque. Estos, al caer sobre las cabezas del conejo y el cazador les hacían cambiar su personalidad. Zárate pensó que era una caricatura bastante apropiada para ver dadas las circunstancias. Sin embargo, aún restaba por dilucidar si ellos eran el conejo o el cazador y si llegado el momento podrían asumir el rol que les permitiera salir con vida. Fue al baño a refrescarse y se quedó mirando en el espejo: ¿es eso lo que me he jugado todos estos años?, se preguntó. ¿La vida? ¿Es la vida lo que he puesto en juego todo este tiempo en que he perseguido a un nazi que tal vez no existe? ¿Qué voy a hacer cuándo encuentre por fin esas putas películas? ¿Me voy a recluir en una casa de retiro? ¿Van a invitarme a dar mi testimonio en Telefe? ¿Va a entrevistarme Susana Giménez y Mirtha Legrand? ¿Jovencitas de todo el mundo van a golpear mi puerta para que les cuente mis andanzas y para chuparme la pija?

Olivera se dio cuenta de que, al regresar de excusado, Zárate se quedó mirando fijamente al niño que sostenía entre sus manos el control remoto e intuyo que venía una monserga:

—Los dibujos animados, Olivera, ilustran perfectamente el estado de la sabiduría en nuestras sociedades. Ya no hay sabios. Hay

especialistas y expertos, pero ya no hay sabios. No son los mismo, desde luego. Antiguamente disponíamos de las fábulas. Leíamos a Esopo, a Le Fontaine, a Samaniego y encontrábamos una moraleja al final, sabíamos a qué atenernos. Leíamos, que sé yo, "La liebre y la tortuga", "El pastor y el lobo", "El lobo disfrazado de cordero" y aprendíamos algo que podía ayudarnos a conducirnos en la vida. Y ahora, ¿qué tenemos? Pues tenemos dibujos animados, que son una forma grosera de fábula, una fábula degradada. William Hanna, Joseph Barbera, Walter Lantz. Son todos hijos de puta, sin remedio. Sí, hijos de las re mil putas. Walter Benjamin tenía razón, Olivera, ya no hay experiencia que compartir. Fíjese. —dijo apuntando hacia el televisor: —El coyote, que vive principalmente en Sur y Norte América es un animal impulsivo y ladino, pero inteligente y ágil. Un animal superior, sin duda, un ser sagrado en el universo otomí-mazahua. Sin embargo, el personaje de la caricatura es un soberano imbécil. Todos los días de su miserable vida, condenado a repetir las mismas necedades. No importa cuántas veces los explosivos le estallen en la cara o cuántas veces se estrelle contra un muro de roca, el idiota vuelve a pasar por las mismas situaciones una y otra vez. No es capaz de distinguir un túnel pintado en un muro de uno real. Hay que ser muy estúpido para ser incapaz de comprender la profundidad de un túnel. Vive todos los días como si fuera el primero. Göethe dice que aquel que no sabe levar la cuenta de mil años se queda como un ignorante en la oscuridad y solo vive el día. Una soberana mierda, Olivera. Todo es un riesgo en las caricaturas. El Coyote vive sometido a la indeseable combinación entre las probabilidades y el hecho de no controlar los peligros. Hay un libro que le recomiendo. Lo escribió un alemán, que no le cause urticaria ese detalle. No todos los alemanes son criminales. Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. No me mira con esa cara, Olivera, alguna vez va a tener que aprender a leer. En fin, la fábula ha sido degradada a su más mínima expresión. Incluso los animales, otrora fuente privilegiada de sabiduría, han comenzado a perder terreno. Fíjese que el otro día vi una caricatura en que el

protagonista es una esponja amarilla, una como esas con las que fregamos los platos. ¿Puede imaginarlo?¡Una esponja para lavar la loza, por Dios!

En ese momento, Olivera estuvo a punto de interrumpir el alegato, pues si había algo de lo que él sabía era de dibujos animados: Bob Esponja, pantalones cuadrados, no era una esponja para lavar loza, sino que una porífera, o esponja de mar, un filo de animales acuáticos que se encontraba enclavado dentro del reino Parazoa, los organismos acuáticos multicelulares más primitivos y simples que se conocen. Eso lo había averiguado en internet. Al ver a Zárate tan acalorado desistió de corregirlo. No habría servido de nada.

Zárate, como buen policía, no resistía plantear una hipótesis sin contar con alguna clase de evidencia. Se acercó al niño, le pidió el control remoto y cambió de canal. Hizo *zapping* por un par segundos. Había cuatro o cinco canales con programación infantil. Una cuestión que al argentino le parecía francamente un exceso.

—Mire, Olivera —continuó— al igual que hay canales que transmiten noticias las veinticuatro horas, hay estaciones de TV especializadas en caricaturas. ¿Cómo puede un niño que está todo el día expuesto a esta clase de basura crecer con alguna dosis de sentido común? ¿Qué clase de moraleja puede extraer un niño de todo esto? ¡Ninguna!

Mientras Zárate pontificaba, Olivera se distrajo viendo qué dibujos animados estaban transmitiendo en ese momento: Vaca y pollito, Pinky y Cerebro y Johnny Bravo. Olivera suspiró y le hizo un gesto para que viniera a sentarse. Se quedó pensando un momento en qué clase de moralejas podía extraer alguien de cualquier de esas caricaturas.

Zárate, resignado, regresó el control remoto al niño y este siguió mirando la tele como si estuviera hipnotizado.

Más tarde, cuando terminaron de comer, Zárate quiso dar un golpe de gracia. Se levantó de la mesa y se sentó junto al muchacho que seguía sin apartar la mirada del televisor. Ahora estaba viendo

un clásico, el Gallo Claudio. Se trata, pensó Zárate, de una caricatura ejemplar, porque precisamente aborda la relación maestro-aprendiz. Sin decir nada, y bajo la atenta mirada de la madre o abuela del niño que fregaba platos en el lavadero de la cocina, Zárate empezó a relatar la fábula del pastor mentiroso. El niño embobado apenas lo miraba. Cuando terminó, le preguntó el niño si había aprendido algo escuchando la historia. El niño miró apenas un segundo al policía argentino, como si lo estuviera estorbando y luego volvió a concentrarse en la pantalla. Zárate se encogió de hombros y le hizo a Olivera un gesto para que regresaran al auto.

—No hay remedio, Olivera. Prepárese, lo que viene es el planeta de los zombis.

Mientras escuchaba a Zárate, Olivera tuvo la sensación de que, en realidad, estaba recordándole la fábula de Esopo a él. Si así fuera, pensó, qué me está intentando decir. Cuál es la metáfora que debo extraer. ¿Quién es el pastor mentiroso? ¿Quién es el lobo?

Sufrieron un desperfecto y no hubo más remedio que sacar el neumático de repuesto. Zárate se quitó la camisa para cambiar el neumático. Curioseando en la cajuela, Olivera encontró un libro. Era la *Odisea*. Abrió las páginas al azar y se dio cuenta de que Zárate había tachado la palabra Ulises y en lugar de eso había escrito Zárate. De hecho, se dio cuenta de que el libro estaba tachado en todos los lugares en que se mencionaba a Ulises. En lugar de eso, ahora decía Zárate. Más allá se dio cuenta de que había otro nombre tachado. En vez de Telémaco, ahora podía leerse Olivera. El paraguayo no tenía ni la más remota idea de cuál era el vínculo que unía a Odiseo con Telémaco. Cerró el libro y sin soltarlo fue a hacerle una pregunta a Zárate. Este, bregaba con las tuercas bajo el sol que rebotaba sobre el asfalto.

Olivera carraspeó fuerte para que Zárate le pusiera atención.

—¿Tiene algún problema, Olivera? ¿Hay alguna cosa que lo distraiga en estos momentos en que su noble servidor se encuentra

cambiando una de las cauchas de mi Bronco?

El paraguayo afirmó con la cabeza, pero tuvo que esperar que pasara un camión para comenzar a hablar.

—¿Es usted homosexual?

—¿Qué?

—¿Quién es Telémaco? — preguntó Olivera.

Zárate se tardó un segundo en darse cuenta por qué Olivera estaba haciendo la pregunta. Sacó la cajetilla de cigarros del bolsillo de su camisa y se recostó sobre una de las puertas de auto. Mientras daba bocanadas al cigarro, Zárate tuvo que explicar de qué se trataba la *Odisea* y el parentesco que existía entre Ulises y Telémaco. Mientras el argentino hablaba, Olivera hojeaba el libro rápidamente.

—Es decir, ¿Telémaco es el hijo de Ulises?

—Exacto, Olivera, exacto.

—¿Conoce a Gasparín? —preguntó Olivera más tarde.

—¿Gasparín?

—El fantasma de un dibujo animado, ¿lo ha visto?

Zárate asintió dándole una bocanada al cigarrillo.

—Una vez, hace algunos atrás, estaba en casa viendo TV, haciendo *zapping*. Me topé con un capítulo de Gasparín. Tuve mucho miedo, muchísimo. Se me puso la piel de gallina, aunque el fantasmita parece ser inofensivo, de hecho, lo es, un fantasma que no espanta a nadie, que se niega a espantar. Tiene, según entiendo, una especie de código moral que le impide hacerlo. Es una postura ética. Se niega a actuar como haría cualquier fantasma. No utiliza su apariencia pálida para causar terror. A pesar de todo eso, me causó un pavor indescriptible.

Zárate se quedó pensando un momento y luego arrojó la colilla al suelo, junto al neumático de la camioneta y la pisoteó.

—No me parece descabellado, Olivera. No me parece descabellado en ningún caso.

Cuando llegaron a Santiago del Estero, Olivera quiso demostrarle a Zárate que había un videojuego inspirado en la *Divina Comedia*. Buscaron por un rato hasta que encontraron un lugar de entretenimientos donde se toparon con un Flipper. Olivera tuvo que mostrarle a Zárate el juego completo, llegar hasta el final y dejarle ver a Koopa, el demonio que custodiaba a la princesa para convencerlo.

—Tienes razón, Olivera. Este juego está inspirado en el más grande poema de amor de todos los tiempos. Definitivamente, el mundo es una mierda. Tal vez a esta clase de idioteces se refiere Friedrich Jameson cuando dice que el posmodernismo es la lógica cultural del capitalismo tardío.

Olivera se quedó mirándolo como si hubiese oído un trabalenguas irrepetible:

—Como usted diga, Zárate, como usted diga.

Poco después de salir de Tucumán, Zárate comenzó a distraer a Olivera con el cuestionario de Proust.

—¿Tu ideal de felicidad? —preguntó Zárate.

Olivera imaginó que vivía con Elisa, en un bosque inmaculado, en una cabaña rodeada de nieve, pero en lugar de eso respondió, simplemente, que su ideal de felicidad era estar en medio de una piscina, sobre una cama flotante, con una buena cerveza helada. Mejor aún, un pequeño *cooler* con media docena —una docena, incluso— de cervezas muy heladas.

—¿Pintor favorito?

Olivera se encogió de hombros.

—El Bosco —dijo Zárate.

—¿Tus autores favoritos en prosa?

Olivera volvió a encogerse de hombros. Zárate dudó un momento y luego dijo que no podía evitar sentir una predilección especial por

Hermann Broch. También por Mijaíl Bulgákov.

Olivera volvió a encogerse de hombros.

—¿Tus poetas?

Esta vez Zárate no esperó la respuesta de Olivera y dijo que su poeta favorito era Oliverio Girondo.

—¿Tu músico favorito?

Olivera se encogió de hombros.

—Mahler —dijo Zárate.

—¿Una figura histórica que te ponga mal cuerpo?

Olivera respondió Stroessner.

—Churchill —dijo Zárate.

—¿Un hecho de armas que admires?

Ambos se quedaron callados.

—Las armas las carga el diablo —dijo Zárate un momento después.

—¿En qué país desearías vivir?

—Suiza —respondió Olivera.

—Portugal —dijo Zárate.

—¿Por qué Portugal? —indagó Zárate.

Olivera no respondió. Se encogió de hombros.

—¿Un héroe de ficción?

Olivera, en el colmo del mal gusto, dijo Superman.

—Aquiles —respondió Zárate—. El de los pies ligeros.

—¿Una heroína?

La respuesta de Olivera fue francamente bochornosa: Sheena, la princesa guerrera.

—Marie Curie —dijo Zárate.

—¿Cuál es el estado más común de tu ánimo?

Olivera se encogió de hombros.

—La melancolía —dijo Zárate.

—¿Qué virtud desearías poseer?

—La paciencia —respondió Olivera.

—La templanza —dijo Zárate.

—¿Cómo te gustaría morir?

Olivera pensó que le gustaría morir en brazos de Elisa, pero en lugar de eso dijo que le gustaría quedarse dormido y morir, simplemente, como si alguien lo desenchufara.

Zárate dijo que le gustaría morir fornicando con Sofía Loren. Precisó un segundo después: haciéndose una paja rusa con Sofía Loren. Un minuto más tarde volvió a precisar: cuando Sofía Loren tenía cuarenta y tantos años. Una diosa. La diosa de las pajas rusas.

Más tarde, Zárate se detuvo en el arcén del camino para echar un vistazo a una descomunal plantación de soja y dio una disertación sobre la agricultura argentina. Advirtió que esas semillas eran transgénicas, genéticamente manipuladas para dotarlas de características que no poseían de manera natural: resistencia a ciertas plagas y herbicidas, mayor tolerancia a condiciones climáticas adversas. La plantación desenfrenada de soja había dañado los suelos, había deforestado indiscriminadamente y había despojado de sus tierras a campesinos y comunidades indígenas.

—Una mierda, Olivera, una mierda.

Miraron apoyados en el capó del auto. A lo lejos se recortaba la silueta de una segadora-trilladora y Olivera volvió a pensar en Los Transformers. Tuvo la sensación de que, en cualquier momento, la maquinaria iba a transformarse en un robot. Le preguntó a Zárate si recordaba a Optimus Prime. El argentino se encogió de hombros y pensó, en cambio, en la parábola del trigo y la cizaña.

—Entre los herbicidas más usados estaba el glifosato, Olivera —continuó Zárate—. ¿Sabía lo que era el glifosato?

Olivera se quedó mirándolo con expresión de pesar.

—Veneno, Olivera. Era veneno. Argentina, Dios mío, estaba regada de veneno. Uno de esos días iban a nacer aquí los primeros mutantes.

Olivera pensó en X-Men, el cómic de Marvel.

Ya de regreso en la carretera, Zárate le preguntó quién mierda era Optimus Prime. Olivera se largó a reír y luego, sin saber muy

bien por qué, se quedó pensando en aquellas misteriosas figuras circulares que, de tanto en tanto, aparecían sobre los cultivos.

Un par de kilómetros más adelante, en una localidad rural, se toparon con un partido de fútbol infantil sobre un descampado. El argentino le pidió a Olivera que se detuviera. El paraguayo se quedó en el auto y desde allí vio a Zárate acercarse a los niños que corrían detrás de la pelota, reunirlos en el centro del campo y convencerlos de dejarlo jugar un par de minutos. A pesar de cuadruplicarlos en edad, su desempeño fue aceptable: ensayó un par de regates, repartió algunas asistencias y estrelló un balón en el travesaño. Se quedó lamentándose con las manos en la cabeza. Regresó al auto jadeando y, a modo de despedida, los niños interrumpieron el partido y le hicieron señas desde la berma, como si se despidieran de una estrella del balompié.

Pocas horas después, estaban en una gasolinera casi en la frontera entre Argentina y Bolivia. La escena parecía un cuadro de Edward Hopper. O una novela de William Faulkner. Un empleado de overol grasiento los atendió. El logo de YPF en la espalda estaba desteñido. Mientras sostenía la manguera de combustible, les preguntó a los policías si iban de viaje. El paraguayo sonrió con desgano, pero Zárate no se rio. En lugar de eso, se quedó mirándolo fijamente y le preguntó al empleado dónde iría si tuviera que buscar a un asesino.

—Yo solo tengo cara de idiota —dijo el sujeto, limpiándose las manos en el overol—. Yo nunca iría detrás de un asesino. Ahora, si no quedara remedio, me escondería. El mejor modo de toparse con un asesino es esconderse. Si el tipo es un asesino, un verdadero asesino, irá detrás de usted y se las arreglará para encontrarlo.

Zárate recordó una frase que Cortázar había puesto en *Rayuela*: "¿Cómo convencerá el asesinado al asesino de que no ha de aparecérsele?". Entonces los policías encendieron cigarrillos y estiraron las piernas y, mientras esperaban que el estanque se

llenara de gasolina, el empleado les contó una historia. Una historia que ninguno de los dos policías entendió del todo; más bien, no entendieron qué relación tenía con sus dudas ni por qué se las contaba a ellos. De cierto modo, fue como si el sujeto del overol y las zapatillas les planteara un acertijo. Como la puta esfinge de Tebas, concediéndoles –o negándoles– el paso al otro lado de la frontera, donde finalmente los aguardaba esa bodega llena de VHS macabros.

—En cierta ocasión —dijo el sujeto—, en algún lugar de la Tierra del Fuego —Spring Hill, se llamaba el sitio—, quedó varada una ballena. Probablemente la había arrastrado la marea; probablemente los tipos que perseguían a los onas la habían llevado hasta allí. El asunto era que los cazadores de onas inocularon a la ballena con veneno y se fueron. Como si la ballena fuera un pavo relleno de Navidad, pero, en vez de frutas y verduras, la llenaron de veneno. Simplemente la dejaron ahí, como una trampa, y se fueron a esperar.

»Horas más tarde, los indios encontraron al cetáceo encallado y fue como si vieran el caballo de Troya. A los indios les encantaba la grasa de ballena y se dieron un festín. Comieron grotescamente, como si supieran que luego iban a morirse. A los pocos minutos comenzaron a sentir los estragos del veneno: dolores atroces, espuma en la boca. Murieron como perros envenenados con estricnina: cerca de quinientos indios; tal vez mil hijos de puta murieron en la playa. Quedaron tirados como peces arrojados por la marea. Imagínense qué porquería —dijo el sujeto del overol—. En fin, si yo fuera un asesino, probablemente envenenaría una ballena y me quedaría esperando en la playa, tomando sol.

Luego dijo que el estanque estaba lleno. Los policías pagaron y se fueron, y atravesaron la frontera.

Recorrieron los miles de kilómetros desde La Quiaca hasta Oruro en catorce horas, turnándose al volante de la Ford Bronco y sin perder de vista un extenso mapa de carreteras. Ambos, cuando iban de copilotos, aprovecharon de dormir. Soñaron con ballenas y

también con ratas envenenadas, pero ninguno de los dos se atrevió a admitir ante el otro que la historia del cetáceo envenenado y de los indios onas les había quedado dando vueltas en la cabeza.

Mientras el paraguayo tuvo su turno de conducir, Zárate despertó sobresaltado.

—He tenido un sueño extraño.

El paraguayo creyó que iba a contarle un intrincado caso policial. Pero Zárate dijo que había soñado con Borges y el paraguayo pensó que iba a hablarle de algún futbolista. Creyó recordar a un jugador uruguayo de apellido Borges. Jugó en Danubio, pensó. Jugador regular, inconstante. Pero Zárate le aclaró que había soñado con Jorge Luis Borges, el escritor.

—¡Borges, Zárate, Borges, por amor de Dios! ¿Los espejos y los laberintos que se repiten infinitamente?

El paraguayo, que llevaba una mano sobre el volante, se encogió de hombros.

—No puedo creer que no haya leído, siquiera oído mencionar, a Jorge Luis Borges. Por eso los policías ya no son como solían ser. Si yo no hubiese leído a Borges, la mitad de los casos en los que trabajé habrían quedado sin resolver. Bastaba leer un cuento de Borges y el crimen se resolvía. Es lo primero que debieran enseñarle a cualquier detective: leer a Borges. Y a Cortázar después. *El perseguidor*, por supuesto, hay que aprendérselo de memoria. Es tan importante como aprender a disparar. En el peor de los casos, leer al chileno Manuel Rojas, pero solo en el peor de los casos. Rojas te ayuda a comprender los crímenes, pero no a resolverlos. A veces, entender es suficiente. Camus decía que un mundo que se explica con malas razones es mejor que un mundo que no se explica de manera alguna. Manuel Rojas, Olivera, no olvide ese nombre, por favor.

Luego le entregó algunos datos biográficos para que entendiera de quién estaban hablando.

—Borges pudo ganar el premio Nobel —dijo Zárate—. Sin embargo, cuando todo hacía suponer que los suecos se lo darían, a Borges se le ocurrió ir a recibir a Santiago de Chile un premio literario o una puta medalla de manos del mismísimo Pinochet. Ahí se acabó todo. Ya no hubo Nobel. Los rumores —que yo creo— dicen que recibió un telefonazo desde Estocolmo indicándole que ganaría el premio con la condición de que no fuera a recibir la medallita de Pinochet. Y Borges… bueno, Borges era argentino. El tipo que escribió *La lotería de Babel* no iba a permitir que un burócrata escandinavo le dijera qué podía hacer o no. Capaz que si no le decían nada. Está todo podrido, Olivera. El asunto es que acabo de soñar con Borges.

—¿Y de qué era el sueño? —preguntó Olivera.

En el sueño, Zárate era oftalmólogo. Uno de renombre. Una eminencia.

—¿Y qué tenía que ver eso con Borges?

—Bueno —dijo Zárate—, Borges era ciego. Perdió la vista antes de los cincuenta años. Antes de los treinta lo habían operado de cataratas; fue la primera de ocho intervenciones que no evitaron la ceguera. Parece teleserie de la hora de almuerzo, pero es cierto. Le recomendaron que, para evitarlo, racionara las horas que dedicaba a la lectura, pero él insistió en leer como hacía siempre y desde siempre. El asunto es que, en el sueño, siendo ya un anciano, Borges fue a verme a mi consulta. Me di cuenta de que la mujer que lo acompañaba —probablemente María Kodama, no alcancé a verla bien— lo había llevado contra su voluntad, a regañadientes. La mujer me habló como si yo fuera un obrador de milagros. Dijo que mi fama me precedía. Me besó las manos. Dijo que tenía puestas en mí sus esperanzas de que Borges recuperara la visión.

Como vi a Borges desinteresado, le pregunté qué opinaba. Y Borges disertó durante un cuarto de hora sobre autores que yo no había escuchado en mi puta vida. Disertó sobre oftalmólogos pretéritos, de nacionalidades y trayectorias inimaginables, probablemente historias que inventó en el momento, como si

estuviera relatándome un cuento donde describía infinitas enfermedades oculares. En cuestión de minutos armó una enciclopedia apócrifa de oftalmología. Qué digo una enciclopedia: improvisó allí mismo, en la consulta inmaculada, toda una tradición literaria de la oftalmología.

Hubo un tira y afloja hasta que finalmente lo convencí de que me permitiera examinarlo. Y entonces descubrí que no estaba ciego. Apenas lo examiné, me di cuenta de que su vista, salvo la inevitable presbicia, estaba perfecta. Descubrí que Borges había mentido todos esos años. Me quedé mirándolo y Borges también me miró a mí. Nos quedamos mirándonos fijamente y entonces tuve la certeza de que Borges era un asesino. Un asesino en serie. Un tipo sin remedio. Lo vi con claridad y el terror que me causó dejarlo al descubierto hizo que yo le dijera a su mujer que la ceguera de Borges no tenía remedio.

—¿Y luego?

—Luego el sueño se volvió incoherente, como todos los sueños.

—¿Y quién era María Kodama? —preguntó el paraguayo, que ahora llevaba las dos manos sobre el volante—. ¿La cómplice del asesino?

—No. Era la mujer de los últimos años de Borges. Una japonesa. O argentina de apellido japonés. O ambas cosas a la vez.

Después el viaje continuó, aunque ahora manejó Zárate porque el paraguayo se quejó del dolor de espalda y de los malestares lumbares que lo perseguían desde hacía años.

—Hay una anécdota interesante —dijo Zárate—. Bueno, tal vez alguien como usted no llegue a apreciarla. Borges nunca escribió una novela, lo que le negó un lugar de privilegio en el Parnaso de los grandes narradores del siglo XX. Decía que la novela era un vicio tautológico, una serie finita de repeticiones finitas. Pensada así, la novela era una función. Una máquina de producir discursos redundantes. Tampoco leía a muchos novelistas y, en caso de hacerlo, se limitaba a los clásicos, no a sus contemporáneos, menos aún a autores más jóvenes.

Por eso no sabía quién era un joven novelista peruano que fue a visitarlo una vez a su departamento. Era Mario Vargas Llosa. "¿Mario Vargas qué…?", debió preguntar Borges, que con algo de fortuna recordaba solo a Mario Vargas Vila. El asunto es que el peruano miró a su alrededor y le pareció demasiado mendicante la vivienda, y se animó a decírselo. Lo único que debió ver fueron torres de libros polvorientos. ¿Cómo era posible que un maestro de las letras, un señor de la literatura hispanoamericana, viviera en un lugar así? Bla, bla, bla. Borges dio por terminada la reunión en el acto, algo disgustado. Al día siguiente le comentó a un amigo que había sido visitado por un joven peruano y que no sabía exactamente a qué se dedicaba, pero que presumiblemente trabajaba en el rubro inmobiliario, porque le había dado un discurso con la clara intención de venderle un nuevo departamento. Notable.

Kilómetros más adelante, Zárate dijo:

—Quiero ser claro en algo. Yo no olvido que Borges y Sábato fueron a reunirse con Videla poco después del Golpe. De eso no me olvido.

Se detuvieron en algunas gasolineras a fumar y a estirar las piernas, y comieron en sitios ubicados en la berma del camino. Zárate pensó que sería una buena idea escribir una novela que transcurriera íntegramente en bencineras: una banda de tipos que viajaban por toda Sudamérica haciendo explotar dispensadores de gasolina mientras Estados Unidos invadía Irak. Para distraerse, contaron chistes de Sherlock Holmes. Zárate se desternilló de risa cuando el paraguayo le contó uno. Watson le decía a Holmes que la lámpara del cuarto de baño estaba averiada: cuando abría la puerta, la luz se encendía; cuando la cerraba, se apagaba. Elemental, Watson: has meado en la nevera. Envalentonado por las risotadas de Zárate, el paraguayo embistió con otro chiste. Cuando Dios hizo el mundo, decidió otorgar dos virtudes a cada nación. A los ingleses, por ejemplo, los hizo ordenados y respetuosos de la ley. A los

alemanes, tenaces y estudiosos. A los japoneses, trabajadores y pacientes. Y así sucesivamente: todos los pueblos y naciones pasaron delante de Dios, que, compasivamente, les entregó dos cualidades. Cuando llegó a los paraguayos, dictaminó que serían inteligentes, honestos y políticos. Aquello llamó la atención de uno de los ángeles, quien hizo notar que a todas las naciones se les habían concedido dos virtudes, mientras que a los paraguayos se les habían otorgado tres. Debíamos ser cautelosos, dijo el ángel, porque eso podía hacer que los paraguayos prevalecieran sobre el resto de las naciones. Sentaría un mal precedente, explicó, y comenzarían las habladurías sobre favoritismos. Caramba, dijo Dios, tienes razón, y se quedó pensando un momento. Era un problema ético y legal, puesto que los dones divinos no podían ser retirados. Y, sin embargo, había que remediarlo. Pensó de nuevo, atusándose la larga barba blanca, y al fin exclamó: Eureka. Los paraguayos conservarían esas tres virtudes, pero, para mantener el equilibrio, se añadiría una cláusula: ningún paraguayo podría ejercer simultáneamente las tres. De ese modo, cuando un paraguayo se volvía político y honesto, dejaba de ser inteligente; si era inteligente y político, no podía ser honesto; y si era inteligente y honesto, jamás podría ser político.

Esta vez Zárate rio con discreción y dijo que, en realidad, ese chiste podía aplicarse a cualquier nación latinoamericana.

También contaron otras historias. Historias de crímenes sin resolver. Hablaron de futbolistas argentinos y paraguayos. El paraguayo mencionó a Cayetano Ré, Delfín Benítez Cáceres, Arsenio Erico y Julio César Romero. Zárate habló de Maradona, de Alfredo Di Stéfano, de Kempes y de Passarella, y cerró los ojos e imaginó un partido disputado por todos ellos en la Pampa argentina. El partido se jugaba a pies descalzos. Luego no pudo evitar pensar que el Mundial del 78 era, de algún modo, una infamia; bajó la ventanilla y escupió hacia la carretera. Después habló de los goles de Maradona a los ingleses y, mientras los relataba, parecía en realidad que Maradona era un piloto de guerra a bordo de un A-4 Skyhawk y que

Peter Shilton era un portaviones, o, en cualquier caso, un buque británico.

Luego especularon sobre el lugar del planeta donde nacería el próximo mejor jugador de fútbol del mundo. Zárate pensó, desde luego, que sería en Argentina. El paraguayo creyó que sería africano. En ningún caso sería paraguayo, pero tampoco brasileño.

—¿Africano? —preguntó Zárate.

Olivera se encogió de hombros.

Después bostezaron. Más tarde, con el mapa de carreteras sobre las piernas, el policía guaraní le explicó a Zárate algunas batallas de la Guerra del Chaco. Luego le contó que el otro día había visto una extraña película de zombis. Eso era habitual, dijo: las películas de zombis eran habituales. Lo inusitado era que, en esa película, los zombis aparecían en los campos de batalla de la Guerra del Chaco. Era una película paraguaya o, en cualquier caso, una coproducción boliviano-paraguaya. Trataba sobre una especie de virus que los soldados comenzaban a transmitir por medio de mordidas y saliva. La guerra terminaba convirtiéndose así en una pelea a mordidas entre muertos vivientes. Además, como los zombis no morían, el enfrentamiento amenazaba con eternizarse y, lo que era peor, con extenderse: primero a Bolivia y Paraguay, luego a Brasil, Argentina y Chile, como había ocurrido con las dictaduras de los sesenta y los setenta. Después vendrían Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela y, desde ahí, toda Centroamérica. Tal vez —solo tal vez— los gringos lograrían detener a los zombis en sus fronteras. En fin, toda América quedaba afectada por una plaga de zombis.

En la película, finalmente, los mandatarios de Bolivia y Paraguay decidían que había que tomar cartas en el asunto para evitar que la situación se saliera de control y enviaban un nuevo ejército, compuesto por médicos además de soldados. Se desplegaban por los campos de batalla con trajes especiales y esas máscaras que se usaban en la Edad Media para evitar la peste negra. Al final, tras mucho bregar, lograban matar a todos los zombis y los arrumaban e

incineraban como si fueran neumáticos. Por eso la película se llamaba Carne, o algo parecido.

Zárate también contó historias. En rigor, contó el sueño que había tenido una tarde mientras el paraguayo conducía.

En el sueño, había invitado a Jorge Videla y a Leopoldo Galtieri a tomar el té a su casa. Preparó té en hebras y galletas horneadas. Cuando al fin llegaron los invitados, no estaban vestidos con uniforme, sino con polleras y pelucas de mujer. Videla llevaba una peluca rubia; Galtieri, una pelirroja. Fingían no ser Videla y Galtieri, aunque era evidente que lo eran. Tomaron té y rieron, tapándose la boca con la mano.

Luego retiraron las tazas y los platillos y desplegaron un mapa de las islas Malvinas sobre la mesita. Comenzaron a discutir alrededor del mapa. Zárate no entendió muy bien de qué hablaban; creyó, incluso, que planeaban la apertura de una tienda de ropa.

En plena conversación, alguien golpeó la puerta. Zárate no esperaba a nadie más y caminó hacia la entrada, sorprendido. Al abrir, apareció nada menos que Manuel Belgrano, quien saludó cortésmente al dueño de casa y a las ancianitas que fingían ser Videla y Galtieri. Todos se pusieron súbitamente nerviosos, todos menos Belgrano, como si estuvieran a punto de ser descubiertos en alguna fechoría.

De pronto, el salón comenzó a llenarse de cadáveres. Zárate, desesperado, tomó una escoba y empezó a barrerlos debajo de la alfombra. Pero eran demasiados cuerpos y la alfombra no daba abasto. Manos y pies asomaban por los bordes. Ni hablar del olor. Videla y Galtieri se taparon la nariz, espantados por el hedor, pero Belgrano no notó nada extraño y, en cambio, se puso a hablar de las bondades del Virreinato del Río de la Plata.

Entonces Zárate despertó, porque el paraguayo tuvo hambre y se detuvo.

Cuando finalmente llegaron a Oruro, rentaron una habitación doble en un hotel de tres estrellas. Salieron de inmediato a quitarse el viaje de encima. Dieron algunas vueltas y encontraron una tienda donde vendían máscaras e indumentaria para el carnaval. Zárate quedó maravillado con las fabulosas caretas de figuras demoníacas.

Era mediodía y buscarían el lugar esa misma noche, pero antes querían descansar. Antes de almorzar tomaron una ducha y luego Zárate llamó a alguien en Buenos Aires. Informó que ya estaban en Oruro y que esa noche irían al sitio identificado. Mientras lo oía hablar, el paraguayo se miró los ojos en el espejo y creyó, por un momento, que el reflejo le devolvería la imagen de Bruce Willis. Imaginó, un instante después, una explosión descomunal en el vestíbulo del hotel. Imaginó a Elisa desesperada en Asunción, preocupada por la suerte que él podía haber corrido, exigiendo viajar hasta Oruro para remover personalmente los escombros.

La promesa de Zárate era cierta: el hotel tenía piscina. Pasaron allí toda la tarde. El aire olía a bronceador de coco, y alrededor había gente en traje de baño y niños con flotadores. Durmieron en las reposeras y también nadaron. En rigor, Zárate apenas metió los pies en el agua. El paraguayo nadó y se sumergió varias veces; mientras lo hacía, cerró los ojos y, al abrirlos bajo el agua, tuvo por un momento una sensación extraña. Sintió que ya no estaba en una piscina, sino mar adentro. La piscina estaba oscura y creyó hallarse en medio del océano Atlántico o del Pacífico. Le pareció ver, a lo lejos, una ballena sumergiéndose. Sintió miedo, pero permaneció inmóvil. Luego creyó distinguir a un centenar de indios onas esperándolo al borde de la piscina. Braceó desesperado para salir y descubrió que estaba a salvo, en la piscina del hotel.

Le contó la sensación a Zárate. El argentino, fumando, le dijo que no era extraño. Ser policía era como sumergirse en una piscina y de pronto sentir que se nadaba en un mar torrentoso. Quien era policía —un policía de verdad— terminaba siempre ahogándose o

naufragando. Era cierto, añadió: había policías que apenas se animaban a mojar los pies en la orilla de la playa en un día bullicioso de sol; otros retozaban en piscinas inflables o se arriesgaban en piscinas cloradas, con buenas dotaciones de salvavidas. Pero los verdaderos policías acababan nadando mar adentro, aunque se hubieran arrojado en una piscina. A veces, incluso, terminaban nadando en un pantano y lo que encontraban allí ya no los dejaba salir. Nunca.

—¿Y tú? —le preguntó el paraguayo—. ¿Dónde estás nadando?

Zárate no respondió. Cerró los ojos y se imaginó de pie junto a una piscina abandonada, seca, con la pintura resquebrajada, llena de hojas secas en medio de un jardín descuidado. El paraguayo, por su parte, tuvo una imagen fugaz de la piscina de un crucero atestado de turistas. No dijeron nada más. Luego Zárate continuó leyendo —o más bien releyendo— *Cuarteles de invierno*, aunque no sabía por qué le gustaba tanto. En realidad, mientras la leía, tenía la certeza de que no le gustaba. Dejó la novela olvidada sobre la reposera y, mientras subía las escaleras, pensó que su vida parecía un cuento escrito por Osvaldo Soriano y no estaba seguro de si eso le resultaba agradable.

—Deberíamos llegar hasta La Paz, Olivera. Creo que usted debería conocer el Hernando Siles. Ese lugar daba miedo. Miedo de verdad.

Antes de salir, cuando anocheció, Zárate tomó dos aspirinas. Era una recomendación de su cardiólogo, explicó. A bordo de la camioneta recorrieron Oruro en busca de la dirección. Encendieron la radio, donde sonaban boleros que el argentino tarareó en voz baja. Zárate le preguntó a Olivera con quién jugaba Paraguay en la próxima fecha de las eliminatorias y este fingió hacer memoria, aunque en realidad no tenía la menor idea. Esa noche, todos sus pensamientos estuvieron ensimismados en Elisa Feldman. La imaginó sola en su departamento, sentada en el sofá, comiendo helado a cucharadas mientras veía televisión. También a imaginó en

pijama, de pie frente a un refrigerador casi vacío, observando el halo helado que salía de su interior.

Rodearon el estadio Jesús Bermúdez, donde jugaba de local el José Wilstermann, que a esa hora, completamente a oscuras, tenía un aire tétrico, a pesar de ser un recinto de mediana capacidad. El paraguayo le preguntó a Zárate qué harían si encontraban la videoteca. Si la historia era cierta, estarían hablando de miles de videocintas.

—Probablemente tendremos que arrendar un camión frigorífico —dijo el argentino—. Fingir que llevamos carne. Sobornar a alguien en la frontera.

—Esa es la parte más simple —respondió el paraguayo.

Cuando llegaron al sitio, creyeron haberse equivocado, o que alguien se había burlado de ellos. Al paraguayo, de hecho, le dieron ganas de reírse. Pensó que sería un alivio que todo fuera una broma. Dieron varias vueltas hasta convencerse de que el lugar señalado por los informantes era un parque de diversiones abandonado en la periferia de Oruro. En rigor, se trataba de juegos mecánicos dejados a su suerte.

Estacionaron en la oscuridad y rompieron el candado que cerraba el paso. Había un cartel que advertía *Cuidado con el perro*, pero ya no quedaban perros. En medio del amasijo de metales, de los caballitos polvorientos del carrusel y de unos rieles desarmados —probablemente de una montaña rusa— encontraron una casita del horror. Encendieron las linternas y entraron. Estaba vacía, y ese vacío causaba miedo. Zárate pateó algo y creyó que era un cadáver, pero resultaron ser muñecos de fantasmas y monstruos de gomaespuma.

Tal vez para ahuyentar el miedo o la ansiedad, el argentino hizo alarde de sus conocimientos excéntricos. Dijo que la primera *casita del terror* había sido construida en Liphook, una localidad del condado de Hampshire, en 1915.

—Era una especie de feria ambulante —explicó— que incluía laberintos de espejos, ruedas giratorias y suelos movedizos

accionados por mecanismos a vapor. Un poco antes, en 1904, durante la Exposición Universal de Saint Louis, existía un recorrido que simulaba el descenso de Dante a los infiernos. Intentaba representar, gráficamente, lo que nos esperaba después de la muerte.

Al cabo de un momento, Zárate, que comenzó a tener la sensación de que no encontrarían lo que buscaban, continuó:

—Olivera, la historia de América Latina es como la casa del terror de un parque de diversiones abandonado. Da miedo, pero también despierta una forma extraña de lástima. Si uno mira con atención, el continente entero parece un salón de espejos. Hay horror y espejos que lo devuelven una y otra vez, hasta el infinito. Un infinito cada vez más cercano. Como en los espejos de los autos, los objetos están siempre más cerca de lo que aparentan. A veces, Olivera, esos espejos se rompen. El piso queda cubierto de fragmentos. Y aun así seguimos mirando ahí, entre los restos. Vivimos bajo una noche de cristales rotos. Qué digo noche: los cristales están desparramados a plena luz del día, bajo un mediodía soleado que quema y enceguece.

Olivera, por su parte, no logró sacarse de la cabeza una de las frases de Zárate: "hay horror y muchos espejos que reflejan ese horror hasta el infinito".

Estaban a punto de rendirse cuando el paraguayo golpeó algo en el suelo que por poco lo hizo tropezar. Iluminó con la linterna mientras apartaba el polvo y la basura con el pie. Era, evidentemente, una portezuela. Zárate tragó saliva y se quedaron un momento mirándose. A lo lejos oyeron el ulular de una ambulancia o de una patrulla de la policía boliviana.

El paraguayo se agachó, tomó la empuñadura y la levantó sin proferir un quejido. La boca de un lobo. Iluminó con la linterna y descubrió una escalera que conducía a un sótano. Ya no tuvieron ninguna duda.

—Pasá vos primero —le dijo a Zárate—. Llevás toda una vida esperando este momento.

LO QUE DIJO MANTECOL

Era la noche del 6 de octubre de 1977. Pasta de maní y jarabe de glucosa. 6 de octubre. Faltaban treinta y tres días. Lo vi salir, trastabillando. Desorientado. Yo contaba los días. Los marcaba en un calendario. Encerraba en un círculo rojo los días que faltaban. La banda sangre. Yo lo vi salir. Miró hacia atrás un par de veces. Yo sabía quién era. A mí no me engañan. Yo caminaba todo Buenos Aires con los zapatos rotos. Me cantaban la canción de Los náufragos. Yo seguí a Zárate. Y entré al departamento que arrendaba en La Boca. Un dormitorio, una sala de estar, una cocina y un baño húmedo. Yo no soy estúpido, solo lo parezco. Me senté a escuchar todas sus cintas de casete. Tenía un reproductor Sony y allí las escuché sentado en una silla de su cocina. Todas. Era como volverse pequeño y entrar dentro de la cabeza de Zárate. Cerré los ojos e imaginé, igual que él, a la Bombonera custodiada por dragones. Dragones en todos sitios, especialmente en la bandeja de la Doce. Me imaginé como un criador de dragones. Los dragones sobrevolaban la cancha y arrojaban fuego cuando el equipo salía al campo. En los días soleados, sus sombras cubrían sectores del césped como si fueran zepelines. ¿Quién iba a atreverse a poner un pie sobre la Bombonera si estaba custodiada por dragones? Escuché todas las cintas y supe quién era, realmente, Zárate, aquel que decía haber trabajado en SCANIA, en Tucumán. Mentira. Zárate nunca había ensamblado una caja de cambios. Un burro frente al piano, Zárate delante de una caja de cambios. Zárate había nacido en Avellaneda. Después de que escuché las cintas comencé a seguirlo.

Zárate daba muchas vueltas por La Boca. Soy bueno escondiéndome. No me vio. Ni siquiera sospechó.

Lo vi entrar y salir de la casa del teniente el 6 de octubre de 1977. Entré a advertirles. Tenía que advertirles a los pibes de Leónidas. Los chicos me dejaron pasar, riéndose. Estaban de buen humor. Ellos me conocían bien. Muy bien. Ellos me habían hecho un encargo. Un encargo importante, dijeron. Una cuestión de vida o muerte. Me dieron un mapa de la ciudad. Tenía muchas equis y estrellas de David dibujadas con el lápiz recargado. Así dibuja el odio. Me dijeron que en esos lugares vivían familias judías. Me dijeron que yo debía investigar. Averiguar los horarios en que entraban y salían. Todo lo que hacían. Debía convertirme en su sombra. Averiguar todo sobre sus amigos y sus novias. Todo. Iban a pagarme. Cuánto, quise saber. Y me dijeron que iban a pagar con Mantecol. Un cofre con Mantecol.

Yo lo habría hecho gratis. Ellos me conocían. Yo caminaba todos los días por la ciudad. Yo leía los carteles de los negocios y anotaba. Negocios textiles. Fabricantes. Jersey. Polidón. Piqué. Interlock. Friza. Jegging. Rib. Deportiva. Yo recorría y anotaba. Anotaba todos los lugares en los que había una estrella de David. Plaza Lavalle. El Once. Boca-Barracas. Villa Crespo. Flores. Zárate vio mis notas, pero no entendió nada. Zárate tenía ojos, pero no veía. Tenía alma, pero no sentía. Zárate habló de Las Termópilas y me dijo que Elfiates debería haber muerto al nacer, que sus padres debieron arrojarlo desde un risco hacia un acantilado. Yo también debería haber muerto. Yo nací con el cordón umbilical amarrado en mi cuello, como una bufanda. Por eso a mi mamá no le gusta verme con nada en el cuello. Ni siquiera corbata le gusta que me ponga. Por eso me ruega que nunca acepte un trabajo de oficinista. En lugar de eso quiere que yo busque trabajo en una YPF. Un overol es mejor que una corbata, me decía. No recuerdo la última vez que me dejó usar cordones en las zapatillas. Yo debería haber muerto. Una vez me até una correa al cuello y mi mamá me zarandeó hasta que sus brazos se cansaron.

Me gustaba escuchar las historias de Zárate. Me contó como un puñado de espartanos resistieron en un desfiladero frente a un ejército de tropas incontables. Fiambrerías y rotiserías. Estrellas de David. Azúcar y aceite de palma. Yo tomaba nota. Me protegía del sol o de la lluvia en la sombrilla del Gran Templo de Paso y tomaba nota de los que entraban y salían y cuando me acordaba entregaba algunas notas a los chicos, que parece se habían olvidado de su encargo, y cuando vieron los garabatos se quedaron mirándome con expresión de miedo y después se rieron y me dijeron, bien hecho Mantecol. Bien hecho, repitieron y me despeinaron y doblaron algunas de mis notas y las guardaron en los bolsillos de sus pantalones y me invitaron a una cerveza, pero yo prefería Coca-Cola. Coca-Cola y Mantecol. Claras de huevo y aceite de soja, también. Se sorprendieron de que yo hubiese sido capaz de conseguir la información, porque ellos, en el fondo, también me consideran un idiota. Pero no les entregaba todo. No.

Yo caminaba. Caminaba, igual que los hebreos por el desierto y eso no me hacía mucha gracia. No me hacía ninguna gracia. Entre Córdoba y Pueyrredón al norte y al este. Callao y Rivadavia al sur. Congregación Yesid Hadat. Pasteur. La sociedad del entierro. Larrea N° 744. La escuela Scholem Aleijem. Trajes de medida fina. Sastrería de J. Tesler. La favorita de la colectividad israelita. Pasteur 663. La organización hebrea argentina. Sarmiento. La escuela Natan Gesang. Escuela talmud Torá Harishowo, Dr. Herzl. Las cortinas cerradas los sábados. Oriné sobre una de las cortinas. Confitería León Paley. Avenida Corrientes 2317. Confitería Comercial Alter Karpovsky, Corrientes, entre Junín y Uriburu. Fiambrería de Mendel Szmedra, en la calle Uruburu entre Lavalle y Tucumán. El diario israelita. Librería Sigal. Teatro Idish. Sociedad de actores judíos. Bar León. Escuela I. L. Peretz. Asociación israelita latina. Por eso me dejaron entrar. Me dejaron entrar.

Con los chicos teníamos un juego. Un juego. Ellos no me creían que yo sabía de las batallas de la Guerra Mundial. La Segunda. Me desafiaban. Ellos no sabían que yo relataba las batallas como si

fueran partidos de fútbol. Zárate sabía y entendía, pero Zárate es traidor. No es de Boca. Es de Racing. Yo no olvido una cara nunca. Yo vi su cara en el Cilindro. Lo había visto con la albiceleste de la Academia. Soy un fisonomista inmejorable. Reconozco un rostro, aunque pasen muchos años. Sí, yo podría ayudarles a reconocer muchos rostros en la calle. Todos. Bastaría que me muestren una foto. Yo no olvido un rostro. Nunca. Muchas personas pensaban que yo hablaba incoherencias, pero yo relataba las batallas conocimiento de causa. Zárate entendía, pero es traidor. Los chicos me desafiaban. Tomaban un libro y me preguntaban. Invasión de Polonia, me decían y yo empezaba a relatar: Al amanecer del 1 de septiembre de 1939, Alemania atacó por sorpresa a Polonia: el grupo del Ejércitos Norte se adentraba desde Pomerania y Prusia Oriental; mientras el Grupo del Ejércitos Sur se internaba profundamente en el sur polaco desde Silesia y Eslovaquia. Antes de gastar energías…tome energías. ¿Tomó hoy su jugo Pindapoy con el desayuno? Puro 100 por 100 vitamina C Natural. Los polacos se desplegaron demasiado cerca de la frontera alemana y facilitaron involuntariamente la estrategia de envolvimiento nazi. La poderosa Luftwaffe destruyó la fuerza aérea polaca en cuestión de días y dejó al ejército polaco a merced de las divisiones panzer nazis. YPF. Aquí es donde usted debe cerrar el círculo. Lo mejor para su coche es lo mejor para el país. Y los chicos se reían de buena gana. Decían, por ejemplo, batalla naval de Guadalcanal y yo empezaba: Pese a ser derrotado en el Campo Henderson en octubre, Japón envío un convoy con 13.000 hombres para reforzar sus efectivos terrestres en el Guadalcanal. Un auto ese esencialmente una máquina y cuando usted compra FIAT compra la mecánica más fina del país. De cada diez personas, tres compran FIAT; las siete restantes eligen entre seis marcas distintas. FIAT, con sensatez. O me pedían el desembarco de Normandía, que era el favorito de Zárate. Yo sabía muchos detalles de Normandía. Ese relato duraba tres horas y a veces, casi siempre, los chicos se aburrían y se iban y a veces ni siquiera me daban un Mantecol. Era un relato largo. Yo empezaba

cuando los soldados estaban dentro de los ferris y yo decía que estaban en los camarines esperando salir a la cancha y la cancha eran las playas de Omaha. Me hablaban de Kristallnacht. Me decían que iba a suceder lo mismo, en Buenos Aires. Para eso, me dijeron, son las notas que tú tomas, buen Mantecol. Dulce Mantecol. Mantecol, el gran postre para toda la familia. Cacao en polvo.

Mi mamá también sentía curiosidad por mis anotaciones. Yo me sentaba en el comedor a ordenar los apuntes y ella me preguntaba qué era todo eso. Preguntaba, qué es que anotás tanto, hijo. Trabajo, decía yo. Trabajo repetía, pero ella no entendía nada, pero se sentía orgullosa de que yo invirtiera las horas en algo. Algo útil. Por la vida contento voy, saboreando el rico Mantecol. Yo veía siempre los avisos en Anteojito. Mantecol, el postre de maní creado por Georgalos en 1940. Infaltable en las mesas navideñas, sus ventas nunca pararon de crecer. Qué rico es Mantecol. En 1940. Se les ocurrió el Mantecol el mismo año en que el ejército nazi invadió Holanda. Tal vez por eso sabe tan bien. 10 de mayo. El mismo año en que cayó París. 14 de junio. Yo sabía esas cosas. Tengo buena memoria, por eso no olvidé el rostro de Zárate. Zárate olía a Guardia Imperial. No hacía falta que me explicaran. Yo até cabos. Me di cuenta cuál era el propósito de las anotaciones que me pedían tomar. Una noche, en la Glorieta, les pregunté si iban a matar a los judíos de Buenos Aires. Son demasiados, les dije. Shss, farfullaron y me llevaron afuera de La Glorieta. ¿Van a matarlos como en Jedwabne? Ellos quisieron saber qué era Jedwabne. Un pueblo al este de Varsovia, en Polonia. El 10 de julio de 1941, durante la ocupación alemana, los católicos del pueblo masacraron a todos los judíos. Eran mil seiscientos. Los mataron a golpes y los quemaron vivos en un pajar. ¿Mil seiscientos?, preguntaron. Planeamos algo mejor que eso. Mejor que eso. ¿Mejor que mil seiscientos? Mejor, mejor, dijeron y yo empecé a contar con los dedos, pero apenas llegué al setenta y tres y eso me pareció demasiado. Me quedé sin respiración mientras contaba y me atraganté con saliva mientras contaba.

En mi casa había una máquina de coser. Mi mamá es costurera. Ella cose banderas de Boca. Esto tengo que decirlo en vos baja porque a mi mamá no le va a gustar que les cuente esto, aunque ustedes sean policías. En voz baja. Mi mamá también bordaba los símbolos del uniforme nazi en las camisetas de Boca. Los pibes iban a la casa y se probaban las remeras frente al espejo del baño. Calaveritas junto a la insignia de Boca y en las mangas. Los oía decir "Heil, Hitler" y mi mamá, con los alfileres en la boca, les decía que se dejaran de pavadas, Hitler murió hace más de treinta años en un búnker hediondo a axila. No se muevan, pendejos, que los voy a pinchar con los alfileres, y los chicos decían que no eran pavadas y volvían a hacer el saludo mirándose en el espejo y decían que Hitler estaba sano y salvo en una casa de cuento de hadas en Bariloche, comiendo alfajores con dulce leche, haciendo los preparativos para un Reich Argentino. Hitler pasaba los días haciendo muñecos de nieve. Un Reich de Mantecol, decía yo. Los pibes decían que Hitler iba a nombrarme ministro del Mantecol. Ese reino iba a incluir todo Sudamérica. Desde Panamá hasta Guatemala iban a quemarlo todo. Un descampado con pistas de aterrizaje. La Pampa también, un aeropuerto gigante. Déjense de decir pendejadas, decía mi vieja. ¿Qué les enseñan a ustedes en la escuela? Los chicos se reían y después se ponían serios y volvían a mirarse en el espejo. Yo también quería los símbolos en mi remera, pero mi mamá decía que era una pelotudez. Me encerré en el baño con un cuchillo. Amenacé que iba a cortarme. A la mañana siguiente, sobre mi cama estaba la camiseta con las calaveritas bordadas en el pecho. No volvás a encerrarte en el baño, Facundo. Mi mamá no me dice Mantecol, ella me llama Facundo. Es extraño que lo diga ella porque también se encerró en el baño una vez y gritó y estrello algo contra el botiquín. Todavía recuerdo el estrépito de los cristales, de los cristales rotos.

Quiero saber si estoy en problemas. A mí mamá no va a gustarle si estoy en problemas. Lo sé. Sé que no debo decirle nada de esto a Zárate. Zárate huele a Guardia Imperial. Yo sé distinguir el olor de

todas las barras de Buenos Aires. Tengo buen olfato. ¿Volveré a verlo? ¿De qué depende?

El 6 de octubre de 1977 me dejaron entrar. Me quedé mirando las gallinas. Las manos sobre la malla metálica del corral. ¿Quieres huevos, Mantecol? A Mantecol le gusta la tortilla dijo alguien. No me moví. Yo odiaba a Víctor Marchetti. Uno de los chicos me dijo que, entre las gallinas del corral, estaba Marchetti. Quiero verla, le dije. Búscala, me dijo. Me abrieron las puertas del gallinero. Estaban todos riéndose. Las gallinas cacarearon. Me puse a buscar, a sostener entre mis manos los cartelitos con los apellidos. ¿Qué dice acá? La-bru-na. No es esta. Pa-pa-pa-sa-sa-re-lla. Tampoco esta. ¿Y acá? Ca-Ca-rri-zo. Había un gallo con una remera diminuta de Boca. Me miró fijamente, como si yo fuera el arquero al que iba a patearle un penal. Me dio un poco de miedo esa mirada, pero decidí tragármelo y seguí hurgueteando. La gente piensa que soy imbécil, pero no lo soy. Busqué hasta que encontré a Marchetti. Me costó muchísimo atraparla. Cuando salí con ella, los chicos me dijeron que podía hacer con ella lo que quisiera. ¿Lo que quiera? Yo quería cortarle el pescuezo. Uno de ellos me dijo que por qué mejor no garchaba a la gallina. ¿Haces cuánto que no garchas, Mantecol? Me reí y dije que no, aunque sentí una cosquilla allá abajo. No. Había un tocón de un árbol y un hacha.

Yo los había visto. Cuando estaban aburridos los chicos tomaban a una gallina y le cortaban la cabeza con el hacha y a veces las desplumaban con agua caliente y hacían un caldo y mientras tomaban esa sopa se reían de River. Sopa de gallina, decían. Les dije que quería cortarle la cabeza a Marchetti y dijeron por qué no. Ellos opinaban que había otros que merecían la muerte antes que él, pero no tenían objeciones. Marchetti a la guillotina. Puse la gallina sobre el tocón que daba aletazos y cacareaba y ellos la sujetaron y yo dejé caer el hacha. Por poco corto la mano de uno de los chicos. Este pibe, dijo alguien, parece un personaje de Horacio Quiroga. Quise saber quién era Horacio Quiroga y me dijeron que era el centrodelantero de Temperley, pero yo sabía que no había ningún

nueve de apellido Quiroga en Temperley. No hay ningún Quiroga en Temperley, dije y ellos dieron carcajadas ruidosas. No se le va ninguna a este Mantecol, dijeron. Quedé sucio de sangre, riéndome. Unas gotas me saltaron en una mejilla. Marchetti ya no va a volver a marcar ningún gol, sentenció alguien. Entonces, me quedé mirándolos fijo y hablé seriamente. Les dije: Quiero hablar con el teniente. Ahora. Ahora mismo. Cuál teniente, dijeron. El teniente. ¿Qué sabés vos del teniente?, preguntaron rodeándome y frunciendo el ceño. Arrojaron sus cigarros al suelo. Lo suficiente, dije yo. Sé que sirvió en los campos de concentración. Sé que tiene un uniforme gris verdoso con los entorchados lindos que usaban en Alemania. Sé que quiere terminar con todos los judíos de Buenos Aires. Sé que quiere llevarlos en el tren de carga que lleva a la General Brown. Sé que quiere que, desde las tribunas, arrojemos escupe y orina sobre esos vagones. Hablé distinto a otras veces, como si un demonio me hubiese poseído, y tal vez eso les dio miedo. Hablé como si no fuera idiota. Murmuraron, se quedaron pensando y me dejaron pasar, pero antes me revisaron por completo, como si yo fuera un delincuente. Volví a escuchar que a Mantecol no se le iba ninguna. Qué hijo de puta, Mantecol. Eso murmuraron.

Me dijeron que pusiera las manos por detrás de la nuca y me trajinaron. Lo único que yo tenía era dos Mantecol en el bolsillo trasero del pantalón. Iban a arrojarlos a un tacho de basura, pero les pedí que no lo hicieran. Comételos, rápido. Me obligaron a que me los metiera a la boca apresuradamente, como si quisieran atorarme. La boca llena. Me llevaron delante del teniente que estaba sentado sobre un sofá, con una camiseta de Mastrángelo en el regazo. Estaba rodeado de una nube de humo. Todavía no terminaba de tragarme el Mantecol que se pegaba en mis encías. Uno de los chicos hizo un gesto para que me dejaran pasar. Abrieron el círculo. El teniente me miró con expresión de asco. He visto muchas veces ese rostro y sé reconocerlo. Asco. Yo estaba terminado de masticar el Mantecol pegado a mi paladar. El teniente sentía repulsión de mí, como Leónidas frente a Elfiates. Yo tenía la boca sucia de Mantecol,

por eso me llaman Mantecol. Me acerqué al oído y le conté la historia que antes me había contado a mí Zárate. La historia de Elfiates, el que guio a los persas. Le hablé del desfiladero de Termópilas que era la puerta de entrada a la invasión de Jerjes. Le expliqué que era como si centenares de miles de federales intentaran entrar a la fuerza a la Bombonera, por la puerta de Aristóbulo del Valle y un puñado de nosotros resistiera. Resistiera día y noche por tres días, al cabo de los cuales un traidor los llevaría por otro acceso que no estaba custodiado y entonces caería la Bombonera. Nos dejarían caer una lluvia de lacrimógenas, como una lluvia de flechas que oscurecería el cielo. El teniente se quedó mirándome y recriminó a uno de los chicos por haberme dejado pasar. De qué está hablándome este imbécil, espetó. Quítenmelo de encima, gritó, pero uno de los chicos le hizo un gesto para que me escuchara. Volví a acercarme y entonces le dije que hace minutos se había marchado un traidor. ¿Un traidor? Un policía, dije yo. Estuvo un policía esta noche, entre ustedes. Un persa. Yo lo descubrí. Ninguno de estos pibes lo hizo, lo hice yo. ¿Cuál policía?, preguntó el teniente como si yo le hubiese mencionado al diablo. *Welche Polizei?,* preguntó de nuevo y le conté todo en voz baja, al oído, para que nadie más nos oyera y a medida que me escuchaba dejó de sentir asco o dejaron de importarle las miguitas húmedas de saliva y Mantecol pegándole en la oreja y en la mejilla porque la expresión de su rostro cambió. Por un momento estuvo pálido, pero luego sus mejillas se enrojecieron tal vez de rabia, tal vez de vergüenza.

Yo hubiese muerto en el Reich. Me hubieran arrojado dese algún acantilado en Esparta. Me hubiesen dejado morir en un hospital para incurables en Berlín. Pero yo nací en Buenos Aires y sobreviví. Cuando dejé de hablar, el teniente dio una orden terminante y en minutos dejaron vacío el lugar y quebraron todos los vidrios de las ventanas, igualito me imagino, a como intentaron huir cuando los aliados les pisaron los talones. Me puse a contar cuántos pibes eran. Los conté usando los dedos de las manos y tuve que volver a

empezar muchas veces. Eran muchos, pero no eran trescientos y eso me dio algo de tristeza. Quebraron todos los vidrios. Para entonces, Zárate ya estaba lejos y no pudo oír el estrépito. Yo también quebré uno. Me corté la palma de la mano. Me quedé mirando mi reflejo roto en los vidrios, deformado. Pero yo no soy Elfiates, me dije. No soy. Yo no soy Elfiates. Los persas no pasarán. Hice lo correcto, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

SNUFF

Berlín, 1933 - Oruro, 1999

La delirante aventura cinematográfica de Franz Kohl comienza en Berlín, en 1933, y termina en Santiago de Chile, en 1979. Tal vez sea una exageración hablar de aventura cinematográfica. Después de todo, Kohl no fue nunca más que un mandadero de Leni Riefenstahl mientras esta era directora de cine del Tercer Reich y, por lo demás, en sus peripecias filmando el horror nazi y documentando luego el espanto criminal de las dictaduras sudamericanas, sobró el delirio, pero faltó el más mínimo sentido estético. De cine, en realidad, nunca hubo nada. Muy poco, en todo caso.

En fin, las infames aventuras de Kohl comienzan en 1933, cuando conoce a Riefenstahl poco después de que Hitler convierte a la actriz en la directora de los asuntos cinematográficos del Partido Nazi, luego de que Fritz Lang rechazara el cargo. Las circunstancias son afortunadas y demuestran, una vez más, la importancia de la amistad incluso en épocas en que parece que solo hay paranoia y enemigos. Un amigo de Kohl es, a su vez, amigo de infancia de Goebbels. Se criaron juntos en Rheydt, una ciudad industrial donde sus padres eran compañeros en una fábrica de cuerdas combustibles para bujías. Ese amigo le encarga a Goebbels una oportunidad laboral para Kohl. ¿Qué sabe hacer?, le pregunta el ministro de Propaganda del Tercer Reich. Pero Kohl no sabe hacer mucho, nada en realidad. Es un inútil, un vagabundo que quiere sacar provecho de las amistades. Este es por lo demás un modus operandi habitual por entonces, en ningún caso está descubriendo el fuego: el Tercer Reich está saturado de granujas que sacaron provecho de buenos y malos amigos.

En fin, en el currículum de Kohl solo destaca un pasatiempo: le gusta el cine, e incluso eso es inexacto, porque Kohl asiste al cine muy de vez en vez, cuando tiene algo de dinero disponible en el bolsillo, lo que ocurre tarde, mal y nunca. Sería incapaz, por ejemplo, de nombrar dos o tres directores de cine alemán de renombre y eso habla por sí mismo de su supina ignorancia. Como sea, una ampolleta se enciende en la cabeza de Goebbels y dice a su camarada que tiene, tal vez, una oportunidad para ese amiguito suyo. Por entonces, restan muy pocos días para el quinto congreso del Partido Nazi que tendrá lugar en Núremberg y Riefenstahl está preparando apresuradamente la filmación de lo que será *El triunfo de la Voluntad*. Ya ha escrito el guion y ha escogido a sus camarógrafos. Sin embargo, hay algunos miembros del Partido Nazi que todavía arrugan la nariz cuando se menciona a la actriz, y Goebbels supone que puede encargarle al sujeto que no le pierda pisada a la cineasta, contribuyendo así a mitigar cualquier suspicacia. ¿Es confiable?, pregunta Goebbels y el sujeto dice, fingiéndose ofendido, que la confianza de cualquiera de sus amigos está fuera de cuestionamiento. El asunto queda zanjado después de que se dan garantías sobre la ascendencia aria del sujeto. Goebbels da por descontado que es militante del partido, lo que, de hecho, apenas acaba de ocurrir en trámites acelerados por la conveniencia y la oportunidad en ciernes. Desde entonces, el ministro de Propaganda se refiere a Kohl como el hombre que mantendrá bajo control a Riefenstahl.

Poco antes de que comiencen las filmaciones, Riefenstahl conoce a Kohl y de inmediato repara en que es un inútil y un idiota. Termina siendo su mandadero, el sujeto a cargo de acarrear los bocadillos y las bebidas. Apenas verla, Kohl queda fascinado con la cineasta, y no puede evitar sentirse torpe e inexperto a su lado; para entonces, Riefenstahl tiene treinta años y le lleva diez de ventaja. El aspecto del alemán es francamente el de un perrito faldero meneando la cola. Cuando Riefenstahl da instrucciones al equipo de camarógrafos, Kohl se queda mirando con expresión bobalicona y la

cuestión es francamente penosa. Para complacerla, o ganar su atención, intenta aprender a manejar los equipos cinematográficos, pero es un desastre.

Kohl pierde definitivamente cualquier oportunidad de ganarse el respeto de Riefenstahl una tarde gris en Núremberg. Entra de improviso a su tráiler y ella lo sorprende husmeando entre sus cajones, con una pequeña prenda de ropa interior en la mano. En lugar de molestarse, Riefenstahl estalla en carcajadas y le arrebata la prenda con un gesto ligero, como si le quitara un dulce a un niño travieso y entrometido: un hermano menor, en definitiva, quizá un primo odioso e impertinente. Kohl alcanza a comprender que esa escena termina por sepultar cualquier esperanza. Haber albergado tales ilusiones no había sido más que otra forma de su delirio. Una vez destruido ese anhelo infundado, insiste en que lo aparten de Riefenstahl: se siente avergonzado y humillado cada vez que está cerca de ella. Para colmo, la cineasta cuenta la anécdota a los camarógrafos, y estos, cada vez que lo ven, estallan en risotadas y dejan prendas íntimas de mujer en su casillero.

Kohl experimenta entonces la tentación de difamar a Riefenstahl, pero alcanza a comprender que es inútil. Otros lo han intentado ya sin suerte. Opta por escribir informes que envía religiosamente a Goebbels reportando que Riefenstahl tiene una lealtad a toda prueba por el Führer y que él resultaría más útil en otras misiones. Pide una cita para exponer sus planes, pero no se le concede.

Mientras, *El Triunfo de la Voluntad*, esa película hecha por nazis, sobre nazis y para nazis, se estrena en 1935 y sus imágenes de alemanes del partido marchando como si fueran zombis hacia ninguna parte o hacia un despeñadero imaginario, cautiva a Hitler. Riefenstahl ha hecho exactamente lo que esperaba. Ni más ni menos. La película despeja cualquier duda y Goebbels recuerda esas notitas repletas de faltas de ortografía que ha recibido de Kohl y sus comentarios favorables sobre la cineasta; atribuye, de hecho, en el colmo de la torpeza, parte del éxito de la filmación a la mirada atenda de Kohl y ya no olvida ese apellido.

El propio Kohl tiene oportunidad de demostrar su lealtad, y de vengarse también, poco tiempo después, a propósito de la Noche de los Cuchillos Largos, cuando entre tantos pobres diablos, cae en desgracia Ernst Röhm, el jefe de Estado Mayor de los camisas pardas. Röhm es veterano de la Primera Guerra Mundial y homosexual, algo nada trivial entre los nazis. Lo acusan de conspirar contra el Führer, motivo por el que es detenido y ejecutado. La ejecución de Röhm crea un problema, pues este aparece en varias escenas de *El Triunfo de la Voluntad* muy cerca de Hitler, y el Führer no quiere verlo ni en películas. Ordena que todas las copias del documental sean destruidas. No puede permitirse ser eternizado junto a un traidor, sobre todo si ese traidor es homosexual. Kohl es convocado a colaborar en la misión. Junto con otros esbirros nazis realiza una visita a Riefenstahl y exige la destrucción de todas las copias de *El Triunfo de la Voluntad*. Ni siquiera entonces Kohl causa el menor de los temores a la cineasta, quien pregunta, sumamente tranquila, si es una orden de Hitler. Kohl dice que sí y entonces, también con mucha calma, Riefenstahl busca las copias de que ella dispone y las deposita al interior de una bañera. ¿Son todas?, pregunta Kohl desafiante. Todas, dice ella sin siquiera mirarlo. El resto hazlo tú. Kohl busca bencina en la cajuela del auto, rocía las cintas y luego les prende fuego. Antes de que la patrulla se vaya de su casa, Riefenstahl tiene una última jugada reservada para Kohl. Lo llama a su habitación, donde Kohl la encuentra tendida sobre la cama vestida con un camisón. Kohl incrédulo, da un paso, pero luego retrocede tres. Riefenstahl le hace un gesto para que vea hacia un mueble. Tiene un cajón abierto y su interior está lleno de diminutas prenditas de ropa interior. Kohl siente que la sangre le hierve. De hecho, su rostro se enrojece y sale dando un portazo. A pesar de la puerta cerrada escucha las carcajadas de Riefenstahl hasta que sube al auto.

Años más tarde, cuando Kohl se ufane en veladas con los dictadores latinoamericanos, demostrará que el orgullo de macho no es exclusividad de este lado del continente. Dirá, para empezar que

esa tarde Riefenstahl le rogó que no se deshiciera de todas las copias de *Triunfo de la Voluntad*, y que, además, se le ofreció para detenerlo. Dirá, además, que rechazó esa oferta, por considerarla indigna de un caballero alemán, y que permitió que la cineasta conservara una copia que, hasta donde él sabe, salió sana y salva de Alemania, rumbo a Inglaterra o tal vez a Francia. Dicho de otra forma, el mundo le debía a Kohl la preservación de la obra cinematográfica. Pero, por entonces, en 1934, Kohl le confirma a Goebbels que todas las copias del documental que registra el mitin nazi que documentó *Triunfo de la Voluntad* han sido destruidas e insiste en concretar la reunión que viene solicitando desde hace tiempo. Finalmente, Goebbels acepta.

La reunión es breve y Kohl logra convencer a Goebbels de enviarlo a documentar cinematográficamente el trabajo del Partido Nazi en todo Alemania, un testimonio para las futuras generaciones. Goebbels acepta, sin mucho interés, sin siquiera fingir que el asunto le interesa, sin apartar la mirada de algunos documentos que hojea de forma apresurada. Kohl consigue entonces una ratonera perdida en el edificio del Ministerio de Propaganda, en la División de Películas y Censura Cinematográfica, además de un par cámaras Kodak de 8mm y 16 mm y a un par de inútiles del partido que las ofician de camarógrafos. Desde entonces, y por los siguientes años, Kohl deambula por Berlín, Colonia, Hamburgo, Múnich, Stuttgart, Fráncfort, Friburgo y otras ciudades alemanas filmando el trabajo de burocracia del Partido Nazi para justificar su sueldo. Son filmaciones aburridísimas que almacenan en bodegas que no le interesan a nadie. Centenares de horas de filmaciones en blanco y negro, de nazis aburridos timbrando papeles sin parar, que no apartan la mirada de sus escritorios mientras elaboran itinerarios, cronogramas o presupuestos como si se tratara de la más redundante tarea administrativa, cuando, varias veces, se trata de organizar tareas genocidas. Kohl ha aprendido algunos gestos de Riefenstahl y la imita mientras da instrucciones a los camarógrafos autodidactas. A ella, vuelve a verla en 1936, durante los Juegos Olímpicos de Berlín,

mientras Riefenstahl está filmando *Olympia*. Ella se tarda en reconocerlo, pues Kohl ha engordado un par de kilos, pero en cuanto lo hace se larga a reír, pues no ha olvidado el impase con su ropa interior.

En 1938, poco antes de que su vida de un nuevo giro, a propósito del estreno de *Olympia*, Kohl demuestra que además se ha vuelto un tipo rencoroso y no pierde ocasión de denostar la cinta. Ya que dirige una oficinita miserable que hace registros audiovisuales para el Reich, se cree con el derecho a despachar el filme con dos o tres frases. En realidad, muy poca gente sabe que existe la oficina que él dirige —o, mejor dicho, administra—, y no faltan quienes, de saberlo, habrían recomendado su cierre.

Y luego llega 1939 y el delirio se desata sin que haya vuelta atrás. Para entonces, Kohl tiene miles de cintas cuidadosamente almacenadas con filmaciones anodinas de trámites de oficina o tediosas ceremonias militare y tiene la absurda sensación de que su vida está resuelta. Para contrariar sus fantasías, la mayoría del personal de la V División es destinado a registrar la gloria de Alemania en los campos de batalla. Kohl, que sigue a cargo de la oficina donde trabajan dos o tres inútiles sin remedio, cree que la orden podía no aplicarse a ellos, pero no encontró modo de esquivar el ultimátum. Como su despacho no le interesa a nadie, no tiene más remedio que trasladarse por cuenta propia y, acompañado de su esmirriado equipo de camarógrafos, filma paralelamente la invasión de Polonia. Cuando le preguntan de qué trata el asunto, él explica que es para la videoteca personal de Goebbels.

En tierras polacas, Kohl recuerda algunos trucos de Riefenstahl y con la ayuda de algunos soldados monta una cámara sobre ruedas y esta sobre rieles para desplazarse mientras filma los movimientos de los blindados alemanes sobre la llanura y carreteras polacas. Luego filma las invasiones de Finlandia, Dinamarca y Noruega. Sus cámaras también hacen registros en Luxemburgo, Bélgica y los Países Bajos. Filma, de hecho, el bombardeo que destruye Róterdam. Alcanza a rodar algunas tomas en los espesos bosques de las Ardenas donde

contrae un resfriado y sufre un esguince de tobillo. Finalmente, regresa a su oficina en Berlín, proclamando que ha hecho unas fantásticas tomas de Dunkerque que nunca nadie llega a ver. Luego aduce que la cinta se ha estropeado. Es una lástima, declara, pues en mis películas los franceses se veían como ratas que huyen desde un puerto donde no hay ya basura que roer. Los soldados del Reich, en cambio, parecen gatos cazadores.

Desde Berlín organiza la participación de su oficinita en la cobertura cinematográfica del avance de Alemania. Recluta a decenas de camarógrafos y los equipa con aparatos de 16 mm. Los distribuye por los distintos frentes. Periódicamente, recibe rollos de película que revisa y archiva cuidadosamente. Otros, sin embargo, son sustraídos y apartados para su colección personal que por entonces comienza a nutrirse.

En 1941 tiene la más infame de sus ideas. Juzga que es indispensable filmar los campos de trabajos forzados y de exterminio. Esa es una tarea que no está dispuesto a delegar. Consigue una reunión con Eichmann y le habla sobre la importancia de hacer registros cinematográficos que permitan a las futuras generaciones apreciar la pulcritud con que se administran los campos. Es el triunfo de la burocracia nazi, argumenta. Tarde o temprano, insiste, todo el titánico esfuerzo para que los campos funcionen como un reloj suizo será valorado como un milagro de la administración moderna. Cuando el mundo esté sobrepoblado, dice Kohl, los líderes del mundo dejarán de ariscar la nariz y vendrán a preguntarle a usted cómo es que lo hizo. Le dice a Eichmann que, en el pasado reciente, fue un colaborador entusiasta de Leni Riefenstahl y que podría hacer con los campos de exterminio un trabajo similar al realizado en *El triunfo de la Voluntad* y *Olympia*. Eichmann delira y se imagina retratado en películas que eternizarán su efigie como uno de los más eficientes funcionarios del Tercer Reich y autoriza a Kohl a deambular por los campos de concentración. De hecho, firma unos papeles que le dan pleno acceso a donde guste, cámaras de gaseado incluido. Eichmann está

tan embriagado en su vanidad, que ni siquiera sopesa que podría estar abriendo las puertas a la producción de evidencia de sus crímenes atroces.

Así, mientras Europa se desangra, Kohl se dedica a recorrer en tren todos los campos de exterminio, sin más compañía que la de una cámara Kodak de 16 mm y un baúl en donde guarda los rollos. Recorre Alemania y también Polonia, Noruega, Serbia, Croacia, Bélgica, Rumania, Ucrania, Bielorrusia, Letonia, República Checa y los países Bajos. Filma los campos de Amersfoort, Auschwitz-Birkenau, Banjica, Bardufoss, Belzec, Bergen-Belsen, Berlin-Marzahn, Bolzano, Bogdanovka, Buchenwald, Chelmno, Breitenau, Dachau, Grini, Flosserbürg, la prisión de Falstad, Gross Rosen, Hinzert, en fin, recorre todos, o casi todos los campos que los nazis han erigido a lo largo de Europa y su tarea ni siquiera se detiene una vez que se ha puesto en marcha la Solución Final. Filma trenes para ganado que cargan judíos, barracones piojosos, ajusticiamientos absurdos, perros dóberman persiguiendo y desgarrando a hombres y mujeres de cuerpos esqueléticos, cráneos destrozados en canteras, niños desnutridos tomando sopa aguada, cuerpos caídos junto a cercos eléctricos, fosas que parecen cráteres atiborrados de muertos, piras de cadáveres arrumados y arrastrados por retroexcavadoras, cámaras de gas, cercos de alambradas. En fin, todo el horror nazi. Solo los primeros años hay SS dispuestos a posar orgullosos para la cámara de Kohl. Conforme van transcurriendo los años, el interés por aparecer retratado en los filmes de Kohl disminuye. Ese gesto le advierte a Kohl que los vientos están por cambiar. Después de todo, es un hombre sin inteligencia ni escrúpulos, pero dotado de un instinto de supervivencia infalible. Así, tal como un venado intuye el peligro en la quietud sospechosa del bosque, Kohl huele que las circunstancias no son nada halagüeñas y comienza a otear alguna salida expedita entre los árboles que humean.

Hacia mediados de 1944, cuando la situación parece irremontable, Kohl interrumpe su itinerario macabro y comienza a preparar su desaparición. Nadie extraña su presencia. Algunos lo

dan por muerto. Cambia su nombre, consigue documentos falsos y vive miserablemente en el Berlín de posguerra. Consigue escasos ingresos trabajando como mecánico automotriz, lo que también es una hazaña, considerando que no tiene idea de automóviles. En fin, se dedica a lucir con estilo un overol grasiento y a transar mercancías en el mercado negro. Se entera de los derroteros de los Juicios de Núremberg por la prensa y las lee como si leyera obituarios de seres queridos o de familiares lejanos caídos en desgracia. Como si leyera, en realidad, noticias sobre el estado del clima en lugares a los que planea ir en un futuro lejano.

Cuando cree que está a salvo, que nadie lo recordara ya, se entera de que, en algunos rincones de Europa, especialmente en Austria y Polonia, circula la leyenda urbana de un cineasta maldito que recorría los campos del horror grabando todas las atrocidades que fueran posibles. Por entonces, ya hay agrupaciones de cazadores de nazis organizándose para hacer toda la justicia posible y les vendría bien disponer de esa hemeroteca para utilizarlas como medio de prueba. Kohl titubea. Es un hombre cobarde y está a punto de poner a disposición su fabulosa colección –un catálogo invaluable como medio de prueba– a cambio de inmunidad o de clemencia, pero en lugar de eso, decide aferrarse a lo que considera su legado, permanece en el anonimato más rotundo y comienza a establecer contactos que le ayuden a escapar de cualquiera que quiera poner sus manos encima de sus películas.

Finalmente, en 1948, se las ingenia para comenzar su huida de Europa. Su única posesión es un viejo baúl y no abandona el armatoste a lo largo de ningún momento del viaje, como si de ello dependiera su vida. Argumenta que en su interior hay preciadas reliquias familiares, y por intermedio de algunos contactos logra huir, utilizando la ruta de los Alpes por donde llega a Bolzano hasta Tirol del Sur y luego hacia Roma y Génova. Es un itinerario lleno de sótanos, cuartos oscuros y alcantarillas pestilentes, locaciones que le vienen como anillo al dedo a una rata como Kohl. En Roma recibe la ayuda de un par de sacerdotes católicos que parecen espías y que lo

bendicen como si fuera un soldado de los tiempos de Las Cruzadas. Mientras espera para viajar desde Italia a Siria, los sacerdotes suelen leerle fragmentos de la Biblia que parecen justificar cualquiera de los actos cometidos por los nazis. De algún modo difícil de explicar Kohl quiere verse a sí mismo como un héroe e intenta escribir un diario de viaje cuando llega a Aleppo. Un diario de su martirio o de su viaje heroico. Escribe apenas un par de entradas sueltas y desordenadas. En Aleppo sale de su escondite y da un par de vueltas por mercados atestados de chucherías. Piensa que podría quedarse ahí y transformarse en un mercador alemán afincado en Siria. Pensado con frialdad, pudo encontrar ahí también asuntos para filmar que se aviniesen con sus intereses. El tránsito final de la huida se retrasa porque Kohl contrae una extraña fiebre y durante siete u ocho días suda y delira sobre una esterilla. Sueña que juega con ajedrez con Fritz Lanz o alguien, en todo caso, muy parecido a Lanz. Es una partida larga que se extiende durante largos días y sus respectivas noches. Al final, Lanz es quien dice jaque mate y Kohl furioso desparrama las piezas por el tablero. Cuando se siente mejor juzga que se merece unas vacaciones y se imagina pasando los días en algún balneario de la Costa Brava. También se imagina en Tánger o en Marrakech, pero luego desiste porque las redes de protección franquistas no resultan tan eficientes como cabría esperar.

Finalmente, viaja desde Siria a Sudamérica y durante el viaje tiene la sensación de que algunos sujetos lo siguen por barco para ponerle las manos encima. Finalmente, desembarca en Buenos Aires en 1950. Un par de ociosos que encuentra en el puerto lo ayudan a cargar con el baúl. ¿Qué lleva acá, maestro?, le pregunta uno de ellos, ¿un muerto? Kohl, que se siente seguro al respirar el aire de Buenos Aires, se anima a responder que lleva, en realidad, cinco millones de muertos. Los vagabundos se ríen. Kohl se pone serio un momento, los mira fijamente y luego se larga a reír también. El aire porteño le ofrece, enseguida, la certeza de que aquel es un buen lugar para cambiar de piel.

Son los tiempos de Juan Domingo Perón y en Argentina esperan con los brazos abiertos a los mercaderes europeos de buena voluntad que quieran prosperar y pagar suculentos impuestos. En Buenos Aires, valiéndose de su origen alemán, Kohl monta una farmacia que le permite vivir austera, pero aceptablemente. Contactos que mantiene en Alemania le permiten importar directamente desde Leverkusen productos Bayer, principalmente aspirina. Dice ser un químico farmacéutico de la universidad de Humboldt que lamentablemente ha perdido su certificado de título en un incendio a causa de un bombardeo de la fuerza área británica a Berlín. En Argentina, la personalidad de Kohl exhibe algunas metamorfosis y, como pocas veces, parece dispuesto a perseverar. Lee obsesivamente los folletitos e instructivos de los medicamentos y los aprende de memoria, cada detalle. Cada vez que atiende a algún cliente lo sorprende con largas peroratas sobre las bondades y contraindicaciones de los medicamentos importados. En cuestión de meses, se gana cierta fama entre los porteños hipocondríacos, es decir, el negocio marcha bien. En la bodega de la farmacia descansa todavía en 1952 el baúl con las únicas pertenencias que Kohl ha traído desde Europa.

Kohl se permite entonces participar en la vida social de Buenos Aires. Visita cafeterías y librerías, asiste a misa y recibe la hostia sin ningún remilgo. Es invitado a cenar en casas de conocidos que, paulatinamente, comienzan a convertirse en amistades. Cada vez que puede finge horror por las ocupaciones de algunos de sus compatriotas en el período 1933-1945. Algunos de nosotros, arguye, ni siquiera sabíamos que había campos de concentración en Alemania. Ofrece crudas descripciones sobre la vida en Berlín antes y después de la guerra y relata conmovido muertes imaginarias de amigos imaginarios. De vez en cuando, derrama alguna lágrima y luego, encerrado en el baño, se felicita a sí mismo por sus convincentes actuaciones, imaginando que pudo convertirse en un buen actor. En cierta ocasión, es invitado a cenar a la casa de una familia judía. El padre de familia lo invita precisamente por el pesar

con que relata las deportaciones de los judíos en los trenes para animales. A pesar de no tener yo ninguna culpa, expreso mis sinceras disculpas en nombre de todo el pueblo alemán, dice Kohl en el colmo de los atrevimientos.

Luego, se enamora o finge enamorarse, y pide en matrimonio a una oriunda de Buenos Aires, de apellido Pella. El padre de la joven, un militar argentino viudo y admirador de la disciplina militar prusiana, no tiene inconvenientes en bendecir la unión, sin imaginar las ocupaciones de Kohl en la Alemania nazi, o, tal vez, gracias a que las sospecha. El militar argentino intuye en el alemán un yerno ideal y pasa mucho tiempo aconsejándolo respecto de los devaneos de la psicología femenina y el modo de sortear con éxito la vida matrimonial. Como el negocio farmacéutico marcha bastante bien, Kohl solicita un préstamo al Banco Ciudad de Buenos Aires, compra una casa vieja y la remodela. La casa es refaccionada de acuerdo con los deseos expresos de su flamante esposa, pródiga en caprichos, todos los cuales son estrictamente complacidos, por lo demás. El único lujo que Kohl se permite para él es un cuartito oscuro al fondo de la casa, nada menos que una sala de cine privada en que suele ver, proyectándolas en la pared, las películas que filmó durante la Segunda Guerra Mundial. Como en la casa de Barba Azul, Kohl prohíbe terminantemente que su mujer, o cualquier otra persona, entre a ese cuarto. Como la mujer es caprichosa se queja, primero con Kohl, que no acusa recibo, y luego con su padre sobre la proscripción que considera intolerable. Yo debo ser ama y señora de la casa, espeta. Ningún rincón me puede estar vetado. Todo hombre tiene derecho a tener algún secreto, hija, le dice aquel ariscando la nariz, y el asunto queda zanjado.

Cada tarde, de regreso de la farmacia y antes de cenar, Kohl pasa una hora al interior de la sala, regodeándose con sus películas de los campos de concentración. No tiene inconvenientes en ver los esqueléticos cuerpos de judíos entrando a la cámara de gas y luego pedir la bendición de la mesa y comer deliciosos manjares. Las

cenas son silenciosas y lo serán para siempre, pues Kohl y su mujer no lograrán tener descendencia.

Son días en que Kohl se cuida de no comentar nunca su afición al cine, ni mucho menos que alguna vez fue asistente de Leni Riefenstahl, pero por entonces comienza a frecuentar con regularidad las salas de Buenos Aires. Disfruta, especialmente, de las películas de Lucas Demare, Francisco Mugica y Nelo Cosimi. Ve varias veces *La calle grita* y *La pícara cenicienta.* De hecho, un conocido en común le presenta a Demare y Kohl está a tentado de decirle que trabajó en cine en Alemania, en 1934, y que fue un camarógrafo de guerra, pero se abstiene y se conforma con el rol de espectador de los filmes argentinos. Llega a tener cierta amistad con dos actores de la época, Serafín Paoli y Adolfo de Almeida. Uno de esos días, sentados en una cafetería en Corrientes, Kohl se permite distraer a Paoli con el argumento de una improbable película de espías alemanes que transcurre en la Pampa Argentina y en la Patagonia. Los espías o emisarios nazi buscan algo que la película no releva hasta el final, tal vez un talismán que les habría permitido ganar la guerra sin inconvenientes. Paoli lo escucha en silencio y sin atreverse a desanimar a su amigo le pide que escriba el guion, pero Kohl no tiene idea acerca de cómo escribir tal cosa y cualquier conversación termina ahí.

Kohl se consuela entonces en la contemplación absurda de sus propias cintas. Su infame colección, sin embargo, comienza a sufrir por entonces, hacia 1953, algunas mermas, pues ciertos nazis recién instalados en Argentina lo reconocen de inmediato y se ponen en contacto con él con la discreción de quienes se huelen desde lejos. El primero en reconocerlo es un oficial de la SS que va a comprar remedios para malestares estomacales. Se queda mirándolo fijamente mientras Kohl lanza una larga perorata sobre las bondades del laboratorio Bayer y, en voz baja, se anima a preguntarle si es el hombre que viajaba en tren filmando los campos de exterminio. Kohl se queda helado, pero también siente algo parecido al orgullo. La vanidad es, definitivamente, su pecado capital. Por entonces es ya

un respetado empresario farmacéutico y no tiene necesidad alguna de ventilar su pasado, pero siente de algún modo que sus ocupaciones anteriores le granjearán el respeto, o al menos la aceptación de sus pares, el beneplácito que no tuvo en Alemania. Desde entonces y, por intermedio de ese sujeto, varios nazis que se han establecido en Buenos Aires consultan a Kohl si es posible adquirir alguna de esas cintas. Pura nostalgia, dicen algunos para explicar sus solicitudes. Kohl solo consiente en atender clientes que den plena garantías de haber pertenecido al Ejército Nazi, de otro modo sería un riesgo. Esos sujetos disponen de recursos y Kohl no tiene inconvenientes en vender algunas de las películas en cifras escandalosas, cifras que por lo demás muchos están dispuestos a desembolsar. Como es obvio, esas entradas de divisa no quedan registradas en sus libros contables, pero son bastante abultadas y complementan, a veces superan holgadamente, las ganancias de las boticas Kohl.

En aquellos años, se monta una discreta, pero eficiente red de contactos por las que circulan las cintas. Es tanto el interés que Kohl dispone de tarifas diferenciadas de acuerdo con el campo de donde proveían las películas. Auschwitz, Sobibor, Treblinka, Bergen-Belsen y Dachau están entre las más costosas, pero también entre las más solicitadas. Con esos ingresos, Kohl adquiere nuevos locales para montar sus droguerías y se convierte, paulatinamente, en un referente del mercado farmacéutico de Buenos Aires. Llega a abrir una filial en Córdoba y otra en Rosario. Ratas que llegan desde Europa acuden a sus locales a pedir trabajo y consejos para levantar sus propios negocios. También en ese ámbito, y entre los nazis, Kohl se convierte en un faro y ejemplo abnegado de reinvención de la propia vida.

Por medio de un intermediario, llega a vender un rollo de Dachau al mismísimo Eichmann, por entonces Robert Klement, gerente de planta de la Mercedes Benz, en Buenos Aires. En realidad, esa venta es casi un regalo porque Kohl no olvida que nada de eso hubiese sido posible sin la autorización de Eichmann. Para corresponderle,

Klement le hace una rebaja considerable en la venta de un Mercedez Adenauer, que Kohl luce orgulloso por las calles porteñas. Además, Eichmann, le presenta a Otto Skorzeny cuando este da un paseo por Buenos Aires y, Kohl, sobrecogido y declarándose un admirador de sus hazañas, le regala una decena de cintas como si fueran *souvenirs* porteños. También envía cintas a Paraguay y a Brasil contra entrega de suculentas cifras de dinero. Para entonces, ha comenzado a flexibilizar sus requisitos, pues algunos de esos compradores no tienes pasado nazi y son solo excéntricos coleccionistas que quieren distraerse viendo películas de crímenes reales. Algunos de sus clientes elevan a Kohl a leyenda del cine *snuff* latinoamericano y él, que no entiende a qué se refieren, se limita a sonreír socarronamente. En fin, se siente complacido de ser el proveedor de películas de horror para millonarios del continente. Aun así, su vida en Buenos Aires ha sido de cierta forma intachable y su esposa no tiene quejas. Kohl no bebe, ni frecuenta prostitutas, o las frecuenta discretamente, y tampoco fuerza a su mujer a hacer nada que no quiera. Los domingos acompaña a su suegro al estadio a ver los partidos de River Plate, aunque esto último le importa un comino y llegan a tener una relación cercana, o algo que el militar jubilado interpreta como relación cercana. Ni siquiera a él, sin embargo, le cuenta sobre su pasado nazi, aunque este, de vez en vez, lo tienta y le arroja indirectas en algunas conversaciones íntimas. Sin embargo, Kohl resiste todas las carnadas y ni por un momento abandona la chapa del buen estudiante de química y farmacología en la Universidad de Humboldt.

En fin, nunca sabremos si es a causa de su afán aventurero o porque la cantidad de cintas está disminuyendo y eso amenaza sus finanzas, pero Kohl, por entonces un cuarentón, siente que debe volver a sus andanzas. Encuentra la oportunidad perfecta en el golpe de estado que Stroessner perpetra en Paraguay, en 1954. Apenas se entera de las tropelías de Stroessner, en 1955, Kohl decide viajar a Asunción con la excusa de hacer estudios de mercado farmacéutico. Algo de eso hay. Kohl se hospeda en un hotel céntrico y contrata un

taxi para dar vueltas por Asunción. Husmea algunas farmacias y toma notas dispersas. Asunción resulta ser, en efecto, un lugar propicio para instalar alguna droguería. Pero Kohl está más interesado en sostener alguna reunión con el mismísimo Stroessner. Por intermedio de algunas amistades bien posicionadas y aficionadas a sus películas, Kohl consigue la cita. Stroessner por su parte está fascinado por el origen alemán del sujeto, pues entrevé la eventual filiación nazi.

Durante la conversación y por primera vez que está en América, Kohl confiesa que en el pasado fue militante del Partido Nazi y alto funcionario del Tercer Reich, lo que es rigurosamente falso. Al mismo tiempo, insinúa que se ha desempeñado en alguno de los campos de exterminio cumpliendo cometidos encargados por el mismo Eichmann. Stroessner se muestra interesado en que comparta su experiencia militar, especialmente en lo referido a la gestión de los prisioneros, pero en lugar de eso Kohl comienza a hablarle de cine y de la importancia de la propaganda para persuadir a los pueblos. Pero Stroessner no es Hitler y al cabo de diez minutos está francamente aburrido y decepcionado. Bosteza sin disimulos. Qué podría importarme a mí el cine, parece decir. De qué modo las películas podían ayudarlo con el gallinero que era Paraguay. A Kohl le cuesta mucho trabajo convencerlo de la relevancia de hacer registros cinematográficos del régimen que actualmente encabeza. Después de hora y media Stroessner acepta sin entusiasmo y se compromete a entregar facilidades para las filmaciones. Antes de retirarse, Kohl le regala a Stroessner una cinta en que hay filmada una pira de prisioneros judíos ardiendo en Bergen-Belsen, con la sensación de que el mandatario paraguayo no lograra apreciar la belleza del obsequio que está poniéndole entre las manos.

Kohl instala dos o tres farmacias en Asunción y comienza a filmar interrogatorios y torturas en Paraguay. A partir de entonces, de hecho, ya no se detiene. Esas primeras películas entretienen a Stroessner y a algunos de sus secuaces en funciones privadas y también son comercializadas con excéntricos de Sudamérica. Sin

embargo, Kohl no está dispuesto a correr el riesgo de quedar con las manos vacías y muchas de las cintas permanecen con él. En las bodegas de las farmacias paraguayas, junto con los medicamentos, comienza a acumular una verdadera hemeroteca del terror en baúles sobre los que ordena escribir FRÁGIL y PROHIBIDO ABRIR. La tarea de Kohl en Paraguay se exacerba a partir de 1956, cuando Robert Thierry es enviado desde Estados Unidos durante la administración de Eisenhower, y las torturas recrudecen al interior de las infames oficinas de Dirección Nacional de Asuntos Técnicos. Kohl se complace en convertirse en el camarógrafo de la bestialidad de la dictadura paraguaya.

Por esos años viaja con frecuencia entre Paraguay y Argentina y se codea con militares y empresarios que, bajando la voz, le preguntan si tiene alguna cinta. Esas películas *snuff* animan excéntricas fiestas de millonarios sudamericanos en Buenos Aires, Asunción, Río de Janeiro, Caracas e incluso en Santiago de Chile, donde los hombres de negocios son más bien parcos y aburridos o, tal vez, solo más hipócritas. Para cuando llegan las dictaduras de Brasil, en 1964 y de Perú, en 1968, Kohl tiene ya bastante experiencia y ha ganado cierto nombre. No tardan en abrirle las puertas. Desde entonces, sus itinerarios incluyen viajes a San Pablo, Río de Janeiro y Lima, ciudades en las que abre nuevos locales de farmacias. Para finales de la década del sesenta tiene cerca de treinta farmacias que venden productos Bayer desparramadas por el continente e incluso se permite un temerario viaje a Leverkusen a las fábricas de aspirina. Kohl se siente cómodo y apreciado en Sudamérica y solo experimenta algo parecido al temor en 1964, cuando Eichmann es capturado por tropas israelíes en Buenos Aires y puesto frente a una corte. Kohl sigue las alternativas del caso con interés y solo entonces duda, aunque brevemente, con continuar sus andanzas.

Por esos mismos días, tal vez para distraerse, Kohl se permite una debilidad y mantiene su única aventura extramarital, nada menos que con Isabel Sarli, la vedette y actriz argentina. Unos

amigos productores de cine se la presentan durante una fiesta en que se celebra el estreno de *Lujuria Tropical* de Armando Bó. Sarli tiene 35 años y Kohl más de cincuenta. Pasan, en total, cuatro o cinco noches en un hotel lujoso pero discreto de Buenos Aires. Una de esas noches, desnudos y con la luna porteña iluminándolos, Kohl le pregunta a Sarli si ha oído hablar de Leni Riefenstahl. Ella dice que no y la respuesta le deja un amargo sabor de boca, aunque no sabe por qué. La última noche que pasan juntos Kohl relata que fue camarógrafo de guerra durante la Segunda Guerra Mundial y, luego de escuchar sus exageraciones, Sarli –que no le ha creído una sola palabra sobre sus andanzas bélicas– le practica una felación inolvidable. Cuando se despiden efusivamente saben que no volverán a verse.

Para entonces, con casi sesenta años, Kohl empieza a sentirse cansado y ni siquiera sospecha que la década siguiente será especialmente ajetreada. Como si se tratara de una gripe contagiosa, comienzan a instalarse dictaduras en Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina. Por esos días ya ni siquiera hacen falta las presentaciones: desde hace un tiempo circula entre los militares del continente el nombre de un alemán que filma torturas. El mismísimo Hugo Banzer lo recibe con los brazos abiertos. Igual de efusivos son Pinochet y Videla. De hecho, Pinochet lo pone de inmediato en contacto con los sicarios de la Dirección de Inteligencia Nacional, la policía secreta chilena, y, a los sesenta y un años, Kohl comienza a recorrer con regularidad los distintos centros de tortura y exterminio de la dictadura. También hay tiempo para sus otros negocios y abre farmacias en Santiago, Valparaíso y Concepción. De hecho, aunque por esa década su itinerario incluye viajes frecuentes por el continente, Kohl pasa mucho tiempo en Santiago aduciendo que el mercado farmacéutico es más atractivo en el país andino. Nunca vi gente más hipocondríaca que los chilenos, advierte a quienes le consultan. "Nación de adictos a los analgésicos", anota en uno de sus cuadernos. Las farmacias, vaticina, prosperaran como hongos en el campo. Kohl reúne películas de prácticamente todo Chile, pues

recorre el país desde Pisagua hasta isla Dawson cargando una videocámara y se pasea con total libertad por casas de tortura, regimientos, hospitales, maestranzas, bases áreas y navales, estaciones ferroviarias, comisarías y retenes, a pesar de que algunos agentes de la Central Nacional de Inteligencia no entienden por qué sus superiores permiten que alguien tomo esos registros incriminatorios. Esas cintas con exhibidas en reuniones de militares y civiles que las ven mientras fuman, incluso mientras cenan. En Chile, Manuel Contreras lo presenta a Walter Rauff, con quien mantiene contacto por algún tiempo y con quien comparte algunas amenas tardes de cine y, cosa increíble, algunos episodios de la serie de TV *Los Magníficos*.

A su vez, en Argentina, a Kohl se le permite hacer impensados registros audiovisuales desde el interior de la Escuela de Mecánica de la Armada, Campo de Mayo y el Pozo de Banfield. En fin, muchos lo ven como si estuvieran tratando con el Ingmar Bergman o el Andréi Tarkovski del horror. Lo cierto es que, aún si es verdad que hay algo de belleza en la crueldad, Kohl no ha logrado dar con ella ni siquiera en una de sus tomas. Por aquellos días, Kohl se entera de que algunas copias de sus películas están circulando por el continente más allá de su control y no sabe si sentir orgullo o desconcierto. Desde entonces, cada vez que alguien encarga uno de los VHS se encarga de solicitar que no se haga ninguna copia sin su consentimiento. La solicitud, desde luego, es irrisoria. En la práctica, Kohl pierde el control del negocio.

Por entonces, a mediados de los setenta, tiene un centenar de farmacias desparramadas por el continente y varios centenares, tal vez un millar, de cintas que atesora celosamente. En uno de sus viajes habituales por Bolivia, visita Oruro y decide abrir allí una sucursal. Decide, además, no sabemos por qué, que allí pasará sus últimos años. De hecho, comienza a construir una casa en las afueras de Oruro en 1977. Es frecuente verlo supervisar personalmente los avances de la obra y dando instrucciones a viva voz. Leyendo la prensa, se entera de extraños homicidios de una

veintena de jovencitos judíos, fanáticos de un equipo de fútbol de Buenos Aires y recuerda a aquel compatriota con el que compartió viaje a través del Atlántico hace casi tres décadas: "¿Será posible?", se pregunta con la mirada perdida en el horizonte orureño.

Al año siguiente muere su mujer, de sesenta y cinco años, y Kohl pronuncia un breve discurso ante una concurrencia reducida. Un asistente atento habría captado fácilmente una serie de alusiones encubiertas al Reich en esa semblanza fúnebre.

El año 78 Banzer es derrocado y el alemán tiene la sensación de estar encerrado en un manicomio de paredes acolchadas que se ciernen sobre él. Un año más tarde, con sesenta y siete años, Kohl hace su última filmación en una casa de tortura en Santiago de Chile. Le envía la cinta Betamax a Pinochet que le agradece con una nota escueta, pero también le encarga, sutilmente, que en el futuro se abstenga de hacerle esos regalos. Cuando lee la carta, Kohl se queda mirándola un momento, incrédulo, y luego la arruga e insulta a Pinochet, catalogándolo de campesino ignorante.

Entonces, en 1980, finalmente se radica en Oruro. Sus cintas están desparramadas por todo Sudamérica y Kohl juzga que ese es un riesgo. Además, desea disponer de un lugar que le permita acceder a todo el material que ha filmado a lo largo de toda su vida. Haciendo gala de lo que había aprendido de sus viejos correligionarios, organiza los viajes de camionetas de su cadena de farmacias que distintos lugares del continente viajan hasta Oruro. Kohl exige que el inventario de esos transportes no conste en ninguna parte. Las cintas, contadas por miles y en formatos distintos, son cuidadosamente arrumadas en una habitación de su casona. Él mismo supervisa la operación, impecable en su ejecución desde un punto de vista logístico, que cumple el titánico propósito de que ninguna de las cintas se dañe o extravíe. De eso puede estar seguro, porque las contabiliza personalmente. Kohl ya no vuelve a venderlas y en lugar de eso, las cataloga con esmero y luego pasa las tardes viéndolas en funciones privadas ininterrumpidas. A veces, viendo las películas, masajea su pene infructuosamente, pues

permanece lánguido. Durante la década de los ochenta recibe llamados telefónicos de personas que quieren comprar cintas, pero él niega entonces ser Kohl, el exfuncionario nazi. No sé de quién ni de qué me está hablando, yo llegué a Sudamérica mucho antes, en la década del veinte, argumenta. Algunos de los llamados provienen de latitudes tan lejanas como Ucrania, Turquía, Yugoeslavia o Rumania. El interlocutor de uno de ellos se identifica como emisario de Nicolae Ceaușescu, encargo frente al cual Kohl cede y envía, increíblemente, una cinta por correo certificado hasta Bucarest. Al cabo de un par de semanas recibe una nota de agradecimiento en rumano, de puño y letra del dictador rumano.

En 1981, gracias a la televisión por cable, Kohl sigue con atención la extradición y el juicio en Israel de John Demjanjuk, un ucraniano que había trabajado como operario en una planta de Ford en Cleveland, acusado de ser Iván el Terrible, un exguardia de la SS en el campo de exterminio de Sobibor. Demjanjuk, pese a los testimonios de sus acusadores, declara sin inmutarse que se trataba de una confusión, de un malentendido. Kohl entiende que lo que se juzga allí no es solo a un individuo, sino la posibilidad de que el pasado —incluso el más atroz— pueda ocultarse durante décadas detrás de una rutina, un empleo estable y una vejez silenciosa, hasta reaparecer, de pronto, en la pantalla del cuarto de estar, reclamando justicia. Cuando Demjanjuk es finalmente absuelto por la Corte Suprema israelí, Kohl abre una botella de espumante y celebra con una efusividad que a él mismo le sorprende: está convencido de que aquel anciano calvo, de ojos claros, es en realidad el carnicero de Sobibor. Los malos ratos que ve pasar a Demjanjuk lo llevan, sin embargo, a redoblar las precauciones. Para evitar ser visto, apenas sale de la casa y, cuando se asoma al balcón, lo hace con anteojos oscuros y gorra. Queda estrictamente prohibido tomar fotografías desde el interior de la mansión y se incorporan cláusulas de confidencialidad infranqueables en los contratos de sus sirvientes.

Desde su cineteca personal ve reptar a las dictaduras latinoamericana. A esa altura, su videoteca es un verdadero museo,

no solo por las películas que registra algunos de los hechos más escalofriantes de la historia, sino porque además sus cuatro paredes albergan la historia de la evolución de los aparatos para grabar filmes. Tiene rollos de cintas de 35 mm y 16 mm, pero también videocintas de betamax y VHS. Toda la tecnología cinematográfica está encerrada entre esa habitación.

Por entonces, cuando es casi un octogenario, comienza a interesarse por fin, verdaderamente en el cine. Compra una enciclopedia que resume toda la historia del séptimo arte y cuando llega al extenso dedicado al cine alemán lee con fruición, como si leyera los Evangelios. El capítulo está segmentado cronológicamente. Lee con especial interés los párrafos dedicados al cine producido entre 1933- 1945. Hay un par de escuetos reglones dedicados a Leni Riefenstahl. La vejez hace delirar a Kohl e imagina que sus peripecias en los campos de batalla debieran estar incluidos en esas páginas, puesto a la altura de Robert Wiene, Friedrich Wilhelm Murnau o Fritz Lanz. Como tal cosa no ocurre, arroja furiosamente el libro lejos y prohíbe que cualquiera lo recoja, salvo para echarlo al tacho de basura. Días después, lo recoge y lo lleva al baño. Utiliza sus hojas como papel higiénico ante el desconcierto de sus empleados que contemplan esas hojas de papel cuché sucias de mierda y arrugadas con esmero dentro del papelero.

En 1989, cuando cae la dictadura de Pinochet, decide vender a empresarios chilenos su cadena de farmacias por una suma muy considerable y entonces se vuelve definitivamente un ermitaño encerrado en su casa que parece un búnker. Sus farmacias cambian de nombre y se convierten en una multinacional chilena. La operación es reseñada en distintas revistas financieras, pero Kohl, a quien califican como multimillonario excéntrico y ermitaño, se niega a que le tomen fotografías y rechaza, incluso, sondeos de *Caras* y *Cosas*. Solo soy un inmigrante alemán bien intencionado, no merezco reportajes, menos homenajes, argumenta con falsa modestia. Los verdaderos héroes, añade, son los miles de empleados que han hecho crecer mi compañía a lo largo y ancho de

todo este continente. A pesar de esas declaraciones, Kohl no muestra ninguna clase de interés por asegurar que sus exfuncionarios permanezcan con empleo en el marco de la negociación. Tiene setenta y siete años y guarecido en su casona recibe la colaboración de un chofer, una cocinera, un jardinero y una cuidadora con estudios incompletos de enfermería. Podría tener un séquito de empleados a sus órdenes, pero se conforma con ese acotado servicio que le permite desplazarse por la casa sin inconvenientes y sin tener que dar explicaciones. Hay semanas completas en que, asediado por la duda absurda de que alguno de ellos pudiera reconocerlo, deambula por la casa con la cabeza gacha, sin intercambiar palabra alguna con ninguno de ellos.

De todos sus empleados, solo mantiene alguna relación con el chofer, que es de origen quechua. Por entonces Kohl sale muy poco de casa y su Mercedes Benz permanece aparcado en el garaje donde a veces juega ajedrez con el chofer, con el tablero dispuesto sobre el capó del vehículo. En esas jornadas, tienen largas conversaciones que comienzan al morir la tarde y se alargan hasta la madrugada. Kohl habla de Europa y de las guerras mundiales, pero yerra en muchas fechas y referencias. También habla de hambrunas y de sitios en que debió esconderse para sobrevivir. El chofer habla menos y sus historias tratan de humillaciones y matanzas de quechuas que relata como si fueran cacerías legales de animales silvestres.

Algunas tardes, Kohl le pide al chofer que lo lleve a dar vueltas por Oruro y casi siempre se aparcan en estacionamientos desde donde pueden verse parques de juegos infantiles. El chófer se queda mirando al alemán por el retrovisor e imagina que el anciano piensa en los hijos y nietos que no tuvo, que ya no tendrá. Kohl, en cambio, imagina campos de exterminio mientras ve a esos niñitos morenos que juegan alegres en los balancines y toboganes.

Una tarde, mientras están jugando ajedrez en el garaje, el chofer le cuenta a Kohl que ha visto una película junto a sus nietos.

—¿Tienes nietos? —pregunta el alemán, sorprendido.

—Claro —dice el chófer, y abre su billetera para mostrarle tres pequeñas fotografías a su patrón. Son tres niños pequeños. Parecen clones defectuosos, piensa el alemán.

—¿Cómo se llama la película? —pregunta el anciano luego de devolver las fotos y el chofer dice que se llama *Un sueño americano* y es una película de dibujos animados. En el filme, una familia de ratas ruso-judías emigran a Estados Unidos, alentados por el rumor de que no hay gatos en América. Como es obvio, una vez que llegan a América hay gatos, como en todo el mundo.

Kohl se desternilla se risa oyendo la historia y piensa que es como si, a mediados de la década del treinta los judíos hubiesen emigrado desde Austria a Alemania pensando que allí no encontrarían nazis.

—El asunto —dice el chofer—, es que mientras veía la película me acordé de usted, patrón.

—¿Por qué? —pregunta Kohl, intrigado.

—Pues porque cada vez que oigo sus historias, tengo la sensación de que son historias de ratas que huyen de Europa a América. Ratas inmundas que atraviesan el Océano.

—Puede ser, puede ser —dice Kohl sin mirarlo y movió un alfil.

Días más tarde, al constatar que el quechua no es ningún idiota, Kohl decide que ya no quiere ver películas sin compañía y lo invita a entrar a su salita de cine. Ven una película que fue filmada por Kohl en Treblinka, en 1944. La cinta dura medio minuto, como casi todas las que filmó. En la película, unos oficiales de la SS juegan a hacer puntería con unos judíos que corren hacia ninguna parte, igual que animales desorientados en medio de un incendio en el bosque. Cuando termina la película, Kohl intenta dar una explicación sobre el modo en qué ha conseguido esas cintas, pero el chofer lo interrumpe. Le dice a su patrón que no necesita darle explicaciones y luego se queda en silencio. Añade luego: "El modo en que consiguió esas películas es asunto suyo, patrón". Un momento después, Kohl le pregunta si podría acompañarlo a ver películas por las noches, antes de dormir, y el chofer asiente con la cabeza.

Durante un par de meses, apenas se oculta el sol suben al ático y se distraen con decenas de VHS con torturas de alguna dictadura latinoamericana. Kohl las contempla extasiado; el quechua, con displicencia, casi aburrido, como si mirara de reojo una teleserie mexicana en horario de almuerzo. El asunto es que, una vez acostumbrado al horror, las cintas se vuelven redundante y tediosas.

Meses después, Kohl comienza a tener malestares en la cadera que le dificultan desplazarse. Durante un par de semanas recibe en casa a un equipo de kinesiólogos que montan un gimnasio casero en una de las habitaciones de la casa y le hacen ejercicios que lo dejan furioso y exhausto. Lo medican con tramadol y otros analgésicos. Una noche especialmente dolorosa, Kohl camina hasta la cocina, toma un cuchillo carnicero y comienza a hurgarse la piel como si quisiera, él mismo, quitarse la cadera a cuchillazos. Por fortuna, el chofer lo descubre a tiempo, le quita el cuchillo luego de un breve forcejeo y evita que el asunto pase a mayores. Pasa un par de días en el hospital rumiando maldiciones.

Finalmente, se traslada hasta La Paz para someterse a una intervención quirúrgica que le permite recibir un implante de titanio en la cadera derecha. Cuando regresa, ve películas cada vez con menor frecuencia, pero entre agosto de 1990 y el 28 de febrero de 1991 sigue con atención la Guerra del Golfo por televisión, a través de CNN. Delira imaginando las atrocidades que los marines harán a la milicia iraquí que encontrarán a su paso y compra por catálogo fabulosas cámaras filmadoras y se imagina deambulando por el desierto de Irak. Le fascinan especialmente las tomas nocturnas de los bombardeos en Bagdad, que asemejan un videojuego. Lo entusiasman tanto que pide que le compren una consola Nintendo para distraerse con juegos bélicos, pero al final no logra utilizarlo y lo obsequia al chofer. Para tus nietos, dice. En 1994, disfruta, o finge disfrutar, de la clasificación de la selección boliviana de fútbol al mundial de Estados Unidos y, por un momento, delira con comprar pasajes para ver el partido inaugural que Bolivia jugará con Alemania en Chicago, pero al final desiste por que el futbol le

interesa nada y porque juzga que se trata de un riesgo innecesario. Imagina que, a pesar de los años transcurridos, alguien podría tenerlo en la mira. Siempre puede haber algún abogadito de Derecho Humanos dispuesto a saltar a la fama por ponerle las manos encima a un hombre como él, piensa. Se conforma con ver por televisión los tres partidos de la fase grupal en compañía de su chófer en la cocina de su casa. Cuando ven el partido de Chicago, el quechua le pregunta si tiene el corazón dividido. Kohl no dice nada, pero piensa: "¿Por qué habría de tener el corazón dividido? Yo quiero que Alemania aplaste a Bolivia". El gol de Klinsmann en el minuto 61 le parece demasiado exiguo y golpea la mesa en el pitazo final, declarándose avergonzado.

En 1996, cuando un grupo de terroristas asaltan la embajada de Japón en Lima y Fujimori ordena que los aniquilen, lamenta estar viejo y casi acabado. Debí estar ahí para filmarlo, dice, mientras ve a Fujimori flamear una bandera peruana sacando la mitad de su cuerpo de un vehículo de asalto policial. Sin saber muy bien para qué, intenta mover algunos hilos para comunicarse con Fujimori o Vladimiro Montesinos, pero su nombre ya no ejerce ninguna influencia ni fascinación. Lo contactan con un funcionario de cancillería sin ninguna importancia y que no tiene idea con quién está tratando.

—Disculpe señor, podría explicarme mejor con quién tengo el gusto de hablar —dice el funcionario que, por un momento, tiene la idea de estar en línea con algún personero de la embajada alemana.

Cuando se entera de que no es así, pierde todo interés. El germano, indignado, cuelga el teléfono después de proferir toda clase de insultos.

En 1998 tiene uno de sus últimos delirios. Recibe en casa la visita de la hija de una de sus cuidadoras. Esa mañana el anciano está de buen humor y permite que la niña, de siete u ocho años, vea dibujos animados en el televisor del salón. De hecho, se sienta junto a ella en la alfombra y ambos beben jugo de naranja y de betarragas recién exprimidas. Mientras ven dibujos animados, la niña se queja

de que hay muy pocos sitios para entretenerse en Oruro. Kohl se queda mirándola en silencio y permanece ensimismado toda esa tarde y por la noche también. Desde la ventana de su habitación contempla la ciudad que le parece desolada, aburrida. Hojea la Biblia buscando aquel episodio en que Jesús solicita que dejen a los niños acudir a Él, pero no lo encuentra. Al día siguiente, muy temprano, llama por teléfono a uno de sus contadores para informarle que ha decidido construir un parque de entretenciones.

—¿Un parque de entretenciones? —pregunta el sujeto.

—Sí, un parque de juegos, como oyó.

—¿Acá en Oruro?

—Desde luego, acá en Oruro, dónde si no.

—En La Paz, por ejemplo, donde las oportunidades de negocio serían mayores.

—Ya me oyó. Quiero el parque acá, en Oruro. Eso no estoy dispuesto a discutirlo. Acá el hombre de negocios soy yo.

Acostumbrado a las fanfarronerías, al principio Kohl delira e imagina un parque al estilo Walt Disney World de Orlando, Florida, instalado en pleno Oruro. ¿Cuánto costará una franquicia como esa?, se pregunta. Cierra los ojos e imagina a Tribilín, Pluto, Mickey y Donald dando vueltas por la ciudad. Los imagina, en realidad, vestidos con uniformes grises, ordenando en fila a un centenar de judíos en un campo de concentración, y sonríe pícaramente. Finalmente, y luego de escuchar consejos y reparos de sus asesores financieros, se reconcilia con la idea de una versión más económica y acepta adquirir e instalar en la ciudad un parque de entretenciones mecano.

—Como ustedes digan, pero háganlo pronto. No me quiero morir antes de ver el parque funcionando. Sepan que los hago responsables si muero antes de eso.

En realidad, sus funcionarios hacen los arreglos para importar un parque mecano usado y desechado de algún país de Europa de Este, donde el armatoste ha dejado de ajustarse a normas de seguridad. Una vez que lo arman, Kohl, de ochenta y siete años, le pide a su

chofer que haga lo necesario a fin de asegurarse de que construyan un búnker subterráneo debajo del parque.

—¿Un búnker? —pregunta el quechua.

—Como oíste. Una vez que esté listo, van a llevar todas mis películas hasta ese lugar y van a condenarlo —ordena el germano —, como si fuera el tesoro de un pirata.

—¿Dónde? —pregunta el chófer.

Kohl, que se está quedando sordo, no escucha la pregunta o no la entiende.

—¿En qué lugar del parque quiere que coloquemos ese búnker? —pregunta de nuevo el quechua, levantando un poco la voz.

Kohl no responde de inmediato, pero se le ocurre que hay un solo lugar donde podrían ocultarse todas esas cintas y esa idea le causa mucha gracia.

LA POLLERA

Encuentra todos nuestros libros en **lapollera.cl**